BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 100

APOLONIO DÍSCOLO

SINTAXIS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS

VICENTE BÉCARES BOTAS



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ROSA PEDRERO SANCHO y CARLOS GARCÍA GUAL.

Depósito Legal: M. 625-1987.

ISBN 84-249-1081-8.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1987. — 6040.

PREFACIO

Como número 100 de la «Biblioteca Clásica Gredos» hemos elegido esta traducción de la *Sintaxis* de Apolonio Díscolo. Es ésta la primera versión española de una obra gramatical tan renombrada como difícil, que raramente ha sido traducida a otras lenguas (sólo una vez al alemán y otra, más reciente, al inglés). Este autor alejandrino, que mereció el apodo de *dýscolos* (difícil) por lo conciso y arduo de su prosa, fue el más destacado estudioso de la sintaxis helénica. Una larga tradición de tratadistas de la *Téchnē Grammatikḗ* halla su culminación crítica en la extensa obra (sólo en parte conservada) de este autor del s. II d. C.

Sólo la *Téchnē Grammatikḗ* de Dioniso Tracio (siglo I a. C.) puede rivalizar en renombre con la *Sintaxis* de Apolonio, entre los escritos de los gramáticos griegos. Pero el texto de Dionisio Tracio es el de una clara gramática escolar, manual breve y compendio básico para uso de aprendices de la lengua griega. En contraste, el tratado sintáctico de Apolonio es un estudio amplio, crítico y bastante original, sobre temas como las partes de la oración, las funciones del pronombre, los sentidos de las formas verbales, etc., con muchos ejemplos, en gran parte homéricos,

ya que este análisis lingüístico va unido a la labor filológica habitual en los círculos alejandrinos.

Apolonio es un experto en las teorías lingüísticas de su tiempo. Más atento al sistema que a la evolución diacrónica, recoge y critica estudios anteriores, se muestra partidario de la analogía para explicar los usos, y resulta siempre minucioso y preciso. En sus análisis hay atisbos que sorprenden por su modernidad, evocando en el lector algún comentario sobre sintaxis griega de J. Wackernagel o algún apunte sobre funciones sintáticas de K. Bühler o Noam Chomsky.

Su obra, como señala J. S. Lasso de la Vega, «contrasta con la labor meramente epigonal de la mayoría de los gramáticos subsiguientes, cuando la gramática se hace simple técnica escolar rudimentaria, labor de *epitomator* y de *breviator,* manual escolar de preguntas y respuestas... La gramática romana, si se exceptúan los méritos de alguna figura como Varrón o Prisciano, se mueve toda ella, casi desde el principio, en esta labor de traducción y abreviación».

Contra la norma habitual de la BCG no hemos transliterado aquí —con excepción de la *Introducción*— los ejemplos griegos, ya que para la comprensión cabal de este texto es indispensable un cierto conocimiento de la lengua griega. Esta nota preliminar pretende tan sólo destacar este carácter especializado del libro, que se ofrece en una primera versión castellana de extrema precisión y fidelidad.

C. García Gual

INTRODUCCIÓN

El acercamiento a la génesis de la gramática exige planteamientos teóricos previos que orienten las interrogaciones sobre los fundamentos y condiciones de su origen, desarrollo y situación entre las demás ciencias. Tales cuestiones deben asentarse, en mi opinión, sobre los siguientes principios [1].

1) La gramática antigua se constituyó en sistema autónomo como resultado de un proceso histórico, esto es, dialéctico, mediante el cual se conectan datos, teorías y hechos histórico-sociales.

2) Las condiciones de posibilidad de toda reflexión teórica son básicamente de naturaleza lingüística —conceptos y términos. El lenguaje, pero no el lenguaje en general, sino un lenguaje histórico previamente modelado que el nuevo sistema reestructura, se constituye, así, como presupuesto epistemológico de la nueva ciencia.

3) La génesis de la gramática debe ser entendida como el proceso de construcción —metodológicamente controlado— de su lenguaje particular a partir de modelos preexistentes.

[1] Lo he tratado con más detalle en «Los orígenes de la gramática (griega)», en G. Morocho (coord.), *Estudios de prosa griega,* León, 1985, págs. 179-195.

4) Así pues, el aparato conceptual y terminológico de la gramática es teóricamente dependiente de patrones epistemológicos ya organizados y está condicionado por ellos. Esto no contradice el hecho de que los nuevos usos, al operar según nuevas coordenadas, determinen nuevas significaciones estructuralmente adecuadas al nuevo sistema.

5) Suele reconocerse que las llamadas ciencias del espíritu han estado siempre dominadas por el modelo de las ciencias naturales. Pero, lejos de obedecer a una servil dependencia, creo que su relación se explica mejor por la sujeción de unas y otras a principios gnoseológicos idénticos: la consideración, típicamente griega, de un dominio de actividad como un objeto dado e independiente del sujeto creador tenía que condicionarlas metodológicamente a unas y otras. Así, si la gramática antigua estudia la lengua como objeto: texto, corpus, literatura, nada impide que se le apliquen los mismos principios que a un objeto físico. Con esto pasamos a la *vexata quaestio* de los orígenes de la gramática.

ALEJANDRÍA Y LOS ORÍGENES DE LA GRAMÁTICA

En el año 330 a. C. y siete antes de su muerte, Alejandro Magnó fundó en el delta del Nilo una ciudad, como tantas veces hizo a lo largo y ancho de sus empresas. Pero ésta no iba a ser una de tantas Alejandrías, porque ella estaba destinada, también, por su carácter y logros imperecederos a dar su nombre y marcar con su impronta intelectual y cultural a una época [2].

[2] Para introducirse en ella sirven M. Rostovtzeff, *Historia social y económica del mundo helenístico*, Madrid, 1967, y P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandreia*, Oxford, 1972.

Alejandría era la segunda ciudad griega de Egipto, después de la antiquísima Náucratis, que, en un reino rígidamente centralizado y de absolutismo burocrático como el de los Tolemeos, podía gozar de autonomía local; después las siguieron Tolemaida en el valle del Nilo, la oscura Paretonio en Libia, y Antinoópolis, un capricho del emperador Adriano. Eran estas ciudades griegas autónomas, esto es, con su pritaneo, magistrados e instituciones propias que intentaban mantener las marcas distintivas de lo helénico. Con la batalla de Accio y la anexión romana del último reino diádoco el 30 a. C., estas ciudades siguieron conservando en apariencia su *status* invariable; pero, pasado el tiempo, la administración fue cayendo en manos romanas, quedando para aquéllas la parte cultural y religiosa, es decir, gimnasio y templos, enseñanza, festivales y juegos [3].

Es la época helenística un período de la historia griega bien diferenciado de los demás en el que las nuevas condiciones políticas, sociales y económicas van a conformar su personalidad cultural distinta. Algunos de sus rasgos definitorios son los siguientes: la expansión e implantación del griego como *lingua franca,* al tiempo que recurso político de unificación cultural, y su consiguiente degeneración; el aticismo como reacción conservadora, a la vez que fenómeno estético-literario; causa y consecuencia de todo ello, el nacimiento de la filología como ciencia y el paso definitivo de una cultura básicamente oral a otra escrita, letrada, de libros; por último, los principios metodológicos que informan la ciencia helenística, que son, dentro del eclecticismo generalizado en todas las manifestaciones espirituales, aristotélicos o, para matizar más, peripatéticos

[3] Cf. A. H. M. Jones, *The Cities of the Eastern Roman Provinces,* Amsterdam, 1983². (Para Egipto, págs. 295-348.)

de corte teofrasteo: separación de las ciencias particulares de la filosofía y especialización por ramas; frente al dogmatismo apriorístico y metafísico de Aristóteles, observación del objeto y consideración únicamente de los datos proporcionados por la observación; por ello, un hecho o proceso están estudiados cuando lo están todas sus concomitancias [4]. Si pensamos en el dominio de la gramática, estas características de especialización, empirismo y exhaustividad saltan particularmente a la vista.

Todavía en los comienzos del siglo III a. C., los primeros representantes de la dinastía tolemaica crearon en Alejandría y pusieron bajo su patronazgo dos obras trascendentales para lo que iba a venir: el Museo y la Biblioteca. Era el Museo una institución científico-religiosa en que los hombres de ciencia presididos por un sacerdote de las Musas, de ahí su nombre, vivían en comunidad y ejercían su labor. Aneja al Museo estaba la gran Biblioteca. Ni una ni otro eran novedades absolutas en el mundo griego, pues respondían, aunque sin comparación en las dimensiones, a modelos peripatéticos. Sabemos, en efecto, que los primeros Tolemeos se asesoraron, para la fundación de estas instituciones, de Demetrio Falereo, discípulo de Aristóteles y político ateniense que tuvo que huir a Egipto. El objetivo de la Biblioteca era recoger y conservar la totalidad del patrimonio cultural de Grecia, labor ardua si pensamos en el estado de corrupción, variantes, interpolaciones y demás en que debían encontrarse los textos, debido sobre todo al carácter fundamentalmente oral de su transmisión. La tarea, por tanto, consistía en *la recuperación del original,* que es lo que define en esencia a la filología y a la actividad del gramático.

[4] En Apolonio, el estudio de todas las posibilidades en que una parte de la oración puede combinarse con otra. Para apreciar el paralelismo de método y vocabulario, cf. R. STRÖMBERG, *Theophrastea. Studien zur botanischen Begriffsbildung,* Gotemburgo, 1937.

Filología y gramática se instituyeron en Alejandría en un proceso de mutua interacción. Por un lado, la crítica textual tenía que comparar, ordenar y clasificar formas lingüísticas: una edición crítica se basa en la confrontación de variantes tradicionales, y, en consecuencia, llegar al establecimiento de paralelismos, a la distinción de clases de palabras y de regularidades en la flexión, y de ahí a la determinación de que el lenguaje se halla gobernado por la ley general de la analogía. Por otro, la defensa y aceptación de una forma dada sólo podía mantenerse sobre el conocimiento fijo de las reglas gramaticales y de los usos a que respondía. La obra de Apolonio sirve muy bien para ilustrar este proceso de doble dirección: los textos literarios plantean interrogantes filológicos y críticos; tales interrogantes se resolverían si dispusiésemos de una ley gramatical a la que se sometiesen; es preciso inferir una ley de aplicación general; dicha ley revertirá, a su vez, en la crítica y corrección de los textos (cf. I 60; II 49, etc.). Por último, este proceso exigía la creación del aparato conceptual y terminológico en que expresarse [5].

Ahora bien, los orígenes y constitución de la gramática están básicamente mal planteados por establecer dicotomías absolutas e irreales y pretender reducirlas a sistema, de lo que no resulta, a la postre, sino un cúmulo de contradicciones. Se suele partir de la existencia, en la antigüedad, de una doble corriente de interés lingüístico, una filosófica o teórica y otra práctica o filológica, que acabarían constituyendo dos sistemas gramaticales opuestos: el estoi-

[5] Ahora recogido en mi *Diccionario de terminología gramatical griega,* Salamanca, 1984.

co y el alejandrino. Uno y otro sistema se asentarían en dos principios antitéticos, consistentes en la consideración del lenguaje como sometido o bien a la ley de la anomalía, en que el uso se instituye como norma, o bien a la ley de la analogía o regularidad de los hechos de lengua. La primera dificultad grave surge al preguntarse cómo puede constituirse una gramática sobre el principio reconocido de la anomalía, es decir, establecer la norma de la antinorma, la regularidad de lo que no se somete a ley, en una palabra, cómo podía ser esa «gramática estoica». Por otro lado, cabe también la posibilidad de hacer una crítica de la validez del principio analógico para la gramática, crítica que hizo Sexto Empírico (ss. II-III). De todo ello se dedujo la existencia de dos gramáticas, una empírica y otra técnica, la primera defendida por los anomalistas y la segunda por los analogistas [6]. Si a continuación se identifican la postura de Sexto con la del estoico Crates de Pérgamo, el que habría mantenido el criterio anomalista frente al analogista del alejandrino Aristarco [7], el círculo queda aparentemente cerrado; pero, en realidad, es insostenible, pues para ello se necesitaría reducir antítesis irreductibles y calificar a los estoicos de empiristas y, a la vez, de teóricos dogmáticos, de defender el *lógos* y la *synḗtheia,* la razón y el uso. Pero lo más grave de la cuestión consiste en suponer que el sistema gramatical alejandrino se formó a partir de la dialéctica estoica. Es éste un prejuicio secular que, según mi punto de vista, debe ser superado para acercarse a los orígenes de la gramática, dado que ésta ha de ser considerada como un sistema propio y autónomo de fines

[6] L. LERSCH, *Die Sprachphilosophie der Alten,* Bonn, 1838-41 (1971).

[7] Como hizo H. J. METTE, *Parateresis. Untersuchungen zur Sprachtheorie des Krates von Pergamon,* Halle, 1952.

y de medios con respecto a los demás, aunque en cuanto sistema se halle integrado en unas dimensiones históricas que constituyen la condición-marco para que aquél se desarrolle.

Existe una corriente de opinión de algunos filólogos, los menos, y sobre todo filósofos e historiadores de la filosofía, que, ya sea por hacer depender la gramática de la lógica o por querer conceder un papel preponderante a la gramática romana, pretenden hacerla una consecuencia de la dialéctica estoica. Para ello necesitan superar el último obstáculo sin el cual no es posible que se mantenga dicho punto de vista, y lo superan negándolo: para ellos la *Gramática* de Dionisio Tracio es una falsificación tardía. Naturalmente no podía ser auténtica una gramática de mediados del siglo II a. C., que representa el instrumento conceptual y terminológico de la filología alejandrina desde Zenódoto hasta Aristarco, si los supuestos padres de la gramática, Crisipo o Crates, son posteriores o contemporáneos de los grandes alejandrinos [8]. No se puede hablar de lógica o dialéctica estoicas y mezclarlas con gramática, como si una y otra no pertenecieran a dos esferas distintas

[8] Defienden, entre otros, el origen estoico: M. POHLENZ, *Die Stoa,* Gotinga, 1964; K. BARWICK, *Remmius Palaemon und die römische ars grammatica,* Leipzig, 1922 (1967), y M. FREDE, «The origins of traditional grammar», en R. E. BUTTS-J. HINTIKKA (eds.), *Historical and philosophical dimensions of logic, methodology and philosophy of science,* Dordrecht, 1977, vol. IV, págs. 51-79. Contra ellos y a favor de la filología alejandrina, opinión más generalizada, cf. R. H. ROBINS, «Dionysios Thrax and the western grammatical tradition», *TPhS* (1957), 67-106; R. PFEIFFER, *Historia de la filología clásica,* Madrid, 1981, y H. ERBSE, «Zur normativen Grammatik der Alexandriner», *Glotta* 58 (1980), 236-258. En general, en uno u otro punto de vista faltan los planteamientos teóricos sobre los orígenes de la ciencia, que, en mi opinión, constituyen el elemento básico para decidir la cuestión.

de actividad, con unos presupuestos gnoseológicos distintos: lengua como *lógos, lektón* («lo decible», esto es, proceso creador) para los estoicos, frente a lengua como texto *tò legómenon* («lo dicho», o sea, algo dado para siempre) según los alejandrinos. Sin que ello quiera decir que no hubiera interferencias recíprocas [9]. Pero no hay *gramática* estoica, sino filosofía y lógica del lenguaje por un lado y gramática por otro, pues lo que define a una ciencia no son sus préstamos, que a todas afectan, sino la combinación de todos los elementos en un nuevo sistema.

En conformidad con lo que dijimos antes, la filología alejandrina puede entenderse como el tratamiento sistemático de los textos literarios, es decir, el «manipular» una serie de objetos (los textos) de acuerdo con una teoría: una teoría se define como un mecanismo de conceptos - términos organizados en un sistema de relaciones para operar sobre el campo - objeto. Frente al filósofo estoico, al filólogo alejandrino se le ofreció un campo de conocimiento nuevo y autónomo con respecto a los demás, su esfera filológica de reconstrucción e interpretación textuales, ayudado para ello del mecanismo gramatical. El hecho constitutivo de la gramática alejandrina se basa en la consideración de la lengua como un proceso analógico, es decir que entre los elementos lingüísticos existen correspondencias matemáticas del tipo A = B; A : B = B : C; A : B = C : D, etc.,

[9] Nadie ha pensado, sin embargo, que Diógenes Laercio o Sexto Empírico por ejemplo, posteriores a Apolonio Díscolo y a la sistematización de la gramática en general, estaban condicionados por ésta. Otra dificultad no superada consiste en hablar del estoicismo como unidad ante la imposibilidad de distinguir las opiniones de los diversos autores, siempre basándose en fuentes doxográficas tardías, desde Cicerón a los neoplatónicos o San Agustín. Y el movimiento estoico se extendió a lo largo de cinco siglos.

de manera que dichos elementos forman un sistema tal que pueden ser definidos por sus relaciones de semejanza mutua. La analogía es un método de deducción (y de reducción) lógica que podemos denominar «regla de sustitución». Euclides emplea la expresión *homoíōs deíksomen,* esto es: «análoga o proporcionalmente demostraremos», queriendo significar que, en el proceso demostrativo llevado a cabo con unas ciertas magnitudes, pueden ser éstas sustituidas por otras sin que el proceso deductivo cambie. Esto mismo puede ser trasplantado a la gramática: una forma dada puede ser explicada por o reducida a otra forma conocida o base, en virtud de sus relaciones de semejanza; o sea: las sustituciones en el proceso demostrativo o explicativo han de ser de cosas «iguales» entre sí. Por eso, los gramáticos alejandrinos, desde Aristófanes de Bizancio y Aristarco, tuvieron que definir esos criterios de comparabilidad, es decir, la condiciones bajo las cuales se producen las relaciones de igualdad entre los elementos lingüísticos para que pueda establecerse la proporción [10]. Por tanto, el principio analógico constituye el requisito previo a cualquier intento de sistematización y clasificación de una lengua, sobre todo con vistas al establecimiento de los modelos o cánones de la flexión y conjugación. La consecuencia necesaria es que existen formas que no se dejan reducir, esto es, que no se someten a la norma de la regularidad general: son formas anómalas. Para los estoicos, lo constitutivo del lenguaje es la anomalía, y de ahí la famosa querella con los alejandrinos, defensores de la analogía.

[10] Eran éstos, según Carisio, *Inst. Gram.*, pág. 93: «Huic (analogiae) Aristophanes quinque rationes dedit, aut ut alii putant, sex: primo ut eiusdem sint generis de quibus quaeritur, dein casus, tum exitus, quarto numeri, quinto syllabarum, item soni sexto. Aristarchus discipulus eius illud addidit, ne unquam simplicia compositis aptemus.» Cf. *Sintaxis* II 15.

Una vez más vemos que el principio estoico de la anomalía significa la negación de la gramática en su concepción más antigua, esencialmente clasificación de formas y descubrimiento de los mecanismos de la flexión. Luego defender los orígenes estoicos de la gramática es contradictorio en sí mismo. De todo lo dicho podemos concluir que, de la misma manera que la gramática es condición de la filología, sin el imperativo filológico tampoco se hubiera creado la gramática en Alejandría y en la forma en que se hizo.

Es ésta una idea que se ha reconocido desde antiguo. Consideremos dos citas significativas al respecto. M. Müller [11] se expresa así:

> Los primeros que dieron a las formas lingüísticas reales una ordenación segura fueron los eruditos alejadrinos. Su tarea principal era establecer textos correctos de los clásicos griegos, principalmente de Homero. Se vieron, por tanto, obligados a observar del modo más escrupuloso las formas de la gramática griega. Los manuscritos enviados a Alejandría y Pérgamo desde las diversas partes de Grecia mostraban notables variantes, y sólo mediante la cuidadosa observación podía verificarse qué formas podían, o no, ser admitidas en Homero. Sus ediciones no eran simples *ekdóseis, editiones,* eran al mismo tiempo *diorthôseis,* es decir, ediciones críticas. Había, además, escuelas distintas enfrentadas entre sí en sus respectivos puntos de vista sobre la lengua de Homero. Cada conjetura que Zenódoto o Aristarco admitían tenía que ser justificada, y esa justificación sólo podía ser sostenida, si se disponía de reglas generales sobre la gramática de los poemas homéricos.

[11] *Vorlesungen über die Wissenschaft der Sprache,* Leipzig, 1875³, vol. I, pág. 111.

Y la comparación de K. Lehrs [12]:

> El esfuerzo que, tras el despertar del interés por nuestros monumentos literarios altoalemanes, les dedicaron Lachman y Grimm en crítica textual, en exégesis y explicación de la estructura lingüística, ese mismo esfuerzo se le dedicó también entonces al griego, y estudios acumulados a lo largo del tiempo fueron llevando poco a poco, a unos materiales casi inabordables, integridad y comprensión, orden y regla.

Es obvio que la filología alejandrina tampoco partía de cero; contaba con el bagaje de siglos de estudios lingüísticos, de observaciones gramaticales, de modelos ajenos ya organizados pero extrapolables, de una serie de conceptos todavía sin sistematizar. Lo decisivo fue que en Alejandría se llevó a cabo ese proceso de sistematización gramatical. Así pues, ¿cuáles fueron los elementos y los logros del quehacer filológico alejandrino?

1) Ediciones críticas de textos. El proceso se llama *diórthōsis,* o sea, *emendatio,* y *ékdosis, editio.* Por «edición» en Alejandría no debe entenderse nada parecido a lo que sucede desde la invención de la imprenta, sino, sencillamente, la fijación del texto con una serie de signos críticos en los márgenes que reenviaban, a su vez, a los comentarios, independientes del propio texto por regla general.

2) Comentarios completos o *hypomnêmata.* Mediante el signo crítico correspondiente del texto, permitían estos comentarios el paso alternado de uno a otro. Consistían en exégesis textual e interpretaciones del carácter más heterogéneo, pues no sólo se comentaba a Homero y demás

[12] En el prefacio a Herodiano, en *GG* III, II, 2, pág. VI.

poetas, como a los bucólicos, sobre todo a Teócrito (Teón), también se comentaba a Platón y a Aristóteles, a Arato (Hiparco), y a Nicandro, etc. Para dichas ediciones y comentarios, el crítico por antonomasia es Aristarco, que desarrolló su labor en la primera mitad del siglo II a. C.

3) Monografías parciales: *syngrámmata*. Se referían a temas concretos y de una entidad suficiente como para ser incluidos en los comentarios generales; por ejemplo, «Sobre el catálogo de las naves» (Apolodoro) o «Sobre la copa de Néstor» (Asclepiades de Mirlea).

4) Léxicos, glosarios, diccionarios de todo tipo: de palabras raras, de un autor, de un género literario, dialectales (del ático, sobre todo), de vocabulario técnico (medicina); los llamados *Onomásticos,* que ordenaban el vocabulario por dominios o campos, etimológicos, léxicos, retóricos (aticistas), etc.

5) Toda suerte de monografías técnicas y manuales escolares, tanto puramente gramaticales: el *Arte* de Dionisio Tracio, la *Sintaxis* de Apolonio Díscolo, las *Prosodias* de Herodiano, como de historia literaria, así el tratado de Dídimo *Sobre los líricos*.

Tarea ingente, como se ve, la llevada a cabo por los alejandrinos en volumen y calidad técnica. Son cientos los nombres que han quedado de gramáticos de estos siglos helenísticos y primeros imperiales, y miles las obras que, en su mayoría, han desaparecido sin dejar rastro, pero lo conservado sirve de indicio para imaginar el alto nivel de técnica y método alcanzado. El momento de mayor esplendor de la filología alejandrina es ese siglo y medio de sus comienzos y está protagonizado por sus grandes bibliotecarios y filólogos Zenódoto (285-270), Aristófanes de Bizancio (-185) y Aristarco (-145). Problemas políticos surgidos a la subida al trono de Tolomeo VII llevaron al destierro a los intelectuales alejandrinos, entre ellos a Aristarco y su discípulo Dionisio Tracio; ello hizo que la ciencia de la ciudad del Delta se extendiese por el Mediterráneo: Dionisio enseñó en Rodas, otros en Roma, y hasta provincias más occidentales llegó la influencia, por ejemplo a España, donde enseñó Asclepiades de Mirlea, autor de diversas obras gramaticales y geográficas, entre otras una *Descripción geográfica de los pueblos de la Turdetania* que utilizó Estrabón. Discípulos de Dionisio Tracio son Tirannión el Viejo, el romano Elio Estilón (maestro, a su vez, de Varrón) y, quizá, el ya mencionado Asclepiades. Del siglo I a. C. son Filóxeno de Alejandría y Dídimo, que recoge en sus comentarios y léxicos toda la labor filológica anterior, y es de los autores más prolíficos de la historia de la humanidad, pues se le atribuyen más de tres mil quinientas obras y debió de morir ya en los primeros años del Imperio. Discípulos de Dídimo son Heraclides Póntico, Teón y Apión, de la época de Augusto y Tiberio. De esta época es, asimismo, Trifón de Alejandría, que escribió sobre cada una de las partes de la oración por separado y sobre sintaxis, entre otras muchas obras, algunas conservadas; pasa por maestro (indirecto) de nuestro Apolonio, que lo cita, como veremos, más de cincuenta veces. Discípulo de Trifón es Habrón, citado ocho veces por Apolonio. Con éste nos encontramos ya en el siglo I de nuestra era. Otros gramáticos del momento son Aristónico, Tolomeo Quenno, Claudio Dídimo, Epafrodito de Queronea, Heraclides de Mileto, Lesbonacte, Elio Dionisio, etc. [13]. Con ellos

[13] No es posible hacer aquí un estudio pormenorizado. Quien desee aumentar el elenco puede recurrir a historias de la filología como las de Gräfenhan, Sandys, Pfeiffer, etc., o a manuales de literatura, como los de Christ-Schmidt, Susemihl, o Lesky.

llegamos a los finales de siglo, años que verán nacer a Apolonio Díscolo.

Llegados a este punto, hemos de retroceder y considerar una cuestión teórica importante. Hemos hablado de la primera gramática como el proceso del descubrimiento empírico de los tipos de formas y mecanismos de la flexión con su clasificación sistemática, siempre de la mano de la filología. Es la fase que podemos denominar morfológica. Pues bien, el cierre cronológico de la gran exégesis alejandrina hay que situarlo virtualmente en la persona y obra de Dídimo a fines del siglo I a. C. Aquí se abre para la gramática y la filología una nueva fase con presupuestos metodológicos distintos: se trata de saber cuáles fueron las condiciones que provocaron el salto metodológico a la fase sintáctica. En realidad, no es necesario recurrir a factores externos, ya que el propio mecanismo lógico del sistema determina la evolución del proceso del análisis a la síntesis y vicerversa. Por eso, no choca que Dionisio Tracio abra el estudio de las partes de la oración (fase analítica) con la definición de oración, es decir, su síntesis. Y Apolonio concibe su obra como una exigencia filológica: hay problemas filológicos que trascienden la morfología y hacen necesario el estudio de la sintaxis (cf. I 6). Es posible, sin embargo, referirse a dos factores externos, que son la educación y el fenómeno aticista. A ello contribuyó el amplio conocimiento de la literatura clásica del siglo ateniense propiciada por la labor alejandrina y canonizada por ellos.

La educación, como necesidad histórico-social, obligaba a todos a aprender a escribir en ático, no sólo con su vocabulario sino en su «construcción», el uso ático en definitiva, para el que valía, además, la autoridad de Homero, considerado ateniense de nacimiento en la época helenística y después. Aristarco y Dionisio Tracio así lo creían y lo mismo Apolonio Díscolo, como veremos. Por otro lado, y en relación con lo anterior, la retórica había seguido un proceso metodológico paralelo. Tal vez no sea una casualidad que el sistema retórico de un Dionisio de Halicarnaso [14], por estos mismos años de comienzos del Imperio, esté planteado en los términos equiparables de selección-combinación de elementos *(eklogḗ-sýnthesis)*, entendiendo por lo segundo —la composición— la ordenación y ensamblaje de las palabras, claro está que desde el punto de vista rítmico-musical conforme a los fines literarios a que se destinaba. Cambiado dicho punto de vista por el morfosemántico, tendremos constituida la sintaxis. Además de la proximidad conceptual entre *sýnthesis* y *sýntaxis*, proximidad que llega a hacerlos intercambiables y, por tanto, sinónimos, llama la atención el hecho de que los términos *katállēlos* y *katallēlótēs* («coherente» y «coherencia») [15], claves para el concepto sintáctico de Apolonio, también lo eran para la crítica literaria del momento y, en concreto, para Dionisio de Halicarnaso. Incluso Cicerón, contemporáneo de éste, habla de «congruenter loqui» y «congruentes litteras» en el *De oratore*. Por tanto, podemos conjeturar que, en el siglo I d. C. [16], la cuestión sintáctica «estaba en el ambiente».

En un primer momento, fueron los estudios sobre las figuras, que no son de origen retórico, sino gramatical;

[14] Traducido por mí en *Dionisio de Halicarnaso, La composición literaria*, Salamanca, 1983.

[15] Sobre un origen aristotélico hablaremos después.

[16] Previamente, VARRÓN habría tratado de sintaxis en los libros XIII-XXIV perdidos de su obra *De lingua Latina*, cuyo contenido y métodos siguen siendo tema controvertido: «tertio quemadmodum coniungerentur vocabula».

los problemas sintácticos, concebidos como problemas de solecismo o de desviación literaria (figura); los tratados *Perì soloikismoû, Perì schēmátōn,* es decir, sobre las construcciones especiales, las que se apartan de la norma ordinaria, o sea, las figuras. Pero, poco a poco, se van suscitando cuestiones de mayor alcance, desde Trifón, como se puede deducir del uso que de él hace Apolonio, pasando por Teón de Alejandría, de la primera mitad del siglo I, cuya obra *Zētēmata perì syntáxeōs lógou (Cuestiones de sintaxis de la oración)* debió de ser antecedente obligado de la gran sistematización apoloniana [17]. Sin embargo, la cuestión de los orígenes y desarrollo iniciales de la sintaxis es una cuestión no resuelta todavía.

Con la llegada al poder de los emperadores Antoninos se crean unas condiciones favorables para el desarrollo general y, especialmente, el cultural. No se olvide que los reinados de Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio —el siglo II de nuestra era hablando *grosso modo*—, llamados la Edad de oro del Imperio Romano, son justamente los de la vida y actividad de nuestro Apolonio [18]. El resurgir cultural griego de este siglo está marcado por un carácter general de tecnicismo y cientifismo que abarca a todas las ramas del saber, pues el renacimiento y prestigio del siglo II no es sólo literario (Luciano, Elio Arístides), sino que descansa, sobre todo, en el sólido fundamento de sus grandes *summas,* como la de Galeno para

[17] La obra del mismo título *Perì syntáxeōs* del estoico Crisipo en el III a. C. nada tenía que ver con nuestro tema, lo mismo que la del pergameno Télefo. Ya R. SCHMIDT, *Stoicorum grammatica,* Halle, 1839, pág. 72 (trad. al.: *Die Grammatik der Stoiker,* Braunschweig, 1979) habla del estoicismo de Apolonio, pero sin citar las fuentes ni los canales.

[18] Para esta época, cf. B. P. REARDON, *Courants littéraires grecs des IIᵉ et IIIᵉ siècles après J. C.,* París, 1971.

la medicina, la de C. Tolomeo para la astronomía [19], la de Hermógenes para la retórica y las de Apolonio y Herodiano para la gramática.

Baste con lo dicho para enmarcar la vida y la obra de nuestro autor, que representa el primer jalón de la historia de la sintaxis. Y esto puede mantenerse en tanto en cuanto él mismo se siente, de algún modo, el primero cuando establece la analogía siguiente: la tradición gramatical helénica es a la morfología lo que su obra será a la sintaxis (I 60 s.). Así, siente su empresa sintáctica como una contrapartida necesaria frente a lo anterior, sin que ello signifique despreciar la labor de sus antepasados, ya que su obra se presenta siempre con un carácter polémico y jamás se refiere a sí mismo como descubridor, no teniendo reparo en mostrar sus fuentes y aprovechando todo lo útil de sus predecesores, incluidos los estoicos, pero sin confundir métodos y fines [20]. Por eso, si Apolonio no fue el único tratadista de sintaxis, sí fue el único conservado, lo cual puede significar que la posteridad consideró que, conservando a Apolonio, podía enmudecer el resto.

APOLONIO DÍSCOLO

1. *Vida*

Las escasas noticias que poseemos de las circunstancias vitales de nuestro Apolonio, más anecdóticas que reales,

[19] Su título griego es, no se olvide, *Megálē sýntaxis.*

[20] Por ejemplo, al comienzo del tratado *Sobre las conjunciones,* tema candente para el dialéctico, considera el tratamiento estoico como incompleto, *ellipês,* y no convincente para los gramáticos. Esto puede servir de indicio para su dependencia, en general, del estoicismo, cuestión sobre la que hemos de volver más adelante.

nos permiten situarlo cronológicamente con una cierta aproximación, sobre todo por las de su hijo Herodiano, unidos ambos en las *Vidas* que se nos han transmitido.

Contando con que la *Vida del gramático Apolonio Alejandrino* ha sido atribuida al gramático Teodosio Alejandrino (ss. IV-V) en el *Léxico* del Pseudo-Filemón, voy a traducir tal cual aparece encabezando los fragmentos editados por R. Schneider:

> El famoso Apolonio era alejandrino de origen; su madre se llamaba Ariadna y su padre Mnesíteo. Tuvo un hijo: Herodiano el gramático. Vivía en el barrio del Bruquio [21] junto a la Avenida [22], el distrito así llamado de Alejandría, y allí mismo fue enterrado. Escribió sobre las ocho partes de la oración y sobre sintaxis. Se le llamó «Díscolo» porque es dificultoso en su expresión, pues con pocas palabras da a entender numerosas ideas, o porque era de mal carácter, o bien porque en las reuniones escolares planteaba cuestiones insolubles, ya que era costumbre entre los antiguos sabios reunirse en un lugar y, por puro ejercicio dialéctico, expresarse con términos oscuros e inexplicables. Tan pobre era Apolonio, que tenía que escribir sus obras en trozos de cerámica por carecer de recursos para comprar rollos de papiro. Educó a su hijo Herodiano hasta que, habiendo alcanzado éste el final de su instrucción, se separó de él, fuera por su natural duro o por haberle metido en casa una madrastra. Llegó [Herodiano] a Roma en tiempo de Marco [Aurelio] Antonino [161-180] y allí escribió sus mejores obras, hasta el punto de que llegó a ser amigo de Marco [Aurelio]. Allí también compuso a instancias del Emperador las *Prosodias*, la parcial y

[21] Barrio portuario, el nombre se interpreta como *pyroucheîon*, esto es, «almacén de trigo».

[22] Sería la Avenida Canópica, la que se dirigía a esta ciudad, Canopo, en la desembocadura izquierda del Nilo.

> la general. Se llama general la *Prosodia* porque comenzando por los monosílabos abarca hasta las palabras de seis sílabas; en ella, después de la dedicatoria a Marco, define la prosodia del siguiente modo. Esto por lo que se refiere a Apolonio y a Herodiano.

Si admitimos que Herodiano estaba en su máximo vigor intelectual en el reinado de Marco Aurelio, hemos de suponer que su nacimiento tuvo lugar por la década de los treinta del siglo II; luego el nacimiento de su padre Apolonio habrá que situarlo en los últimos años del siglo I, coincidiendo con la llegada al poder de los Antoninos o en los primeros años del reinado de Trajano (98-117). Le cupo, pues, en suerte a nuestro gramático vivir en los momentos más felices del Imperio, aunque él mismo no corriera la misma suerte, al menos si nos fiamos de algunas interpretaciones del mote con que ha pasado a la posteridad.

Ya hemos visto que la vacilación acerca del sentido de *dýskolos* arranca de la antigüedad, según se entienda aplicado a una persona y su forma de ser («malhumorado, intratable») o a las cosas, en este caso, al estilo («difícil»). Etimológicamente la palabra hace referencia a alguna patología digestiva («que no tolera alimento», «de intestino delicado»), lo que puede interpretarse como rasgo caracterológico, pues toda la literatura, y la vida, están llenas de ejemplos que ponen en relación aquella forma de ser con las dispepsias [23]. Tampoco hay que achacarlo, necesaria-

[23] En relación también con el carácter, da otra interpretación K. LEHRS, *De Aristarchi studiis homericis*, Leipzig, 1882, pág. 213: «quod homo gravis ac tristis ad iocos lususque litterarum cum cohorte grammaticorum descendere fastidivit». En resumidas cuentas, porque no gustaba del trato de los demás, que es el significado propio, y de él, la cosa

mente, al modo insultante con que se dirige a menudo a sus colegas: el «ridículo» del contrario es un recurso de la argumentación retórica. Si hubiera que decidirse por un sentido u otro, yo lo aplicaría, en este caso, al temperamento de la persona; pues Apolonio, con ser difícil en cuanto a su estilo expositivo, no era el único ni el primero en serlo, y muchas dificultades, quizá, se deban más a la falta de labor exegética sobre su obra y a vicisitudes de su trasmisión, que a incapacidad de su autor para expresarse más claramente. Si bien algo que se constata una y otra vez en nuestro autor es que, efectivamente, en él era más grande el corazón que la espada, es decir, su inteligencia mayor que sus medios, de donde su pugna continua para expresar lo que, por falta de los conceptos y términos adecuados, no puede hacer. Téngase en cuenta que Apolonio está creando la sintaxis, y que debió de sucederle con la gramática algo parecido a lo que le sucedió a Tucídides con la prosa historiográfica, de ahí las violencias lingüísticas y la «dificultad», consecuencia de los conatos de generalidad y abstracción que se van introduciendo en la sintaxis superada la fase empírica.

Otra cuestión importante sería la relativa a su formación. Y es importante, porque incide directamente en la que ya hemos planteado, y resuelto, es decir, si hemos de situar a Apolonio en la tradición filosófica (estoicismo) o en la filológica. Es inadmisible, y está por desgracia bastante extendida, una opinión como la siguiente: «Apollonius' Theory is shown, by comparison with what we know about Stoic linguistic theory, to have been a basically Stoic

que no admite trato fácil, es decir, «difícil», que, por otro lado, también puede aplicarse al carácter de una persona. Siempre se han asociado factores psicológicos a la etiología de las enfermedades gastrointestinales.

one»[24]. Es un hecho que los gramáticos antiguos fueron siempre conscientes de su especificidad frente a la filosofía y de la independencia de su propio sistema, y si citan a los filósofos (estoicos), es a menudo para reducir o equiparar sus términos y conceptos a los gramaticales, cuando no para rechazarlos claramente. Apolonio mismo pone las cosas en su punto cuando, al comienzo de su tratado *Sobre las conjunciones* (213, 8 ss.), afirma que el tratamiento estoico de las conjunciones —conectivas en la lógica de enunciados— es ajeno a la gramática y advierte del peligro de introducir y confundirse con conceptos y términos extraños e innecesarios para su disciplina. Esto no quiere decir que Apolonio no se haga eco de doctrinas estoicas ni que no los cite, pero lo hace como escuela, sin personalizar (con la sola excepción de Queremón, *Conj.* 248, 1), lo que prueba que no era de ellos, y cuando lo hace es para establecer paralelismos y comparaciones. Un indicio claro de las influencias sobre un autor son sus citas, y las de Apolonio son de sobra elocuentes; veamos las más importantes y numerosas:

Zenódoto	14	veces
Aristarco	24	»
Trifón	52	»
Habrón	9	»
Estoicos	16	».

[24] D. L. Blank, *Ancient philosophy and grammar: the syntax of Apollonius Dyscolus,* Chico, California, 1982. (Reproducción de la tesis doctoral del mismo: *Studies in the syntactic theory of Apollonius Dyscolus,* Princeton, 1980.) También hace excesivo hincapié en el estoicismo R. Camerer, «Die Behandlung der Partikel ἄν in den Schriften des Apollonios Dyskolos», *Hermes* 93 (1965), 168-204. Antes lo hicieron también Steinthal y Barwick.

Y cita a otros muchos gramáticos y críticos (Dionisio Tracio, Tirannión, Dídimo, Apión, etc.). Otro indicio sobre el que ha llamado la atención Householder [25] son los nombres propios que protagonizan los ejemplos. De nuevo los gramáticos encabezan la lista: Trifón, Dionisio, Teón, etc., lo que prueba que sus nombres eran ya, de algún modo, simbólicos y paradigmáticos en la escuela de gramática, como después lo serían «el Donato» o «el Antonio» (Nebrija). Por último, cuando Apolonio dice «nuestros antecesores» (IV 64) sabemos que se refiere a la tradición filológica aristarquea. Para concluir, es incuestionable que Apolonio se encuentra dentro de la tradición alejandrina, como podrá constatar todo el que se haya acercado con un cierto detenimiento a su obra. Poco importan las influencias estoicas, y las otras, para el hecho gramatical, pues ya hemos dicho que una ciencia es un sistema operativo aplicado a un campo concreto, y ni sus campos de actividad se confundían, ni sus métodos ni sus fines. Apolonio es alejandrino de nacimiento, de formación y de hechos. Y eso ya muestra sus presupuestos gnoseológicos.

2. *Obra*

La obra de Apolonio era enciclopédica para los dominios de la fonética, la morfología y la sintaxis (su hijo Herodiano cerraría la gramática con los de la prosodia y ortografía). Con ello quedamos libres de dar una árida lista de tratados [26], y nos conformamos sólo con los conserva-

[25] *The syntax of Apollonius Dyscolus,* Amsterdam, 1981, pág. 5. L. Cohn en su artículo «Grammatik», de la *RE,* ya se había referido a las predilecciones de Apolonio.

[26] Para mayor precisión, véase la lista de R. Schneider al frente de los fragmentos de Apolonio (*GG* II, III, págs. VII-X; Egger, 12 sigs.)

dos, que son los relativos al pronombre, al adverbio, a la conjunción, y el *Perì syntáxeōs,* que es el objeto de nuestra traducción, en cuatro libros, de los cuales el último está mutilado.

La cuestión más interesante que ha suscitado la obra apoloniana es saber si su autor la concibió ya al crearla como un sistema cerrado, como una *Téchnē grammatikḗ* que empezaría por las letras y las sílabas, pasando por las partes de la oración, para acabar en la sintaxis, o bien formaría un *corpus* desordenado. Fue G. Dronke [27] el primero en proponer dicha sistematización de la obra de Apolonio, basándose en la ordenación de las *Institutiones grammaticae* de Prisciano que tan de cerca dice haberle seguido (II 24, 7 K: «Apollonius, cuius auctoritatem in omnibus sequendam putavi», y otros ejemplos similares). El punto de partida de Dronke era el «Escolio a Dionisio Tracio, 89, 5 Hilg.», que llamaba a Apolonio y a Herodiano *technográphoi,* esto es, «autores de artes». Pero pronto se vio refutado por E. Hiller [28], A. Lentz [29] y R. F. L. Skrzeszka [30], que no consideraban suficientes las pruebas. De nuevo se mostró a favor G. Uhlig [31], que aportaba como testimonio el «Escolio a Dionisio Tracio, 4, 20», que dice:

> la cuestión es, entonces, por qué los autores de artes las comenzaron de distinta manera: unos por las partes de la oración, otros por la palabra, otros por la sílaba, otros

[27] «De Apollonii Dyscoli *Téchnē grammatikḗ* ad I. Vahlenum epistula critica», *Rh.M.* XI (1857), 549-585.

[28] *Quaestiones Herodianeae,* tesis doct., Bonn, 1866.

[29] En el «Praefatio» a su ed. de Herodiano, pág. XXXIV.

[30] «Ueber die *Téchnē grammatikḗ* des Apollonios», *Jahrb. Class. Phil.* 17 (1871), 630-636.

[31] «Die τέχναι γραμματικαί des Apollonios und Herodian», *Rh. M.* 25 (1870), 66-74.

por la letra, otros por la voz, como también hace Apolonio Díscolo; sólo entre todos Dionisio Tracio, haciendo caso omiso, comenzó por la definición de gramática.

La posición conciliadora la buscó Th. Matthias [32], que pensaba que Prisciano y los Escoliastas se habrían expresado así, porque ellos disponían de ejemplares de la obra apoloniana reunidos en un corpus para las bibliotecas con posterioridad a su autor. Ni una ni otra opinión las aceptan L. Cohn [33] y R. Schneider [34], quien, a su vez, se apoya para negar la ordenación en las palabras de la dedicatoria de las *Institutiones* de Prisciano, que califica la obra de Apolonio de «spatiosa volumina», y la de Herodiano de «scriptorum pelagus», frente a la propia, de «scripta compendiosa». Sea una cosa u otra, mi opinión es que, al menos en lo fundamental, y esto es lo importante, Apolonio entendió su obra como un cuerpo articulado; es lo que se deduce del comienzo de la *Sintaxis,* cuando dice que, tratadas ya las partes de la oración una por una, es preciso acometer la combinación de las mismas en la frase. Apolonio tenía *in mente* el modelo teórico selección-combinación, que fue el principio estructurador de su obra, el más trascendente y el que, en definitiva, debió de condicionar su transmisión a la posteridad. El plan de su obra queda, pues, así: «introducción», seguida de diversos tratados de fonética; después, la clasificación de las partes de la oración, con los tratados relativos a cada una de ellas por separado (de los que conservamos los tres ya mencionados —pronombre, adverbio y conjunción—); para acabar con los

[32] «Zu den alten Grammatikern», *Jahrb. Class. Phil.,* Suppl., 15 (1887), 591-640.

[33] En el artículo de la *RE* «Apollonios 81», II, cols. 136 y sigs.

[34] En el prefacio a los fragmentos, págs. V y sigs.

cuatro libros de la *Sintaxis,* que, según todos los indicios, es el que cerraba el conjunto. Por tanto, Apolonio partía de un principio teórico, al concebir la lengua como una serie de elementos (las partes de la oración) que se hallan relacionados (sintaxis), principio sobre el que estructuró su obra.

3. *Las ideas lingüísticas de Apolonio*

Se ha dicho, al respecto, que Apolonio habría desdeñado ocuparse de la ya entonces secular y manida cuestión de los orígenes y naturaleza del lenguaje. No lo hizo directamente, porque era asunto filosófico más que gramatical, pero hay, en mi opinión, sobrados indicios indirectos para, al menos, esbozar su particular filosofía del lenguaje.

Para él, el origen del lenguaje parece consistir en un proceso de creación individual, que se impone al uso. Ese individuo que Apolonio denomina *stoicheiōtḗs* (creador de los elementos) hay que ponerlo en relación con el *nomothétēs* (el «legislador del lenguaje») del *Crátilo* platónico, rebautizado por Apolonio quizá para no seguir la senda trillada, pero tratándose, en realidad, de conceptos de indiscutible semejanza. Por lo demás, el problema se plantea de igual manera en ambos casos [35]. ¿Quién era ese ser: un individuo, la sociedad o un personaje divino? Sea quien sea, es un ser pensante, pues es sujeto de un verbo de pensamiento como *epinoéō* «idear», «imaginar»; así, nos dice (IV 10): «los creadores del lenguaje tuvieron que *idear* la doble acentuación de las preposiciones»; o, en pasiva, «los pronombres *fueron ideados...*» (I 19 y 20), etc.

[35] Para Platón, cf. mi traducción con introducción y notas del *Crátilo,* Salamanca, 1982.

Tal vez lo que obligó a Apolonio a adoptar esta vía, lo mismo que a Platón, fue su prurito de racionalismo, la necesidad de no dejar el menor resquicio al arbitrio o azar en ningún aspecto lingüístico.

En otro pasaje interesante nos da, aunque de pasada, su concepción de la naturaleza del lenguaje: la idea o sentido primigenio *(énnoia)*, del cual se deduce la forma externa *(onomasía)* que derivó hacia un uso convencional *(trópos)*, evolución que expresa por el verbo *metérchomai* «pasar a...» (III 96). Parece, pues, que Apolonio mantiene, en relación con esto, un concepto próximo al naturalismo platónico y estoico; sin embargo, otras veces se expresa con términos de un sabor más aristotélico; así, cuando habla de la convención de los nombres propios y la llama *symbolikḕ metáthesis* (II 161), *symbolikôs keîsthai* (IV 17), *symbolikôs lambánesthai* (*Pron.* 32, 14).

Con respecto a la formación del lenguaje, su concepto fundamental es el de derivación o transformación a partir de una forma base. Sobre este principio aristotélico se constituye toda la morfología y sintaxis. Dicha forma base, la *prṓtē ekphorá, prṓtē thésis,* está constituida por:

el nominativo singular para los casos y números (II 18)
el masculino para los géneros (III 147)
el indicativo para los modos (III 136)
la activa para las voces (III 148)
el ático para los dialectos (I 28; III 154; IV 61)
en sintaxis el *lógos autotelḗs* frente a los *schḗmata*.

Es, asimismo, aristotélica la idea de que lo primero es lo más perfecto (III 136), como también la de «canon» en cuanto «universal» morfológico u ortográfico, principio que empieza a despuntar en Apolonio.

El estar una forma constituida como base se dice *prouphístasthai* y el hecho de la derivación se expresa por una diversidad de verbos emparentados semánticamente: *apobállō, aphístēmi, metalambanō, metapoiéō, metatíthēmi, paraschēmatídsō,* etc. Todo el material lingüístico y literario puede ser reducido, en virtud del principio analógico, a una serie de tipos o grupos flexionales regulares, *tò holókleron*. Lo que no se somete a las reglas es *tò peponthós, páthos* (II 79 y 93). El mencionado principio analógico se instituye como norma general *tò katholikón,* frente a las excepciones que la violan *(oligoréō)* (III 120 y 146). La pertenencia a una clase analógica se llama *synypárchein*. Todo hecho lingüístico es instituido en función distintiva de la realidad: el nombre, para distinguir la cualidad común o propia; el pronombre, para suplir la carencia de poder deíctico y anafórico de los nombres, cuya necesidad sin los pronombres sería infinita; y por lo mismo se constituyó el principio de la flexión, para que sólo variasen los nombres según las relaciones de la frase, pero no su identificación primordial; después, el género para la distinción del sexo; el adjetivo, para la distinción de los accidentes, y la composición nominal, para cuando había una concurrencia de atributos (II 22 y 23). Acepta, asimismo, Apolonio un orden metafísico del ser con una primacía de la sustancia, la *ousía,* sobre los accidentes *(parepómenon, symbebēkós)*, lo que determina una jerarquía de los seres y de las partes de la oración (I 16-18; II 4) y el orden de la frase.

Hemos hablado de platonismo, de aristotelismo y de estoicismo. Ante esto cabría preguntarse por la verdadera posición filosófica de Apolonio. Y la respuesta no puede ser otra que la de un eclecticismo conciliador ante las gran-

des cuestiones filosóficas y lingüísticas: naturaleza-convención, analogía-anomalía, racionalismo-empirismo. Dar la razón a Crátilo y a Hermógenes, conducirse como Aristarco y como Crisipo y asistir por la mañana a la Academia y por la tarde al Liceo era una postura muy del momento y a la que tampoco se le puede negar su coherencia y su fecundidad. Así, podemos ver en Apolonio, junto al análisis minucioso de los hechos, su preocupación por el sistema; junto al estudio detallado, la sujeción al método, y el culto a la razón sin despreciar el uso, e incluso que aquélla debe ceder ante éste (II 102).

4. *El método de Apolonio*

Si bien en alguna ocasión la obra y el método de Apolonio han sido, por lo que toca a los tiempos modernos, justamente apreciados, sigue siendo un tópico, junto al de los orígenes estoicos, la afirmación de que en la antigüedad no hay verdadera sintaxis, lo que en mi opinión se debe, por un lado, a la manifiesta ignorancia de los textos originales y, por otro, a la costumbre de repetir sin contrastar las opiniones «autorizadas» como recurso fácil que permite eludir la lectura de primera mano. La negación de la sintaxis antigua ha tenido tan buenos valedores como Steinthal [36] y Collart [37], cuyas frases se han repetido sin

[36] H. Steinthal, *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern,* Berlín, 1891, vol. II, pág. 341.

[37] J. Collart, *Varron grammairien latin,* París, 1954, pág. 333: «les anciens n'ont pas étudié l'économie syntaxique de la phrase...». Sin embargo, en «À propos des études syntaxiques chez les grammairiens latins» (1960), ahora en su homenaje *Varron, grammaire antique et stylistique latine* (París, 1978, págs. 195-204, pág. 197), dice: «Si la syntaxe n'est pas traitée, elle existe virtuellement» (?). Tratan de justificar la ausencia: D. Donnet, «La place de la syntaxe dans le traités de grammaire grecques, des origines au xiie siècle», *AC* 36 (1967), 22-48; M. Baratin, «Sur l'absence de l'expression des notions de sujet et de prédicat dans la terminologie grammatical antique», en Collart, 1978, cit. *supra,* págs. 205-209. Antes, en Egger, págs. 87 n. 1, 151, 237, etc.

cesar y han servido para propagar tan discutible suposición. La crítica a la noción de sintaxis en Apolonio se centra en la pretendida ausencia de las categorías o funciones sintácticas admitidas como tales, y por haber estudiado la ordenación de los elementos frásicos y no sus relaciones.

La réplica más inmediata a tales detractores consistiría en preguntarles en virtud de qué principio consideran mejor su concepto de sintaxis que el de Apolonio. Porque puede suceder que, si no encuentran la sintaxis, es porque no es la que ellos buscan; lo cual no es motivo suficiente para despreciar métodos ajenos [38]. Tratando de obviar este peligro y de no hacer la crítica desde posiciones modernas y anacrónicas —como pueden ser el logicismo de Steinthal [39] o, por el lado contrario, el generativismo de Householder—, vamos a enfrentarnos a esta cuestión procurando al menos la objetividad que emana de las propias palabras del autor.

El primer hecho que salta a la vista es la voluntad de Apolonio de hallar los fundamentos gramaticales de la teoría sintáctica. Para ello parte de una analogía metodológica básica: la letra es a la sílaba lo que la palabra es a la oración, es decir, de la misma manera que existe una determi-

[38] Hasta el punto de calificarlos de «necedades», como Brugmann-Delbrück, *Vergleichende Grammatik, III, 1, Syntax:* «An diese *Thorheit* knüpft Apollonios in der grundlegenden Stelle seiner Syntax an».

[39] Cit. *supra.* Y ya en F. Householder (ed.), *Syntactic Theory,* 1, Harmondsworth, 1972, Introducción.

nación fonética en la constitución de la sílaba, del mismo modo existe una determinación sintáctica o de coherencia *(katallelótēs)* en la constitución de la oración. Por tanto, la *sýntaxis* es una exigencia que abarca a todos los niveles del lenguaje; si bien, en el presente tratado, el objetivo se centra en el nivel superior, la construcción de la oración. Ya sabemos que Apolonio opera, en cuanto al método sintáctico, dentro de un proceso doblemente orientado de análisis-síntesis. El dominio de la sintaxis lo constituye la oración perfecta, el *autotelès lógos,* que presenta dos requisitos básicos: formación, al menos, por dos elementos (nombre-verbo) y la coherencia *(katallēlótēs).* Los elementos oracionales se distribuyen en clases que se definen por un conjunto de categorías, rasgos o variables (accidentes gramaticales), cuyo ensamblaje es lo que determina la perfección oracional. El estudio de las leyes que rigen esas relaciones de ensamblaje correcto de los elementos en la oración es el fin de la sintaxis. Y, contrariamente a lo que se suele admitir, esa coherencia se realiza en el doble nivel de los contenidos y de la forma; pues Apolonio habla de que «la oración perfecta [se constituye] de la coherencia de los significados», significados que son cada uno por sí un elemento de la oración (I 2 y 9; IV 16); pero también dice que «la coherencia o incoherencia gramaticales no reside en los contenidos, sino en la construcción de las palabras, las cuales son susceptibles de ir transformándose en la forma adecuada, manteniéndose siempre los contenidos básicos» (III 10).

Y sigue, en parágrafos sucesivos, demostrando cómo la coherencia oracional se deriva de la adecuación formal *(tautótēs katà phōnḗn,* III 27) de las distintas variables o accidentes que definen los elementos de la oración: géneros, números, casos y personas (III 13 ss.). En consecuencia, «las palabras... distribuidas en la frase según sus funciones peculiares, rechazan en virtud de la propia secuencia a aquellas que aparecen en la función que no les corresponde» (III 22). Vemos, pues, cómo la sintaxis oracional se realiza a un doble nivel: los elementos formales de la palabra *(idía thésis)* determinan la secuencia adecuada *(akolouthía)*; de la misma manera, el significado, o mejor, la función *(idía énnoia)* de cada una determina la coherencia *(katallēlótēs)* del conjunto. ¿Cuáles son estas funciones? Quizá la originalidad mayor de Apolonio resida justamente aquí, es decir, en dar operatividad sistemática a conceptos tradicionales. Los nombres designan cuerpos, y propio de los cuerpos es el actuar y el sufrir *(tò diatithénai kaì tò diatíthesthai),* «[y de ellos] nace la propiedad del verbo, esto es, la acción y la pasión» (I 16), que es lo que se denomina *diáthesis,* traducido por el término confuso de «voz», pero que significa «la disposición» en que se halla un cuerpo o concepto con respecto a la acción, como agente o como paciente. La propia acción del verbo puede ser completa en sí misma (verbos intransitivos), o incompleta y que precisa completarse con un objeto (verbos transitivos) al que «pasa» la acción del sujeto; o ser indiferente a la «disposición», de donde resultan los verbos de existencia o copulativos, cuya función es únicamente poner en relación dos conceptos (III 156 ss.). Al considerar a la acción verbal como el elemento catalizador de la oración, las relaciones sujeto-objeto están entendidas como actividad-pasividad, de ahí su dependencia e intercambio con las «voces»: el nominativo es el caso del agente en la activa, y el acusativo el caso paciente *(tò pathētikón),* y por eso puede mantenerse esta relación al cambiar la disposición verbal en la pasiva (III 178). Pero no sólo es esto, pues, en definitiva, las distintas construcciones verbales

(enklíseis) son una consecuencia de las distintas «disposiciones» con respecto a la acción [40].

Vemos, por tanto, contra tantas afirmaciones preconcebidas, cómo son operativos en Apolonio el concepto de oración, las relaciones sintácticas, el concepto de función, etc. Pero vayamos por partes.

a) Hemos visto ya que Apolonio se sitúa, como presupuesto básico, en el cuarto y último nivel de descripción lingüística, el de la oración, y su objetivo expreso es la *sýntaxis toû lógou.* También hemos hablado del doble nivel a que se realiza la oración, el semántico, como expresión de un sentido perfecto o autosuficiente, pero también el funcional: «Los casos oblicuos se conectan con los rectos por medio de un verbo inserto entre ambos, la acción del cual pasa del nominativo ⟨recto⟩ al oblicuo» (I 137). Los elementos fundamentales de la oración son nombre y verbo y los demás se realizan en relación con ellos (I 36). Por otro lado, el concepto gramatical de oración es algo que ya estaba operante en el *Manual* de Dionisio, más de dos siglos anterior [41]. Es mérito de Apolonio el haber superado la concepción semántica tradicional.

b) Se diga lo que se diga, Apolonio tiene muy claras las diversas funciones sintácticas o semántico-sintácticas; así, las de sujeto-objeto se expresan de muy diversas maneras: *ho energôn-tò energoúmenon, ho drôn-tò drṓmenon, ho diatitheís-tò diatithémenon, tò hypokeímenon-tò epigegenēménon* (I 72; III 148), y otras variantes; el objeto indirecto es, asimismo, considerado en III 178, y un largo etcétera. ¿Por qué va a ser más noción sintáctica «el sujeto» que «el agente», «el que realiza la acción», etc., que son los que encierran, en definitiva, el concepto gramatical de sujeto? Otro error consiste en suponer que, para los antiguos, los conceptos de caso recto-caso oblicuo, o nominativo-acusativo, etc., designaban formas, y esto no es verdad. En Apolonio la consideración de caso recto-caso oblicuo no es morfológica sino sintáctica: el caso «recto» es el que está «ordenado» o está en «orden coincidente» con la persona verbal (IV 46); es, por tanto, el caso del sujeto y sus aposiciones —el vocativo—, frente al oblicuo, que es el «desviado» o no coincidente con la persona del verbo (IV 18). De ahí que Apolonio utilice normalmente los conceptos y términos de «recto-oblicuo» para designar las funciones, frente a «nominativo-acusativo» aplicados más raramente, y en general, para referirse a formas. Además, los griegos denominaron «partes de la oración» a las categorías gramaticales; por tanto, querían designar funciones, no formas. El propio concepto de función está expresado en el de *dýnamis* y todas sus variantes, concepto que, a su vez, se subsume en el de significación. Del concepto de función se deriva, asimismo, el de trasposición *(metálēpsis, metáptōsis)* o empleo de una parte de la oración en función de otra (II 33). Apolonio intuye también la noción de complemento cuando habla de los acompañantes de los verbos: *tà synónta tôn rēmátōn* (II 149). De los conceptos de actividad-pasividad y transitividad-intransitividad (y reflexividad) ya hemos hablado. Todo esto es sintaxis *per se.*

[40] F. Lambert, «Le terme et la notion de διάθεσις chez Apollonius Dyscole», en Collart, *supra cit.*, 1978, págs. 245-252, ha sabido captar mejor que la mayoría el alcance sintáctico de este concepto. De empleo muy general, constituye una de las categorías estoicas.

[41] Prescindiendo ahora de la noción oracional de Platón y Aristóteles, dependientes de sus concepciones metafísicas. Para el primero, constituida por la estructura nombre-verbo (lo permanente-lo cambiante); para el segundo, por la estructura sujeto-predicado (la sustancia primera como sujeto de la predicación-categorías).

c) También se le ha criticado a Apolonio el no haber distinguido relaciones sintácticas [42], en particular las de concordancia y rección. Sin embargo, yo pienso que sí y de manera clara. Yo las llamaría «relaciones *syn-*» y «relaciones *epi-*», que se expresan en dos verbos clave de la sintaxis apoloniana: *symphérō* y *epiphérō*. Con el primero y toda una serie de equivalentes (verbos como *symparalambánō, synérchomai, synéchō, synodeúō, synypárchō*, etc., y sustantivos *synépeia, sýnodos*, etc.), se designan aquellas relaciones de igualdad, o de acuerdo, como son las de sujeto-verbo, artículo-nombre, etc.; con el segundo se designan las relaciones de dependencia o rección (y sus equivalentes, *epidsētéō, epartáō*, etc.), como las de verbo-objeto. Ambos tipos responden a dos principios lógicos diferentes a la hora de establecer las relaciones (de conexión y dependencia o de correlación y eficiencia) entre los términos. Cuando dichas relaciones se encuentran organizadas de manera correcta, se produce la *katallēlótēs* o coherencia oracional. Es, por tanto, la búsqueda de esta última, así como de las causas que la determinan y excluyen, el principal objetivo de la sintaxis. A propósito del concepto, sus orígenes y significado se han vertido toda suerte de opiniones. Aun a riesgo de hacer excesivo énfasis en el influjo de la filosofía en la gramática, pienso que es necesario remontarse al uso (discutido) que hace Aristóteles de *katállēlos* [43], aplicado a las relaciones sujeto-predicado, lo que

[42] Desde E. EGGER, *Apollonius Dyscole. Essai sur l'histoire des théories grammaticales dans l'antiquité*, París, 1854, «Ne trouve-t-on nulle part chez lui cette division, ni élémentaire à nos yeux, de la syntaxe en deux sortes de règles: les règles d'*accord*, et les règles de dépendance ou de *régime*»; STEINTHAL, *Geschichte...*, pág. 347; BLANK, *Ancient philosophy...*, pág. 7, etc.

[43] Antes que del estoico λόγος καταλλήλως / ἀκαταλλήλως συντετάγμενος, que K. BARWICK, *Probleme der stoischen Sprachlehre*

se adapta perfectamente a la noción de coherencia sintáctica apoloniana, reconocido ya que para él nombre y verbo son los elementos esenciales de la oración y, por eso, los denomina «los más auténticos», «los fundamentalísimos». En consecuencia, son ellos dos los que catalizan todo el sistema de relaciones de las demás partes: «dado que el resto de las partes de la oración entran en relación sintáctica, ya sea con el verbo, ya con el nombre, de lo que recibieron su denominación, es preciso considerar en cada una de ellas la que se usa con y la que se usa en sustitución de aquéllas, o bien en ambas, como los pronombres que se usan en lugar de los nombres y con los nombres, y lo mismo los participios, en lugar de los verbos y con los verbos, y así las demás partes de la oración» (I 36) [44]. Es obvio que este tipo de relaciones, que se pueden reducir a dos: conexión y sustitución, son de distinta índole que las anteriores, pero son importantes, porque a partir de ellas es posible establecer el plan de la obra [45], al que después hemos de volver.

d) Apolonio puede ser considerado, asimismo, el primero que dio un juego importante en su sistema al concepto de elipsis. A través de Prisciano pasaría al Brocense y a toda la tradición gramatical europea. La noción de elipsis se deriva de la consideración sintáctico-semántica oracional como la perfección o «completud» de forma y sentido *(autotéleia)*. Perfección, para un griego, no era la posesión de todo, sino la ausencia de necesidad. Luego la

und Rhetorik, Berlín, 1957, págs. 25 y sigs., coloca como punto de partida de la sintaxis.

[44] Parecido resumen en *Adv.* 121, 4-13.

[45] Como ya vio L. LANG, *Das System der Syntax des Apollonios Dyskolos*, Gotinga, 1852, pág. 21, estas relaciones son conexión (*symparalambanómenon*) y sustitución (*anthypagómenon*).

elipsis es lo que debe suplirse para que no haya necesidad de algo. Y lo que va más allá de la suficiencia es exceso. Es ésta una idea básica de la filosofía griega desde Sócrates. La elipsis es considerada por Apolonio a todos los niveles lingüísticos y explicada desde el lenguaje (II 94); no es, por tanto, una figura poética (III 166), como sigue escribiéndose hoy en día [46]. Sin entrar a discutir tan actual tema, me limito a indicar que el concepto de elipsis es sintáctico (como el contrario de pleonasmo) y presupone el de oración perfecta: lo que se opone a ella puede constituir una figura gramatical *(schêma)*, si posee una motivación consciente y voluntaria, o bien un solecismo, si es inconsciente e involuntaria, por ignorancia de la gramática. Lo retórico o estético que pueda haber en ella es secundario. En relación con esto hay que poner la clara distinción apoloniana entre gramaticalidad y aceptabilidad (III 9 ss.).

Otro punto de partida de muchas críticas injustificadas es resultado de la ignorancia de los medios en que desarrollaba su actividad y de los fines a que destinaba su obra. En primer lugar, Apolonio se mueve en un medio escolar superior. La escuela es, en buena medida, la causante de la asociación de gramática y estudios literarios. La finalidad de la escuela es enseñar a hablar y a escribir correctamente, o sea, enseñar la gramática, y su medio es el conocimiento de la literatura clásica. De ahí que la escuela haya condicionado el modelo gramatical. Por ejemplo, privilegiando lo descriptivo o morfológico sobre lo sintáctico, de ahí que el concepto de oración quede diluido en el de sus componentes, lo que produjo como consecuencia una in-

[46] Por ejemplo, A. Scaglione, *The classical theory of composition*, Chapel Hill, 1972, pág. 33. Con vacilaciones y sin considerar los verdaderos orígenes, J. M. Hernández Terrés, *La elipsis en la teoría gramatical*, Murcia, 1984.

distinción, por falta de planteamiento, de categorías morfológicas o descriptivas y de funciones sintácticas. Agravado ello, quizá, por el hecho de que ya desde antiguo se había producido en la filosofía tal confusión, al designar con *ónoma* y *rêma* («nombre» y «verbo») las palabras que funcionan como sujeto y como predicado oracionales, las únicas que poseen significado independiente. Pero que no haya una distinción clara y tajante entre formas y funciones tampoco implica la negación pura y simple de *la sintaxis,* en la antigüedad, desde planteamientos exclusivistas modernos, pues *la sintaxis* no existe, sino teorías sintácticas con principios y objetivos muy distintos. Por ejemplo, un requisito sintáctico legítimo puede ser la construcción de una oración empíricamente perfecta, lo que explica toda la complejidad del entramado de relaciones con que tiene que vérselas Apolonio, dado que las posibilidades de conexión de las «partes de la oración» son muy numerosas y, hasta cierto punto, imprevisibles. Estamos, pues, ante una obra marcada por la escuela superior, como otros muchos indicios hacen suponer, desde los ejemplos y los nombres que aparecen en ellos hasta el propio estilo de la obra, todo lo cual «parece evocar el ambiente del aula» [47]. Otro indicio interesante de lo escolar y que ha pasado desapercibido es que Apolonio denomina, en una ocasión, a sus «reuniones» pedagógicas o seminarios *synagōgḗ* (I 13), esto es, sinagoga, que puede ser un uso genérico, pero cuyo sabor judío no extraña en una ciudad importantísimo centro hebreo y si tenemos en cuenta, además, que nos encontramos en los años posteriores a la destrucción de Jerusalén. Todo hace pensar, pues, en las lecciones orales de un profesor que enseña la literatura al más alto nivel, lo cual nos lleva a ocuparnos de la finalidad de su obra.

[47] Householder, Introd. a *Syntactic...*, 1, pág. 6.

Apolonio es, ante todo, un filólogo de fines y de contenidos, y como tal se siente en la tradición alejandrina: el escribir su obra «por ser de la más absoluta necesidad para la interpretación de los poemas» (I 1); el paralelismo que establece entre la sintaxis y la ortografía (I 8), y no con la dialéctica estoica; sus citas incomparablemente más numerosas, sean elogiosas o polémicas, son de filólogos alejandrinos: Zenódoto, Aristarco, Trifón, Habrón y tantos otros; en fin, como todo el mundo puede ver, el cierre de toda teorización viene a resultar la exégesis homérica; es Homero, sobre todo, el punto de arranque, el que ilustra y concluye todo razonamiento. Esta finalidad filológica tenía que condicionar decisivamente su método. Le vedaba, ante todo, el nivel de generalización y el de abstracción lingüística que pudieran llevar a hablar de su obra como filosófica, especulativa o universalista [48]. Los griegos carecieron de la noción de «lenguaje»; para ellos, existía «su» lengua con desprecio de todas las demás, incluida la de sus dominadores; quizá la abstracción más próxima a su concepto de lenguaje sea, precisamente, el de gramática. Por tanto, no puede hablarse de gramática filosófica en cuanto válida para todas las lenguas porque pretenda fundarse en las leyes del pensamiento discursivo. Cuando Apolonio habla de *lógos* no se refiere a la razón del sujeto gnoseológico, a sus categorías mentales, sino a la racionalidad del método. Su mérito consiste en haber superado el nivel filológico elemental, el nivel del texto *(anágnōsma)* y haberse elevado a la investigación de las causas *(epexergádsomai* —II 59), y en haber aplicado un método de razonamiento sistemático *(tòn emmethódōs apodeichthénta lógon* —II 113) con vistas a una fundamentación teórica,

[48] Aspecto que, en mi opinión, exagera D. L. Blank.

y no sólo basada en la *auctoritas* de los hechos literarios (II 49). Y cuando ambos, uso y teoría, entran en conflicto, es ésta la que debe prevalecer y lo superior (II 102; III 46, 158), sin que ello signifique que Apolonio mantiene una postura antiempírica radical, máxime cuando él mismo se siente en la tradición gramatical helénica (I 60), y, eso sí, en un nivel superior (la sintaxis) y con un método racional y sistemático que consiste en la sujeción a la teoría, constituida a su vez sobre el principio analogista. Lo cual es la prueba más contundente del aristotelismo y el alejandrinismo de Apolonio. Aunque la analogía es un método universal de argumentación y conexión de términos, el primero que plantea un análisis formal del método analógico es Aristóteles. Y no hay ningún motivo suficiente para sorprenderse [49] de que aparezcan escasas veces en Apolonio los términos «analogía» y «análogo», porque cualquiera puede ver que su modo de razonamiento es analógico y para expresarlo posee un largo rosario de fórmulas, que no vamos a enumerar aquí. Se refiere, asimismo, nuestro autor a los criterios de comparabilidad establecidos en Alejandría desde Aristófanes de Bizancio y Aristarco (II 15), y da muestras de conocer los mecanismos teóricos del método, pues hace uso de los diversos tipos de analogía: la equiparación de dos, tres, cuatro o seis términos, como en III 74, o da muestras de ser consciente de la productividad lingüística del método analógico, como en III 106, donde se deducen las formas teóricas de la primera persona del imperativo, o en III 110, etc. [50].

[49] BLANK, *Ancient philosophy...*, pág. 27.

[50] En *Pron.* 50, 4 ss., se refiere a cómo la ley de la analogía no actúa ciegamente *(eksomalídsō)*, presentando la lengua excepciones, cf. *Synt.* III 44. Otros términos para expresar la anomalía son *oligoréō, sigáō, ou rētón, ou systatón.*

La discusión podría seguir eternamente, pero vamos a acabar con las mismas afirmaciones que comenzaban este apartado: no se puede descalificar la obra de un autor antiguo desde presupuestos modernos, también criticables, y menos aún cuando la crítica se hace desde ideas preconcebidas y desde la ignorancia del autor en cuestión. Lo cierto es que Apolonio se esforzó en la búsqueda de los fundamentos lógicos de una teoría susceptible de ser aplicada metódicamente a la sintaxis. Esfuerzo que la posterioridad apreció hasta el punto de considerar que era la única que merecía ser conservada de entre todas las de su tema y época.

5. *Análisis de la «Sintaxis» y plan de la obra*

Libro I

La parte introductoria (I 1-35).

Determinación *in medias res* del tema, la sintaxis, que queda así engarzada en su sistema gramatical, entendido como un proceso de análisis (estudio de las partes de la oración por separado) — síntesis (la construcción de las mismas en una oración coherente), objetivo que se considera de importancia filológica transcendental (1).

Justificación teórica de dicha elevación al nivel oracional en que es un nivel lingüístico de análoga fenomenología al resto de los niveles: lo mismo que existe una ordenación predeterminada de elementos en la sílaba y de sílabas en la palabra, así también de estas últimas, las palabras, en la oración (2), lo que se demuestra por la igualdad de restricciones y accidentes que actúan sobre todos los niveles, afecciones que pueden ser por exceso (pleonasmo) o por defecto (elipsis), por reducción (sinalefa), expansión (diéresis) o trasposición (metátesis) (3-11).

El paralelismo de niveles entre la letra y las palabras: lo mismo que de las letras unas tienen valor por sí mismas, las vocales,

y otras no, las consonantes, así también en las palabras unas tienen sentido por sí mismas, nombre, verbo, etc., y otras no, preposición, conjunción (12); y lo mismo que hay un orden alfabético en las letras, también lo hay en la enumeración de las partes de la oración al igual que en las demás categorías gramaticales: casos, tiempos, géneros (13).

El orden de las partes de la oración es una imitación de la oración perfecta, cuyos dos elementos esenciales son el nombre y el verbo, de ahí que jerárquicamente les corresponda la primacía sobre los demás (14-18).

Fundamentación lógica de dicho orden, primero el nombre, después el verbo, y no el pronombre (19 y 20), luego el participio, el artículo, el pronombre, la preposición, el adverbio y la conjunción (21-29).

Inciso, antes de pasar a la construcción de cada parte por separado, para mostrar por qué los interrogativos tienen cabida en dos categorías, la nominal y la adverbial; inciso que, en realidad, sirve como una prueba más de que el nombre y el verbo son las partes «vitales» de la oración, pues se puede ignorar e interrogar por los atributos de la esencia, que se expresan por el nombre, y por la índole de la acción que se expresa por el verbo (30-35).

Con esto termina la introducción, que tiene como objetivo la justificación teórica del estudio de la sintaxis y, sobre todo, la demostración de que nombre y verbo son los elementos fundamentales de la oración, principio que servirá, a su vez, para la estructuración de la obra, y no el orden anterior, ya que el resto de las partes de la oración entra en relación sintáctica ya sea con el verbo ya con el nombre, dando lugar a tres tipos distintos de relaciones o, digamos, formando tres categorías de agrupaciones sintácticas:

1) Relación con: artículo-nombre / pronombre / verbo; nombre-verbo; verbo-adverbio.
2) Relación pro: pronombre / nombre.
3) Relación con y pro: pronombre : nombre; participio : verbo.

Esto implica que la primera parte a tratar es el artículo determinado, que se relaciona con el nombre, pronombre y verbo precediéndolos. (A este respecto, es curioso constatar que Apolonio no estudia la sintaxis del nombre por sí mismo; parece como si, conforme a un razonamiento aristotélico, considerase al nombre como elemento cero, el punto de partida y catalizador de todos los demás, y en cuanto que expresa la *ousía,* la base en la que se asientan los otros; son, por tanto, los otros los que se construyen con él, no él con los otros.) El primer lugar le corresponde, pues, al artículo determinado, por preceder al nombre (36-141).

Crítica de la definición tradicional de artículo, que considera la función de éste el distinguir el género de los nombres (38-42).

Función del artículo es la anáfora, que puede significar «por excelencia», o también la «posesión única», la anáfora simple, y la anáfora «por anticipación» (43-44).

Estructuración (45) del tratamiento sintáctico del artículo: las palabras que lo llevan, las que no lo llevan y las que unas veces lo llevan y otras no, empezando por los nombres de las letras (46-49), y siguiendo con el artículo con infinitivo, el cual no les hace cambiar de categoría (50-52), ni al artículo ser considerado adverbio por acompañar a un verbo, el infinitivo (53-56).

El artículo con el genitivo partitivo (57-59).

El establecimiento de una norma sintáctica es básico para la filología (60-62), como se demuestra con el uso de ἄλλος (otro) que puede requerir o no artículo (62-64); en el empleo del artículo en la construcción epistolar (65-68).

Estudio de aquellas partes de la oración que no pueden llevar artículo, como ἀλλήλων «unos y otros» (70) y ἀμφότεροι «ambos» (71-72). Tampoco pueden llevarlo los vocativos, pues Apolonio demuestra que la partícula ὦ (¡oh!) no es el vocativo del artículo, como se creía (73-85); y lo mismo por lo que respecta a los interrogativos e indefinidos (86-92), y a los títulos de las obras literarias (93).

El uso del artículo con los pronombres, de donde resultó una clasificación de los mismos como «sin artículo» y «con artículo»: lo rechazan los pronombres personales y demostrativos (94-97), y lo admite αὐτός (mismo) (98); contra esta norma está el uso ático del artículo con el acusativo del pronombre personal (99).

Cuando acompaña a los posesivos, el artículo no se refiere al posesivo, sino al nombre que expresa la posesión, lo poseído (100-104).

Estudio de los nombres que unas veces lo llevan y otras no, conforme a las exigencias sintácticas y funcionales del artículo (105-108), y también de los adjetivos (109) y participios (110-114).

Excurso para negar la existencia de imperativos de futuro (115-116).

Construcción del artículo con los grupos nombre-participio y nombre-adjetivo y con el orden invertido (117), y cuando el nombre tiene un genitivo posesivo dependiente de él (118).

Las construcciones interrogativas y su exigencia o falta del artículo (119-130).

Sintaxis de los posesivos (131-135).

Del encuentro de dos artículos, tipo «el del hombre», etc. (136-141).

Con esto termina el tratamiento del artículo determinado o prepositivo, y se pasa al del artículo pospositivo o pronombre relativo, concretamente al de las diferencias funcionales entre ambos (142-157).

Interesante interpretación apoloniana de la oración de relativo como una copulativa subyacente (143-144), o analizable como un pronombre anafórico (145-147).

La no concordancia en caso del relativo con su antecedente (148-149), pues al depender de otro verbo tiene que adecuarse a él (150), lo cual, esto es, su conexión inmediata con un verbo, sirve de criterio diferenciador entre el artículo y el relativo (151-154).

Relativos distintos con un verbo en común (155-157).

Libro II

A la sintaxis del artículo debe seguir la del pronombre (1-170), pues si aquéllos se usan con el nombre, éstos lo hacen en lugar de los nombres y no admiten artículo (1).

Su función sustitutiva determina sus peculiaridades de flexión: en caso, para poder sustituir al nombre, y en persona, para poder acompañar al verbo (2-4).

Propiedades de los pronombres: la deixis absoluta y la contrastiva (6-7); la deixis y la anáfora (8-14); los pronombres formando series correlativas por personas (15-17), pero sin someterse a la norma de flexión analógica, es decir, «yo» no se corresponde analógicamente con «de mí», etc. (18-25); sí se sujetan ἐκεῖνος y αὐτός (26-27).

(Si hacemos un inciso, podremos aclarar las ideas de Apolonio sobre el pronombre y sus clasificaciones. Pronombre es lo que designa una sustancia [*ousía*] sin los accidentes [51], frente al nombre que designa la sustancia y los accidentes [*Pron.* 9, 7-10; 26, 14]. Por tanto, quedan excluidos por definición los interrogativos e indefinidos, incluidos en la parte nominal, y los relativos, considerados artículos pospositivos. Son pronombres, pues, los personales [primitivos], los posesivos [derivados] y los demostrativos, más αὐτός, intensivo y personal de tercera persona en los casos oblicuos.

- Pronombres
  - Deícticos
    - Personales de 1.ª y 2.ª persona
    - Demostrativos
  - Anafóricos: Personales de 3.ª persona

- Personales
  - Simples
    - [orto]tónicos: enfático-contrastivos
    - átonos: absolutos, no contrastivos
  - Compuestos: reflexivos.)

[51] Definición que adoptó Prisciano, y que tuvo tanta trascendencia teológica en la Edad Media. En ello está, pienso yo, el motivo principal de que Prisciano «esté en el infierno» (Dante, *Divina Comedia,* canto XV del «Infierno»).

El uso pronominal del artículo: en Homero (28-31); cuando su referencia es a algo desconocido, su valor se vuelve indefinido (32) por lo que han de ser considerados pronominales (33), debiéndose contar también entre ellos a οὗτος, como se deduce de su forma (34-36), así como a los acabados en -δε, cuyo origen se explica (37-39).

La verdadera función de los pronombres de primera y segunda persona es sustituir a los nombres, no por desconocimiento de los mismos, sino porque el nombre no puede ser usado (40-44); y el valor deíctico la de los pronombres de tercera persona (45-46).

Verbos («ser», «llamarse») que admiten sujetos nominales en primera y segunda persona (47).

Construcción de los casos oblicuos del pronombre con los verbos (48).

La presencia del pronombre en nominativo hace más completa la frase (49), si bien, cuando se incluyen, se establece un contraste o intensificación de las personas (50-53), y por tanto, los pronombres en nominativo no pueden ir enclíticos (54-55).

En tercera persona es siempre necesaria la presencia del pronombre debido a su infinitud (56).

Si en nominativo-sujeto los pronombres tienen que ser tónicos, en los casos oblicuos es posible la doble acentuación en virtud de la sintaxis de los mismos (57-58). Así, es tónico cuando está copulado a otra palabra (59-65), y lo mismo cuando hay coordinación disyuntiva o por ἕνεκα (a causa de) (66-68), o depende de una preposición (69-72).

Cuando los pronombres preceden al verbo son tónicos; después de él, enclíticos; pero se encuentran excepciones (73-77).

Son también tónicos los pronombres en expresiones de ira (78).

Las formas largas son tónicas frente a las breves (79-80), como las formas de dual de primera y segunda persona frente a las de tercera que son enclíticas (81-82).

No pueden ser enclíticos ἐκεῖνος y οὗτος (83), pero sí αὐτός (84). Tampoco puede serlo el artículo con valor pronominal (85).

Son tónicos los que llevan detrás de sí el αὐτός; si les precede, pueden ser enclíticos (86-88).

Si están en la misma persona del verbo, son siempre tónicos; si no, pueden serlo o no serlo (89).

Aunque Homero todavía no conoce el uso, los pronombres reflexivos son los compuestos frente a los simples personales propiamente (90-94), de ahí que utilice Homero las formas tónicas para el reflexivo, aunque no siempre (95-102).

Exposición de la sintaxis de los posesivos, derivados de los personales, en el genitivo de los cuales se pueden reconvertir (103-116), pero siendo posible distinguir cuándo es el personal y cuándo se trata del posesivo (117-123), si bien se encuentran unos cambiados (124-129).

Inciso para abordar el uso de la forma σφῶι, dual del pronombre de tercera persona (130-132).

Uso del compuesto ἐμαυτοῦ (de mí mismo) (133-137), cuyo nominativo y, en general, el de estos compuestos están vedados tanto por el uso como por la razón, incluso en función de genitivo posesivo al no coincidir con la del nominativo-sujeto (138-140).

Causas de la inexistencia de tales nominativos compuestos (141-145).

Tampoco ἐγώ puede ir unido a αὐτός (146).

El recíproco ἀλλήλων debe carecer igualmente de nominativo (147-149).

De las formas de plural del reflexivo, sobre si deben ser consideradas compuestas o no (150-159).

Causas por las que no puede haber formas compuestas del reflexivo en plural (160).

De la formación de los pronombres étnicos ἡμεδαπός y ὑμεδαπός (161-162), los cuales son derivados del pronombre personal (163-165), pero no pueden serlo de las formas del singular ni del de tercera persona (166-170).

Libro III

El estudio de los pronombres en el libro anterior ha dado pie para considerar casos de incoherencia oracional. Así:

Pronombres de tercera pueden aparecer con formas de primera y segunda (1-2), aunque no todos (3).

No hay solecismo en el uso de los pronombres compuestos plurales de tercera para la primera y segunda personas (4-5).

Es necesario el estudio de las causas de la incoherencia sintáctica (6-7).

El solecismo no debe confundirse con el barbarismo que es el error léxico (8-10).

No hay solecismo en compuestos del tipo «undécimo» (11-12).

La causa de la incoherencia es la inadecuación de las categorías gramaticales (13-16).

No puede haber, por tanto, incoherencia cuando una parte de la oración carece de esa categoría, pero sí en caso contrario, por ejemplo, los adverbios de tiempo (17-19).

No la hay, nuevamente, sin embargo, por lo que se respecta a las conjunciones, que carecen de dichos accidentes (20-21).

Por eso, las palabras que adoptan flexión deben adecuarse en la forma a la función correspondiente (22-26).

A veces puede ser aceptable una expresión, a pesar de no ser gramatical (27-34).

Discusión contra Trifón de si el pronombre «tú» es nominativo o vocativo (35-41).

Otros pronombres, además del «tú», que pueden tener o no tener vocativo (42), como el vocativo de los posesivos (43-47).

De la coincidencia de los personales y posesivos (48), y del relativo y el posesivo (49).

La construcción del verbo en singular con el sujeto neutro plural (50-53).

Sigue, a continuación, la sintaxis general del verbo según los distintos accidentes: modos, tiempos, voces, personas, cuáles ad-

miten unas u otras voces, y cuáles rigen unos casos y cuáles otros (54-190).

Discusión de si el infinitivo es un modo e, incluso, si es verbo, o bien debe ser incluido entre los adverbios, como algunos opinan (55-61). Apolonio opina que el infinitivo es el primero de los modos, y no el indicativo como en otras ocasiones había admitido (62).

Uso homérico del infinitivo por imperativo y del infinitivo epistolar (63-65).

El infinitivo dependiente de δεῖ y χρή (es preciso), que no son adverbios, sino verbos (67-77).

La construcción de los casos con infinitivo, en particular del acusativo con infinitivo (78-87).

El indicativo: significado y función (88-89).

La negación de las formas modales (90-92).

El indicativo en la interrogación y en la afirmación (93).

El optativo y la expresión del deseo con adverbios (94-97).

Los optativos de pasado (98-99) y de presente y aoristo (100).

El imperativo y sus tiempos (101-102); las segundas y terceras personas del mismo, y si puede haber imperativos en primera persona (103-107).

Mezcla del imperativo y del exhortativo; lo que lleva a la consideración de imperativos de primera persona (108-111).

De la relación entre la tercera persona del imperativo y la segunda (112-115).

Coincidencia de formas con el indicativo y maneras de distinguirlas (116-122).

El subjuntivo o dubitativo por su significación (123-126), o por el de las conjunciones que le acompañan, como sucede con las expletivas (127-130).

Formas verbales que rigen ἐάν y ἵνα (131).

El subjuntivo tiene como forma base al indicativo (132-136).

Causa por la cual ἐάν y ἵνα no pueden construirse con formas de pasado (137-139), sino con subjuntivo (140). No pueden, por tanto, ser consideradas las formas de ellas dependientes subjuntivos de futuro, sino de aoristo (141-146).

Estudio de la voz y sus peculiaridades, pues no todos los verbos tienen las tres voces (147), ya que hay verbos en activa que no significan actividad, como los de existencia, y, consecuentemente, no pueden tener pasiva (148-149).

Otros verbos, a pesar de ser activos, no pueden formar una pasiva, pues ya la significan, como «sufrir», «alegrarse», «morir», etc. (150).

Otros, por el contrario, son pasivos de forma, pero significan una actividad, y, por tanto, tampoco pueden tener activa: «ser violento», etc. (151).

Otros sólo pueden aparecer en la tercera persona pasiva (152-153), lo que sirve para dilucidar un problema textual en Píndaro (154).

De los verbos intransitivos y transitivos (155-156).

Los verbos transitivos pueden cambiarse en pasivos (157).

Del régimen de los verbos con acusativo (159-169). Excurso sobre los verbos que expresan las acciones en que se basan las sensaciones (170-171), y sobre φιλέω y ἐρῶ (172).

Del régimen de los verbos con genitivo (173-176) y con dativo (177-179).

Distinta significación de los verbos con unos casos u otros (180-182).

De nuevo verbos que se construyen con dativo (183-188).

Los participios se construyen como las formas personales correspondientes (189-190).

Libro IV

Detrás de los verbos viene el estudio de las preposiciones.

Las preposiciones se construyen en aposición o en composición (1-2).

De la trasposición de las preposiciones bisilábicas agudas, lo que provoca su cambio de acento a la penúltima, fenómeno que se denomina anástrofe (3-11).

Las preposiciones no pueden acompañar a los nominativos y vocativos (12-15), si no es en composición junto con sus causas

(15-17); sólo pueden aponerse a los casos oblicuos (18-19), e incluso puede pensarse si no pertenecen al verbo (como adverbios) (20-21).

Casos de duda, cuando el nominativo es igual al acusativo (22-25).

Estudio particular de διότι y καθότι (26-31).

Con los verbos las preposiciones van siempre en composición, contra la opinión de algunos (32-41).

Verbos que presentan aumento y reduplicación delante de la preposición (42-44).

Más razones por las que se demuestra que los verbos llevan las preposiciones en composición (45-49).

Los participios se comportan, al respecto, como los verbos correspondientes (50-52).

Con los pronombres, las preposiciones van en aposición (53), igual que con los artículos (54); consigo mismas pueden ir en composición y en aposición (55).

Giros adverbiales de preposición más relativo (56-60) y estudio de ἐπεί (61-62).

Giros de preposición y relativo de sentido local (63).

Con los adverbios las preposiciones sólo pueden ir en composición (64-72).

Estudio de ἐξαίφνης (de repente) (73-78), con lo que acaba la obra según se ha admitido tradicionalmente.

O. Schneider [52] trató de demostrar que la parte final del tratado *De los adverbios* (201-210) pertenecía a la *Sintaxis*. Tuvo sus oponentes [53], pero la norma ha sido admitirlo sin discusión aceptando sus razones. Personalmente, y sin pretender emitir un juicio definitivo, tengo algunas dudas al respecto [54]. Es cierto

[52] O. Schneider, «Ueber die Schlusspartie der Schrift des Apollonios Dyskolos περὶ ἐπιρρημάτων», *Rh.M.* 3 (1845), 446-459.

[53] W. Frohne, *Observationes in Apollonii Dyscoli sintaxis*, tesis doct., Bonn, 1844.

[54] Es sabido que Apolonio divide sus obras sobre las distintas partes de la oración en dos secciones relativas al concepto y a las formas *perì tēs ennoías* y *perì tôn shēmátōn*. Con ello la supuesta obra apoliniana *Perì*

que el libro IV de la *Sintaxis* está incompleto, pero también lo está *De los adverbios* y la ordenación de lo que nos ha llegado sujeta a controversia. También es cierto que, en *Adv.* 202, 33 y 207, 25, hay un argumento aparentemente irrefutable cuando dice: «sobre este tema ya se ha hablado en el tratado *De los adverbios*» (en griego, *en tô perì epirrēmátōn*). Pero, si no se debe a un error de la trasmisión textual, por ejemplo, con el parecido *en tô perì schēmátōn,* tampoco implica que deba pertenecer a la *Sintaxis,* ya que la obra apoloniana que nos ha llegado es una parte pequeña e incompleta de su producción total. Y, desde luego, este añadido no completa la parte perdida de la *Sintaxis,* ni se continúa con el final actual, ni las referencias cruzadas en las repeticiones del tema (el «como ya hemos dicho») tan frecuentes, aparecen por ninguna parte. Por otro lado, el tratamiento que hace de los adverbios no es lo «sintáctico» que cabría esperar. En fin, no hay razones codicológicas o paleográficas, al menos en lo que es posible juzgar pos los manuscritos conocidos, que apunten a dicha trasposición. Sea o no así, nada esencial se pierde del mérito y método de Apolonio con el añadido a la *Sintaxis* de estas pocas páginas sobre los adverbios de lugar, páginas que los propios editores dejaron en el lugar en que la tradición las había trasmitido.

6. *La herencia de Apolonio*

La lectura de Apolonio y la apreciación de su superioridad intelectual permiten sospechar la trascendencia que su obra iba a tener para la historia de la gramática. Por eso, no extraña que sus huellas puedan seguirse de inme-

schēmátōn no citada por nadie sino por él se difuminaría. Sobre ella, cf. la edición de los fragmentos por R. Schneider, *GG* II, III, págs. 61 y sig. Parecida discusión en *Conj.* 232, 11, donde también dice *en tô perì epirrēmátōn,* sin que se haya encontrado la referencia y donde vuelve a ser conjeturable *schēmátōn.*

diato en todo lo concerniente al tema lingüístico, tanto en el ámbito griego como en el latino: en Sexto Empírico, Aulo Gelio, Macrobio, Pompeyo, Mario Victorino y otros gramáticos latinos de origen griego; y no sólo en la gramática, sino también en la filosofía, por ejemplo, en los comentaristas de Aristóteles, cuyo capítulo aún está sin escribir en las historias de la lingüística, y que más tarde revertirá en la gramática.

El hecho que más decisivamente marcaría la supervivencia de Apolonio fue el uso que Prisciano (s. VI) hizo de él, pues, al traducirlo [55] al latín en sus *Institutiones,* modelo durante muchos siglos de todas las gramáticas latinas, lo asentó en los fundamentos de la gramática occidental. De ahí el que incluso Prisciano proporcione una ayuda en absoluto desdeñable para el editor y el traductor modernos de Apolonio. Es obvio que en ocasiones no entiende lo que traduce y se limita a poner palabra por palabra en latín el texto griego, pero esto no niega lo anterior, máxime cuando este mismo mal sigue afligiéndonos en nuestro siglo.

Por la vía griega, el papel desempeñado por Apolonio fue también decisivo; por un lado, en la implantación definitiva e interpretación minuciosa del *Manual* de Dionisio Tracio a través de los Escoliastas, de Querobosco y de las

[55] No es exagerado el término. I. Bekker lo llamó «fidus plerumque Apollonii interpres», y el propio Prisciano nunca oculta sus deudas, así en el prólogo de su obra habla de «supra nominatorum praecepta virorum [*i. e.* Apolonio y Herodiano]... in latinum transferre sermonem» (I 2), junto a una multitud de elogios. Una comparación de los dos textos, sobre todo en los libros XVII y XVIII, los de contenido sintáctico, nos da una idea del uso que de aquél hizo Prisciano. Ya vimos cómo se ha pretendido estructurar la obra de Apolonio sobre la base de la de Prisciano.

reelaboraciones posteriores de Moscópulo y Crisolaras; en los dominios de la sintaxis, de manera clara y general, en las obras conservadas de Miguel Sincelo (s. IX) [56], Gregorio Corintio (entre el X y el XII) [57], o el resumen de Máximo Planudes (ss. XIII-XIV) [58], que, a su vez, conocía la obra de Prisciano; y, ya en pleno Renacimiento, Teodoro de Gaza (1400-1475), profesor de griego en Italia y el primero en incluir la sintaxis en su manual; y, finalmente, Constantino Láscaris (1434-1501), cuya gramática fue el primer libro impreso en griego totalmente (1476) y uno de los últimos en servirse de nuestro Apolonio sin intermediarios [59].

Esta doble vía griega y latina que confluyó en el Renacimiento instauraría, para siempre, los logros de Apolonio en la tradición gramatical europea en un grado más alto del que, a primera vista, pudiera parecer. Y del Renacimiento a las épocas subsiguientes hasta la modernidad. No es éste el lugar para estudiar a fondo el tema, pero unos pocos ejemplos que nos conciernen directamente pueden dar idea de su importancia. Si tomamos la *Gramática de la lengua castellana* de Nebrija y la abrimos por el libro IV, que trata de la sintaxis, veremos que empieza: «En el libro passado diximos apartadamente de cada una de las diez partes de la oración. Agora, en este libro cuarto diremos cómo estas diez partes se an de aiuntar y concertar entre sí. La cual consideración, como diximos en el comienzo de aquesta obra, los griegos llamaron sintaxis;

[56] Atribuidas y publicadas en el XVI con el nombre de Jorge Lecapeno.

[57] Editado por D. Donnet, *Le traité* ΠΕΡΙ ΣΥΝΤΑΞΕΩΣ ΛΟΓΟΥ *de Grégoire de Corinthe,* Bruselas-Roma, 1967.

[58] En *Anectoda graeca* de L. Bachmann, Leipzig, 1828 (1965), volumen II, págs. 106-166.

[59] De dicha edición milanesa hay reedición facsimilar con una breve introducción, en Amsterdam, 1966.

nos otros podemos dezir orden o aiuntamiento de partes.» Un comentarista de la obra del nebrisense dirá que está traduciendo a Prisciano, XVII 1 y 2, y, aunque Prisciano no oculta sus fuentes («in plerisque Apollonii auctoritatem sumus secuti»), tendrá en parte razón, pero también Prisciano estaba traduciendo a Apolonio, como se podrá comprobar, a su vez, comparando nuestra traducción.

No puedo seguir detallando, pero éste es el tenor general. Apolonio es reutilizado a través de Prisciano y los gramáticos bizantinos, sin que la obra del alejandrino sea, salvo excepciones, conocida [60]. Lo conocieron directamente algunos helenistas del siglo XVI [61], como F. de Vergara y M. J. de Ledesma; Vives lo nombra para decir que es oscuro, pero quien sí lo conocía y bien fue el Brocense. El maestro Sánchez lo cita en griego para que no haya duda, si bien de su deuda con Apolonio no se ha dicho aún la última palabra [62], pues no es sólo la deuda directa, sino la indirecta, más difícil de calibrar; por ejemplo, otra fuente importante del Brocense es Linacro, que sigue, a su vez, a Apolonio. Otra prueba de que se apreciaba a Apolonio en el círculo del autor de la *Minerva* es que su yerno,

[60] E. MARQUANT, «La función sustitutiva del pronombre en la gramática-española de los siglos XVI y XVII», *Orbis* 16 (1967), 202 y sigs.

[61] J. LÓPEZ RUEDA, *Helenistas españoles del siglo XVI*, Madrid, 1973.

[62] Para las fuentes del Brocense, ver las tesis de E. DEL ESTAL, Salamanca, 1975, y de M. BREVA-CLARAMONTE, ahora publicada: *Sanctius' Theory of Language: a contribution to the history of Renaissance lingüistics*, Amsterdam, 1983; y la traducción francesa (con introducción de G. CLERICO) *Sanctius, Minerve*, Lille, 1982. También hay traducción española de la *Minerva* por F. RIVERAS CÁRDENAS, Madrid, 1976. Cf. J.-C. CHEVALIER, «Grammaire général de Port-Royal et tradition grecque. La constitution des parties du discours: classement et signification», en A. JOLY-J. STEFANINI, *La grammaire général. Des modistes aux ideologues*, Lille, 1977, págs. 145-156.

el maestro Baltasar de Céspedes, en su *Discurso del Humanista*, lo cita con admiración [63]. Y, al hablar del Brocense, se habla de la trascendencia de su obra para la Gramática de Port-Royal y, en esta línea, llegaríamos hasta Chomsky que recoge los ecos de la *Minerva*, aunque no la leyera. Sirvan estos pocos ejemplos para apreciar la importancia de Apolonio y su lugar en los fundamentos de la tradición gramatical.

El gran momento de Apolonio fue el del Renacimiento de las letras clásicas. Tres ediciones: la Aldina, incunable de 1495; la de Felipe Junta, de 1515, en Florencia, que es la de Aldo corregida, y, todavía en el XVI, la de Federico Sylburg, de Francfort, 1590, con la traducción latina del cretense Francisco Porto (1511-1581). Siguen dos siglos de silencio casi absoluto para Apolonio, silencio que quizá se explique, como otros silencios no menos elocuentes, por la corriente antirracionalista y la crisis general del humanismo. El siglo XIX y el gran impulso de la filología clásica alemana le dan nueva vida.

En 1817 aparece en Berlín la edición de A. I. Bekker (1785-1871), y corre un denso siglo de exégesis apoloniana que acaba en la monumental edición de los gramáticos griegos en seis gruesos volúmenes; la *Sintaxis* es preparada por G. Uhlig, y las obras menores por R. Schneider, para las prensas teubnerianas de Leipzig, aquélla aparecida en 1910, éstas ya en 1878. Un año antes, en 1877, había aparecido en Berlín la traducción alemana de la *Sintaxis*, obra de A. Buttmann, injustamente despreciada por Uhlig [64]. Apolonio vuelve a caer en un relativo olvido a comienzos de

[63] Pág. 218 de la ed. de G. DE ANDRÉS, El Escorial, 1965.

[64] Cf. los *Prolegomena* de su edición, en el vol. II de los *Grammatici Graeci*, Leipzig, 1910, pág. LXXIV.

este siglo, quizá por no ser del agrado de los comparatistas de moda [65]. El auge más reciente de la lingüística le ha hecho renacer, una vez más, de sus cenizas. Ha sido traducido al inglés por F. Householder en 1981, y, aunque aprecie su esfuerzo, no puedo compartir los criterios que ha seguido para su traducción; a un lector no avisado sólo puede crearle confusionismo su modernización interpretativa, al atribuir a Apolonio conceptos y términos operativos en teorías lingüísticas actuales muy conocidas. Todo lo dicho no invalida, sin embargo, la afirmación de que las ideas lingüísticas de Apolonio no han recibido aún la atención que su importancia les hace merecer [66]. Por poner un ejemplo, de los cinco códices españoles de Apolonio que Uhlig menciona (y es probable que haya más), quizá ninguno de ellos haya recibido el estudio que están necesitando.

LA PRESENTE TRADUCCIÓN

Traducir a Apolonio presenta problemas adicionales a los de cualquier otro autor. Dejando a un lado su dificultad, tan indiscutible, que tal vez fuera lo que le procuró el sobrenombre de Díscolo, es problemático traducir una obra técnica sobre sintaxis del griego antiguo para ofrecerla a lectores modernos poco o nada familiarizados con esta lengua. Ello obligaba, por un lado, a frecuentes explicaciones de sus peculiaridades, así como a mantener la mayoría de los ejemplos originales, por ser a menudo sobre problemas específicos del griego. Cuando consideraba que el ejemplo castellano ilustraba convenientemente la teoría, he puesto sólo la versión; otras veces, la versión era inútil, pues no reflejaba el caso correspondiente, por lo que opté por no traducirlo, pero no siempre se sigue este principio muy estrictamente. Una cosa que procuré siempre fue evitar la tentación de interpretar el texto y caer, así, en el anacronismo de expresarse a través de teorías modernas; sin embargo, a veces es la única opción que queda contra la oscuridad. Tampoco quiero proclamar esa ingenua fidelidad al texto que a todo traductor se le supone y se propone. Me he esforzado por que el Díscolo lo sea menos, aunque quizá no siempre lo haya logrado; al menos, con esta traducción, ya no volverá a suceder entre nosotros el que algún lingüista tenga que lamentar «que la obra de Apolonio se haya desgraciadamente perdido».

[65] Ya vimos como Brugmann calificaba de «necedades» las ideas de Apolonio.

[66] Más utilizado ha sido para la gramática griega, como no podía ser menos, de lo que sus obras representan un tratado casi completo.

Sigo casi siempre el texto de Uhlig, salvo unas pocas lecciones distintas, que suelen estar ya en el aparato crítico, no por el placer de la conjetura, sino porque están más de acuerdo con mi versión [67].

70,1	suprimir οὐ.
73,11	suprimir οὐκ.
149,14	ὀνόματι ἐγκαθεστηκός.
165,11	ῥηΐτεροι.
213,13	μετάληψιν.
236,3.5	ἐπήβολος.

[67] Por una mayor precisión, esta numeración es la de la edición de Uhlig. Para comodidad del lector, doy también en el margen correspondiente de la traducción la numeración de la edición de Bekker, todavía muy usual. Cuando no es así, las citas son por libro y párrafo.

240,13 correcto contra BUTTMAN y UHLIG.
309,5 sí se explica.
339,3 correcto ἑνικῶς significando «aisladamente, separadamente, individualmente».
351,16 correcto ἄριστος, pues los sufijos -ίων / -ιστος significan intensidad.
381,3 suprimir μή.
383,9 ἵνα μὴ δῶμεν.
383,15 μὴ κατ' ἰδίαν λέγεσθαι.
414,3 quizá διὰ τὴν ἐπί.
427,7 el error está en ἐμπεριεκτικόν, pues debe esperarse lo contrario; pero se explica la corrupción por aparecer unas líneas antes. Conjeturo ἀπωστικόν, o bien ἀναιρετικόν con SCHNEIDER;
455,7 καθεστός, o bien καθεστώς τις.
476,13 suprimir οὔτε κατὰ σύνθεσιν expresado por el συντετάξεται.

Para terminar, lo dicho es algo pero no lo es todo. Con sus errores y deficiencias que cualquiera puede detectar, con su estilo difícil [68]: silogístico, condensado, reiterativo y, a veces, retórico, Apolonio es el padre indiscutible de la sintaxis y firme pilar de la teorización gramatical, en la que alcanzó logros definitivos, tanto por haber hecho el primer gran intento de sistematización, como por la superioridad intelectual que demuestra sobre antepasados y seguidores a la hora de encarar cuestiones lingüísticas. Todo ello es motivo suficiente para encender nuestra admiración, para justificar este estudio y para concederle el lugar preferente que merece en la historia de la gramática *.

[68] Para el estilo de Apolonio, cf. el prefacio de la edición de UHLIG, pág. LVII, así como el comentario de SCHNEIDER, págs. 10-15, con abundantes ejemplos de omisiones, variaciones, etc., también, EGGER, *Apollonius...*, págs. 56 y sigs.

* Agradezco a Salustiano Palacios, Ana Garrote y Emilia Herrero su colaboración en el mecanografiado de mi espantoso manuscrito.

BIBLIOGRAFÍA

EDICIÓN:

Sigo la de G. Uhlig para la *Sintaxis*, Leipzig, 1910, que es la parte segunda de la serie de los *Grammatici graeci*, junto con las obras menores de Apolonio editadas por R. Schneider en 1878 (reimpresión, 1965).

TRADUCCIONES:

A. BUTTMANN, *Des Apollonios Dyskolos vier Bücher über die Syntax*, Berlín, 1877.

F. W. HOUSEHOLDER, *The Syntax of Apollonius Dyscolus*, Amsterdam, 1981.

LIBROS Y ARTÍCULOS:

M. BARATIN, «Sur l'absence de l'expression des notions de sujet et de prédicat dans la terminologie grammatical antique», en J. COLLART, *Varron, grammaire antique et stylistique latine*, París, 1978, págs. 205-209 (cit. *infra*, en esta misma Bibliografía).

K. BARWICK, *Remmius Palaemon und die römische ars grammatica*, Leipzig, 1922 (1967).

—, *Probleme der stoischen Sprachlehre und Rhetorik*, Berlín, 1957.

V. Bécares, *Platón, Crátilo o del lenguaje,* Salamanca, 1982.

—, *Dionisio de Halicarnaso, La composición literaria,* Salamanca, 1983.

—, *Diccionario de terminología gramatical griega,* Salamanca, 1984.

—, «Los orígenes de la gramática (griega)», en G. Morocho (coord.), *Estudios de prosa griega,* León, 1985, 179-195.

I. Bekker, *De Apollonii Alexandrini libris syntaxeos,* tesis doct., Halle, 1806.

D. L. Blank, *Studies in the syntactic theory of Apollonius Dyscolus,* tesis doct., Princeton, 1980.

—, *Ancient philosophy and grammar: the syntax of Apollonius Dyscolus,* Chico, California, 1982.

R. Camerer, «Die Behandlung der Partikel ἄν in den Schriften des Apollonios Dyskolos», *Hermes* 93 (1965), 168-204.

L. Cohn, «Apollonios 81», en *RE,* II, cols. 136 y sigs.

J. Collart, *Varron, grammairien latin,* París, 1954.

—, *Varron, grammaire antique et stylistique latine,* París, 1978.

D. Donnet, «La place de la syntaxe dans les traités de grammaire grecque, des origines au XIIe siècle», *AC* 36 (1967), 22-48.

—, «Théodore de Gaza et Apollonius Dyscole. Sur un problème de sources», *AC* 48 (1979), 169-179.

—, «Psychologie et transitivité chez les grammairiens grecs», *LEC* 48 (1980), 211-216.

G. Dronke, «De Apollonii Dyscoli *Téchnē grammatikḗ* ad I. Vahlenum epistula critica», *Rh.M.* XI (1857), 549-585.

E. Egger, *Apollonius Dyscole. Essai sur l'histoire des théories grammaticales dans l'antiquité,* París, 1854.

H. Erbse, «Zur normativen Grammatik der Alexandriner», *Glotta* 58 (1980), 236-258.

P. M. Fraser, *Ptolemaic Alexandreia,* Oxford, 1972.

M. Frede, «The origins of traditional grammar», en R. E. Butts - I. Hintikka (eds.), *Historical and philosophical dimensions of logic, methodology and philosophy of science,* Dordrecht, 1977, vol. IV, págs. 51-79.

W. Frohne, *Observationes in Apollonii Dyscoli syntaxin,* tesis doct., Bonn, 1844.

E. A. Hahn, «Apollonius Dyscolus on mood», *TAPA* 82 (1951), 29-48.

F. W. Householder, «Introduction» a *Syntactic Theory 1,* Harmondsworth, 1972.

A. H. M. Jones, *The cities of the eastern Roman Provinces,* Amsterdam, 1983[2].

A. Kemp, «Apollonius Dyscolus, a pioneer of western grammar», *Work in Progress of the Dep. of Ling.* 11 (Edimburgo, 1978), 107-119.

F. Lambert, «Le terme et la notion de διάθεσις chez Apollonius Dyscole», en J. Collart, *Varron, grammaire antique et stylistique latine,* París, 1978, págs. 245-252 (cit. *supra,* en esta misma Bibliografía).

L. Lange, *Das System der Syntax des Apollonios Dyskolos,* Gotinga, 1852.

K. Lehrs, *De Aristarchi studiis homericis,* Leipzig, 1882.

L. Lehrs, *Die Sprachphilosophie der Alten,* Bonn, 1838-41 (1971).

Th. Matthias, *De Apollonii Dyscoli epirrhematici et syndesmici forma genuina,* tesis doct., Leipzig, 1883.

—, «Zu den alten Grammatikern», *JCPh* 15 (1887), 591-640.

H. J. Mette, *Parateresis. Untersuchungen zur Sprachtheorie des Krates von Pergamon,* Halle, 1952.

G. Morelli, «Apollonio Discolo e Mario Vittorino», en *Ricerche sulla tradizione gramaticale latina,* Roma, 1970, págs. 93-111.

R. Pfeiffer, *Historia de la filología clásica,* Madrid, 1981.

J. Pinborg, «Classical antiquity: Greece», *Current Trends in Linguistics* 13, 1 (La Haya, 1975), 69-126.

M. Pohlenz, *Die Stoa,* Gotinga, 1964[3].

—, «Die Begründung der abendländischen Sprachlehre durch die Stoa», *NAG* (1939), I 3, 6, 151-198.

R. H. Robinns, *Ancient and mediaeval grammatical theory in Europe,* Londres, 1951.

—, «Dionysios Thrax and the western grammatical tradition», *TPhS* (1957), 67-106.

—, *Breve historia de la lingüística,* Madrid, 1980.
M. ROSTOVTZEFF, *Historia social y económica del mundo helenístico,* Madrid, 1967.
R. F. L. SKRZESZKA, «Ueber die *Téchnē grammatikḗ* des Apollonius», *JCPh* 17 (1871), 630-636.
R. SCHMIDT, *Stoicorum grammatica,* Halle, 1839. (Trad. alemana: *Die Grammatik der Stoiker,* Braunschweig, 1979.)
O. SCHNEIDER, «Ueber die Schlusspartie der Schrift des Apollonios Dyskolos περὶ ἐπιρρημάτων», *Rh.M.* 3 (1845), 446-459.
H. STEINTHAL, *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern,* Berlín, 1891.
A. THIERFELDER, *Beiträge zur Kritik und Erklärung des Apollonios Dyscolus,* Leipzig, 1935.
G. UHLIG, «Die τέχναι γραμματικαί des Apollonios und Herodian», *Rh.M.* 25 (1870), 66-74.

SINTAXIS

LIBRO I

1. En los estudios que anteriormente hemos hecho 3
públicos, se trató, como la razón de las mismas exigía, la doctrina relativa a las palabras [1]. La exposición presente comprenderá la construcción [2] que de ellas se hace con vistas a la coherencia [3] de la oración perfecta; lo que me he propuesto exponer con todo detalle por ser de la más absoluta necesidad para la interpretación de los poemas.

2. La llamada materia primordial indivisible de las letras determinaba ya de antemano que no admite combinaciones al azar, sino según un orden necesario, de lo que, en suma, recibió tal denominación [4]. Lo mismo sucede, si nos elevamos de nivel, con las sílabas, las cuales, satisfechas

---

[1] Esto es, de cada una de las partes de la oración por separado, de las que conservamos las relativas a los pronombres, adverbios y conjunciones. Cf. Introducción.

[2] Ésta es la primera aparición y el significado propio de σύνταξις.

[3] καταλληλότης es uno de los términos clave y fundamento de la sintaxis. Significa la ordenación de las partes recíprocamente concordante y coherente como ley sintáctica básica.

[4] Para comprender este párrafo, ténganse en cuenta las etimologías de στοιχεῖον «letra», «elemento», es decir, miembro de una serie o cadena, y συλλαβή «sílaba», o sea, reunión de elementos. Igual que de las letras bien ordenadas salen las sílabas, de las sílabas salen las palabras, y de éstas la oración perfecta.

4 las ordenaciones adecuadas, constituyen la palabra. Y manifiestamente se sigue que también las palabras, que son parte de la oración perfectamente construida, reciben la ordenación coherente; pues el significado subyacente a cada palabra es, en cierta medida, una «letra» de la oración, y del mismo modo que las letras dan lugar a las sílabas en virtud de sus combinaciones, así también la ordenación de los significados dará lugar, por así decirlo, a «sílabas» mediante las combinaciones de las palabras. Más aún, igual que de las sílabas se constituyen las palabras, lo mismo la oración perfecta de la coherencia de los significados.

3. Es posible ilustrar lo anterior a partir de los accidentes paralelos [5], según los cuales la misma letra se repite: ἔλλαβεν, ἔννεπε, y una sílaba: Λέλεξ, πάμπαν, también una palabra:

> Μῶσ' ἄγε, Μῶσα λίγεια (ALCMÁN., Fr. 1)
> *(Apresúrate, Musa, Musa sonora),*
>
> Βαρὺς βαρὺς σύνοικος (SÓFOCLES, Fr. 686)
> *(Molesto, molesto compañero).*

El mismo hecho alcanza, incluso, a la oración cuando se repite lo dicho, ya sea necesaria, ya superfluamente.

4. Puede haber también desarrollo de una letra, y no me refiero a la misma; así, cuando decimos ὕδωρ *(agua)*, al que subyace el verbo ὕειν en el que se ha añadido superfluamente [6] la δ; y la α en ἀλαλητός *(griterío),* que puede ser considerada como una sílaba en demasía, aunque sólo por catacresis un único sonido puede ser llamado sílaba.

[5] Los mismos fenómenos, accidentes o afecciones abarcan a los distintos niveles lingüísticos: sílaba, palabra, oración; de donde se prueba la analogía o similitud de los diferentes niveles gramaticales.

[6] Se entiende que para el significado.

Sin embargo, sí podemos afirmar que en los casos siguientes hay exceso en una sílaba, θήρεσσι *(para las fieras),* κύνεσσι *(para los perros),* λελάχωσι *(concedan)* y muchísimos otros. También las palabras pueden llevar añadidos ἕζομαι καθέζομαι *(sentarse),* ἔπω ἐνέπω *(decir),* ἀντίος 5
ἐναντίος *(contrario).*

> οὐ σύ γ'ἔπειτα
> Τυδέος ἔκγονός ἐσσι (E 812 s.)
> *(entonces tú no eres el hijo de Tideo),*

en cuyo caso hablamos de conjunciones expletivas. Y decimos, asimismo, que a veces se emiten frases superfluas sin ninguna referencia, y de ahí que Aristarco atetice [7] por tal motivo muchos versos.

5. Las afecciones contrarias, por defecto de una letra, también se producen: γαῖα αἶα *(tierra);* de σκῆπτρον *(cetro),* σκηπτοῦχος *(rey que posee cetro);* y lo mismo, de φαιδρός *(luminoso),* φαίδιμος *(ilustre).* El número de ejemplos es prácticamente inacabable, tantos son. Pero también por defecto de una sílaba, por ejemplo, θέλω *(desear)* λῶ; por ejemplo, αἰγοπόλος αἰπόλος *(cabrero);* e incluso de una palabra, por ejemplo:

> ἀλλ' ὑμεῖς ἔρχεσθε (I 649)
> *(pero vosotros id),*

exige la preposición ἀπό;

> πικρὰς ὠδίνας ἔχουσαι (Λ 271)
> *(las cuales causan los amargos dolores del parto),*

[7] En crítica textual «atetizar» equivale a rechazar por espurio o inauténtico. — Se trata de Aristarco, el crítico alejandrino.

pues la frase plena reclama la preposición παρά; y a

ἀρνειὸν δ' ἐμοὶ οἴῳ (ι 550)
(el carnero para mí solo)

le falta el artículo, puesto que la frase, al requerir la anáfora al carnero, hace patente la elipsis del artículo.

6. El estudio que vamos a hacer de inmediato, casi en su totalidad, tratará de elucidar todos estos fenómenos, pues, ¿de qué iba a acertar Zenódoto en la lección ὦλλοι *(los otros)* con sinalefa del artículo, si no hubiera sido
6 impulsado por las exigencias de la sintaxis? ¿Y por qué Aristarco no dijo que el artículo era superfluo, cuando había establecido que el Poeta normalmente no los usaba? Y, teniendo motivo para adoptar una lección con artículo, por requerirlo la oración, sin embargo lo desdeñó conforme al uso del Poeta, prefiriendo la conjunción δαί al artículo αἱ.

πῶς δαὶ τῶν ἄλλων Τρώων (Κ 408)
(¿cómo de los otros troyanos...?).

De esto se dará explicación en el lugar oportuno [8].

7. Es obvio que, en casos como los siguientes, no se trata de apócopes [9], como algunos han supuesto:

ἀλλ' ἄνα, εἰ μέμονάς γε (Ι 247)
(vamos, arriba, si aún te queda recuerdo),

πάρα δ' ἀνήρ, ὅς καταθήσει (π 45)
(vendrá un hombre que lo preparará).

[8] En I 127. (De acuerdo con lo dicho *supra,* n. 67 de la Introducción, las citas se hacen por libro y párrafo.)

[9] Las formas completas serían ἀναστῆθι y πάρεσται.

Son, por el contrario, oraciones que sufren elipsis del verbo, porque ¿cuándo se produce apócope de una palabra completa? El nombre mismo de la afección lo establece claramente, si es cierto que por apócope se entiende la falta de una parte de la totalidad.

8. No me parece inverosímil proponer el paralelismo siguiente: sucede a menudo con las palabras que uno se equivoca al escribirlas y, sin embargo, las percibimos claramente mediante el oído, o bien, si persiste la incertidumbre, un análisis razonado, análisis que llamamos ortografía, nos endereza el entuerto. Algo parecido supongo yo que sucede con las oraciones. Cuando algunas palabras son enlazadas de modo incorrecto, a eso lo llamamos solecis- 7
mo, en tanto en cuanto los elementos de la oración se hallan en incoherente concierto. Por consiguiente, igual que es posible conocer la grafía correcta, es posible conocer la correcta construcción de la oración.

9. Decimos que hay letras que van antepuestas, tanto consonantes como vocales, y también sílabas, por ejemplo sólo es posible encontrar la sílaba ηυ al comienzo, y entre las vocales, todas las aspiradas [10] conforme al uso común; pospuestas han de ir las que forman los grupos γμ, κμ o χμ, y sólo al final de la palabra λς, ρς, νς y otras muchas. Pues con las palabras sucede lo mismo; así, hablamos de «preposiciones», de artículos «antepuestos» y «pospuestos» [11], e incluso de «adverbios» [12], llamados así más por su construcción que por su significado. Algo semejante puede discurrirse de la oración: un período hipotético es verdadero cuando los antecedentes [prótasis] preceden a los consecuentes [apódosis], tal como es inherente a la

[10] Cf. *Escol. Dion. Trac.* 33, 20, sobre las vocales aspiradas.

[11] Artículo determinado y pronombre relativo, respectivamente.

[12] Etimológicamente «sobre el verbo», antepuesto o pospuesto.

auténtica relación condicional; así, por ejemplo, si uno dijera: «si Dionisio pasea, se mueve», pero no: «si Dionisio se mueve, pasea», pues invertido el orden del período, el conjunto ya no es verdadero.

10. Es posible descomponer una letra en dos como si fuera una sílaba ἧδε ἕαδε [13] *(agradó),* y también contraer dos en una βέλεα βέλη *(dardos);* y una sílaba dividirse en dos (entiendo sílaba en su sentido etimológico) κοῖλον κόϊλον *(cóncavo),* y, al revés, dos sílabas pueden contraer-
8 se en una, como cuando de γήραϊ trisílabo hacemos γήρᾳ *(vejez)* bisílabo, de Ἀΐδης Ἅιδης *(Hades).* Lo mismo sucede con las palabras, como en ἀκρόπολις, πόλις ἄκρη *(acrópolis),* καλλίχορος χορῷ καλή *(de hermosas danzas)* y aún σύαγρον σῦν ἄγριον *(jabalí, cerdo montaraz),* y, al revés, lo separado puede reunirse, como cuando leemos en una sola palabra πασιμέλουσα *(muy célebre)* y κηρεσσιφορήτους *(llevado por el destino, fatal)* [14]. Igualmente, con las oraciones, las conjunciones que las acompañan unen, a veces, dos o más de ellas, sean condicionales, causales o copulativas, y, al contrario, cuando se omiten provocan la disolución de las oraciones, como en el caso de

> ἤομεν, ὡς ἐκέλευες, ἀνὰ δρυμά, φαίδιμ' Ὀδυσσεῦ·
> εὕρομεν ἐν βήσσῃσι τετυγμένα δώματα καλά (κ 251)
> *(fuimos, como ordenaste, selva adelante, ilustre Odiseo; en un valle nos encontramos un palacio bellamente construido),*

donde era preciso conectar con καί:

> καὶ εὕρομεν ἐν βήσσῃσι
> *(y nos encontramos...).*

[13] Una vocal larga resuelta en dos breves: diéctasis.
[14] Son, todos, compuestos homéricos.

11. Las letras pueden transponerse, como en κραδία καρδία *(corazón),* de σκέπω, σκέπος y πέσκος *(cubierta, piel);* y también las sílabas, como en ἐξαπίνης ἐξαίφνης *(de repente)* y en ὄρωρεν ὤρορεν [de ὄρνυμι «empujar, excitar»]; e, igualmente, las palabras, como cuando se dice de una tierra οἰνοφόρος, φερέοινος *(que produce vino)* y de los hombres ἀνδρόγυνοι, γύνανδροι *(andrógino, ginandro);* y, asimismo, las oraciones:

> τὰς μὲν ἄρα θρέψασα τεκοῦσά τε (μ 134)
> *(a las que crió y engendró),*
> αὐτὰρ ὅ γ' εἴσω ἴεν καὶ ὑπέρβη λάϊνον οὐδόν (π 41)
> *(y entró y cruzó el pétreo umbral)* [15].

12. Más aún, de la misma manera que unas letras son 9
vocales, las que pueden realizar un sonido por sí mismas, y otras consonantes, las que no tienen una pronunciación definida sin las vocales, eso mismo puede observarse de las palabras. De éstas, al modo de las vocales, unas pueden enunciarse solas, como es el caso de verbos, nombres, pronombres y adverbios, que pueden aplicarse directamente a los actos acaecidos, como cuando exclamamos «¡estupendo!» a los que han hecho algo del modo apropiado, o «perfecto», o «bien». Otras aguardan sus vocales igual que las consonantes, o sea, precisan de las susodichas partes de la oración por no poder ellas enunciarse por sí mismas, a saber, las preposiciones, los artículos y las conjunciones. Estas partes de la oración significan siempre en compañía de las otras; así, si decimos con un genitivo: δι' Ἀπολλωνίου *(por mediación de Apolonio),* es como si dijéramos: «sabiéndolo Apolonio»; pero si va con un acusativo δι' Ἀπωλλόνιον *(a causa de Apolonio),* damos a en-

[15] Ejemplos de *hýsteron-próteron.*

tender que él es el culpable [16]. Las conjunciones, por su parte, realizan sus funciones en la ordenación y secuencia de las oraciones; así, ἤτοι, unas veces ha de entenderse como mera conectiva:

> ἤτοι ὅ γ' ὣς εἰπὼν κατ' ἄρ' ἕζετο (A 68)
> *(y dicho esto se sentó),*

donde es usado con el mismo valor que μέν, por eso la frase inmediata está conectada con δέ:

> τοῖσι δ' ἀνέστη (A 68)
> *(entonces se levantó...);*

10 o bien como disyuntiva: ἤτοι νέος ἐστὶν ἠὲ παλαιός *(o es joven o es viejo).* Otro tanto sucede con los artículos, pues cumplen su función acompañando al nombre; si no es así, se convierten en los llamados pronombres [relativos] como se mostrará en el lugar oportuno [17]; allí también explicaremos la causa, dado que lo mismo pasa con otras partes de la oración, por ejemplo, los nombres, que muy a menudo han de entenderse adverbialmente.

13. Al igual que en el orden de las letras se admite que la alfa vaya delante y a continuación la beta, el orden de las partes de la oración exigirá también una razón de por qué el nombre va delante, le sigue el verbo y las restantes partes de la oración; como, a su vez, tratándose de los casos, va primero el caso recto, luego el genitivo y los demás; en las divisiones temporales del verbo, el presente, luego el imperfecto y los sucesivos tiempos; entre los géneros, el masculino, después el femenino y, en tercer lugar, el negativo de ambos, el neutro; y, así, otras muchas cosas, sobre lo que haremos una reunión aparte. Lo que ahora nos urge, por las razones apuntadas, es contrastar el orden de las partes de la oración. Tal vez algunos, refugiándose neciamente en su propia ignorancia del tema aconsejen que no hace falta ocuparse en tales investigaciones, dado por supuesto que aquéllas se encuentran ordenadas al azar. Pero con esta gente sucede que en ningún he- 11
cho en general hallan orden, ni, al revés, nada está falto de él, lo cual es de un simplismo absoluto. Ahora bien, si se admite para unas cosas, es preciso admitirlo para todas.

14. El orden de las partes de la oración es una imitación de la oración perfecta, que muy justamente coloca en primer lugar el nombre, después el verbo, puesto que sin ellos ninguna oración queda cerrada. Esto se puede probar con una frase que contenga todas las partes de la oración, y si se le quita el nombre o el verbo la oración no estará completa, pero si se le suprimen todas las demás, de ningún modo queda defectuosa:

> ὁ αὐτὸς ἄνθρωπος ὀλισθήσας σήμερον κατέπεσεν
> *(el mismo hombre resbalando hoy cayó)* [18].

Están contenidas en ella las partes de la oración excepto la conjunción, ya que, incluida ésta, exigiría otra oración nueva. Pues bien, suprímasele el nombre o el verbo y quedará incompleta, requiriendo en un caso el verbo y en el otro el nombre: «el mismo resbalando hoy cayó» o «el mismo hombre resbalando hoy...». Sin embargo, si se le suprime el adverbio, no se puede decir que la oración esté

[16] O sea, las preposiciones por sí mismas no significan nada. Y varía el significado según el caso con que se construyen.

[17] En II 28.

[18] Téngase en cuenta que el participio era considerado una parte independiente de la oración. Lo hemos traducido por gerundio (que no existía en griego).

falta de nada: «el mismo hombre resbalando cayó»; y si el participio, tampoco habrá falta de nada «el mismo hombre cayó»; ni si es la preposición la suprimida: «el mismo hombre cayó» (ἔπεσεν); ni tampoco el pronombre, porque nos quedaría «el hombre cayó»; e, incluso, por fin, puede
12 suprimirse el artículo, pues «[un] hombre cayó», que no hace referencia a nadie en concreto, pero puede ser una primera mención de dicho hombre.

15. Ahora bien, no quiero decir que no se pueda formar una oración perfecta con un pronombre, como cuando decimos: «yo paseo», «tú paseas», pues la perfección oracional se consigue sustituyendo un nombre por pronombre, en cuyo caso la sintaxis es virtualmente la misma. Cuándo puede entrar un pronombre en sustitución se dirá en su momento [19], y qué verbos se construyen sólo con caso recto y cuáles de ellos requieren casos oblicuos [20].

16. El nombre ha de preceder necesariamente al verbo, ya que el ser agente y ser paciente es cosa propia de los cuerpos, y a los cuerpos es a lo que se impone los nombres, de los que nace la propiedad del verbo, esto es, la acción o la pasión.

17. Por tanto, el nominativo-sujeto está implícito en los propios verbos, de una manera definida en la primera y segunda personas, e indefinida en la tercera por ser ésta infinita en sus referencias (excepto cuando se trata de una acción exclusiva, como es «relampaguea» o «truena») [21].

18. De ahí que prevaleciese la denominación de ὄνομα *(nombre y palabra)* para ser aplicada a todas las partes de la oración, debido a su precedencia sobre las demás.

[19] En II 43.

[20] Intransitivos y transitivos, cf. III 148 y 158.

[21] Cf. II 16.

Pero si, por el contrario, alguien objetase que se apropió el nombre de las demás partes de la oración por tratarse
de la denominación común de los vocablos, también por 13
eso ocuparía el primer lugar, por constituir la primera denominación de las palabras; por lo mismo, declaramos que fue a causa de la invención de las letras cómo todas ellas pudieron llamarse únicamente «alfa», de ἀλφεῖν [22], la cual se apropiaría la denominación de todas por haberse dispuesto en primer lugar, y por coincidir con ella su sonido; efectivamente, coincidía el comienzo de ἀλφεῖν con la pronunciación de la letra, mientras que las restantes adoptaron aditamentos particulares [23].

19. No le faltaría razón, pienso yo, a quien se plantease por qué no le sigue al nombre la parte de la oración que se utiliza en lugar de él, al pronombre me refiero, puesto que sustituyendo al nombre puede a su vez con el nombre formar la oración. La respuesta más clara que se puede dar a esto es que los pronombres fueron ideados para acompañar al verbo, dado que los nombres son representativos de terceras personas, y que no puedan aplicarse a la persona que habla, esto es, la primera; es cierto también que los niños no se ponen los nombres a sí mismos, ni al dirigirnos a ellos lo hacemos con nombres, pues para eso está la segunda persona. Los verbos, por su parte, tienen tres
personas y, por eso, se ideó el pronombre con personas 14
definidas, para que supliese al nombre y completase la construcción verbal, como en los ejemplos siguientes: «yo escribo», «tú escribes»; y, por ello, nada impide tampoco

[22] Es una fantasía para explicar el nombre de la alfa, que es semítico, aunque los escoliastas digan que se llamó «alfa» por haber sido «encontrada» la primera, de ἄλφω «encontrar».

[23] Es decir, «b-eta», «g-amma», «d-elta», etc.

decir en tercera persona «Aristarco lee», puesto que se trata de la concurrencia de dos terceras personas. (Con esto no quiero dar a entender que los pronombres de tercera persona sean superfluos, porque se puedan usar los nombres para la misma; la razón de por qué hay pronombres de tercera persona se dirá en su lugar.) [24] Si esto es verdad, es evidente que los verbos han de ser anteriores en el orden a unos pronombres instituidos por causa de ellos.

20. Y lo que es más importante, los verbos significan a las personas entendidas en nominativo-sujeto, absolutamente [25] consideradas; así, si uno dice: «paseo» o «escribo», no indica un contraste respecto a otra persona. Los pronombres, cuando se emplean para hacer indicación de una persona, en los casos oblicuos van enclíticos, si son representativos de personas absolutas, y se usan con acentuación ortotónica cuando introducen un contraste entre personas, por ejemplo:

> παῖδα δ' ἐμοὶ λύσαιτε (A 20)
> *(si me soltáis a mi hija),*

frente a

> ὑμῖν μὲν θεοὶ δοῖεν (A 18)
> *(los dioses os concedan a vosotros),*

15 y

> ἡ δ' ἐμὲ χειρὸς ἑλοῦσα (μ 33)
> *(y ella cogiéndome la mano...),*

frente a

> φίλων ἀπάνευθεν ἑταίρων (μ 33)
> *(lejos de mis compañeros).*

[24] En II 45.

[25] Es decir, cuando no hay oposición o contraste de personas, en cuyo caso debe ir el pronombre explícito.

Entonces, ¿por qué los pronombres en nominativo no pueden emplearse enclíticamente? Sin duda, porque, al existir previamente los verbos y llevar implícita la persona absoluta en nominativo-sujeto, para nada hubieran servido los pronombres enclíticos en nominativo, resultando acaso más superfluos que las partículas expletivas, que, como mostraremos más adelante [26], a veces se emplean por necesidad. (Como consecuencia, la forma enclítica τύ [*tú*] de nominativo en dorio perdió la función de nominativo-sujeto y se convirtió en su afín de acusativo.) Y parece también que los pronombres en nominativo se mantuvieron no por otra razón que porque las formas verbales, no pudiendo ofrecer por sí mismas una oposición de personas, tomaban consigo al pronombre a causa de su particular propiedad, a saber, la oposición contrastiva.

21. Y al participio, en justa sucesión, se le ha asignado el lugar después del verbo, manifestando dicho puesto su origen en la transformación del verbo en formas flexivas [27]. (Como hemos mostrado con más detalle en el tratado *Del participio,* la adopción, por parte de los verbos, de formas declinables con sus correspondientes géneros, por fuerza había de producirse al no ser susceptibles los verbos de proporcionar la coherencia en dichas categorías.)

22. Es evidente, por tanto, que no se podría defender
la propia denominación de «participio», a no ser que si- 16
guiese al nombre y al verbo una parte de la oración resultante del acuerdo de los caracteres de ambas, del mismo modo que después del masculino y del femenino viene el negativo de éstos, el neutro. Pues si no admitiésemos la

[26] III 127.

[27] Se llamó «participio» por «participar» de las características del verbo (tiempos, voces) y del nombre (casos, géneros, números).

prioridad de las susodichas partes de la oración, resultaría que no podríamos llamarles «participio» ni «neutro», porque ¿de qué dos términos preexistentes iba a ser negativo el neutro y de qué iba a «participar» el participio? Ni, por otro lado, hubiera sido posible interponer ninguna otra parte de la oración, digamos pronombre, adverbio, conjunción u otra cualquiera, dado que no participa de las características de ninguna de aquéllas.

23. El puesto del artículo tampoco le fue asignado al azar, queriendo dar a entender, por una parte, la común dependencia con las anteriores partes de la oración declinables, y, por otra, para apartar al pronombre, por no admitir artículos, mientras que incluso es factible la construcción de éstos con el verbo: «el estudiar es bello», «me agrada el escribir».

24. No será necesario detenerse mucho a considerar que el pronombre es el que viene a continuación, cuando ya estuvo a punto de ser colocado detrás del nombre. Es evidente que lo que se emplea en sustitución de algo impli-
17 ca una construcción posterior. De ahí que si el artículo se construye con el nombre y el pronombre en sustitución del mismo, está fuera de duda que el artículo, por coexistir con el nombre, es anterior al pronombre.

25. Asimismo, los pronombres anafóricos [28] están en lugar de nombres que llevan artículo; pues está claro que los nombres por sí mismos no indican anáfora, si no es acompañados del artículo, cuya función primordial es la anafórica, de modo que funcionalmente pueden sustituir al artículo. (Según esto, los artículos mismos, perdida su conexión con los nombres, se convierten en pronombres [29],

[28] Los pronombres personales de tercera persona.

[29] *I. e.*, relativos, llamados «artículos pospuestos», pero también conocida su función pronominal; cf. *Pron.* 8, 5.

que son los que les siguen en el orden, como en los ejemplos:

> ὁ γὰρ ἦλθε θοὰς ἐπὶ νῆας Ἀχαιῶν [A 12]
> [*pues él se presentó en las rápidas naves de los aqueos*],
> ὅς γάρ ῥα μάλιστα
> ἥνδανε κηρύκων [ρ 172]
> [*pues él fue de los heraldos el que más agradó*],
> τὸν δ' ἀπαμειβόμενος [A 84, etc.]
> [*y respondiéndole a él*].

De dicha construcción daremos las razones precisas en el lugar oportuno [30].)

26. Está claro que la preposición no se ha denominado así por haberse instituido la primera y ser más antigua que las demás; de modo que no se llamó así en virtud de dicho sentido etimológico, sino por anteponerse a las partes de la oración a que nos hemos referido, ya que, si no hubieran existido previamente, tampoco ella misma hubiera podido constituirse, igual que dijimos del participio. De ahí que tenga el lugar que tiene en la frase, pues unas veces va en composición y otras en aposición [31], antepuesta a las mencionadas partes de la oración; luego, por su origen, es posterior, aunque en la sintaxis sea anterior.
(Lo mismo puede decirse del llamado artículo «antepues- 18
to» [32], pues no porque preceda al nombre ha de ser anterior a él, dado que acompañando a los nombres sirve para indicar un conocimiento previo de éstos.)

27. Y como el adverbio funciona sintácticamente como adjetivo del verbo, según testimonia su propio nom-

[30] II 28.

[31] En su sentido literal de «puesta junto a».

[32] El artículo propiamente, o determinado, el único existente en griego.

bre, y del mismo modo que el verbo es segundo del nombre, también el adverbio es segundo de la preposición, la cual precede al nombre, sea en composición, sea en aposición.

28. Detrás de todas las mencionadas partes de la oración se colocó la que las conecta, la conjunción, la cual nada podría significar sin la materia de las palabras, al igual que las ataduras de los cuerpos físicos de nada servirían si no existiesen los propios cuerpos que atan.

29. Muchas otras razones se podrían dar del orden de las partes de la oración, pero como no es ese nuestro objeto, aquí mismo ponemos punto final.

*

30. Antes de pasar a la sintaxis de cada parte de la oración hemos de detenernos a considerar por qué a los interrogativos se les ha dado cabida en dos partes de la oración distintas, a saber, en la nominal y en la adverbial, y por qué no en una sola nominal y en otra sola adverbial, sino en muchas, por ejemplo, τίς *(quién),* ποῖος *(cuál),* πόσος *(cuánto),* πόστος *(qué número),* πηλίκος *(de qué ta-*
19 *maño),* ποδαπός *(de qué país),* -πῶς *(cómo),* πότε *(cuándo),* πηνίκα *(a qué hora),* ποῦ *(dónde),* πῆ *(por dónde),* πόθεν *(de dónde).* ¿Es, acaso, ésta la explicación de que las partes más vitales de la oración sean dos: nombre y verbo, las cuales, cuando no son conocidas, suscitan de inmediato la pregunta por ellas? La razón de que se les dé cabida en diversas formas nominales y adverbiales es la siguiente.

31. Si preguntamos por la realidad de un sujeto indefinido, decimos: «¿quién anda?», «¿quién pasea?», «¿quién habla?», siendo patentes los actos de moverse, pasear y hablar, pero permaneciendo desconocida la persona que actúa; de ahí que se produzcan respuestas nominales, comunes o propias, manifestando también los propios una sustancia; así, decimos: «un hombre pasea», o «un caballo», o «Trifón», en el cual, a su vez, está implícito «un hombre»; o bien la parte de la oración que se utiliza en lugar del nombre, en este caso del propio, si decimos «yo».

32. Y como los accidentes que concurren en los mencionados nombres no quedan manifiestos mediante ellos mismos (pues el pronombre τίς interroga sólo por la esencia, en la que concurren la cualidad, la cantidad y la extensión), por eso se ideó, además, la pregunta acerca de éstas, de suerte que cuando inquirimos por la cualidad decimos ¿cuál?, cuando inquirimos por la cantidad ¿cuánto? y por la extensión ¿de qué tamaño o edad?; y en forma gentilicia derivada de «¿cuál?»: «¿de qué origen?» De suerte que, conocido previamente «¿quién?», la pregunta que se sigue es «¿cuál?», que es una cuestión adjetiva, pongamos por caso: «el gramático, el músico, el corredor», desarrollándose el diálogo de esta manera: «—¿Quién lee? —Trifón. 20
—¿Cuál de los dos? (o simplemente: ¿cuál?). —El gramático (o 'el rétor')», todo lo que pueda atribuirse en sentido adjetivo a los nombres correspondientes a «¿quién?». La razón por la cual los términos de la respuesta llevan artículo se dirá más abajo [33]. Por otro lado, como hay palabras que en su forma singular significan una pluralidad, por el desconocimiento de ésta la interrogación permite especificar dicha forma, me refiero a «¿cuánto?», cuando preguntamos por la cantidad; y cuando la cuestión es sobre el orden numérico dentro del conjunto, «¿qué número?»; y, como decíamos antes, si es por la extensión, «¿de qué tamaño?», y en sentido gentilicio, «¿de qué origen?».

[33] En el párrafo siguiente.

33. Con él también se responde, a veces, a la cualidad, por ejemplo si decimos: ποδαπός ἐστι Τρύφων; *(¿De qué manera es Trifón?),* «negro» o «blanco» o algo así; con lo cual, pienso yo, no se responde verdaderamente a la forma derivada gentilicia, sino a la forma primitiva, o sea a ποῖος *(¿cuál?);* para cuya respuesta gentilicia sirven ἡμεδαπός *(de nuestro país),* con base pronominal, y también ὑμεδαπός *(de vuestro país)* y de ἄλλος, ἀλλοδαπός *(de otro país),* que, al contrario, significa la negación de las dos primeras personas de la forma derivada gentilicia. La diferencia reside en que las respuestas a «¿cuál?» han de llevar artículo «¿qué [cuál] Trifón?», pongamos por caso, «el negro» o «el blanco»; «—¿Cuál de los dos Áyax?
21 —El locrio o el telamonio». ποδαπός ἐστι Τρύφων; *(¿De qué origen es Trifón?),* la respuesta inequívoca y correcta es «alejandrino», «ateniense», pero también la coincidente con la interrogación mediante el primitivo ποῖος como dijimos más arriba, o sea, «negro» o «blanco».

34. Por otro lado, una vez que ya están a la vista la esencia, la cualidad y demás accidentes, cabe también la interrogación por el nombre propio. Por ejemplo, Príamo está contemplando desde lejos [34] todo lo mencionado: la esencia en «éste», la raza en «aqueo», la cualidad en «noble», su estatura en «alto», pero no en el nombre propio, de ahí que le responda con:

ése es el gigante Áyax (Γ 229).

35. Las formas adverbiales se refieren también a circunstancias desconocidas o a la índole de la acción; así, decimos: «¿cómo leyó?», a lo que respondemos con un

[34] En la *Ilíada* III 226. Helena le va diciendo a Príamo quiénes son los caudillos griegos.

adverbio funcionalmente adjetivo del verbo, pongamos por caso, «bien», «al modo retórico», «al modo filosófico». Si no preguntamos por esto, sino por el tiempo en que la circunstancia tuvo lugar «¿cuándo?», «¿a qué hora?», a su vez se responde «ayer», «anteayer», «antiguamente»... Si el lugar en que sucede la acción,

¿Dónde dejaste a Héctor al venir aquí (K 406),

y distinguiendo el lugar de dónde y a dónde:

¿A dónde fue Andrómaca? (Z 377),

«¿de dónde has venido?». Por cierto, Odiseo sabe de dónde ha venido Elpenor, y por eso no le dice: «¿de dónde has venido?»; lo que no conoce es la manera cómo ha venido, por eso dice:

¿cómo has venido? (λ 57). 22

Hemos mostrado que las mencionadas partes de la oración [interrogativos] son por necesidad o adverbiales o nominales. Sobre su construcción se hablará más adelante [35].

*

36. Pues bien, dado que el resto de las partes de la oración entran en relación sintáctica ya sea con el verbo, ya con el nombre, de lo que recibieron su denominación, es preciso considerar en cada una de ellas la que se usa con y la que se usa en sustitución de aquéllos o bien en ambos [36], como los pronombres, que se usan en lugar de

[35] En I 119.

[36] Cf. L. Lange, *Das System der Syntax des Apollonios Dyskolos,* Gotinga, 1852, págs. 11 y sigs. Parágrafo importante para la estructuración de la obra.

los nombres y con los nombres, y lo mismo los participios, en lugar de los verbos y con los verbos, y así las demás partes de la oración.

37. Pues bien, los artículos se construyen con nombres y con verbos, como puede decirse de los infinitivos: «el filosofar es útil», «me agrada el pasear». E incluso con cualquier palabra, con tal de que no se indique más que la forma pura y simple [37], de modo que el artículo se refiera a la palabra sobreentendida: «el μέν precede al δέ», donde el artículo se refiere a σύνδεσμος *(nexo, conjunción); «el* λέγε *(di)* es imperativo», donde claramente se sobreentiende ῥῆμα *(verbo).* Y también con nombres, por ejemplo, cuando decimos: ὁ Ἀρίσταρχος, el artículo lo ponemos según el género correspondiente; pero si decimos: «el Ἀρίσταρχοι es proparoxítona», «el Ἀρίσταρ-
23 χοι acaba en -οι», nos referimos a la forma, debiendo sobreentenderse «nombre, palabra», igual que si uno dijera: «el hoy», «el ayer». De ahí que, en todos los casos, el artículo vaya en singular, pues cada palabra es una única forma, aunque alguna de ellas aparezca en plural. Por ejemplo, ἄνθρωποι *(hombres)* es en sí una sola palabra de acuerdo con una clasificación de la misma, aunque a partir de su significado presente un sentido plural. Ahora bien, cuando algunos declaran que los pronombres no llevan artículo [38], no se refieren a la forma, sino a su significado, el cual con la deixis significa personas, puesto que si nos referimos a la forma en sí, lleva artículo, como cuando decimos: «el ἐγώ *(yo)* es sólo tónico», «el σοί es enclítico».

---

[37] En función metalingüística, diríamos hoy. Cf. *infra.*

[38] La distinción de pronombres con y sin artículo es de Dionisio Tracio, contra la cual se manifiesta APOL. DÍSC., por ej., *Pron.* 13, 5.

38. No poco han errado quienes suponen que el artículo ha sido colocado junto al nombre para la distinción de su género [39]. Ya se les ha dado la réplica con todo detalle en el tratado *Sobre los géneros.* Ahora, por exigirlo la sintaxis, diremos algunas cosas en su contra que servirán para refutar su errónea opinión.

39. En primer lugar, que ninguna parte de la oración fue ideada para resolución de la ambigüedad de otra, sino que cada una se ha construido en virtud de su propia sig-
nificación, como se mostrará más abajo. En efecto, la 24
confusión de género queda resuelta por las palabras inmediatas, del mismo modo que otras palabras con varios significados en una sola forma se liberan de su ambigüedad por el mencionado contexto. Así, a pesar de no haber artículos en

> σώφρων οὖσα Ἑλένη ἡρπάγη ὑπὸ Ἀλεξάνδρου
> *(siendo casta Helena fue raptada por Alejandro* [*Paris*]*),*

la ambigüedad de σώφρων *(casta)* [40] queda excluida por los términos inmediatos. Sin embargo, en

> ἐκ τῶν θεῶν ἐπεκλώσθη Ὀδυσσεῖ τὸ μὴ θανεῖν κατὰ [θάλασσαν
> *(por los dioses fue tejido* [*destinado*] *para Odiseo no morir en el mar),*

incluso con el artículo expreso, la ambigüedad se mantiene, pudiendo ser los dioses o las Moiras. Así pues, ¿cómo no va a ser ridículo decir que se emplean los artículos para

---

[39] Los estoicos, cuya definición ha prevalecido hasta la actualidad, cf. D. L., VII 58 (*SVF,* 214, 3).

[40] Es un adjetivo de dos terminaciones, por tanto aquí masculino y femenino.

la distinción del género, si con artículo el género permanece ambiguo y sin él la ambigüedad está excluida?

40. En segundo lugar, lo empleado para la distinción del género no podía sufrir lo mismo que aquello para lo cual había sido instituido, la confusión de género quiero decir, como sucede en τῶν, τοῖν y otras formas del artículo, que no significan un género solamente. Y si admitiéramos que ὦ es artículo [41], válido para todos los géneros y todos los números, hubiera sido preciso inventar otros artículos para la distinción de tales formas. Dicho de otro modo, si la ambigüedad se resuelve a menudo gracias a las palabras inmediatas, cuando decimos: τῶν Μουσῶν *(de las Musas)* [42], nada impediría afirmar que los nombres fueron ideados para distinguir el género del artículo,
25 lo cual es una necedad. Por tanto, mi opinión es que la ambigüedad del género se resuelve por el contexto inmediato.

41. En tercer lugar, se puede añadir que hubiera sido necesario anteponer el artículo únicamente a las palabras que presentasen ambigüedad de género, pero no a las que lo mostrasen claramente por sí mismas; así, debería llevarlo θεός, pues decimos: ὁ θεός *(el dios)* y ἡ θεός *(la diosa)*, ὁ ἵππος *(el caballo)* y ἡ ἵππος *(la yegua)*, pero no habría que ponérselo a γυνή *(mujer)*, puesto que casi es inherente al nombre del género femenino [43]. Ahora bien, en el caso de γυνή, puede suceder que la sintaxis lo exija en algunas ocasiones y, al revés, que a θεός, a ἵππος y similares de

---

[41] Es la interjección que suele preceder al vocativo. Sobre si es artículo o no, cf. I 73 ss.

[42] Esta forma de genitivo plural del artículo es común para los tres géneros.

[43] Según Brugmann, el morfema del femenino (-a) se generalizó por ser ése el de la palabra que significaba mujer: γυνά.

ningún modo deba ponérseles. Valgan como ejemplos, del primer caso:

> πῶς ἡ γυνή σε ὕβρισε;
> *(¿Cómo te ofendió la mujer?)*,

que sería incomprensible sin el artículo; del segundo:

> θεός τίς σε ἠλέησεν
> *([Un] dios se compadeció de ti)*,

al que sería imposible ponerle el artículo (determinado), como ya mostramos en el tratado *Sobre los géneros* en el ejemplo:

> μή τέ τις οὖν θήλεια θεός τό γε μή τέ τις ἄρσην (Θ 7)
> *(que ningún dios, ni hembra ni varón...)*,

diciendo que el θήλεια está puesto muy justamente, pues en definitiva se alude a Hera y a Atenea, mientras que quizá [Homero] dejó caer lo de μή τέ τις ἄρσην para que no pareciese que se manifestaba abiertamente contra las diosas. Y es obvio que lo que debería distinguir el artículo acompañante lo expresa el θέλεια y el ἄρσην, puesto que, tratándose de una frase indefinida, la sintaxis no hubiera 26
podido admitir el artículo en su función específica.

42. Quizás alguien diga: «¿Es que [Homero] no omite el artículo en otros lugares?» A lo que responderíamos que lo que falta está potencialmente presente gracias a que el discurso puede suplirlo. Por cierto que, en el ejemplo mencionado, el género hubiera quedado confuso al no dar cuenta de ellos la coherencia oracional; por eso, pienso yo, completó muy justamente la oración mediante la explicitación de los géneros, esto es, mediante el θήλεια *(hembra)* y el ἄρσην *(varón)*.

43. La función del artículo [44] es, como ya hemos mostrado, la anáfora, que es indicativa de la entidad previamente mencionada. La anáfora de los nombres puede ser «por excelencia», como cuando decimos: «éste es el gramático», queriendo dar a entender: «el que aventaja a todos», como si dijéramos: «el más gramático». Por lo mismo, «el Poeta» lleva consigo el artículo como si fuera ya una sílaba más, llevando con ello la excelencia sobre todos los demás y el reconocimiento absoluto por parte de todos los otros. O también de «la posesión única», pues el que dice: «[un] esclavo tuyo hizo esto», supone una cierta cantidad de esclavos, pero si emplea el artículo: «el esclavo tuyo hizo esto», da a entender que es posesión
27 única. O bien la anáfora simple, como cuando decimos: «el hombre vino a buscarte», «el gramático te buscaba»; aquí, «el gramático» ya no ha de entenderse como en el ejemplo anterior.

44. A veces, también, la anáfora es «por anticipación» [45], entonces su significado es indefinido [46], como cuando decimos: «sea honrado el tiranicida», pues la referencia es a una persona en cuanto futura, igual que en el ejemplo:

> κεῖνος γὰρ πέρι κῆρι μακάρτατος ἔξοχος ἄλλων,
> ὅς κέ σε ἔδνοισιν βρίσας οἶκον δ' ἀγάγηται (ζ 158 s.)
> *(será dichosísimo en su corazón, por encima de todos los demás, el que superando en regalos a los pretendientes te lleve a su casa)*

[44] El artículo determinado, el único existente en griego. La indeterminación se marca con la ausencia del artículo determinado, entre otros medios.

[45] De la persona o cosa aún no mencionadas.

[46] Su significado es genérico, carece de función anafórica, cf. II 32.

(que no es lo mismo que

> κεῖνος ἀνήρ, ὅτ' ἐμεῖο κυνώπιδος [δ 145]
> *[(...a Telémaco a quien dejó) aquel hombre cuando fuisteis por mí, ojos de perra]*,

puesto que, en este caso, se refiere a una persona previamente aparecida, mientras que en el anterior es a una futura). Ahora bien, no se me oculta que en «sea honrado el tiranicida» la referencia puede entenderse también como a una persona anterior, pues, considérese que pudo suceder que alguien matase a un tirano y aún no haya sido honrado, y que alguien, dándose cuenta, dice: «sea honrado el tiranicida»; lo que quedará perfectamente claro expresado en indicativo y más todavía en tiempo pasado: «el tiranicida ha sido honrado». Se mostrará más adelante cómo también, a veces, el artículo puede significar pluralidad [47].

45. Según las mencionadas significaciones del artículo, hay que considerar a continuación si puede convenir a cualquier forma flexional, cuáles de ellas no son susceptibles de admtir la construcción con él y cuáles de ellas, una vez admitido, ya no pueden prescindir del mismo, co- 28
mo si se tratara de una sílaba más. Comencemos por la construcción de las letras del alfabeto con el artículo.

46. Pues bien, las letras pueden estar en nominativo y acusativo, tanto sin artículo como con él. Sin artículo, como cuando decimos: «esto es [una] *a*, esto [una] *b*», en cuyo caso se trata de un nominativo, igual que si se dijese: «esto es [un] hombre», «esto [un] caballo», cosa que prueba la construcción con tal verbo, que exige un nominativo; y de un acusativo, en «el maestro llama a esto

[47] Del valor indefinido, en I 111.

a, a esto *b*», donde, a su vez, la transitividad del verbo exige el «a esto *b*», entendiéndose la letra en acusativo, igual que si dijéramos «el maestro señala esta letra». Con artículo, cuando decimos: «la *a* es *anceps*», «la *a* es la desinencia de los femeninos y de los neutros», y en acusativo: «el niño borró la *a*», igual que si se dijera: «borró la letra».

47. Sin embargo, en genitivo y dativo es imposible la ausencia del artículo en una expresión con el nombre de una letra; así, cuando decimos: «a la *a* le es connatural ser larga o breve», «borró el signo de larga de la *a*», «la pronunciación de la *a* es muy abierta».

29 **48.** La razón de esta construcción es la siguiente: las letras son indeclinables y es evidente que su primera forma de denominación es un nominativo; al ser desconocida para los niños que se inician en el aprendizaje, es obligado que la digan sin artículo, si es cierto que el artículo significa conocimiento previo y el niño no conoce aún la letra; por eso es lógico que en la enseñanza se diga: «esto es [una] *a*». Ahora bien, una vez que tenemos conocimiento de ella por habernos sido enseñada, al hacer referencia a la misma, es de todo punto necesario que la mención sea con artículo: «la *a* es la terminación de los femeninos y de los neutros», es decir, la *a* que habíamos aprendido antes. Una vez instituido el nominativo como forma base, la misma razón rige para el acusativo, idéntico a él, tanto con artículo como sin artículo: en la primera denominación «el maestro llama a esto *a*», y con conocimiento previo: «el niño borró la *a*».

49 El genitivo, sin embargo, y su afín el dativo, no pudiendo mostrar el carácter de genitivo mediante la forma por ser indeclinables las letras, se sirve del genitivo declinado del artículo, por ejemplo, «la pronunciación de la

a es muy abierta», y otro tanto vale para el dativo, pues si se les quitase el artículo, la forma resultante sería un nominativo, según que, como decíamos, el nominativo es
la primera forma de denominación, y por consiguiente es 30
incorrecta una frase como «la pronunciación *a* es muy abierta», puesto que el «es» estaría construido tanto con «*a*» como con «la pronunciación muy abierta», siendo obvio que dos nominativos-sujetos jamás pueden construirse juntos, debido a que si los dos se conciben como nominativos la oración resulta incoherente. Lo mismo se puede decir del dativo: «a la *a* se le añade la *i*», pues si dijéramos: «*a* se añade la *i*», una vez más tenemos una oración incoherente por entenderse dos nominativos. La razón de que el artículo se añade en virtud del carácter indeclinable de la palabra queda patente, si lo comparamos con las palabras declinables: «la pronunciación Δίωνος *(de Dión)* es muy abierta», donde puede verse que, aunque no lleva artículo, la frase es coherente. Y lo mismo vale para el dativo: «Δίωνι *(a Dión)* se le añade la *i*». Con esto ha quedado claro cómo el genitivo y el dativo de las letras no pueden carecer de artículo.

50. Por tales motivos yo no podría estar de acuerdo con Trifón cuando dice, en su obra *Sobre los artículos,* que los infinitivos unas veces son nombres, cuando al igual que los nombres se acompañan de artículos: «disfruto con el pasear», «cuido del pasear», y en nominativo «el pasear es molesto»; y otras, por el contrario, cuando van sin ar-
tículo, serían verbos: «prefiero pasear a estar de pie». O 31
sea que, según dichas construcciones, le parecía bien clasificar al infinitivo, unas veces, como nombre y, otras, como verbo. La razón más elemental que se puede aducir contra esto es que la supresión o el añadido del artículo no es la prueba de que unos sean nombres y otros verbos.

De una vez por todas se puede decidir que todo infinitivo es el nombre del verbo, bien que los estoicos lo llaman verbo y, a las formas personales del tipo «pasea» o «escribe», predicación o aserción [48], lo mismo que a las demás formas modales.

51. Por eso, también, cualquier forma modal puede resolverse en un infinitivo en cuanto que es el nombre genérico del verbo. Así, si uno dijere: «Trifón pasea», podría transformarlo en forma narrativa añadiendo el verbo correspondiente en indicativo, es decir, «declaró», expresándose de este modo: «declaró pasear Trifón»; y si en optativo: «ojalá pasease Trifón», podría, a su vez, añadirle el verbo correspondiente al deseo, pudiendo decir: «rogó a Trifón pasear»; y lo mismo, si en imperativo: «que pasee Trifón», diciendo: «ordenó a Trifón pasear». De ahí que me parezca que se conducen neciamente los que andan investigando por qué el infinitivo carece de personas, de número y aun de modos: pues si no tiene plural es porque cada acción es única en sí misma; si no tiene modos, es porque tampoco puede ser conjugado por personas, que, por estar vivas, son las que pueden manifestar su propia
32 actitud anímica; de suerte que el verbo en sí es capaz de no admitir personas ni números; admitiéndolos sólo cuando acompaña a formas personales [49], en cuyo caso sí distingue las personas, que son de singular, de dual y de plural. Y, por supuesto, tampoco distingue modos, como hemos dicho [50]. ¿Cómo no van a ser más simples todavía los que dicen que el infinitivo tiene singular, dual y plural, y distinción de personas contando como expresiones equi-

[48] κατηγόρημα ἢ σύμβαμα, que son equivalentes. Cf. III 187.

[49] En las perífrasis verbales del tipo «quiero leer».

[50] Es decir, persona, número y modo son «accidentes» del verbo, con independencia de la acción verbal en sí misma.

parables «escribir yo, escribir tú, escribir él, escribir nosotros, escribir vosotros, escribir ellos»? Pero tendremos ocasión más adelante [51] de detenernos más concretamente en estos temas, al tiempo que examinaremos por qué rige [sujeto en] acusativo.

52. Por otro lado, aquello que dice [Trifón] de que se usan sin artículo, también pueden emplearse con artículos: «Prefiero el ser filósofo al ser rico.» Entonces, como quedó dicho, la construcción del artículo con el infinitivo es la misma que con las letras. Hay que pensar, pues, que el artículo puede conectarse de dos maneras: una, conforme a las razones que dimos más arriba [52], cuando acompaña a cualquier palabra; otra, cuando se refiere a la acción misma. Ejemplos de lo primero: «el γράφειν *(escribir)* es de la primera conjugación», «el γράφειν se escribe con el diptongo ει», y todos los demás casos en que la forma sea tomada en sí misma [53]. De lo segundo: «el escribir es cosa ardua», «el escribir es propio del hombre laborioso».

53. No está tampoco fuera de lugar dejar bien claro 33
que, en dichas frases, los artículos apuestos a los verbos no son adverbios, pues, a decir verdad, la argumentación que se ha hecho de que tales artículos habrían de entenderse no como artículos sino como adverbios, no es el todo descabellada. Detengámonos, pues, un poco en ello.

54. «Una forma adjetiva neutra colocada ante un verbo, más se entiende como adverbio que como adjetivo, por ej., cuando decimos: 'ven rápido',

> ὅς τ' εὐρὺ ῥέει Πυλίων διὰ γαίης (E 545)
> *(el Alfeo, que corre espacioso por el país de los pilios),*

[51] En III 78.

[52] En § 37.

[53] Como decíamos, en uso metalingüístico.

οὐ μὲν καλὸν ἀτέμβειν οὐδὲ δίκαιον (υ 294)
(no sería noble ni justo maltratar...),

'habla más rápido'. Lo que también puede valer para los tres géneros del artículo, pues si 'hay que hablar rápido' o 'correr rápido' es equivalente a 'hay que hablar rápidamente' o 'correr rápidamente', así también el artículo neutro inserto antes del verbo es equiparable a la construcción anterior, entendiéndose adverbialmente en su forma articular» [54].

55. Ahora bien, contra esto se puede decir que las palabras flexivas que han recibido construcción adverbial, al tomar la condición de adverbios se convierten en indeclinables, exhibiendo la forma única del adverbio; así, es posible decir en una construcción adjetiva: «un niño que lle-
34 gó rápido nos ayudó», «recibimos ayuda de un niño que llegó rápido», y así sucesivamente en el resto de los casos empleados la construcción idónea; sin embargo, cuando decimos adverbialmente, la forma es invariable: «un niño que llegó rápidamente», «de un niño que llegó rápidamente», «para un niño que llegó rápidamente» [55]. Si lo dicho es cierto, era preciso que el artículo, por estar empleado adverbialmente, se mantuviese indeclinable, pero es el caso que se declina y, en cuanto declinado, no es susceptible de construirse adverbialmente. Luego, parece evidente que el susodicho argumento ha probado, más que el que los artículos sean adverbios, el que los infinitivos son el nombre base de las transformaciones modales, conforme mostramos que los infinitivos eran en sí mismos los nombres

[54] Ésta es la cita que suponemos de Trifón y que Apolonio Díscolo contradice.

[55] Igualmente en español, «llegaron rápido» y «llegaron rápidos».

genéricos para las variaciones de los modos [56]. Ésta es la razón primordial de que se les aponga el artículo, puesto que mediante ellos se expresa el nombre genérico de los modos, como se explicó más arriba.

56. Más aún, puede añadirse que formas nominales entendidas adverbialmente, mediante el añadido del artículo vuelven de nuevo a la construcción nominal. Así, ταχὺ ἐλθὸν παιδίον *(el niño llegando rápido),* que puede ser entendido como ταχέως ἐλθὸν παιδίον *(un niño llegando rápidamente),* si se le añade el artículo se elimina la construcción adverbial: τὸ ταχὺ ἐλθὸν παιδίον ὠφέλησεν ἡμᾶς *(el niño que llegó rápido nos ayudó).* Y si al εὐρὺ ῥέει [57] se le añadiese el artículo diciendo τὸ εὐρὺ ῥέει *(lo espacioso corre),* convertiría al εὐρύ en un nombre. ¿Como, entonces, no va a ser un contrasentido que la parte de la oración que convierte en nominales las construcciones adverbiales, se la considere, a ella misma, entre las adverbiales?

57. Todo genitivo partitivo de un nombre cualquiera 35
exige necesariamente el artículo. Sean los ejemplos: «de los hombres, unos son griegos, los otros bárbaros», «de los Áyax, uno tiene el sobrenombre de Telamonio, el otro de Locrio», «de mis hermanos, uno es rétor, el otro gramático». Y también en singular, si son susceptibles de admitir la forma partitiva, por ejemplo, «oro», «plata», y los usados en tal sentido, como partitivos, quiero decir, pues es posible que haya un genitivo que no posea dicha función y vaya, por tanto, sin artículo: ἀνθρώπων ἀκούω *(oigo a unos hombres),* φίλων προνοοῦμαι *(me preocupo de* [*los*] *amigos);* sin embargo, no cabe decir: φίλων ὃς

[56] Cf. *supra,* 51.

[57] En el ejemplo del § 54.

μὲν ἀγαθός ἐστιν, ὃς δὲ πονηρός *(de amigos, uno es bueno, otro malo)*, pues necesariamente ha de llevar artículo. Por cierto, que en casos famosos, como

> Νεστορίδαι δ' ὁ μὲν οὔτασ' Ἀτύμνιον (Π 317)
> *(Nestóridas, el uno hirió a Atimnio)*

(el otro perdió a su hermano), no sólo se cambió el caso, sino que es evidente que falta el artículo [58], y claramente, porque la figura [59] arrastró a esa irregularidad de la frase, pues de estar en genitivo, no le hubiera faltado el artículo. Sin embargo, en

> οἱ δὲ δύο σκόπελοι (μ 73)
> *(las dos peñas... la una)*,

sólo cambió el caso.

58. La justificación de esta construcción es como sigue: lo que es parte, lo es de un todo preexistente y conocido, ya que la parte lo es con relación a algo y hace referencia a esa totalidad, de modo que es obligado poner el
36 artículo a lo que es inclusivo de la parte para que así se ponga de manifiesto el conocimiento previo [del todo] [60].

59. Consecuentemente, es posible, asimismo, mostrar que los llamados plurales, indistinguibles en cuanto a la cantidad exacta, se especifican no sólo mediante el añadido de la cifra (pongamos por caso, «llegados cinco amigos», «llegados diez amigos»), sino también mediante este tipo de construcción [partitiva], y aunque no sea con la cifra real, al menos lo que se toma es de menor cantidad;

---

[58] *Se esperaría un genitivo partitivo: «de los Nestóridas, el uno...»*

[59] La enálage o cambio de un caso por otro.

[60] Como se ve, Apolonio Díscolo explica todos los usos del artículo a partir de su función anafórica.

pues si la parte es más pequeña que el todo, es evidente en la frase «de los amigos, unos son buenos y otros malos», «los amigos» son más que «unos son buenos» y «otros son malos». De modo que si se elimina la construcción partitiva [61], el «malos» ya no es más pequeño que «amigos», o al revés.

60. Por parecer evidentes tales construcciones, habrá quienes crean que, aunque no conozcan la razón de las mismas, guardarán la sintaxis. A esa gente le pasará lo que a aquellos que han aprendido exclusivamente del uso las formas de las palabras, y no del acervo de la tradición literaria helénica y de la analogía que le es inherente; a ésos les acontece que, habiendo errado en una forma, no están en disposición de enmendar su error debido a la ignorancia que les es connatural. Por tanto, igual que la utilidad de la tradición literaria helénica es extraordinaria a 37
la hora de enmendar el texto de los poemas y el uso cotidiano, y de decidir sobre una forma antigua, así también la presente investigación sobre la coherencia sintáctica servirá para corregir cualesquiera que sean los errores en el ámbito de la oración [62].

61. Ahora bien, hay casos en que la forma no está decidida por la tradición, habiendo vacilación entre si lo correcto griego es εἴρηκας o εἴρηκες con épsilon, o, como algunos dicen, Ἑρμεῖ con diptongo, mientras que la razón exigiría Ἑρμῇ [63]. Parece, asimismo, claro que la sujeción a la teoría preservará de los vicios de dicción. De esto, algo se seguirá con las observaciones presentes, de manera

---

[61] Es decir, si decimos: *«unos amigos son buenos, otros malos».*

[62] Cf. I 1. Apolonio Díscolo siente que hasta él no ha existido en la gramática un tratamiento sintáctico apropiado.

[63] La razón, en este caso, es el ático frente a formas tardías.

que cuando surja alguna duda, el recuerdo a la teoría junto con una cierta inteligencia natural evitará el error sintáctico. Así, acabamos de mostrar que no todo genitivo demanda artículo, si no es en la mencionada construcción [64].

62. Si una licencia poética, por exigir añadidos y supresiones, contraviniese alguna de tales normas, es justamente su enfrentamiento a esa teoría lo que dará cuenta tanto de lo que falta como de lo que sobra. Consideremos todos los ejemplos de la serie siguiente:

ἄλλοισιν δὴ ταῦτ' ἐπιτέλλεο (A 295)
(ordena eso a otros...),

ἄλλοι μέν ῥα θεοί τε (B 1)
(los demás dioses...),

38 ἄλλοι μὲν χαλκῷ (H 473)
(unos con bronce...),

ἄλλοι μὲν γὰρ πάντες, ὅσοι θεοί εἰσ' ἐν 'Ολύμπῳ (E 877)
(todos los demás dioses, cuantos están en el Olimpo...),

ἡ δ' ἄλλους μὲν ἔασεν (O 87)
(ella dejó los otros...),

ἄλλοι μοι δοκέουσι παροίτεροι ἔμμεναι ἵπποι
ἄλλος δ' ἡνίοχος ἰνδάλλεται (Ψ 495 s.)
(otros me parecen ser los caballos y otro el auriga),

y tantísimos otros. ¿Hay elipsis del artículo o están completos? ¿Lo están todos o sólo algunos de ellos? ¿No es, entonces, útil la teoría, al permitirnos completar lo que está elíptico y no ser redundantes donde no es preciso? ¿Acaso no es la prueba de que ha de mantenerse la lección de Zenódoto en

ὤλλοι μέν ῥα θεοί τε (B 1)?

[64] El genitivo partitivo, cf. *supra,* 57.

Y es claro que hemos de ponérselo allí donde Zenódoto no lo hizo, como en

ἄλλοισιν δὴ ταῦτ' ἐπιτέλλεο *(supra).*

Pero dejemos esto a un lado, que es abundar en lo mismo, más que enseñanza de hechos concretos.

63. Así pues, ἄλλοι *(otros)* llevará artículo cuando incluya la totalidad significada, de la cual, a su vez, se toma una parte. Si no es así, tampoco precisará llevar artículo. Valgan como ejemplo las expresiones al uso siguentes:
«los otros griegos aspiran las vocales, pero los eolios las 39
pronuncian suaves»; los eolios son, ciertamente, una parte de los griegos. Y, también, si uno dijera: «los dorios conservan la zeta, los laconios por su parte la transforman en sigma», una vez más resulta abarcativo de un conjunto, el de los dorios, del que se hace una subdivisión. Lo dicho vale para todos los ejemplos semejantes a los anteriores. En el caso contrario: «trata con otros hombres, no con los de la escuela de Trifón», donde el ἄλλοι ya no es inclusivo de la totalidad de los hombres, «otros nos hacen favores, tú incluso los estorbas», «maltrata a otros, no a mí». Ninguna necesidad hay de ponerles artículos en estos casos, en tanto en cuanto se trata de expresiones usuales y regulares; sin embargo, el ejemplo de más arriba sería inaceptable *sin artículo: «otros griegos aspiran las vocales, pero los eolios las pronuncian suaves».*

64. Con tal recurso podremos, incluso, decidir sobre ejemplos poéticos [65]. Al abarcar el ἄλλοι a todos los dioses y hombres, con la excepción de Zeus, debería llevar artículos, pero no en

ἄλλοι μοι δοκέουσι παροίτεροι ἔμμεναι ἵπποι (Ψ 459, *supra),*

[65] Cf. *supra,* 62.

pues no es el mismo caso. Como tampoco

ἄλλοισιν δὴ ταῦτ᾽ ἐπιτέλλεο (A 295, *supra)*

debe llevar necesariamente artículo, pues ¿no es como si
40 dijera: «ordénaselo a algunos»?; de la misma manera, en la vida diaria decimos: «pídeselo a otros, no a mí», y también: «molesta a otros, no a mí», sin por ello ordenar que se moleste a todos los seres existentes, sino a quienes convenga. Asimismo, hay elipsis del artículo en

ἡ δ᾽ ἄλλους μὲν ἔασε, Θέμιστι δὲ καλλιπαρῄῳ δέκτο δέπας (O 87)
(dejó los otros, pero aceptó la copa de Temis de hermosas mejillas),

pues comprende todos los regalos de los dioses asistentes al festín. Pero no falta en

ἄλλοι μὲν χαλκῷ, ἄλλοι δ᾽ αἴθωνι σιδήρῳ (H 473)
(unos de bronce, otros de brillante hierro),

ya que tampoco abarca a todos el ἄλλοι, ni son una parte de los primeros los que van a continuación, «otros de brillante hierro», pues los miembros están aproximadamente en igual número. También debería llevarlo:

ἄλλοι μὲν γὰρ πάντες, ὅσοι θεοί εἰσ᾽ ἐν Ὀλύμπῳ (E 877)

constituido de la siguiente manera:

οἱ μὲν γὰρ ἄλλοι θεοὶ πάντες, ὅσοι εἰσὶν ἐν Ὀλύμπῳ, πάντες σοι ἐπιπείθονται
(todos los otros dioses, cuantos están en el Olimpo, todos te obedecen),

a causa de la construcción con el ὅσοι *(cuantos),* puesto que ἄλλοι va en cabeza [66] (con lo que se demuestra que con el indefinido es imposible la aposición del artículo).

65. Por otra parte, todo dativo de un adjetivo en construcción epistolar lleva artículo: «Dionisio al excelentísimo, 41
al honorabilísimo Trifón, salud», pues sin artículo sería lo dicho incomprensible. El hecho de llevar artículo tiene la siguiente explicación: en los nombres propios está implícita la homonimia, cuya ambigüedad no puede resolverse sin el añadido de un epíteto concurrente con el nombre; así, decimos: «Trifón el gramático», «Dión el filósofo»; o con un étnico: «Apolodoro el ateniense», «Apolodoro el cireneo». De esta manera eluden los nombres propios el que su significado se refiera a varias personas. Por esto es posible lo mismo en la mencionada construcción. (De ahí también que Menelao, al hacer llamar a Áyax, evitase justamente la homonimia del nombre de Áyax mediante dos adjetivos en aquel «que el valeroso Áyax Telamonio venga solo» [M 349], y en otro lugar: «Áyax el grande estaba siempre animoso contra Héctor [Π 358].) Es claro que la construcción mencionada más arriba requiere epítetos laudatorios, debido al sentido amistoso del verbo empleado, a χαίρειν, me refiero, de cuya construcción y relaciones sintácticas ya se hablará cumplidamente [67]. Y es 42
también evidente que los adjetivos pueden aplicarse a muy diversos objetos, de modo que para eludir la ambigüedad sintáctica es obligado añadirles el artículo, que puede significar referencia única, como mostramos más arriba [68].

66. Se puede argüir también del siguiente modo: el añadido del artículo confiere a veces carácter de propio

[66] Texto difícil. Quizá, «y necesita la determinación».
[67] En III 63 s.
[68] En § 43.

al nombre [69], así «la nave llegó de Delos a Atenas», «la nave» lleva artículo de igual manera que «el Poeta» significando a Homero. En conclusión y según lo dicho, el añadido del artículo se hace necesario cuando, mediante el mismo, se otorga al adjetivo el carácter de nombre propio.

67. La misma explicación tiene la construcción siguiente: «Filipo, rey de los macedonios, al consejo y al pueblo ateniense, salud»; lo cual es tanto como decir «saluda a los atenienses»; pero, como le convenía a todos de igual modo dicha denominación (pues unos eran simples ciudadanos y los otros miembros del consejo), la forma epistolar precisaba de un añadido diferenciador y, así, distinguió entre los miembros del consejo con el «al consejo» y los ciudadanos con el «y al pueblo», de manera que, en resumidas cuentas, lo que quería decir era «a los miembros del consejo y a los ciudadanos». (Es cosa sabida que esa idea de conjunto la producen los nombres colectivos, los cuales, aunque se expresen en singular, significan una pluralidad; por eso, se explica fácilmente el «reunido todo el pueblo» [Y 166], pues la forma se somete al significa-
43 do.) Así, también, está demostrado que la construcción con
artículo en «al consejo y al pueblo, salud», es obligatoria [70].

68. Hay que considerar, asimismo, por qué motivo dichas construcciones no van en otro caso, sobre todo en dativo que sería lo propio, sino sólo en genitivo [71]. La razón es que lo que indica parte, al serlo de un conjunto

[69] Como si dijéramos, lo convierte en propio (en la función «por excelencia»).

[70] Porque, según la función del articulo, expresa «referencia única» o bien «por excelencia».

[71] Se refiere al genitivo de «al consejo y al pueblo *de los atenienses*» en griego.

total, exige una construcción de tipo posesivo y la posesión no puede expresarse en otro caso que no sea en genitivo [72].

69. Hasta aquí por lo que se refiere a las formas nominales que siempre se acompañan de artículo. A continuación vamos a pasar a aquellas cuya construcción con artículo es imposible.

70. Es inadmisible que ἀλλήλων *(unos y otros, recíprocamente)* lleve artículo. Ello resulta evidente sobre la base del uso general y de la razón que le es inherente, pues unido a un verbo significa el paso recíproco de la acción de una persona a otra:

ἀλλήλους τρώσητε (π 293, τ 12)
(...os vayáis a herir unos a otros),
'αλλήλους δ' ἐλήϊσαν
(se robaron unos a otros)
ἀλλήλων ἀλεείνοντες βέλεα στονόεντα (P 374)
(esquivando los dolorosos tiros que se dirigían unos a otros).

Dichas construcciones se entienden como formadas de caso recto y oblicuo, y así la palabra en cuestión lo está en recto y oblicuo, como si dijera «unos y otros», «unos para otros» y «unos a otros». Si a cualquiera de los casos se le pusiera artículo, se produciría una incorrección gramati-
cal; si al recto, el caso implícito al oblicuo no lo sufriría; 44
si al oblicuo, el caso del recto lo rechazaría, pues es imposible construir una palabra con dos artículos, por lo que su construcción resultaría inadmisible.

71. Es, asimismo, inaceptable la construcción del artículo con ἀμφότεροι *(ambos),* vetándolo tanto el uso como la razón que le es inherente. En conformidad con la cual se demuestra que «ambos» no es igual que «dos», puesto que, como es de razón, a «dos» puede oponérsele el artícu-

[72] No es cierto. Es posible con dativo «posesivo».

lo, igual que a los demás cardinales, pero no a la palabra a que nos estamos refiriendo. Y la causa es la siguiente: «ambos» se aplica a una dualidad conocida; así, se puede decir: «dos hombres marchan y ambos corren», dando a entender el «dos» un primer conocimiento de los hombres, e indicando «ambos» conocimiento previo. De ahí que no sea posible añadir el artículo después de «dos» y antes de «hombres»: δύο οἱ ἄνθρωποι τρέχουσι, pues era la primera mención, y ya se dijo que el añadido del artículo servía para referirse a algo previamente manifestado. Sí, sin embargo, después de «ambos»: ἀμφότεροι οἱ φίλοι τρέχουσι *(ambos los amigos corren),* pues el par designado por «ambos» era conocido de antemano y, por eso, es aceptable
45 que lleve junto a él el artículo. Por lo mismo, si la construcción con «dos» se refiere a algo conocido, admite el artículo «los dos hombres corren». De modo que resulta evidente que la construcción con ἀμφότεροι, por llevar implícita la función del artículo, repele dicha unión en cuanto redundante; así pues, el ejemplo

ἀμφότεροι μέμασαν πολεμίζειν ἠδὲ μάχεσθαι (H 3)
(ambos estaban impacientes por combatir y luchar)

hace referencia a personas conocidas por el contexto previo, o sea, Héctor y Paris:

ἐξέσσυτο φαίδιμος Ἕκτωρ (H 1)
(atravesó el umbral el ilustre Héctor)

y

τῷ δ' ἅμ' Ἀλέξανδρος κί' ἀδελφεός (H 2)
(y juntamente con él iba su hermano Alejandro [Paris]).

72. Tampoco se me oculta que, en las oraciones de verbos de existencia, las palabras en relación con «ambos» no llevan artículo: «ambos son amigos», «ambos son hombres», «ambos son llamados gramáticos», en que el sujeto es una pareja, la designada por «ambos», y lo que se refiere a ella lo expresa la frase existencial, como se explicará con más detalle en lo sucesivo [73].

73. Siguiendo a las mencionadas construcciones de artículo, se ha de considerar si también los vocativos, conforme a la opinión común, admiten artículo [74], «pues, dicen, mediante ellos se diferencian nominativos y vocativos coincidentes en la forma: ὁ Θέων ὦ Θέων, ὁ Ἑλικών ὦ Ἑλικών». «Y si, conforme a algún uso dialectal, la forma 46
de las palabras se ha alterado, el añadido del artículo servirá de distinción entre dichas formas. Así, Θυέστα es un vocativo, pero si se le añade el artículo ὁ, el resultado es un nominativo:

αὐτὰρ ὁ αὖτε Θυέστ' Ἀγαμέμνονι λεῖπε (B 107)
(y Tiestes a su vez lo dejó a Agamenón),

y si se trata de un nominativo, la aposición del artículo ὦ convertirá, a su vez., la expresión en un vocativo:

ὦ φίλτατ' Αἴας (Sóf., *Áyax* 977 y 996)
(¡Oh mi muy querido Áyax!),

y también:

ὦ φίλος, οὐ σέ γ' ἔολπα (γ 375)
(¡oh amigo, no te esperaba...¡).

Se duda de si el ejemplo de Menandro:

ὦ Λάχης Λάχης (Fr. 921 K),

[73] En I 106.

[74] Por considerar a la partícula interjectiva ὦ el vocativo del artículo ὁ, opinión que va a refutar Apolonio Díscolo.

es una figura como la anterior [75], o bien es justamente el artículo ὦ lo que hace que sea un vocativo.» Muchos otros ejemplos podrían añadirse a éstos.

74. Trifón, por su parte, basándose en la forma de dicha voz, que se aparta, en lo fundamental, de la analogía de los artículos, excluye esta partícula de tal clase; y también en virtud de su significado, ya que, mientras el resto de las formas del artículo se construye con palabras en tercera persona, el ὦ siempre lo hace con las que están en segunda.

75. De todo ello hace, sin embargo, tabla rasa, propugnando de nuevo la opinión común. En relación con la forma, dice que los artículos no precisan seguir la analogía, puesto que otras muchas formas son anómalas con-
47 forme a sus casos y géneros correspondientes, y no considera razonable que el artículo se flexione a partir de un único tema, de suerte que una parte de la oración no queda reducida a un solo vocablo. En relación con el significado, esto es que el ὦ no se construye con terceras personas, dice: «entonces el vocativo tampoco sería un nombre, puesto que se construye con segundas personas, y los demás casos lo hacen con terceras; luego si es absurdo que el vocativo no sea admitido entre los nombres, también lo es no llamar artículo al vocativo del artículo porque se construye con segundas personas.»

76. Ahora bien, contra esto se puede argüir que lo primero, es decir, que el artículo no sigue la analogía, no es cierto, pues la sigue exactamente, con la única excepción del nominativo. Y que estaba obligado a seguirla se hace evidente por el hecho de que vaya coarticulado con formas flexivas igualmente analógicas, y debido a ello podrá concordar con la flexión analógica de aquéllas, pues ¿cómo, si no, iba a ser un artículo? [76]. Tampoco es forzoso que deba poseer varios temas para que una sola palabra con flexión analógica no abarque toda una parte de la oración, pues las partes de la oración no se distinguen por el número de palabras que incluyen, sino por la noción intrínseca.

77. Incluso si esto no se aceptase por haber palabras anómalas, sin embargo, cuando éstas no se apartan de la 48
noción intrínseca a la parte de la oración correspondiente, se las considera pertenecientes a la misma clase de palabras. (Pongamos un ejemplo: ἐγώ [*yo*] se diferencia y mucho de νῶϊ [*nosotros dos*], igual que ἡμεῖς [*nosotros*]); pero, dado que la noción significada se mantiene, se mantiene también su pertenencia a la misma parte de la oración, lo que sí será cierto es que palabras que se apartan de esa noción particular, aunque mantengan la oportuna semejanza en cuanto a la forma, como en el caso de palabras homófonas, no podrán ser atribuidas a la misma parte de la oración. ¿Cómo, pues, no va a ser excluido el ὦ del artículo cuando viola totalmente la norma analógica de éstos y, lo que es más, la noción propia del artículo? Mi razonamiento se reduce a lo siguiente: las partes de la oración no se constituyen ni por la semejanza formal ni por su falta, sino, como ya hemos dicho, por su peculiaridad intrínseca.

78. Trifón, por su parte, dice: «del mismo modo que el vocativo es nombre aunque sea una segunda persona, también el ὦ es artículo conexo con el vocativo de que depende». Ahora bien, el nombre mantiene esa peculiaridad a lo largo de todos los casos y dicha propiedad no

[75] Nominativo por vocativo.

[76] Se llama «artículo», por ir «articulado» con el nombre.

consiste en limitarse a unas personas, de ahí que se use también con primeras y segundas: «soy Odiseo», y con una segunda: «eres Odiseo», pues es algo inherente a su propio carácter. Y el acompañamiento del artículo tiene su función
49 específica, que es la anáfora de terceras personas, y no, lo que es totalmente opuesto, a la persona presente a nuestra vista, de ahí que a «es [el] mío» pueda añadírsele el artículo por ser tercera persona, pero ya no es posible ponérselo a «tú eres mío», por tratarse de una construcción de segunda persona. ¿Cómo no va a rechazar la compañía del artículo el vocativo que es tan diferente en la forma y, sobre todo, cuando esa misma voz muestra, mediante su total inconsecuencia analógica, su falta de correspondencia con los artículos? En conclusión, si el vocativo reclama la segunda persona, es en vano investigar si ὦ es artículo [77].

79. ¿Cómo, entonces, puede ser considerado así por todos? Podríamos decir que por una equiparación con los demás casos [78], puesto que había la tendencia a llamar «artículo» a todo lo que se adhiere a ellos [79] —por la misma razón que las vocales solas son «sílabas». Y el ὦ se adapta específicamente al vocativo

80. No está de más explicar que, en cuanto a la forma, el resto del artículo sigue la norma analógica, en contraste con el ὦ. El nominativo, al perder la τ-, era forzoso que sufriera el fenómeno adyacente, me refiero a la pérdida de la -ς, pues en caso contrario habría quedado igual que el relativo, cuya sintaxis no está sujeta a las mismas

[77] Porque el artículo es anafórico de terceras personas.

[78] Como todos los casos tenían su artículo, el vocativo también debería tenerlo.

[79] Cf. la definición aristotélica de artículo, *Poética* 1457a6, donde por «artículo» se entiende una larga serie de partículas, preposiciones, etc.

exigencias que la del artículo, como se demostrará en el apartado del relativo [80], de lo que resultaría que la oración pareciera sitácticamente incoherente. Así pues, 1) la caída de la -ς era segura por la igualdad de desinencia de artícu- 50
lo y relativo, y éste es ὅς, y de igual modo con οὗ se corresponde τοῦ, con ᾧ, τῷ y con ὅν, τόν [81]; 2) también se hacía evidente a partir del plural, pues el singular de los plurales en -οι es en -ος, aunque sea en los contractos tipo χρυσοῦς y similares; 3) resulta, asimismo, manifiesta a partir de los casos oblicuos, dado que sus desinencias son todas ellas propias de nominativos en -ος (incluido un genitivo con diéresis como el tesalio τοῖο, igual que καλοῖο); 4) igualmente, a partir de la η del femenino, pues éste es el género correspondiente a los que acaban en -ος.

81. En efecto, 1) no habría acabado en η, si no le hubiera precedido una τ, igual que a νοητός se corresponde νοητή; 2) considérese también que el uso dorio restituye la τ caída: τοὶ ἄνθρωποι, ταὶ γυναῖκες, lo que no deja de ser convincente, pues este dialecto es muy abundante en el uso de la τ: ποτί, λέγοντι, φαντί, πέρυτι, τύ y miles más, de modo que si se trata de un uso resultante de una transformación, cuánto más no va a restituirse la τ caída; 3) también se hace evidente a partir del espíritu, pues no hubieran llevado espíritu áspero esas formas del artículo, si no hubiera caído la τ; 4) es incluso posible probarlo a partir del neutro, que comienza por τ y acaba en ο como exigía la correspondencia con los masculinos [de los pronombres] acabados en -ος [82].

[80] En I 142 ss. El nominativo del artículo es ὁ, ἡ, τό, el del relativo ὅς, ἥ, ὅ.

[81] Las formas correspondientes del relativo y el artículo.

[82] Es decir, ἐκεῖνο, τοῦτο, αὐτό, cf. *infra*.

82. Está claro que se ha producido esa afección [la pérdida de la -ν del nominativo neutro] justificadamente, con vistas a eliminar la coincidencia de dicho género en
51 las formas de acusativo; según esto, los pronombres que no se benefician del acompañamiento del artículo imitan, en el neutro, la desinencia del artículo: ἐκεῖνο, τοῦτο, y siguiendo la analogía de éstos, también decimos αὐτό. El ático, entonces, sigue más fielmente la norma analógica, cuando, al unir el artículo al pronombre, restablece la -ν en ταὐτόν, cuya supresión habría sido redundante.

83. Podemos, entonces, decir lo siguiente: en la medida en que se demuestra la analogía del artículo, en esa misma medida se contradice la de la forma ὦ. 1) Si la flexión de los artículos imita la de los nombres y el vocativo nunca es más largo que el nominativo en cuanto a la cantidad, ¿cómo es que el ὦ es más largo que el ὁ? 2) ¿Por qué no acaba en -ε para seguir la analogía de un genitivo τῆς y un acusativo τόν? 3) En los femeninos, ¿por qué no coincide la forma del vocativo con el nominativo, y lo mismo en los neutros? 4) ¿Cómo tampoco en plural coinciden los nominativos con los vocativos, lo cual sucede en toda palabra declinada que tiene vocativo? 5) ¿Cómo es que, mientras las formas del artículo que no tienen τ- se aspiran, él lleva espíritu suave?; 6) ¿Cómo no se acentúa igual que el nominativo, pues no es posible que la ω pudiese llevar acento agudo como sucede en algunos monosílabos largos? 7) ¿Por qué, si se acentúa con circunflejo, no fue cambiado a grave por Aristarco, conforme las lecciones eolias, igual que las otras formas perispómenas del artículo? Sin duda porque *in mente* él tampoco consi-
52 deraba artículo dicha partícula. 8) ¿Por qué no comienza por τ- como el resto del artículo, pues no hay ninguna justificación para la supresión de la τ-?; 9) ¿Por qué no tiene el relativo una forma equiparable? Sin duda, porque el ὦ tampoco es artículo.

84. «Con respecto a lo de la coincidencia de formas de distintos géneros —dice Trifón—, tampoco habría que admitir el τῶν como artículo, puesto que vale para los tres géneros; así que, si el τῶν es artículo, también el ὦ lo es, pues presenta la misma coincidencia.» Esto es absurdo, pues el τῶν es, justamente, artículo por la coincidencia, ya que es arrastrado por la forma con que está conexo; en efecto, imita a φίλων, μέσων, καλῶν [83]. Y, en definitiva, todas las coincidencias de forma entre los distintos géneros del artículo son un remedo de la coincidencia de géneros que se producen en las partes nominales, inclusive si se trata de fórmulas, por ejemplo, μὰ τὼ θεώ *(por las dos diosas)* [84], que es igual al καλυψαμένω *(ocultándose ellos-as),* con lo cual se confirma más claramente que son artículos. Luego si esto es cierto, tanto más se condena el ὦ, que de ningún modo presenta coincidencia formal con las partes nominales.

85. Las palabras que, estando en conexión, presentan formas diferentes en género y número no pueden ser artículos, sino partes indeclinables de la oración, conjunciones, adverbios, preposiciones. Y es evidente que en el caso del ὦ, al no ser conjunción ni preposición, es un adverbio exclamativo [85]. Pero, ¿por qué [86] se construye con nombres? Porque se trata de una exclamación invocativa, igual

[83] Adjetivos cuyas formas coinciden en los tres géneros del genitivo plural.

[84] Son duales. Puede ser masculino; pero, al ser juramento que decían las mujeres, se traduce así. Las dos diosas eran Deméter y Perséfone.

[85] Los griegos no distinguieron la interjección como parte distinta de la oración; sí, luego, los latinos para compensar la falta de artículo en su lengua y mantener las ocho partes canónicas de la oración.

[86] Esto es, «siendo un adverbio».

que los adverbios de juramento, es decir, νή o μά, que van
53 con acusativo sin ser en absoluto artículos, y cuya construcción es comparable con la indistinta del ὦ que vale para cualquier número o género. (Mostraremos más adelante cómo también algunas conjunciones rigen un caso determinado: «a causa de Apolo», «a causa de Dioniso», «a causa de mi disputa con Paris» [T 100], y aunque excepcional la construcción con un caso, no quiere decir que el ἕνεκα [*a causa de*] no sea conjunción, pues no por construcciones excepcionales va a perder una parte de la oración su sentido intrínseco.)

86. Por razones parecidas, tampoco los interrogativos admiten que se les aponga el artículo, pues éste hace referencia a una persona previamente manifestada, y aquéllos se fundamentan en el desconocimiento de la persona, como dejamos expuesto más arriba.

87. ¿Luego tampoco debe creerse que el ὁ- de ὁποῖος *(cuál)* sea artículo basándose en su forma, ya que es aspirada, no pudiendo serlo la ómicron delante de la π, y puesto que con su empleo en una frase se hace referencia a una persona, por ejemplo: ὁποῖός ἐστι θέων, τοιοῦτός ἐστι καὶ Τρύφων *(cual es Teón, tal es Trifón)*? A lo cual se puede, sin duda, responder que el ὁ- no se ha añadido al ποῖος, sino que el ὁποῖος constituye una palabra simple, significando no la anáfora propia de los artículos, como cuando decimos: «el hombre llegó», «el caballo corrió», en cuyos ejemplos se usa para referirse a algo conocido
54 en conformidad con su función específica; sin embargo, la referencia mediante ὁποῖος reclama una correlación comparativa, igual que con οἷος *(cual)*. Lo mismo se sigue de ὅσος *(cuán grande)* y ἡλίκος *(de qué edad)*, pues tampoco se les acomoda la noción de artículo. De modo que no hay diferencia en la correlación entre éstos y los que

comienzan por ὁπ-; así, decimos: οἷός ἐστι Τρύφων τοιοῦτός ἐστι καὶ Θέων. Y lo mismo por lo que se refiere a ὅσος, ὁπόσος y similares.

88. Asimismo, los géneros, los casos y números correspondientes muestran, sin lugar a dudas, que el ὁ- no es artículo, puesto que los artículos se flexionan juntamente con las palabras que acompañan. ¿Cómo, entonces, tenemos ὁποίου, ὁποίῳ y ὁποῖον? En cuanto al género, el artículo varía: ὁ ἵππος *(el caballo)*, ἡ ἵππος *(la yegua)*. ¿Cómo, entonces, tenemos ὁποῖος y ὁποῖα? A veces, es cierto, las formas coinciden en los nombres del género epiceno, pero no el artículo. Decimos, también, οἱ ἵπποι, τοὺς ἵππους, haciendo el artículo el plural igual que el nombre; ¿cómo, entonces, decimos ὁπόσοι, ὁπόσους?

89. Ni tampoco podría admitirse que el artículo vaya en composición, ya que los artículos no entran en la formación de compuestos. Pero, aun admitiendo que pudiera ir en composición, en el caso presente sería imposible, puesto que ya dijimos que los interrogativos son incompatibles con la función del artículo. Esto se puede sostener incluso desde la forma misma, pues las palabras paroxítonas y properispómenas, al estar en composición, se convierten en proparoxítonas: κοῦρος ἄκουρος ἐπίκουρος, δόλος
ἄδολος, πόνος ἄπονος, πλησίος παραπλήσιος. ¿Cómo, 55
entonces, íbamos a decir ὁποῖος y ὁπόσος? Y también desde el género, ya que los adjetivos compuestos tienen la forma común para el masculino y femenino, cosa que no sucede con ὁποῖος y ὁπόσος.

90. Más aún, habría que añadir que formas del artículo en singular y masculino se anteponen a adverbios: ποῦ *(en dónde)*, ὅπου *(en donde)*, πῇ *(por dónde)*, ὅπῃ *(por donde)*. Pues bien, tan ridículo es llamar a aquéllos artículos como necio admitir que éstos los puedan llevar.

91. Por tanto, como queda dicho, las mencionadas son palabras simples y reclaman un espíritu distinto en función de sus correlativas. El οἷος comienza por aspiración, el correlativo τοῖος, a su vez, evita la aspiración de la vocal y toma una sorda, la τ, en correspondencia. Y también al ποῖος, que comienza por un sonido de la serie sorda, le responde el οἷος que necesariamente ha de comenzar por una vocal aspirada.

92. (También por esta razón el cambio consonántico jonio experimenta una alteración en estas palabras, pues lo jonios cambian las sordas en aspiradas, y las aspiradas en sordas, como τάφος-τεθηπότες, ἐνταῦθα-ἐνθαῦτα; y en casos de elisión:

> ἐσκατορᾷς πόλιν [ANACR., I, 6 B]
> [*contemplas la ciudad*],

lo que no sucede con ποῖος y similares; así dicen κοῖος y κόσος, pues no podían pronunciar estas palabras con φ, debido a la vocal aspirada correspondiente. Y no hubiera podido tomar otra consonante que la κ, pues ya hemos dicho que la correlación exige una consonante sorda y no
56 quedaba otra sorda que la τ, pero ya estaba ocupada en τοῖος y τόσος.)

93. Los títulos de las obras literarias griegas tampoco admiten que se les aponga el artículo, pues manifiestan una primera distinción del contenido, común a obras en prosa o verso: «primero de Alceo», «*Fenicias* de Eurípides»; ahora bien, una vez identificados, han de llevar consecuentemente el artículo: «Las *Fenicias* de Eurípides tratan de la guerra tebana», «leímos el [libro] primero de Alceo». Hasta aquí, por lo que se refiere a palabras que no pueden ir sin artículo y a las que no pueden llevarlo.

94. A continuación vamos a hablar de la construcción del artículo con los pronombres, los únicos a los que algunos llaman «con artículo» y «sin artículo», como si las palabras de que hemos tratado más arriba no pudieran llamarse también «sin artículo», y quizá les conviniese mejor esta denominación, puesto que las que no lo llevan es que de ningún modo admiten la compañía del artículo (y las que lo llevan nunca podrán ir sin él). Pues las palabras de sentido negativo significan la privación de lo indicado por la palabra en cuestión; así, cuando decimos: «flautista inexperto», damos a entender la ausencia del conocimiento correspondiente; y de igual modo decimos: «éste es el enemigo», cuando la amistad era debida. Luego si los artícu- 57
los constituyen el acompañamiento propio de los nombres, a los que carecen de él les convendría llamarse «nombres sin artículos». Y si tal denominación es adecuada por no indicar anáfora, que es el sentido propio que encierra dicho nombre, ¿cuanto más no le convendría aquella denominación a las palabras que de ningún modo pueden llevarlo? [87]. Con lo dicho habrá quedado claro.

95. Tampoco será difícil de entender por qué los nombres llevan artículo, mientras que los pronombres usados en lugar de ellos repelen su compañía, tanto más cuanto que su forma reclamaría la construcción con artículo, debido a la indistinción formal de género que presentan. A esto se puede replicar: igual que los nombres mismos en virtud de algunas circunstancias no pueden en modo alguno llevar artículo, como ya se mostró [88], del mismo modo, las palabras usadas en sustitución de ellos tendrán una causa para rechazar los artículos.

---

[87] Las estudiadas desde el § 70.
[88] Cf. §§ 64, 70 ss.

96. Estas palabras [los pronombres personales de primera y segunda persona] sirven para discernir personas todavía no definidas, con lo cual las personas por ellos significadas se hacen definidas. Es claro que sus deixis son las primeras vías de entrada de las personas que les subyacen, y por ello no precisan de la compañía del artículo, ya que no puede haber anáfora de personas que se muestran a
58 la vista. De donde se deduce necesariamente el rechazo del artículo, cuya función es la anáfora. De la misma manera que, en las letras, puede observarse que las pospuestas [89] jamás son antepuestas a aquellas a las que se posponen, así también, siguiendo el modelo de las letras, las palabras muestran parecida exigencia. En efecto, el pronombre personal va antepuesto en cuanto que anuncia la primera mención de la persona, y los artículos [90] acompañantes han de ir en segunda posición, sucediendo a dichos pronombres: «yo, el que hablo», pues el artículo hace referencia a la primera mención, de la que es portador el «yo».

97. Es probable que alguien diga que, si los artículos no se anteponen a los deícticos [91], era menester que únicamente no acompañasen a los pronombres deícticos, pero los de tercera persona, que carecen de ese valor deíctico, podrían consecuentemente llevarlos consigo. Sin embargo, ni siquiera éstos precisan del artículo, pues son anafóricos por sí mismos, pudiendo alternar ellos y los artículos, como más adelante mostraremos [92].

98. ¿Pero cómo es que el αὐτός *(mismo)*, por su parte, admite artículo, si los anafóricos no lo admiten? A esto

[89] Llamadas así sobre todo la ι y la υ en los diptongos, frente a α, ε, ο, las antepuestas. Cf. § 9.

[90] Relativos, recuérdese.

[91] Personales y demostrativos de primera y de segunda persona.

[92] En II 28.

se puede aducir que lo mismo puede hallarse en otras partes de la oración, como en el caso de Πριαμίδης *(hijo de Príamo, Priámida)*, en el que está incluido υἱός *(hijo)*; luego no era necesario añadírselo en

> Πριαμίδην νόθον υἱόν (Λ 490)
> *(hijo bastardo Priámida).*

Y también en los comparativos está implícito el μᾶλλον 59
(más) y, a pesar de ello, se emplea a menudo la construcción con μᾶλλον

> ῥηΐτεροι γὰρ μᾶλλον Ἀχαιοῖσι δὴ ἔσεσθε (Ω 243)
> *(ahora vais a ser más fáciles para los aqueos).*

De la misma manera está implícita la anáfora en αὐτός, así que cuando se le añade la otra, la anáfora inherente a αὐτός se ve reforzada por la del artículo ὁ, cuya función es, asimismo, anafórica, de modo que se produce una anáfora doble, igual que doblemente se intensifica en el ejemplo anterior. Es evidente que tal construcción sólo se acomoda a ese pronombre que está muy en el uso ordinario, pues οἷ, ἕ, μίν, y formas afines, no se encuentran a no ser en los poetas; y las formas correspondientes de primera y segunda persona tampoco admiten la construcción con artículo.

99. Ni se puede pasar por alto que exclusivamente el uso ático emplea de manera indebida el artículo con sólo el acusativo del pronombre personal: τὸν ἐμέ, τὸν σέ; así, por ejemplo, en Calímaco:

> τὸν σὲ Κροτωπιάδην
> *(a ti, hijo de Crótopo),*
>
> ναὶ μὰ τὸν αὐτὸν ἐμέ
> *(sí, por mí mismo),*

a no ser que, en «a ti, el hijo de Crótopo», el artículo signifique excelencia, dado que en tal uso está indicada
60 la adición del artículo. Más arriba hablamos de que el artículo se usaba a veces para significar por excelencia [93].

100. Se pensará también que los llamados pronombres «con artículo», los posesivos, aunque usados deícticamente en primera y segunda persona, llevan a pesar de ello artículo, como en «el mío», «el tuyo», «el nuestro»; pero aquí el artículo no se refiere a la persona indicada por el pronombre, quiero decir al poseedor, sino a la posesión de que se trate: un esclavo, una casa, o algo por el estilo.

101. Habrón, por su parte, en el tratado *Sobre el pronombre* dice que el artículo no se refiere a la cosa poseída, y se basa en el argumento siguiente: «Si los artículos se refieren a la cosa poseída, se mantendría igual el sentido de la construcción cambiándolos de sitio y poniéndoselos al nombre; sin embargo, no es lo mismo ὁ ἐμὸς πατήρ que ἐμὸς ὁ πατήρ [94]. Y si en tales ejemplos el artículo pertenece al padre, ¿por qué se le pone también artículo a ἐμός en ὁ πατὴρ ὁ ἐμὸς φιλοσοφεῖ *(el padre el mío filosofa),* y el pronombre no puede llevarlo?» Debido a construcciones de esta índole, estimó que había que atribuirle particularmente el artículo tanto al pronombre como a la cosa poseída de que se trate.

102. Pero esta aparente verosimilitud no debe inducir a engaño. Primero: si el artículo se aplica a cada palabra, ¿por qué no se comenzó con ὁ ἐμός y, luego, dependiendo
61 de él, le siguió el ὁ πατήρ con su artículo? Es evidente que ambas frases no son iguales, pues la primera tiene dos

[93] En § 43.

[94] «[El] mi padre» y «el padre [es] mío».

artículos y, en la segunda, es imposible que lleve dos artículos. Segundo: no puede seguirse, del cambio de los artículos y de las consiguientes diferencias en la expresión, que el artículo no se refiera al nombre, por lo mismo que existe, desde luego, diferencia entre οἱ νῦν ἄνθρωποι ἀγαθοί εἰσι *(los hombres de ahora son buenos)* y νῦν οἱ ἄνθρωποι ἀγαθοί εἰσι *(ahora los hombres son buenos),* y no habrá quien se atreva a decir que el οἱ no es el artículo de ἄνθρωποι. Por tanto, no es que sea por la modificación de la expresión resultante de la transposición del artículo por lo que el artículo no pertenece a la cosa poseída, tanto en ὁ ἐμὸς πάτήρ como en ἐμὸς ὁ πατήρ. La diferencia entre ambas hemos de precisarla convenientemente. El hecho de que una palabra lleve dos artículos no es algo inadmisible; así, es posible decir: ὁ πατήρ ὁ ἐκείνου *(el padre el de él),* y es evidente que ambos artículos se refieren a πατήρ, pues ¿cómo un pronombre que no admite artículo y que va en genitivo iba a tolerar un artículo en nominativo? Y también con nombres propios: ὁ δοῦλος ὁ τοῦ Ἀριστάρχου πρὸς ἐμὲ ἦλθεν *(el esclavo el de Aristarco vino a mi casa)* [95], pues téngase en cuenta que el genitivo lleva su propio artículo y que los dos restantes se refieren al único nominativo. En consecuencia, no es forzoso que, en el ejemplo ὁ πατὴρ ὁ ἐμός, un artículo de los dos tenga que depender del pronombre.

103. El ἐμοῦ *(de mí),* por ser doblemente genitivo, in- 62
cluye, por un lado, la persona pronominal del poseedor (de ahí que se le llame pronombre), que indica la deixis de una persona determinada y que puede trocarse en segunda y tercera persona, y por otro, la cosa poseída de que se trate, que puede flexionarse en casos, géneros y nú-

[95] En griego: «el padre el de él», «el esclavo el de Aristarco...».

meros según la analogía nominal. En efecto, la persona indicada por el pronombre sólo puede entenderse en genitivo, de ahí que no sea declinable en casos, dado que el genitivo encierra predominantemente la idea de posesión [96]; por eso, cualquier pronombre posesivo puede resolverse en un genitivo junto con la cosa poseída. Así, parece evidente que los pronombres personales permanezcan en genitivo, mientras que los posesivos se flexionan en todos los casos, géneros y números.

104. Por estas razones, a cada una de las dos referencias les acompañan unas palabras específicas: a la parte nominal [cosa poseída], el artículo; a la pronominal [poseedor], el pronombre aposicional [97], usualmente pospuesto, siempre en genitivo, del que hemos dicho que sólo él está implícito en el pronombre posesivo:

> ἀλλ' ἐμὸν αὐτοῦ χρεῖος, ὅ μοι κακὸν ἔμπεσεν οἴκῳ (β 45)
> *(mi propia culpa, la desgracia ha caído en mi casa),*
>
> αὐτῶν γὰρ σφετέρῃσιν ἀτασθαλίῃσιν (α 7)
> *(por su propio orgullo insensato [perecieron]),*
>
> ἤ ἑὸν αὐτοῦ χρεῖος (α 409)
> *(o alguna deuda suya [cobran]),*

63 pero el artículo se declina en todos los casos según el de la cosa poseída, ὁ ἐμός, τοῦ ἐμοῦ, τῷ ἐμῷ; e, igualmente, se modifica según el género: ἐμή, ἐμόν, siendo evidente que el poseedor sigue siendo la misma persona, mientras que las cosas poseídas pueden ser de distinto género. Lo mismo vale para el número, pues, aunque el poseedor sea uno, las cosas poseídas pueden ser más y de cualquier género: οἱ ἐμοί, αἱ ἐμαί, τὰ ἐμά, y si se modifica el número, simultáneamente se modifica el artículo. Supongamos que unos cuantos son dueños de un terreno, en tal caso se diría: ὁ ἡμέτερος ἀγρὸς σκάπτεται *(el nuestro campo está labrado),* con el artículo en singular en conformidad con la cosa poseída en cuestión. Porque, como hemos dicho, en tales construcciones los artículos anejos de ningún modo hacen referencia a la deixis de los pronombres (y esto es también una prueba de que el ὦ no es artículo, dado que a veces va antepuesto a οὗτος [*éste*] que es un deíctico).

---

[96] Era llamado «caso posesivo».

[97] El pronombre αὐτός en función predicativa con significado intensificador: «por su culpa *de él*», «por su orgullo *de ellos*».

105. Hasta aquí, por lo que se refiere a las palabras, tanto las que intrínsecamente llevan artículo como las que no lo admiten. La siguiente construcción abarca aquellas formas que, tomadas individualmente, unas veces lo llevan y otras no, conforme a las exigencias de la oración: «[un] caballo corre», o cuando el caballo es conocido de antemano: «el caballo corre»; «[una] nave arribó», «la nave arribó». De ahí que digamos que falta el artículo en 64

> ἀρνειὸν δ' ἐμοὶ οἴῳ ἐϋκνήμιδες ἑταῖροι (ι 550)
> *([el] carnero para mí solo, los compañeros de hermosas grebas me asignaron),*

porque se está hablando del que ha sido mencionado antes, en

> ὕστατος ἀρνειὸς μήλων ἔστειχε θύραζε (ι 444)
> *([el] último del rebaño, mi carnero llegó a la puerta),*
>
> τοῦ κατὰ νῶτα λαβών (ι 433)
> *(cogiéndolo de la espalda);*

si no hubiera sido así, no haría falta el artículo; pero está más completo con su adición en

> τὰ δὲ μῆλα λαβὼν ἀπεδειροτόμησα (λ 35)
> *(y cogiendo las ovejas las desollé),*

pues ya habían sido mencionadas en el momento de ser embarcadas por Circe.

106. Lo dicho [98] puede extenderse a toda construcción con verbos, exceptuados los que significan existencia futura. Sean los ejemplos:

> Διονύσιος ὁ γνώριμός μου θέλει φιλολογεῖν
> *(Dionisio el amigo mío quiere ser filólogo),*
> οὗτος ὁ ἄνθρωπος θέλει ἀναγινώσκειν
> *(el hombre éste quiere leer).*

Y lo mismo vale para casos similares. Sin embargo, si dependen de verbos como γενέσθαι *(llegar a ser),* καλεῖσθαι *(llamarse),* y similares a ellos, se evitará el artículo, «Dionisio quiere llegar a ser amigo mío», «Teón quiere ser llamado gramático», y ello, muy razonablemente, pues dichos verbos indican cualidad futura, mientras que el artículo apunta a algo anterior. Por tanto, si se añadiese el artículo se tendría que añadir otro adjetivo al que pudiera referirse el verbo, ya que el artículo le arrebató el primer adjetivo en cuanto que supone conocimiento previo: «Dio-
65 nisio el amigo mío quiere llegar a ser filósofo». (Es evidente, por otra parte, que si se le suprimiese el artículo, la oración resultaría incoherente, por no poder el verbo admitir los dos adjetivos.) Y cuando, en otro tipo de construcciones, dos adjetivos se refieren a una única persona, entonces se trata de verbos distintos a los antes mencionados. Por ellos comenzó Trifón la enseñanza de la sintaxis del artículo, sin hacer mención de los giros arriba apuntados.

[98] *I. e.,* el artículo se pone cuando el nombre es conocido o ya ha sido mencionado.

107. Cuando los adjetivos se construyen con nombres propios, siempre llevan artículo, a no ser que siga un verbo de existencia: «el gramático Trifón lee», «el filósofo Dión pasea». Y no se elidirá el artículo a menos que venga a continuación un participio existencial: «siendo gramático, Trifón lee», «siendo filósofo, Dión dialoga». Y ello muy justamente, debido a la cualidad manifestada en este caso por el participio ὤν *(siendo).* Tal cosa no podría suceder con una forma finita a causa del verbo subsiguiente, puesto que dos verbos no pueden entrar en una frase sin nexo. Todo esto se deduce claramente de los ejemplos. Primero: «el filósofo Dión dialoga»; segundo: «siendo filósofo, Dión dialoga»; tercero: «Dión es filósofo y dialoga», 66
pues no cabría sin la conjunción «y»: «Dión es filósofo, dialoga». (Este tipo de construcción se estudia con más detenimiento en el tratado *Sobre los participios,* donde demostramos que en el verso:

> αὐτὰρ ὁ βῆρισον τε καὶ Ἄντιφον ἐξεναρίζων [Λ 101]
> [*y luego fue a matar a Iso y Antifonte*]
> [*y luego, matando a Beriso y Antifonte*],

si el βηρισον es un nombre propio, el verbo del final que cierra el sentido tendría que estar necesariamente en forma finita, esto es, ἐξενάριξεν, pero si lo que tenemos es la forma verbal βῆ [*fue*], el verbo finito es inadmisible y lo congruente es el participio, o sea, ἐξεναρίξων [*a matar.*])

108. En la mencionada construcción [de nombre propio y participio], los artículos han de ser usados de distinta manera, en caso de que, como decíamos, los verbos adyacentes signifiquen la atribución de una cualidad [99]. Sirvan,

[99] Por ejemplo, «llegar a ser», «llamarse».

una vez más, de ejemplos para el primero: «el gramático Trifón canta» (pues sería incomprensible: «Trifón gramático canta»); para el segundo, «Trifón es llamado gramático», «el gramático Trifón llegó», «Trifón llegó a ser gramático». Es obvio que los verbos que atribuyen una cualidad rechacen con razón el artículo con el epíteto. (De donde resulta evidente la invención del orden verbal en

οὕνεκα τὸν Χρύσην ἠτίμασεν ἀρητῆρα [A 11]
[puesto que deshonró a Crises sacerdote],

porque, si se sustituye el «deshonró» por «llamó», se ten-
67 dría entonces una construcción distinta: «porque llamó a Crises sacerdote» [100].)

109. El mismo tipo de construcción tiene lugar entre nombres comunes y adjetivos: «el blanco caballo corre», «el caballo es blanco»; si fueran dos los adjetivos, también se han de acompañar de dos artículos, exceptuados otra vez los verbos antes mencionados, «el noble, el bello es ofendido», «el prudente, el honrado se apartó de su deber». Sería patente la incorrección, si se suprimiese cualquiera de los dos artículos. Es evidente, asimismo, que ninguno de los dos adjetivos podría ceder su artículo ante el otro, dado que a ambos subyace una y la misma sustancia nominal. Para el otro caso [101], «el noble es sabio», «el noble es honrado», «el prudente es bueno», «el bueno es prudente». Lo mismo puede decirse de los demás verbos [atributivos].

110. Cabe también la construcción de los participios concertados con los nombres, como ya mostramos en el tratado *Sobre los participios,* con nombres propios, como

[100] La anástrofe evitó en el ejemplo homérico el artículo: «al sacerdote Crises».

[101] Con verbos atributivos.

cuando decimos: «[El] Tolemeo, habiendo sido jefe del gimnasio, fue homenajeado», «[El] Dionisio, habiendo sido tirano, fue reprobado», lo que encierra el mismo significado incluso sin el artículo. Además, dicha construcción se entiende en sentido temporal: «fue homenajeado después de haber sido jefe del gimnasio», «fue reprobado después de haber sido tirano». Pero si son los participios los que llevan el artículo, se entiende como indicación de que hay
más Tolemeos, de modo que se puede decir muy razonable- 68
mente que artículos en singular permiten suponer al mismo tiempo una pluralidad [102]. Pues si alguien dijere de este modo: «Tolemeo, el que fue jefe del gimnasio, fue homenajeado», no indicaría un único Tolemeo, sino muchos, uno de los cuales recibió el homenaje. La prueba de que el artículo es el causante de la presuposición de pluralidad se hace evidente si se le suprime: «Tolemeo, el que fue jefe del gimnasio, fue homenajeado» y «Tolemeo que fue jefe del gimnasio fue homenajeado», donde se entiende un único Tolemeo.

111. Esta construcción es también posible con nombres comunes, en cuyo caso surge un tercer sentido. Sea el primero el que indica la variante temporal: «el niño una vez cenado que vaya a dormir». El segundo, cuando permite suponer una pluralidad: «el niño que haya cenado que vaya a dormir»; en este caso, la construcción con el artículo se vuelve indefinida; de ahí que los estoicos a estos artículos los llaman indefinidos. El tercer caso tiene la misma forma sintáctica, pero no ha de entenderse en sentido del todo indefinido, sino más bien anafóricamente; supongamos que uno de los niños ha cenado y la orden se da con relación a él, otra vez la frase será «el niño que haya

[102] Cf. § 44.

cenado que vaya a dormir»; o que un niño no está colocado en el sitio que le corresponde entre los otros, entonces el maestro diría: «el niño que no está en su sitio que sea castigado».

112. La primera construcción, sin artículo no es tan
69 usual como lo sería en el caso de nombres propios, ya que éstos, debido a la propiedad que les es inherente, no requieren el artículo de la misma manera que los que tienen un sentido común; así, virtualmente, mediante el añadido del artículo los nombres comunes restringen su extensión genérica, de modo que si resulta indefinido: «niño que hubo cenado se durmió», no lo es en cambio: «el niño una vez cenado se durmió». Y una frase, como «Tolemeo una vez cenado se durmió», es aceptable y no requiere el artículo en igual medida.

113. Es, asimismo, posible aponer el artículo al sustantivo y al participio adjunto: «el niño, el que cenó, está dormido», igual que si fuera sustantivo y adjetivo: «el caballo, el blanco, corre», que es equivalente a los ejemplos que comienzan por el adjetivo o participio con artículo: «el caballo blanco corre», «el niño que cenó está dormido».

114. Téngase en cuenta, además, que el imperativo es la causa del valor indefinido de la construcción del artículo con el participio: «el que mató al tirano sea homenajeado», ya que el indicativo en presente y en pasado hace la construcción más anafórica: «el que mató al tirano es homenajeado», «el que mató al tirano fue homenajeado». Pero con futuro, como ya se observó en el ejemplo anterior, de nuevo se entiende indefinidamente: «el que mató
70 al tirano será homenajeado», y con toda razón, dado que el presente y el pasado nos son bien conocidos, pero el futuro es más incierto, de ahí el valor indefinido de su construcción. De lo que se deduce claramente que, en todo

imperativo, está implícita una significación futura, sea que lo ordenado encierre una consideración durativa o perfectiva. En efecto, «el que mató al tirano sea homenajeado» y «será homenajeado» son, prácticamente, equivalentes en cuanto al sentido temporal, aunque distintas en cuanto al modo, pues uno es imperativo y otro indicativo.

115. Por tanto, ¿cómo no van a resultar ridículos los que sostienen que hay imperativos de futuro, cuando todos ellos comportan un sentido futuro? Pues cabe dar una orden con relación a algo que no está sucediendo o que no ha sucedido ya, y lo que no está sucediendo ahora o no ha sucedido ya, si puede existir, pertenece al futuro, por eso también las órdenes no ejecutables se excusan mediante la negación y la idea de futuro: «no podré», «no lo haré»; y aunque digamos: «no puedo llevarlo», es igual que «no podré». Así que una orden se da con vistas al presente o al futuro y es negada con la idea de futuro:
en sentido durativo, «que cave la viña»; en sentido perfec- 71
tivo, «que tenga cavada la viña».

116. ¿Qué es lo que confundió a los que admiten imperativos de futuro? Únicamente formas como γραψέτω y γραψάτω y

> οἶσε θέειον, γρηῦ (χ 481)
> *(trae azufre, vieja)* [103],

formas que son analizadas cumplidamente en el tratado *Sobre los imperativos* [104]. Puesto que el asunto lo reclama ahora mismo, añadamos algo más: la forma οἶσε es más poética, frente a φέρε, y γραψέτω frente a γραψάτω, y otras similares; no porque se trate de tiempos diferentes,

[103] El οἶσε interpretado como de οἴσω futuro de φέρω (*traer*).

[104] No sabemos si incluido o no en el *Sobre los verbos* citado en seguida.

sino sencillamente por elección de la forma que le pareció más acorde entre ambas, tema que ya nos ha ocupado en otra ocasión con respecto al indicativo: si ἔγραψας o ἔγραψες, donde no existe diferenciación temporal, sino de formas solamente, siendo susceptible de ser usada con todo derecho, como ya mostramos en el tratado *Sobre los verbos.*

117. Las construcciones mencionadas más arriba, si exceptuamos los nombres propios, se realizan indistintamente en un orden de palabras u otro, siempre que no lleven artículo: «un hombre corriendo venció», «corriendo un hombre venció», «maltrataste a un hombre bueno», «maltrataste a un buen hombre». Así, el ἄνδρα πολύτροπον *(un hombre astuto)* (α 1) no precisará en modo alguno el artículo, a menos que queramos destacarlo como el hombre por excelencia (según mostramos, al comienzo, de que los artículos podían significar excelencia [105], como cuando decimos: «éste es el hombre», «éste es el gramático»), y lo mismo puede discurrirse de las construcciones de genitivo posesivo.

72 **118.** Tratándose de posesiones únicas [106], reclaman el artículo; en caso contrario, se dicen sin artículo; ejemplos de lo primero: «el alma tuya es buena», «el destino de Néstor era de muchos años de vida»; de lo segundo: «[una] criada tuya vino a mi casa», «[un] amigo de Aristarco conversó conmigo». Ahora bien, si estos últimos se quisieran expresar como posesión única, tendrían que llevar artículo: «la criada tuya», «el amigo de Aristarco». Y a uno que tuviera muchas naves se le podría decir: «[una] nave tuya arribó», «[una] nave tuya está amarrada en el puerto»,

[105] En § 43.
[106] *Ibidem.*

pero no al contrario: cuando se quiere dar a entender una posesión única, se ha de añadir el artículo, de suerte que hay que pensar que falta el artículo en

> νηῦς δέ μοι ἥδ' ἕστηκεν (α 185)
> *([la] nave mía ya la anclé),*

como mostramos en otro lugar, y en

> νῦν δ' ὧδε ξὺν νηΐ κατήλυθον (α 182)
> *(ahora, como ves, he llegado con [la] nave),*

pues se sobreentiende con una sola nave, lo que además salta a la vista por el ὧδε que significa «así como ves» [107], no como corresponde a un rey. Es obvio, igualmente, que falta el artículo en

> μῆνιν ἄειδε θεά (A 1)
> *(canta, Musa, [la] cólera...),*

la fuerte cólera de Aquiles, pues aquí esa pasión es tan única como «el alma» o «el destino de más arriba».

119. Hemos de seguir avanzando, sucesivamente, hacia las construcciones interrogativas. El τίς *(quién)* se construye con nombres propios y verbos como «llamarse» «ser», o sus sinónimos; la respuesta a la pregunta se hace con un pronombre: «¿quién se llama Trifón?», «¿quién se dice Trifón?, a lo que se responde «yo», o «éste», o alguno 73
de los pronombres afines. O, inversamente, si la pregunta es con un pronombre, la respuesta es con un nombre. Así, Néstor, debido a su ignorancia de la situación, pregunta:

> τίς δ' οὗτος κατὰ νῆας ἀνὰ στρατὸν ἔρχεαι οἶος (K 82)
> *(¿quién eres tú que desde las naves vienes solo por el campamento?),*

[107] Es decir, «pobremente», «como un cualquiera».

a lo que se le responde:

γνώσεαι 'Ατρείδην 'Αγαμέμνονα (Κ 88)
(reconocerás al Atrida Agamenón...).

Por su parte, Príamo, teniendo a la vista a Agamenón, pregunta por su nombre propio, y se le responde:

οὗτος δ' 'Ατρείδης (Γ 178)
(ése es el Atrida),

debiendo añadir obligatoriamente al nombre el pronombre demostrativo, para así distinguir la persona de Agamenón de sus muchos acompañantes.

120. De donde se hace patente que, mediante la construcción interrogativa con un nombre propio, inquirimos por la sustancia del sujeto en cuestión (sólo a ésta designan los pronombres, cuya referencia muestra al mismo tiempo los accidentes, de ahí que se refieran a la totalidad del sujeto de que se trata) [108]; por otra parte, mediante la construcción con el pronombre interrogativo sólo comprendemos el ente, pero no la propia especificidad que se expresa con el nombre. Así pues, es evidente que los pronombres funcionan en lugar de nombres propios, dado que ante una interrogación pronominal se piensa en un nombre propio, y si la pregunta es por un nombre propio, la respuesta es pronominal.

74 **121.** Ahora bien, si solamente se tomase el «¿quién?», se le podría añadir cualquier verbo: «¿quién pasea?», «¿quién lee»? Si la respuesta a estas cuestiones se hace con un pronombre, ya no es precisa una nueva interrogación,

[108] Los pronombres significan el ente sin más, y sólo conociendo su referencia es posible conocer el ser concreto; el nombre, por el contrario, lo designa por sí mismo.

por ejemplo, si contestamos «yo» o «éste» (pues designan unas personas concretas); pero si la respuesta es un nombre propio, entonces la frase no queda tan definida a causa de la homonimia inherente a los nombres propios. Pues si se contestase «Áyax», sería necesario insistir: «¿cuál de los dos?», debido a la mencionada homonimia; y, a su vez, la respuesta a lo anterior sería el atributo propio de cada uno de ellos, ya dijimos, acompañado del artículo, es decir, «el Grande», o «el Telamonio»:

Αἴας δ' ὁ μέγας αἰὲν ἐφ' Ἕκτορι (Π 358)
(Áyax el Grande siempre estaba animoso contra Héctor),

y muy razonablemente, ya que los adjetivos que acompañan a los nombres propios llevan artículo, pues el nombre completo se expresa de este modo: «Áyax el Telamonio», «Áyax el Grande». Por ello, mostramos, una vez más, que falta el artículo en

ἀλλά περ οἶος ἴτω Τελαμώνιος ἄλκιμος Αἴας (Μ 349)
(valiente Áyax Telamonio venga al menos).

122. Con nombres comunes y los verbos [atributivos] más arriba indicados, la construcción interrogativa precisa artículo: «¿quién es llamado 'el hombre'?», y con toda razón, pues nuevamente el «quién» pregunta por el nombre propio, conocido ya el común. Con participios irá o no el artículo según el verbo de que dependan: si con el
que está construido es λέγεται, ὀνομάζεται, καλεῖται 75
(llamarse), le acompañará el artículo:

τίς ὁ δραμὼν καλεῖται
(¿quién es llamado «el que corrió»?),

τίς ὁ νικήσας ὀνομάζεται
(¿quién es llamado «el que venció»?);

si no es así, tampoco llevará artículo:

> τίς δραμὼν ἐστεφανώθη
> *(¿quién fue coronado por correr?),*
> τίς παλαίσας ἐδοξάσθη
> *(¿quién alcanzó la gloria por luchar?),*
> τίς ἀναγνοὺς ἐτιμήθη
> *(¿quién fue alabado por leer?).*

Y, una vez más, el motivo es manifiesto, ya que lo que se dice con artículo indica conocimiento de lo expresado, en este caso, por el participio, sólo en cuanto que llevó a cabo la acción, pero sin que se conozca el nombre propio correspondiente. Ahora bien, la construcción sin artículo inquiere mediante el quién por la persona implícita en el participio.

123. De donde se infiere que el participio ἐρωμένη *(amada, amante)* se construye como si fuera un nombre, pues lo usamos sin artículo cuando le sigue un verbo como «se llama», «es» o similares: «¿quién es amante de Teón?», igual que si se dijera: «¿quién es esclava de Teón?» Lo cual no guarda la analogía con la construcción del participio, como habíamos dicho: τίς νικωμένη ἐστὶν Θέωνος (¿quién es vencida de Teón?), si no es con artículo y la preposición ὑπό *(por)* más el genitivo por ser voz pasiva; lo que no es aplicable a la anterior construcción, me refiero a la de «amante de Trifón», pues cuando una construcción ha dejado de llevar artículo, deja también de sentirse como construcción de participio [109].

124. ποῖος *(cuál, qué, de qué clase),* construido con nombres comunes, cuando les sigue ἔστιν *(es)* requiere la

[109] Esto es, deja de sentirse como participio (pasivo) y de precisar un agente.

construcción con artículo: ποῖος ὁ ἄνθρωπός ἐστιν *(¿cuál es el hombre?).* Si les sigue otro verbo, es inadmisible el 76
añadido del artículo: ποῖος ἄνθρωπος ἐνίκησεν; *(¿qué hombre venció?).* El resto de los interrogativos se construye del mismo modo: «¿cuánta gente está en el ágora?», «¿cuánta gente hay en Alejandría?» En esta construcción también puede aparecer artículo:

> πηλίκος ἄνθρωπος ἐνίκησεν τὰ ᾽Ολύμπια;
> *(¿de qué edad venció un hombre en las Olimpíadas?),*
> πηλίκος ὁ παῖς, πηλίκος ὁ ἀνήρ ἐστι;
> *(¿de qué edad es el niño, de qué edad es el hombre?).*

Evidentemente, con artículo, debido a la construcción con «es».

125. τίς *(¿quién?)* y πότερος *(¿cuál de los dos?)* pueden llevar dependiendo de ellos un caso oblicuo (genitivo) de plural, exclusivamente con artículo, excepto si se trata de pronombres: «¿quién de los amigos está presente?», «¿quién de los troyanos está combatiendo?», y con nombres propios: «¿cuál de los dos Áyax es más fuerte?» En cuyo caso la respuesta es como ya dijimos [110]. Tratándose de pronombres: «¿quién de vosotros?», «¿cuál de vosotros dos?», «¿cuál de ellos dos?» (¿Cómo no van a ser dignos de risa los que consideran a ἄλλος [*otro*] pronombre?) Véase como decimos con artículo: «¿quién de los otros hombres?»

126. De las construcciones mencionadas, las que no pueden llevar artículo, si se cambia el interrogativo declinado por uno adverbial, entonces admiten artículo: «¿qué
hombre venció?», «¿cómo venció el hombre?», «¿quién 77
venció corriendo?», «¿cómo venció el que corrió?», «¿cuán-

[110] En § 121.

ta gente está presente?», «¿cuándo se presenta la gente?» Sea, pongamos por caso, la construcción presente: «¿cuáles guardias de los troyanos están alerta?», según el planteamiento anterior, sustitúyase por un adverbio interrogativo, e inevitablemente precisará de artículo: «¿cómo las guardias de los troyanos...?»

127. ¿Por qué motivo, entonces, no fue añadido por Aristarco en

> πῶς δαὶ τῶν ἄλλων Τρώων (K 408) [111],

cuando la razón pedía el artículo y la forma misma del artículo estaba implícita en el verso? [112]. Y, más aún, no sólo era obligado emplear artículo a causa del interrogativo previo, sino, además, porque, cuando los genitivos posesivos llevan artículo, las cosas poseídas también lo llevan: «las ciudades de los griegos se sublevaron contra los bárbaros»; pues sería incomprensible sin artículo. Es necesario que ambas anáforas se mantengan, ya que si se elimina el artículo de «ciudades», la frase requiere un «algunas», resultando que la insurrección fue parcial: «algunas ciudades de los griegos se sublevaron». Según esto, el πῶς δαὶ τῶν ἄλλων Τρώων anterior debería llevar artículo.

128. Parece que lo que impulsó a Aristarco fue el uso
78 homérico de suprimir habitualmente los artículos, y de añadir después de los interrogativos la conjunción δαί:

> τίς δαί ἐστιν ὅδε ὅμιλος (α 225)
> *(¿quién es toda esta muchedumbre?),*
>
> ποῦ δαὶ νηῦς ἕστηκεν (ω 299)
> *(¿dónde está anclada tu nave?).*

[111] El ejemplo de § 6.

[112] En vez de la partícula δαί, Apolonio Díscolo propone la lección δ' αἱ.

También aquí, en conformidad con la anterior [113] construcción, falta el artículo; y aunque está presente la conjunción δαί, falta el artículo singular, me refiero a ἡ *(la).* Es obvio que, según esta construcción, el planteamiento teórico salta a la vista, a saber: supresión del artículo y adición de la conjunción δαί. Así, Aristarco mantenía con toda exactitud el uso homérico.

129. También en otros pasajes, en que debió adoptar la lección conveniente, prefirió, sin embargo, el uso poético:

> σὺ δὲ θᾶσσον Ἀθηναίῃ ἐπίτειλαι (Δ 64)
> *(tú, ordénale rápidamente a Atenea...),*

en mi opinión debe ser proparoxítono [114] por ser imperativo. Pero hay algunos otros lugares que nos muestran que debe leerse como infinitivo, por ejemplo, el inmediato:

> πειρᾶν δ' ὥς κεν Τρῶες (Δ 66)
> *(y tratar de que los troyanos),*

y también

> τὰ δ' ἄποινα δέχεσθαι (A 20)
> *(y aceptar el rescate),*

y muchísimos más).

130. La causa de que los adverbios interrogativos admitan la inclusión del artículo es que los elementos nominales de la frase no son, en modo alguno, desconocidos, pues el desconocimiento que implican los interrogativos, al ser adverbiales, se aplica a los verbos, de suerte que el que dice: «¿qué hombre venció?», desconoce al hombre, 79

[113] Cf. § 126.

[114] Y no properispómeno ἐπιτεῖλαι, infinitivo aoristo activo.

pero comprende la acción verbal, es decir, que venció. Pero el que dice: «¿cómo venció el hombre?», manifiesta conocer al hombre, pero desconoce la acción que tuvo lugar para haber vencido.

131. A continuación hay que hablar de la sintaxis de los pronombres posesivos. Éstos, cuando van sin artículo antepuestos a los nombres que significan la posesión, indican pluralidad: ἐμὸς οἰκέτης προσῆλθεν *([un] criado mío llegó),* pero, como ya dijimos antes [115], si se les incorpora el artículo, significan posesión única: «el criado mío estuvo presente». Por eso, en los ejemplos siguientes, hay elipsis del artículo [116], puesto que se quiere indicar una sola persona, Agamenón:

> σὸς δέ που ἔκφυγε κῆρας ἀδελφεός (δ 512)
> *(tu hermano escapó a la muerte...),*

y en

> πατὴρ δ' ἐμὸς αὐτίκ' ὀϊσθείς (I 453)
> *(y mi padre, al momento de saberlo),*

ya que sólo se tiene un padre.

132. Además, el orden justo sería ὁ δὲ ἐμὸς πατὴρ ὀϊσθείς, pues si el nombre antecede y el posesivo va detrás, lo que debe ir a continuación obligatoriamente es el verbo de existencia que exprese la confirmación del poseedor ὁ πατὴρ ἐμός ἐστιν *(el padre es mío),* ὁ ἀγρὸς ἐμός ἐστιν *(el campo es mío).* Sin embargo, si se invierte el orden del pronombre para el principio es admisible el empleo de cualquier otro verbo: ὁ ἐμὸς πατὴρ τρέχει, νικᾷ,

[115] En §§ 43 y 111.

[116] Esto es, que deberían llevarlo conforme a la teoría.

ὑβρίζει, ὑβρίζεται *(mi padre corre, vence, se insolenta, es ofendido).* Pero si a ὁ πατὴρ ἐμός le añadimos otro artículo, la construcción resultante es equiparable a la mencionada antes; o sea, tipo primero: ὁ πατὴρ ἐμός ἐστιν, se- 80
gundo: ὁ ἐμὸς πατὴρ φιλοσοφεῖ, tercero: ὁ πατὴρ ὁ ἐμὸς φιλοσοφεῖ. Así pues, se estará de acuerdo en que, o bien el orden es, según decíamos: ὁ δὲ ἐμὸς πατὴρ οἰσθείς, o bien, insertando un segundo artículo antes de ἐμός, con el δέ puesto, a su vez, en su lugar: ὁ δὲ πατὴρ ὁ ἐμὸς οἰσθείς.

133. Hay que saber que esta construcción, cuando el pronombre va al comienzo, no puede admitir dos artículos: ὁ ἐμὸς ἀγρός, ὁ ἐμὸς δοῦλος (mi campo, mi esclavo), mientras que cuando precede el nombre admite dos artículos: ὁ δοῦλος ὁ ἐμός, ὁ πατὴρ ὁ σός, por indicar los dos artículos dos anáforas distintas. Con el ὁ δοῦλος se entiende, desde luego, que no hay otro que el considerado, con el ὁ σός que no hay otro dueño que el conocido de antemano, como ya habíamos mostrado con el ejemplo ὁ πατὴρ ὁ ἐκείνου *(el padre, el de él)* [117].

(134. En consecuencia, conforme a la observación anterior, con dos nombres se emplean tres artículos: ὁ φίλος ὁ τοῦ ἀνθρώπου *(el amigo [el] del hombre).* Por el primero se expresa que no hay otro que el previamente conocido; por el segundo, que no es amigo de otro que del hombre que conocíamos de antemano, al que pertenece también el tercero. Según esto, en ὁ πατὴρ ὁ τούτου *(el padre, el de éste)* no puede añadírsele el artículo τοῦ *(de él),* y menos todavía en ὁ πατὴρ ὁ ἐκείνου *(el padre, el de él),* puesto que tales genitivos pronominales, al ser deícticos de por sí, no pueden tolerar artículo, como ya explicamos

[117] En § 102.

81 más arriba [118].) (Lo mismo sucede con ὁ πατὴρ ὁ ἐμός, pues la primera persona del pronombre, según decíamos [119], está por un genitivo, con el que puede ser conmutado ὁ πατὴρ μοῦ [*el padre de mí*]) [120].

135. No debe pasarse por alto que las palabras flexivas [121] que se atribuyen al nombre, si, a su vez, las precede el artículo, impiden la interposición de un segundo artículo; así, es posible decir ὁ ἄνθρωπος ὁ ἀγαθός *(el hombre* [*el*] *bueno),* pero no lo es ὁ ἀγαθός ὁ ἄνθρωπος, y ὁ δοῦλος ὁ ἐμός *(el esclavo* [*el*] *mío),* pero no ὁ ἐμὸς ὁ δοῦλος, y ὁ παῖς ὁ γράψας *(el niño que escribió),* pero no ὁ γράψας ὁ παῖς. Es obvio que la causa es la siguiente: lo que se concibe adjetivamente depende del sustantivo base, pero de ningún modo el sustantivo del adjetivo; así pues, «hombre» no necesita «racional», pero «racional» sí necesita a «hombre», de donde resulta que la anáfora inherente a «el racional» es aplicable a «hombre»; y de la misma manera que a «racional» no podríamos añadirle el mismo adjetivo «racional», tampoco podríamos añadirle el segundo artículo a ὁ λόγιος ἄνθρωπος, puesto que la anáfora ya está significada por el del adjetivo acompañante.

136. Dice Trifón que el artículo ὁ [122] puede ir antepuesto a otros casos oblicuos cuando de él depende un par-
82 ticipio seguido de οὗτος *(éste)* más ἔστιν *(es):* ὁ τὸν ἄνθρωπον ὑβρίσας οὗτός ἐστιν *(el que maltrató al hombre éste es).* Nada impide enunciarlo de un modo más general: cualquier otro nominativo [que no sea οὗτος] más verbos que significan existencia, «llamarse» o «ser».

> ὁ τὸν ἄνθρωπον ὑβρίσας Θέων ὀνομάζεται, ὁ τὸν ἄνθρωπον λακτίσας ἵππος ἔστιν, ὁ τὸν ἄνθρωπον ὑβρίσας ἐγώ εἰμι.

La causa puede explicarse de la siguiente manera.

137. Los casos oblicuos se conectan con los rectos [123] por medio de un verbo inserto entre ambos, la acción del cual pasa de dicho nominativo [recto] al oblicuo: «Teón maltrató al hombre», «un caballo coceó al hombre». Si en tal tipo de construcción añadimos el artículo al nominativo-sujeto en cuestión, la frase sigue siendo perfecta:

> τὸν ἄνθρωπον ὕβρισεν ὁ Θέων, τὸν ἄνθρωπον ἐλάκτισεν ὁ ἵππος,

pero si lo ponemos delante del acusativo, la oración ya no resultará correcta: ὁ τὸν ἄνθρωπον ὕβρισεν Θέων, pues el artículo, al estar desvinculado de su nominativo corrompe la oración; de ahí que el verbo tenga que convertirse en participio para que al artículo le sea permitido ir en nominativo y en género masculino. Y, dado que es imposible cerrar una oración sin verbo, se toma uno de los que significan existencia para indicar la condición de la persona que realiza la acción, puesto que el participio carece también de personas: ὁ τὸν ἄνθρωπον ὑβρίσας Τρύφων ἐστίν *(el que maltrató al hombre es Trifón),* o Τρύφων ὀνομάζεται *(se llama Trifón).*

138. En el caso de que se trate de un pronombre, se 83
emplea sólo la forma ἔστιν *(es)* u otra variante flexional

[118] En § 96.

[119] En § 103.

[120] Según Uhlig, el pasaje entre paréntesis debería colocarse al final del § 134. Schneider, aunque reconoce que no es éste su sitio, no lo cree así.

[121] Adjetivos o participios.

[122] El nominativo singular del artículo: «el».

[123] El objeto con el sujeto, diríamos hoy.

del mismo verbo: «es éste», «era éste», «soy yo», «eres tú», pues los pronombres sólo son indicativos de una sustancia que es significada precisamente por el verbo «ser»; pero con nombres propios pueden ir verbos como «llamarse» y similares, pues es específico de los nombres propios el unirse a verbos como ὀνομάζεσθαι, καλεῖσθαι *(llamarse):* ὁ τὸν ἄνθρωπον ὑβρίσας Τρύφων λέγεται ἢ καλεῖται. ¿Entonces los nombres propios no pueden construirse con el verbo ser? Desde luego que sí, puesto que el ser es inherente a la denominación, ahora bien, la denominación propia no es algo inherente al ser, pues si existe un «éste», no tiene que ser necesariamente «Odiseo», pero si «Odiseo» existe, entonces «éste» necesariamente es él:

> οὗτος δ' αὖ Λαερτιάδης πολύμητις 'Οδυσσεύς (Γ 200) *(ése es el astuto Odiseo, hijo de Laertes).*

139. Dichas construcciones [124] son también posibles en genitivo y en dativo, dándose con el genitivo la particularidad de que, aunque no les siga un participio, pueden llevar artículo, el cual se refiere, desde luego, a la cosa poseída, que sólo por el genitivo puede ser significada, de ahí que esta construcción le sea peculiar: ὁ τοῦ ἀνθρώπου οἰκήτης ἔδραμεν *(el criado del hombre corrió),* pues si no fuera genitivo posesivo y estuviera regido por el verbo, entonces no necesitaba el artículo ἀνθρώπου ἀκούω *(oigo un hombre),* ἀγροῦ δεσπόζω *(poseo un terreno)* [125].

140. La construcción que mencionamos antes (genitivo posesivo) se expresa con dos artículos acompañando al nombre común: τὸ τῆς ἐλάφου ἔκγονον *(la cría del ciervo),* ὁ τοῦ ἀνθρώπου υἱός *(el hijo del hombre);* pero, con 84
nombres propios, no es óbice la falta de artículo: ὁ 'Αριστάρχου γνώριμος *(el conocido de Aristarco),* ὁ 'Απολλωνίου φίλος *(el amigo de Apolonio).* Según esto, Βασιλεύς *(rey)* presenta la construcción de un nombre propio, pues decimos ὁ βασιλέως οἰκέτης παρεγένετο *(el criado de[l] rey llegó),* cosa que sería inadmisible con cualquiera de los demás nombres comunes. Y muy razonablemente quizá reclaman los nombres comunes los dos artículos, ya que no es posible hacer referencia a la posesión de algo, si no nos hemos referido previamente al poseedor; así que o bien ambos aparecen sin artículo: λέοντος σκυμνίον ἔδραμεν *(un cachorrito de león corrió),* o bien se hacen las dos anáforas al mismo tiempo: τὸ τοῦ λέοντος σκυμνίον ἔδραμεν *(el cachorrito del león corrió).* Sin embargo, los nombres propios, debido a que, por su carácter específico, queda establecida la referencia precisa, no necesitan en igual medida del artículo. Por eso me parece que puede muy bien admitirse el βασιλέως οἰκέτης *(el criado de[l] rey)* en cuanto que ὁ βασιλεύς es virtualmente propio, pues, si se dice «el rey», se significa «Tolemeo», lo cual es más propio que si decimos «Tolemeo», puesto que hay otros Tolemeos homónimos, pero es uno solo al que puede referirse la realeza [126].

141. Hay todavía otro tipo de construcción participial, con un verbo en infinitivo, además de la construcción que estudiábamos más arriba [127]: ὁ τὸν ἄνθρωπον θέλων ὑβρίσαι οὗτός ἐστιν *(el que quiso maltratar al hombre es ése).* En general, con un verbo de voluntad en forma parti- 85

---

[124] Artículo + (Acusativo-objeto) + Participio.

[125] En griego genitivos: «oigo de un hombre», «soy dueño de un terreno».

[126] Apolonio Díscolo debe de estar utilizando un ejemplo de un gramático de la época helenística, pues, en la suya, decir «el rey» no podía referirse al Tolemeo reinante, ya que estamos en época imperial.

[127] En §§ 136 s.

cipial la oración se construye de dicho modo. Ahora bien, cuál sea la explicación de que los verbos voluntativos exijan preferentemente una construcción de infinitivo, en lugar oportuno la daremos [128]. (Con respecto a las susodichas construcciones, hay que decir que el participio ἑκών [*queriendo*, i. e., *voluntariamente, de buena gana*] pierde su noción de participio, pues ni con infinitivo ni sin él es capaz de realizar una oración perfecta: ὁ τὸν ἄνθρωπον ἑκὼν ὑβρίσαι οὗτός ἐστι [*el que queriendo maltratar al hombre es ése*], y sin el infinitivo la oración es incorrecta. La causa de dicha incoherencia la expondremos con más detalle en el tratado *Sobre los Participios*.)

*

142. A continuación hemos de hablar del artículo pospositivo [pronombre relativo], que se diferencia del prepositivo [artículo determinado] no sólo por su posición y por su forma, sino también por su construcción totalmente distinta. Las diferencias de forma y posición son evidentes desde luego, no así las de construcción, sobre las que nos hemos propuesto tratar aquí mismo.

143. El artículo prepositivo, junto con el sustantivo, confluyen en el mismo verbo o en el mismo participio: ἄνθρωπος περιπατεῖ *(un hombre pasea)*, ἀνθρώπου ᾄδοντος ἤκουσα *(oí a un hombre cantando);* y también con artículo: «el hombre pasea», etc.; lo que no podría tener lugar con el pospositivo [relativo], en una oración simple quiero decir, pues exigiría obligatoriamente el añadido de otro verbo: ἦλθεν γραμματικὸς ὃς διελέξατο, ὃς ἀνέγνω *(vino un gramático que habló, que leyó)*, y asimismo si se trata de un verbo transitivo, es decir, si la acción

[128] En III 58.

pasa a otra persona: ἀνθρώπῳ ὡμίλησα ᾧ παρέσχον ξενίαν *(me encontré con un hombre al que ofrecí hospitalidad)*. Ahora bien, si en las frases anteriores se sustituye el artículo pospositivo [relativo] por el prepositivo [artícu 86
lo], resultan sin sentido, a menos que se añada una conjunción copulativa que haga referir los dos verbos al mismo hombre. Y al decir καί *(y)* incluyo a todas sus equivalentes, como mostramos ya com más detalle al tratar de la sintaxis de las conjunciones. Entonces quedarían así:

ὁ γραμματικὸς παρεγένετο καὶ διελέξατο
(el gramático vino y habló),

τῷ ἀνθρώπῳ ὡμίλησα καὶ παρέσχον ξενίαν
(me encontré con el hombre y le ofrecí hospitalidad).

144. Quizá lo más natural sea discurrir del siguiente modo: como decíamos, el artículo pospositivo [relativo] depende de su propio verbo y está conectado mediante la referencia con el nombre antecedente, de ahí que con él no pueda constituirse una oración simple, debido a la construcción con dos verbos, es decir, uno con el nombre antecedente y otro con el propio relativo; y otro tanto sucedía con la conjunción καί: tomaba en común el nombre antecedente y, conectando una segunda oración, aplica el nombre al segundo verbo. Así, la frase «vino un gramático que habló» equivale, virtualmente, a «vino un gramático y él habló» [129]. Incluso el nombre de ambas partes de la oración muestra su proximidad funcional, pues «coarticular» y «conjuntar» no distan mucho de ser sinónimos [130].

[129] Esta «explicación» hace pensar en la de la gramática generativa; lo cual no implica que Apolonio Díscolo sea «chomskiano».

[130] Hay, ciertamente, proximidad semántica entre «articulación» y «conexión» o «conjunción».

87 **145.** Hay todavía otra construcción equivalente a la del relativo, la que se hace con pronombres anafóricos: ἀνθρώπῳ ὡμίλησα καὶ αὐτῷ παρέσχον ξενίαν *(encontré a un hombre y le ofrecí hospitalidad),* γραμματικὸς παρεγένετο καὶ οὗτος διελέξατο *(vino un gramático y, éste, habló)* [131], pues la anáfora inherente al relativo reside igualmente en dichos pronombres, y de ahí la proximidad de ambas oraciones.

146. ¿No podría suponerse, entonces, que éstos deberían caer dentro de una misma parte de la oración? De ningún modo, pues no porque los pronombres satisfagan alguna función propia del artículo [relativo], no por eso van a ser artículos [relativos], dado que ambas partes de la oración se diferencian en otros aspectos. También los verbos satisfacen por sí mismos la función del nominativo de los pronombres personales [132] y de ningún modo se les considera una única parte de la oración, pues, una vez más, son muchos los caracteres peculiares que los hacen diferentes. Asimismo, hemos establecido que la conjunción copulativa puede sustituir al relativo, y no por eso, uno y otro van a pertenecer a la misma parte de la oración.

147. Por otro lado, los pronombres [anafóricos] no se sujetan a la misma construcción [que los relativos], pues aquéllos precisan de la conjunción: «vino un gramático y, éste, habló». Es evidente que, si se eliminase la conjunción, la frase resultaría incomprensible. (Además, se puede constatar que la persona es señalada con mayor fuerza: «un
88 gramático vino y, él, habló», como si dijéramos «el amo», «el señor».) Ahora bien, si a la construcción de relativo

[131] Los pronombres sustituyen a los relativos «al cual» y «el cual».

[132] Las desinencias personales de los verbos encierran relaciones pronominales de nominativo-sujeto.

se le añadiese la conjunción, es claro que el relativo, disminuido su poder articulante, ya no hará referencia a su antecedente, sino a algo distinto indefinidamente entendido: «hablé al hombre y al que ofrecí hospitalidad». ¿Cómo, entonces, con tan grandes diferencias, podría admitirse que se pudieran reducir relativos y deícticos a una sola parte de la oración?

148. Más aún, el relativo no concuerda en caso con el antecedente al que se dirige la anáfora: «vino un hombre al que hospedé», «oí al amigo con quien me encontré anteayer». Así, a un nombre en nominativo le sigue un relativo en un caso oblicuo cuando la acción de su verbo pertenece a otra persona [133], y a un nombre en caso oblicuo le sigue un relativo en caso recto cuando la anáfora del relativo atribuye la acción de su verbo al nombre antecedente [134] en caso oblicuo. También pueden concebirse ambos en nominativo —el relativo y su antecedente, quiero decir—, cuando la misma persona reúne en sí misma la acción de los dos verbos.

149. Ejemplo del primer caso: «vino un gramático con
el que se encontró Trifón», donde al nominativo «Trifón» 89
le corresponde la acción verbal. Del segundo: «Canta, Musa, al astuto hombre que anduvo errante...» (α 1); o «Canta Musa, la funesta cólera que causó infinitos males a los griegos» (A, 2); los antecedentes están en caso oblicuo, refiriéndose la acción del verbo a las Musas, y los nominativos de los relativos dependen de «hombre» y de «cólera» por pertenecerles la acción, pues es el hombre el que anduvo errante y la cólera [de Aquiles] la que causó infinitos

[133] *I. e.,* cuando el sujeto del verbo del relativo es distinto del relativo.

[134] *I. e.,* cuando el sujeto del verbo subordinado es la persona a que se refiere el relativo.

males a los griegos. Del tercer caso: «Sin duda mucho iba a lamentarse el viejo auriga Peleo, el que antaño se gozaba preguntándome...» (H 125 y 127), pues el «iba a lamentarse» y «gozaba» se aplican a Peleo [nominativo].

150. Por lo tanto, pienso yo que, aunque el relativo no concuerde en caso con su antecedente, conforman una oración correcta, puesto que teniendo que cerrar la oración con los verbos, adoptan el caso que se les adecua, de manera que, por un lado, satisfagan la anáfora relativa al nombre antecedente y, por otro, el caso con relación al verbo: «envié una carta a un amigo a quien también conocía Trifón», ya que «conocer» rige acusativo. Asimismo, «Aristarco es el que interpretó los poemas» es una oración perfecta; sin embargo, si en vez de ὁ, pusiésemos
90 ὅς, ya no lo sería: *Ἀρίσταρχός ἐστιν ὅς ἐξηγησάμενος τὰ ποιήματα. Parece que la razón es, como apuntábamos más arriba, el carácter propio del relativo [135]; en efecto, si se le añade un verbo, la oración resulta completa: Ἀρίσταρχός ἐστιν ὅς ἐξηγησάμενος τὰ ποιήματα ἐθαυμάσθη *(Aristarco es el que fue admirado interpretando los poemas).*

151. Resulta, pues, manifiesto que lo que, según su forma, es artículo prepositivo [determinado] no puede ser considerado como que está en lugar del pospositivo [relativo], a menos que dependa de un verbo, que es justamente característico de los relativos, cosa que demuestra, además, su posición; así, en el ejemplo:

> τῷ οὐδὲ κρείων Ἀχελώϊος ἰσοφαρίζει (Φ 194)
> *(con el que ni el poderoso Aqueloo puede medirse)* [136],

[135] En § 143, sobre la exigencia de un verbo por parte del relativo.

[136] El τῷ, que es artículo por la forma, puede interpretarse como relativo o como demostrativo en Homero.

tanto por la posición, pues está colocado después del nombre, como por la sintaxis, pues depende del verbo ἰσοφαρίζει. Aquellos casos en los que dichas formas no pueden ser consideradas ni como artículos, ni como relativos, sino como pronombre [demostrativos] o como indefinidos, los presentaremos cuando lleguemos a la sintaxis de los pronombres [137].

152. Si esto es así, hay que tener en cuenta, en ejemplos como:

> καὶ θώρηχ'· ὃ γὰρ ἦν οἱ, ἀπώλεσε πιστὸς ἑταῖρος (Σ 460)
> *(...y la coraza; pues lo que tenía lo perdió el fiel compañero),*

si el ὁ es el artículo correspondiente a «fiel compañero», o bien está en lugar del relativo ὅς referido a «la coraza» 91
o a «compañero» también como relativo [138]. Pues bien: es inadmisible tomarlo como artículo, ya que jamás un artículo puede acompañar a un verbo y aquí acompaña a ἦν. No puede ser otra cosa que relativo, pero no cabe referirlo a θώρηκα *(coraza),* pues no fue eso sólo lo que perdió, sino junto con ella: «el escudo y el yelmo y las hermosas grebas provistas de tobilleras, y la coraza...» (Σ 458 ss.). Y aunque no se tenga esto en cuenta, lo contradiría, además, la incoherencia de la oración, ya que se daría por sentado que, mediante la oración de relativo, sólo ha de entenderse la existencia de la coraza, cosa que ya quedó zanjada. Y si esto es así, ¿cómo podría unirse el «fiel compañero» con un verbo perteneciente a otro nominativo que ya iba con otro verbo, el ἦν? [139]. ¿Cómo podrán entrar dos

[137] En II 28 ss.

[138] Interpretado: «pues perdió el fiel compañero que tenía».

[139] El enredo viene de que Apolonio Díscolo, por no tener el relativo el antecedente expreso (p. ej., τοῦτον) y ser nominativo, cree que la ora-

nominativos en una oración correcta? Mejor sería decir que un caso oblicuo y uno recto hacen la oración coherente.

153. Así pues, el nominativo ὅ ha de ser referido al mismo nominativo ἑταῖρος: «el que era fiel compañero perdió las cosas anteriormente descritas», o sea, escudo. yelmo, las bellas grebas y la coraza, pues se piden otros en
92 sustitución de éstos [140]. A no ser que se quiera suplir un acusativo sobreentendido al que pueda referirse el «perdió», y el del comienzo fuera un ὅς relativo «...y la coraza, pues la que era suya, ésta la perdió su fiel compañero».

154. El ejemplo de Alceo:

> Κυλλάνας ὁ μέδεις (Fr. 5)
> *(...que guardas a Cilene...* o *el que guarda a Cilene),*

lo entiende Apión Mocto como un verbo finito, pues no admiten tal tipo de participio en un verbo no contracto, dado que dichos verbos usualmente no hacen el participio con tal desinencia. Ahora bien, contra esto se puede aducir que existe un verbo contracto μεδῶ, de donde el verso:

> Δωδώνης μεδέων (Π 234)
> *(que guarda a Dodona),*

a partir del cual se forman μέδημι, como οἴκημι [141], y el participio correspondiente μέδεις, que es analógico. Incluso por la forma puede refutárseles, ya que la segunda persona se hace con -ει- entre los eolios [142].

---

ción de relativo también es nominativo, y es acusativo: «el fiel compañero perdió lo que tenía».

[140] Tetis, la madre de Aquiles, al herrero Hefesto.

[141] En el dialecto eolio, el de Alceo.

[142] Sería μέδης.

155. Dos relativos pueden tener, a veces, un verbo en común cuando se descompone la entidad antecedente [plural]. Pongamos por ejemplo: «dos águilas fueron volando, cual desde oriente, cual desde occidente». Asimismo, en la construcción siguiente:

> Αἰθίοπας, τοὶ διχθὰ δεδαίαται ἔσχατοι ἀνδρῶν,
> οἳ μὲν δυσομένου Ὑπερίονος, οἳ δ᾽ ἀνιόντος (α 23)
> *(...a los etíopes, que habitan separados, los últimos de los hombres, cuales al Hiperión poniente, cuales al naciente).*

A «etíopes» está referido el οἵ que Homero presenta en 93
su forma normal con la tau: τοὶ διχθὰ δεδαίαται, ἔσχατοι ἀνδρῶν. Está claro que el «habitan» ha de construirse con el nominativo plural τοί, que se descompone, a continuación, de acuerdo con la particular división de los etíopes y toma el verbo en común con la ayuda de los relativos.

156. Si en la mencionada figura añadimos un verbo, podrá hacerse correctamente la descomposición de la misma: «las dos rocas alcanzan cual hasta el cielo, cual hasta el Olimpo» (μ 73), pues, si no estuviera en la forma precedente, habría sido del todo necesario hacer acompañar de un verbo al relativo, y el nominativo anterior cambiarlo en genitivo, como ya mostramos [143], ya que sólo este caso puede hacer la distribución de los elementos por él expresados sin la necesidad de que se le añada un verbo, no así los demás casos, a no ser que lleven consigo un verbo:

> Νεστορίδαι δ᾽ ὁ μὲν οὔτασ᾽ Ἀτύμνιον (Π 317)
> *(Nestóridas, el uno hirió a Atimnio),*

aquí el ὁ artículo está claramente por el ὅς relativo, a menos que haya elipsis de otra palabra, a la que necesaria-

---

[143] Con el genitivo partitivo, § 57.

mente precederá el ὁ artículo, quedando la frase, por ejem-
94 plo: «De los Nestóridas, uno de los dos hirió a Atimnio», «de las dos rocas, una de ellas llega al cielo...».

157. Del mismo modo se podría entender también:

> Καί μιν πειραίνουσι δύω πόλοι ἀμφοτέρωθεν
> ἀλλ' ὁ μὲν οὐκ ἐπίοπτος (ARATO, *Fen.* 24 s.)
> *(y lo coronan dos polos por ambos extremos,*
> *el uno no es visible...),*

lo que, a su vez, quedaría perfecto así: ἀλλ' ὅς μὲν οὐκ ἐπίοπτος *(el cual no siendo visible),* pues, como tienen el πειραίνουσι en común, cada uno lleva implícito el πειραίνει *(corona)* al que hay que referir el relativo. Lo mismo hay que decir del siguiente miembro: «el contrario...» y de nuevo «corona (el eje)», pues lo que quiere decir es lo siguiente: «el cual, siendo visible...», ya que se opone en el septentrión al polo oceánico.

LIBRO II

1. A la anterior exposición sobre la construcción del 95
artículo, estimo que debe seguirle el estudio de la construcción de los pronombres; pues aquéllos se emplean en la oración acompañando a los nombres, éstos a su vez en lugar de los nombres, no tolerando ser construidos con artículo precediéndoles por las causas que ya dejamos expuestas [144].

2. Está claro que la razón por la cual los pronombres admiten casos, es para que puedan sustituir al nombre en toda ocasión, y son distintivos de todas las personas, para que puedan llenar, al sustituirlo, esta deficiencia del nombre, es decir, la distinción de las personas, y así tengan del nombre el caso, del verbo la persona.

3. De ahí que se flexionen al completo [145], adoptando las dos formas de flexión más genuinas, y no mezcladas,
sino de acuerdo con una distribución precisa: incluyendo 96
en su parte final la flexión según el caso, el principio asignándoselo a las personas; pues es evidente que si las dos

---

[144] En I 95.

[145] Es decir, si consideramos dos partes en el pronombre personal, la primera distingue la persona, la segunda el caso. Cf. la definición de Aristarco, *infra,* § 15.

formas de flexión se produjeran sobre la misma parte, sucedería que en el cambio de caso borraría la distinción de la persona, e inversamente, al cambiar la persona se corrompería la forma particular del caso. Por eso, para distinguir el caso hacen: ἐμοῦ, ἐμοί y ἐμέ *(de mí, para mí, a mí),* y para la persona: ἐμοῦ - σοῦ *(de mí - de ti)* y para persona y caso: ἐμοῦ - σοί *(de mí - para ti).* Así, en las mencionadas formas queda hecha la distinción precisa gracias a la forma específica que incide en cada una de las dos partes. (Cuando ambos tipos de flexión se aplican por separado a las partes de la oración, es decir, al nombre y al verbo, se flexiona sólo el final: καλός, καλοῦ; γράφω, γράφεις, γράφει, usando el pronombre muy razonablemente de la supresión de la σ- como rasgo distintivo de la tercera persona [146] σοί οἷ, en paralelismo con λέγεις λέγει.)

4. Por otro lado, considero una simpleza que alguien se plantee por qué, en los pronombres, la terminación no se aviene mejor que el principio para indicar la persona, igual que en los verbos. Pues bien, era necesario que el final le fuese asignado en exclusiva para una única parte de la oración y, si es lícito hablar así, lo fue con toda razón para el nombre, dado que éste precede al verbo, como ya demostramos [147], y es obvio que la marca específica del nombre, es decir, el caso, obtuviese con todo derecho el final. Junto con esto, el pronombre es lo que se usa
97 en lugar del nombre y lo que representa al nombre, y está claro que el significado del pronombre es la persona contenida en él. Por tanto, si la desinencia es lo dominante en las partes de la oración y la desinencia del pronombre es un caso, será entonces por la terminación por lo que ob-

[146] Es decir, para la distinción de personas, establece una oposición μ-, σ-, ø-: μοί, σοί, οἷ.

[147] En I 16-18.

tenga la denominación de «pronombre», aunque encierre también una marca del verbo, o sea, la persona.

5. Considero razonable que antes de entrar en la construcción de los pronombres en particular, expliquemos las propiedades que les son inherentes, con lo cual se comprenderá mejor la prometida enseñanza de su construcción.

6. Pues bien, ya hemos hablado de su exclusiva forma de flexión en una y otra parte; también es propia de ellos una deixis de dos tipos: una absoluta, «me pegó» (pues es evidente que hay deixis, pero sin valor intensivo ni opositivo); y otra contrastiva: «me pegó a mí», donde efectivamente hay intensificación en la deixis, como puede observarse cuando se trata de cualidades: «blanco» expresa una cualidad absoluta, pero en «más blanco» está intensificada con relación al objeto cualquiera de que se trate. Del mismo modo, «a mí» al tener la deixis intensificada reclama otra persona a la que oponerse [148]. La razón de por qué no sucede lo mismo con todos los otros pronombres, en su lugar se dirá.

7. Los pronombres que están en su forma plena y con acento agudo se llaman ortotónicos, por ser en cierto modo sinónimos «recto» e «íntegro» [149]; los que trasponen 98
su acento como si fuera un peso a la manera de los que «inclinan» su carga contra otro cuerpo, se llaman «enclíticos». Así, encontramos, en

σοὶ μὲν ἐγώ, σὺ δ' ἐμοί (Δ 63)
(yo a ti y tú a mí),

[148] Igual que en español, en griego los pronombres personales presentan una forma tónica (contrastiva: ἐμέ «a mí») y otra átona (absoluta, μέ «me»). La forma (orto) tónica significa, pues, oposición contrastiva.

[149] O sea, ὀρθός y ὑγιής. A través de ellos, Apolonio Díscolo, por una falsa etimología, pone en relación ὀρθοτονέω y διεγείρω. Ambos adjetivos tomados metafóricamente sobre el modelo médico.

las formas plenas y su acento propio, pero, en

> καί μοι ταῦτ' ἀγόρευσον (ν 232)
> *(dime lo siguiente...),*

tenemos la forma reducida y el acento traspuesto.

8. En la tercera persona [a la deixis] se le añade la anáfora, gracias a la cual se puede hacer referencia a nombres previamente mencionados mediante el pronombre como sustituto:

> Ζεὺς δ' ἐπεὶ οὖν Τρῶάς τε καὶ Ἕκτορα νηυσὶ πέλασσεν
> ... αὐτὸς δὲ πάλιν τρέπεν ὄσσε φαεινώ (N 1 s.)
> *(Una vez que Zeus permitió a los troyanos y a Héctor acercarse a las naves... él mismo volvió sus brillantes ojos).*

9. En el libro anterior [150] hemos mostrado que dichos pronombres no se emplean, sin más, en sustitución del nombre puro y simple, sino que se usan en lugar de los nombres que llevan artículo, pues no se trata sólo de sustituir al nombre, como puede deducirse del resto de los pronombres, sino que también indican anáfora, cosa que no es propia del nombre a no ser que se le añada el artículo.

10. Se podría incluso decir lo siguiente: sólo en la medida en que un pronombre pueda ponerse en lugar de un nombre previamente nombrado será portador de la anáfora, puesto que lo peculiar de la anáfora es una segunda mención de la persona anteriormente nombrada, lo que es expresado por el αὐτός *(él mismo)* del ejemplo.

11. En lo sucesivo [151] se mostrará que los deícticos [152],
99 no es que se empleen en sustitución de nombres, sino

[150] I 25.

[151] En §§ 40 s.

[152] Personales de primera y segunda persona y demostrativos.

donde no puedan usarse nombres. Así, se dividen en deícticos y anafóricos [153], aunque caigan todos bajo la rúbrica de pronombres, pues, a pesar de sus respectivas diferencias, en una cosa coinciden: llamar en lugar del nombre, ya que se usan, bien cuando el nombre no puede ser empleado, o bien cuando, dicho ya una vez, no puede volver a repetirse. Así, en el ejemplo anterior: «él mismo volvió sus brillantes ojos», si se sustituye «él mismo» por «Zeus», no podrían reunirse en una sola las dos oraciones sobre el mismo Zeus [como sujeto], sino que lo convertiría en el comienzo de una nueva oración. Otro tanto puede decirse de todos los pronombres así empleados, pues, aunque sea posible poner los nombres en lugar de ellos, se altera el enunciado.

12. Ahora bien, cuando ἐκεῖνος *(aquél)* y οὗτος *(éste)* no señalan algo a la vista, sino que son anafóricos, hay que pensar que su deixis se refiere a algo mental, de suerte que unas deixis son de lo que está a la vista y otras de lo que está en la mente; según esto, al ser ambos deícticos por naturaleza, no pueden construirse con un artículo que les resultaría antitético.

13. Más aún, y de manera especial las terceras personas, pueden realizarse de distintas maneras y con distintos pronombres, mientras que los verbos, con una sola forma [por persona], convienen a los más diversos entes, por ejemplo, «Dionisio escribe», o «Trifón», o cualquier otro que sea susceptible de admitir tal acción. Esto no es aplicable a los pronombres, ya que, por un lado, αὐτός *([él] mismo)*
es anafórico, ἐκεῖνος *(aquél)* por otro, es deíctico, igual 100
que οὗτος *(éste, ése),* que se distingue de ἐκεῖνος por el menor alcance de su deixis, y lo mismo vale para ὅδε *(éste).*

[153] Personales de tercera persona.

14. Y aunque dijimos [154] que los deícticos, en general, intensificaban su deixis, estos últimos [155] no pueden admitir la doble forma de acentuación a la manera de ἐμοῦ, ἐμοί y sus afines, debido a su sílaba final no acentuada; por eso, recurren al añadido de la -ι, arrastrando consigo el acento agudo hacia el final para indicar su mayor intensidad igual que los antes mencionados, los personales de primera y segunda persona: ἐκεινοσί, οὑτοσί, ὁδί *(aquél de allí, ése de ahí, éste de aquí).* (Es, pues, obvio que αὐτός, por carecer de valor deíctico, se vea al mismo tiempo privado de ese añadido que tiene como finalidad producir una deixis más intensa.) Y no me parece que haya que considerar dicho añadido como algo anómalo, ya que esta -ι es la forma base del nominativo del pronombre de tercera persona [156].

15. Cómo, entonces, no va a resultar necio que Habrón censurara a Aristarco por no haber acertado al definir los pronombres como co-conjugados por personas [157], «en cuanto que dicha definición es aplicable a los verbos, y a ellos de manera preferente. Las palabras, en efecto, se corresponden [158] según la clase de letras, el número de sílabas y parece que también por la cantidad vocálica y el acento; pero en los pronombres esto no se da, ya que la mayoría no presenta esa correspondencia de formas, como le resulta patente al que declina los pronombres».
101 Ahora bien, lo que parece cierto es que Aristarco, al

[154] En § 6.

[155] O sea, los demostrativos ὅδε, οὗτος, ἐκεῖνος, pero no αὐτός por no ser demostrativo.

[156] Supuestamente ἵ para explicar los casos oblicuos, pero no atestiguado claramente.

[157] Las tres personas forman una serie correlativa.

[158] Es decir, entran en una clase analógica.

definir el pronombre, no se refería a la forma, sino a lo indicado por ella, como todas las definiciones hacen. Por otra parte, se llama a estos pronombres «sin artículo»; sin embargo, tomados sólo en cuanto a forma [159], no se puede decir que no lo lleven, pues decimos: «el ἐγώ *(yo)* se acentúa sólo con agudo», «el ἔγωγε *(yo por mí mismo)* es ático».

16. Por tanto, pronombre es la parte de la oración que hace las veces del nombre en forma deíctica o anafórica, y que no se acompaña de artículo. Y téngase en cuenta que la definición de pronombre abarca hasta la tercera persona [160], pues también se realizan como anafóricos según que las personas sean conocidas de antemano, y como deícticos si la persona está a la vista. Esto es lo que constituye la clase correlativa de los pronombres, mientras que en los verbos no hay tal correlación, ya que mientras la primera y segunda personas están definidas, la tercera es indeterminada, si exceptuamos casos como «relampaguea» [161] y similares, en cuanto que la acción de los mismos se atribuye exclusivamente a Zeus, de modo que aquí no es el verbo lo determinado, sino el que realiza la acción que expresa el verbo.

17. De este modo se hace patente la diversidad de formas pronominales [de tercera persona], para que mediante una forma única no tuvieran que significarse varias personas, pues lo que se seguiría de ello sería que las terceras personas fuesen indeterminadas, ya que la causa de que la indeterminación irrumpa de la frase es una palabra que signifique muchas cosas.

[159] En uso metalingüístico. Cf. I 52.

[160] Había dicho antes que, en realidad, no serían necesarios los pronombres de tercera persona, pues en esta persona están los nombres.

[161] Cf. I 17.

18. Por otro lado, el resto de las palabras declinables forman, a partir de un nominativo tomado como base, el genitivo y los otros casos analógicamente con el nominati-
102 vo, sin exceptuar el artículo, pues ya se ha mostrado [162] que también se flexiona siguiendo la norma analógica. Ahora bien, los pronombres primitivos [163] de que venimos tratando se declinan más por temas independientes, no pudiendo a un ἐγώ *(yo)* corresponder un genitivo ἐμοῦ *(de mí)* si nos sujetamos a la analogía de la declinación, ni al ἐμοῦ el ἐμοί o el ἐμέ, y los números correspondientes se forman, asimismo, según temas distintos, pues es imposible que, si el genitivo no se declina sobre la base del nominativo, informe analógicamente los otros números, ya que sólo si el genitivo sale del nominativo se flexionan regularmente los números y demás casos.

19. Por eso, en los heteróclitos, al decidir el genitivo la forma para los demás casos, les corresponde un nominativo distinto; así, como del genitivo μεγάλου sale el μεγάλοι, de dicha forma base se restituye un nominativo μεγάλος. Lo mismo sucede con ὕδατος y con γυναικός, o con πολλοῦ, pues de éstos salen πολλοί, ὕδατα y γυναῖκες; por eso, coexisten las formas [de nominativo] πολλός, γύναιξ e ὕδας [164].

20. Por eso, el ἐμοῦ, al no flexionarse analógicamente con el nominativo y reducirse a su único tema, no podría determinar la analogía de los otros casos y números. Por su parte, ἐκεῖνος y los de su clase, al flexionarse regularmente el genitivo sobre el nominativo, forman también los otros accidentes según la norma analógica.

21. Por tanto, desvarían claramente los que ocupan su tiempo en despreciar estas voces en cuanto anómalas e irracionales comparándolas a la analogía de los nombres,
cuando ni esto siquiera se les puede conceder, o sea que 103
cualquier nombre sea equiparable analógicamente a cualquier otro; por el contrario, las subdivisiones en tal sentido son infinitas. Las palabras pueden compararse en razón a la analogía, y si esto es así, ¿cómo no va a resultar inútil comparar partes de la oración distintas? Nada impide, sin embargo, puesto que el pronombre es distintivo de personas, compararlo con el verbo [165], pero circunscribiendo los pronombres a la clase que les corresponde.

22. Quizá se pudiera pensar en la causa por la que los pronombres no se sujetan a la norma analógica y por qué no todos. La institución de los nombres fue pensada para significar cualidades comunes o propias, como «hombre», «Platón», y dado que dichos nombres no tienen poder deíctico ni anafórico, la necesidad de los mismos se hacía infinita para que la figura del nombre pudiese atribuir su propia cualidad a cada una de las sustancias [166]. (Por eso, no es poco lo que las denominaciones coincidentes [167] hagan confundir las significaciones, tanto en nombres comunes como en propios, hasta el punto de carecer de determinación la entidad significada por el nombre.) Por esta razón, el nominativo, con una forma peculiar para cada uno de los entes a que se aplicaba, exigía que los

---

[162] En I 76.

[163] Los personales frente a los posesivos derivados de aquéllos.

[164] Las formas clásicas son μέγας (*grande*), ὕδωρ (*agua*), γυνή (*mujer*) y πολύς (*mucho*). Las otras formas debían de ser populares en tiempo de Apolonio Díscolo y, en algún caso, pasaron al griego moderno.

[165] Es decir, existe un criterio para la comparación.

[166] Si no pudiésemos decir «esta mesa», todas las mesas tendrían que ser designadas de modo distinto para «distinguirse».

[167] La homonimia.

casos oblicuos se acomodasen a la forma peculiar del nominativo [168].

23. De ahí que por necesidad se introdujeran además los géneros, para que, al tiempo que se significaba la cualidad, se distinguiese también el sexo. Y, asimismo, el que se idease la adjetivación para que se diese cuenta de los
104 accidentes, tanto de los nombres concebidos en común como propiamente; así, del caballo el ser, casualmente, «blanco» o «rápido», y de Platón el ser «sabio» o «bueno», y tantos otros susceptibles de atribuírseles. Y de ahí también que se pensase en la composición nominal: «misántropo», «portapenas», «filólogo», que son el resultado de la concurrencia de accidentes.

24. Los pronombres, por su parte, que, debido a la fuerza deíctica que les es inherente, no pueden apuntar a ninguna otra cosa que a la sustancia correspondiente, llevan implícitos los atributos cualitativos, me refiero a los que pueden ser reconocidos a simple vista: «blanco» o «negro», «grande» o «pequeño». (No cayendo lo anímico bajo el dominio de la deixis, tampoco pueden encerrar los pronombres sus accidentes.) De ahí que los pronombres hayan desechado la mayor parte de los rasgos característicos [del nombre]: cada uno de ellos puede ser usado, en cualquier caso, en sustitución de cualquier nombre, y, si esto es verdad, es entonces natural que rehúyan la flexión regular de los nombres, para que, al ser usados como sustitutos suyos, no pareciese que eran uno de ellos en virtud de la idéntica terminación. (Por eso, tampoco han acuñado terminaciones propias para cada género, sino que mediante una misma sílaba se determina la función idónea

[168] Ésta es la explicación de la flexión: «para que la significación no se hiciese tan confusa», añade Prisciano.

para los tres, dado que su deixis designa sólo la sustancia.)

25. Y si una desinencia propia de nombre coincidiese
con otra pronominal en el mismo número, el pronombre 105
se aparta de la analogía de la flexión correspondiente, como sucede con ἐγώ y ἐμοῦ. Para esta última los distintos dialectos no cuentan con la misma desinencia, presentando formas diferentes de las del genitivo nominal, a saber, ἐμεῖο y ἐμεῦ, no como Ἀτρείδεω y Ἀτρείδαο, o καλοῖο. (Por cierto que el posesivo homófono, al adoptar la desinencia del nombre al que se refiere, hizo también en los dialectos el reajuste oportuno: ἐμοῖο, como καλοῖο.)

26. Así pues, como queda dicho, los pronombres, por ser anafóricos o deícticos, no precisan de los accidentes del nombre, excepción hecha de ἐκεῖνος y αὐτός (pues οὗτος entra como sufijo de derivación, no de pronombre, como τημοῦτος [*entonces, en tal momento*], un adverbio derivado del mismo). No es una incongruencia que esos dos pronombres sean excepción a la norma a la que todos los demás se sujetan; tal vez fuera éste el recurso lógico que contribuyera, mediante la forma, a determinar el objeto, pues el alejamiento por ellos significado implica un poder deíctico más impreciso, de ahí que se les añadiese el género, no para que significasen la sustancia, sino para distinguir su sexo. (Así, los llamados «del género común», a nombres me refiero, cuando son percibidos en la lejanía no es posible distinguir su sexo; decimos, por ejemplo, «un caballo», o «una persona», pero, una vez que están cerca y son reconocibles en cuanto a su sexo, ya se les agrega
el artículo determinado.) Cuanto más en el caso de αὐτός, 106
pues, al referirse anafóricamente a terceras personas en ausencia, mediante la forma nos advierte de su sexo.

27. Falta por tratar el asunto siguiente: por qué acaban éstos en -ος, siendo la más numerosa de las terminaciones nominales. Sin duda porque la desinencia -ος es la más común. Por eso, también los artículos, al ir apuestos a todo nombre, adoptan dicha terminación, e incluso los pronombres derivados de los personales, los posesivos como ἐμός *(mío)* y los de su clase, y casi todos los interrogativos declinables, a los que responde cualquier nombre: ποῖος, πόσος, πηλίκος, ποδαπός. Y dije «casi», por el τίς *(quién)*, que tampoco está totalmente excluido de la terminación en -ος, puesto que en eolio el τίος tiene el nominativo en -ος, por influjo tal vez de su equivalente, me refiero a ὅς, con el cual se asocia, por ejemplo en

ὅστις ἐμὸν παρὰ σῆμα (CALÍMACO, Ep. 21)
([tú] cualquiera que junto a mi tumba),

y en el

ὅστις ἐπὶ δεῖπνον ὀψὲ κληθεὶς ἔρχεται
(cualquiera que, convidado, llega tarde al banquete).

*

28. Hemos de ocuparnos, asimismo, de los que, siendo artículos en cuanto a la forma, por un cambio en su función se convierten en pronombres:

ὁ γὰρ ἦλθε θοὰς ἐπὶ νῆας Ἀχαιῶν (A 12)
(pues él se dirigió a las rápidas naves de los aqueos),

en lugar de οὗτος *(éste)*, y

τὸν δ' ἀπαμειβόμενος (A 84, etc.)
(y respondiéndole a él...),
ὡς ἡ ῥίμφα θέουσα (ν 88)
(así, la nave corriendo rápida...),

εἵνεκα τῆς ἀρετῆς ἐριδαίνομεν (β 206) 107
(lucharemos por la excelencia de ella),

aquí el τῆς está en lugar de ταῦτης y, además, ha de suplirse el artículo [169]. Esto es todo lo referente a tales casos.

29. Los nombres en nominativo y los pronombres que se usan en sustitución de ellos se contruyen del mismo modo en relación con el verbo, por ejemplo: «Trifón enseña» y «éste enseña». Los casos oblicuos, por su parte, adoptan la construcción en conformidad con los nominativos-sujetos, determinando el verbo que llevan interpuesto la función de cada uno [170], por ejemplo: «Trifón enseña a Teón, yo amo a éste, Teón ama».

30. También es cierta aquella razón que dábamos de que los nombres en cuyo lugar se usa el pronombre llevan artículo, por no significar éste magnitudes, cualidades u otras incidencias propias del nombre, lo mismo que dijimos referente a los pronombres [171]. Así pues, igual que οὗτος *(éste, ése)* puede usarse para la entidad que sea, también puede usarse el artículo con cualquier palabra que le sirva de soporte: el grande, el pequeño, el blanco, el dorado.

31. Siendo esto así, cuando el artículo se usa sin un nombre y adopta la construcción de un nombre, a la que acabamos de referirnos [172], se convierte obligatoriamente en un pronombre, dado que, aunque no acompañe a un nombre, funcionalmente es usado en lugar del mismo, y en consecuencia su construcción se convierte en pronominal. Sea un ejemplo como el siguiente: Χρύσης γὰρ ἦλθε 108

[169] O sea, τῆς ταύτης ἀρετῆς. Es la opinión de Aristarco, transmitida por los Escolios. El artículo funcionando como demostrativo.

[170] Según que el verbo sea, o no, transitivo.

[171] Cf. § 9. Es decir, que artículo y pronombre son determinados.

[172] En § 28. El artículo funcionando como demostrativo.

θοὰς ἐπὶ νῆας 'Αχαιῶν, y a continuación con artículo: ὁ γὰρ Χρύσης ἦλθεν θοὰς ἐπὶ νῆας 'Αχαιῶν [173]; es evidente que la elipsis del nombre hace que su función en la construcción pase a ser desempeñada por el artículo [174], de suerte que éste no podrá ser otra cosa que pronombre que hace las veces de cualquier nombre, puesto que también va acompañando a todo nombre, siempre que no lo impidan la cualidad o algún otro de los accidentes del nombre, como ya dijimos [175]. Más abajo se mostrará [176] cuándo las oraciones rechazan el uso de los nombres, reclamando los pronombres en lugar de aquéllos.

32. Es la construcción del tipo que acabamos de ver, con nombres previamente conocidos de los cuales el artículo representa la anáfora, la que permite su transformación pronominal. Ahora bien, cuando no es éste el caso, sino que el artículo se usa en anticipación de la persona futura, tiene lugar la conversión de dichos artículos en indefinidos [177], como en los ejemplos: ὁ περιπατῶν κινεῖται *(el paseante se mueve),* y lo mismo con artículo pospositivo [relativo]: ὃς ἂν παραγένηται ἀναγινωσκέτω *(el que llegue, que lea);* y con toda razón, pues pudiendo ir el artículo con cualquier nombre, podrá también referirse a todo lo contenido en el nombre [178], que es lo propio de la indefinición. Es lógico, por tanto, que se use el artículo, bien

[173] Es el ejemplo de § 28 con el sujeto, Crises, explícito: «el Crises se dirigió...», «él [Crises] se dirigió...».

[174] Teoría que se adapta bien al origen del artículo-pronombre del español a partir del demostrativo latino.

[175] En el § 30.

[176] En § 43.

[177] Cf. I 44.

[178] El texto griego es discutible, más que el sentido. La lección de Uhlig no me parece la correcta. Quizá ὀνόματι ἐγκαθεστηκός.

para personas determinadas, es decir, como pronombres [demostrativos], o bien para significar lo más indefinido, o sea, el τις *(alguno);* en efecto, la frase «el paseante se mueve», no dista mucho de «si alguien pasea, se mueve»; como tampoco «el que venga» de «si alguno viniera»; se- 109
gún esto, si se añadiese un nombre cualquiera a las frases anteriores, se devolvería al artículo a su clase [179] específica: ὁ Διονύσιος περιπατῶν κινεῖται, Τρύφων κοιμᾶται, ὅς μενεῖ με διαναστάς *(Trifón duerme, el cual me esperará una vez levantado).*

33. Y necesariamente habrían de ser llamados pronombres a la hora de asignarlos a una parte de la oración, igual que otras palabras que, transferidas de su propia función sintáctica a cumplir las específicas de otras, adoptan, por su parte, la denominación de estas últimas, como sucede con los adverbios de origen nominal πυκνά *(a menudo),* κάλλιστα *(muy bien),* ἥδιστα *(estupendo),* ἰδίᾳ *(en privado),* δημοσίᾳ *(en público),* τόνῳ *(intensamente),* κύκλῳ *(alrededor),* o cuando los participios entran como nombres en una frase, como «la amada», «el hado», en cuyos casos sólo hay que hacer notar el cambio [de función], pues, en cuanto a la atribución a una clase dada, no lo decide tanto la forma como lo significado por ella.

34. Y de igual modo el οὗτος derivado del ὅς, pero no en construcción articular sino pronominal [relativo] [180], se incorpora a los pronombres (pues no es una voz primitiva, como algunos creyeron). Lo que se deduce de sus concomitancias.

35. Todo masculino, primitivo o derivado, que acaba en -ος se hace femenino cambiando la terminación en η

[179] A la función que corresponde a su clase: la anáfora.

[180] Insisto en la consideración de artículo del relativo por los antiguos.

o en α larga, con la sola excepción del susodicho derivado,
110 pues tales derivados, para formar los distintos géneros, se remiten a la forma primitiva de base [181]: τηλίκος τηλικοῦτος - τηλίκη τηλικαύτη *(tan grande)*, y lo mismo en el neutro. Otro tanto puede decirse de τοσοῦτος *(tanto)* y τοιοῦτος *(tal)*. Lo que se deduce igualmente de οὗτος, ya que no hace el femenino en οὕτη sino en αὕτη, y como el neutro, o sea, el τό, comienza por τ, también τοῦτο comienza por τ.

36. Y la derivación alcanza, asimismo, a los casos, pues de τηλικαῦται no hacemos un genitivo τηλικαύτων, o de τοιαῦται τοιαύτων, como cabría deducir de cualquier genitivo; porque decimos αὐταί, αὐτῶν y también del no reforzado [182] τοῖαι τοίων, τηλίκαι τηλίκων. Y es evidente que de τηλίκαι sale τηλικαῦται, mientras que de τηλίκων sale τηλικούτων. Lo mismo sucede con αἵ - αὗται, y dado que pertenecen al tipo de derivación anterior, no tenemos un αὕτων como sucede con los oxítonos αὐταί αὐτῶν. Así, el τούτων, por su parte, sale del genitivo primitivo τῶν con la inserción de τ, que no se admite en el nominativo, pero sí en el genitivo; por tanto, las formas-base son αἵ y τῶν.

(37. A la anterior forma de derivación se añade una segunda mediante el -δε, más usual entre los poetas: τοῖος τοιόσδε, τόσος τοσόσδε, en las que se produce un cambio de flexión al tipo de -ουτος: τοιόνδε τοιοῦτον, τοσόνδε τοσοῦτον. Y también tenemos el ὅδε, que puede alternar
111 con οὗτος y que se ha formado a partir de la sintaxis del ὁ [183].)

[181] Y no a la del masculino.

[182] Esto es, τοῖος frente al reforzado τοιόσδε.

[183] El artículo más la partícula enclítica.

38. No se puede, entonces, estar de acuerdo con Habrón en que el οὗτος se deriva del artículo, en igual medida que del adverbio ὀψέ *(tarde)* sale el adjetivo ὀψινός *(tardío)*. En otros casos de derivación el hecho es indiferente, pero en el mencionado es imposible que la forma primitiva pueda dar lugar a una parte de la oración distinta, puesto que, como hemos mostrado [184], no sólo se exige pertenecer a la misma parte de la oración, sino también al mismo género, al mismo caso y al mismo número. Muy justamente, pues, decíamos que la derivación de οὗτος y ὅδε era el resultado de la construcción pronominal del artículo, y que era poético el uso de τηλίκος, τοῖος, y ordinario el de τηλικοῦτος, τοιοῦτος, del mismo modo que es poético el de ὅς en

ὅς γάρ ῥα μάλιστα
ἥνδανε κηρύκων (ρ 172)
(pues de los heraldos, era él el que más gustaba),

frente al uso ordinario, que sería sustituyéndolo por οὗτος γάρ.

39. Hay que añadir también que el nominativo carece de τ-, como ya mostramos al tratar del artículo [185]. Los dorios, por su parte, no es que la incluyan redundantemente en ταῦται y τοῦτοι, sino que con ello dan razón de la forma auténtica, como quedó indicado también respecto al artículo [186]. Asimismo, los casos oblicuos lo confirman al comenzar por τ-, lo mismo que el nominativo neutro y la aspiración de los nominativos. Pues ¿cuándo,

[184] En § 35.

[185] En I 80.

[186] En I 81.

112 si no, se aspira el diptongo ου, ya que en otros casos el espíritu áspero originario se convierte en suave: ὅλος οὖλος *(todo)*, ὅρος οὖρος *(límite)?* Y, al revés, se aspira el οὕνεκα porque viene de τούνεκα. Por tanto, no podría de otro modo aspirarse el οὗτοι, si no fuera defendible la supresión de la τ-.

*

40. Los pronombres se construyen en lugar de los nombres, y no, como algunos opinan, por desconocimiento de los nombres, pues ¿qué desconocimiento de los nombres podría haber en «yo para ti y tú para mí» (Δ 63)? Al contrario, es evidente que la causa es que los nombres no pueden estar en primera y segunda persona, como después mostraremos [187].

41. Alguien dirá: «¿Es que no decimos también 'tú' y 'a ti' cuando desconocemos los nombres?» A lo que se puede responder que esto es una consecuencia accidental [188], ya que también cuando los nombres nos son conocidos se exige la construcción pronominal, y no por eso el pronombre sustituye en menor medida al nombre. En efecto, el nombre propio es percibido en potencia mediante el pronombre, y cuando digo nombre no me refiero a la expresión, sino a lo indicado por ésta, es decir, la cualidad propia del sujeto.

(42. Por este motivo, los pronombres [de primera y segunda persona] para nada sirven despojados de la persona que señala y de la que es señalada [189]; por eso, cuando están escritos, los pronombres personales son totalmente indefinidos, puesto que se encuentran desligados de su propio soporte material [190]. De ahí que me parezca a mí muy razonable que, si en los encabezamientos de las cartas no 113
se pusieran los nombres, no se daría sentido a las mismas [191], porque, al estar los pronombres escritos en virtud de las acciones acaecidas tanto a la persona que hace la declaración sobre sí misma, como a la persona que va dirigido el mensaje, se hace del todo necesario anteponer los nombres para que los pronombres puedan cumplir su función deíctica en relación con ellos. Así, en «yo te escribí ya hace tiempo...», mediante el «yo» se designa al nominativo del encabezamiento, y mediante el «te» al dativo correspondiente. Es, por tanto, obvio que, suprimidos los nombres propios, la referencia pronominal resultaría indefinida.)

43. La causa de que los nombres no puedan usarse en primera y segunda persona es que la denominación no puede hacerse en primera ni en segunda persona [192]; porque el hecho de dirigirse a los presentes no puede supeditarse al conocimiento de su nombre [193], para lo cual es específica la segunda persona; ni tampoco nos llamamos a nosotros mismos, que es, a su vez, la función de la primera persona. En consecuencia, es forzoso que todo nombre, en el caso que sea, se retire hacia las terceras personas, excepto el vocativo, pues él únicamente puede transferir la denominación desde la tercera a la segunda perso-

---

[187] En § 43.

[188] De la función demostrativa del pronombre.

[189] Es decir, fuera de la situación en que el enunciado tiene lugar.

[190] Esto es, carecen de sustancia significativa, cf. III 130.

[191] Las cartas griegas comenzaban: «N... para N..., salud:».

[192] Cf. I 19.

[193] Más claramente: «Porque para dirigirse a una persona presente no es preciso conocer su nombre, pues ésa es la función del pronombre de segunda persona.» El pasaje es una cruz para editores y traductores, que no siempre lo han entendido bien.

na mediante la designación directa efectuada por él de la persona que recibe el nombre.

114 **44.** También resulta evidente que, cuando nosotros mismos nos dirijamos a alguien, debemos distinguir las personas; y está claro que no sería posible servirse de nombres, dado que éstos pertenecen a la tercera persona, mientras que el diálogo exige una segunda persona en correspondencia con la primera. Por eso se introdujeron los pronombres: para suplir lo que el nombre no podía realizar, por ejemplo, cuando decimos «yo te escribí». Ya hemos anticipado [194] la causa por la cual un solo pronombre es susceptible de ser usado en lugar de todos los nombres.

45. ¿Se ha de entender por ello que los pronombres de tercera persona no sirven para nada, puesto que para ello pueden usarse los nombres? «Si cupiera el empleo de los nombres en primera y segunda persona, quizá no habrían tenido que inventarse los pronombres.» Contra esto puede aducirse lo siguiente: una vez instituidos los pronombres para sustituir al nombre, poseyeron al mismo tiempo el poder deíctico como algo concomitante, pues las personas designadas por ellos estaban a la vista y por eso a esta parte de la oración le correspondió, a ella en especial, la deixis, que se amplió, para formar una serie correlativa, de la primera y segunda personas hasta la tercera. Por tanto, los pronombres se instituyeron no porque los nombres no pudieran usarse en las tres personas, sino porque carecen de poder deíctico, que es justamente lo característico
115 de los pronombres. Por eso, en «ése es el gigante Áyax» (Γ 229), pueden aparecer juntos y con estricta necesidad, pues si se emplea el deíctico es porque Áyax está a la vista,

[194] En· § 24.

y si el nombre de Áyax, es porque se preguntó por su identidad propia.

46. Si esto es así, es evidente que «Apolonio escribo», y cosas por el estilo, son a todas luces incoherentes, y no por otro motivo que por la incoherencia de personas, puesto que el nombre es de tercera persona y el verbo de primera; lo coherente, pues, es que los dos sean terceras personas: «Apolonio escribe».

47. Ahora bien, lo anterior no es siempre válido, ya que los verbos que significan existencia o atribución de una cualidad propia permiten esa aparente incoherencia: «Soy Odiseo», «Me llamo Trifón», y ejemplos similares a éstos. Pero, al revés, no es posible que la denominación propia sea desempeñada por una palabra común aplicable a la generalidad de los sujetos; por ejemplo, si dijéramos «me llamo yo». (Es claro que «soy yo» puede decirse, pues significa existencia, no denominación de la cualidad propia, sino de la común, a la que es aplicable el «yo».) Lo mismo se puede decir de las demás personas. Está claro, por tanto, que verbos que no pueden eludir el ser completados con un nombre propio, los arrastran de la tercera a la primera persona, por ejemplo, «me llamo Trifón», pero no sucede lo mismo en «Trifón soy maltratado», pues el ser 116
maltratado, no es propio de Trifón de igual manera que lo es su nombre, de ahí que se emplee el pronombre, que vale para todo nombre.

48. A continuación vamos a tratar de la construcción de los pronombres con el verbo. Los casos oblicuos de los pronombres dependen enteramente del verbo, y según dicha construcción se entiende la función inherente a la persona del pronombre; pero no al revés, pues no todos los verbos exigen casos oblicuos de nombres o pronombres, puesto que los verbos, unos son completos en sí mismos

y otros incompletos [195]; así, «pasea», «es rico», «vive», o similares, no requieren caso oblicuo; de ellos haremos un detallado análisis cuando lleguemos a la sintaxis verbal propiamente [196].

49. No se me oculta que la gran mayoría sostiene que la construcción verbal queda más completa si se le añaden los pronombres: «yo escribí», «yo hablé», y lo mismo de ejemplos semejantes. Como prueba de lo anterior aducen que frases como la siguiente no puedan constituirse si no llevan los pronombres: «yo estuve presente, tú no». «La oración, dicen, quedaría inconstructa.» Yo, por mi parte, no admito que tal aserto sea del todo verdadero, y no me baso para ello en ejemplos poéticos, puesto que la sintaxis poética gusta de elipsis y pleonasmos, sino en la dicción ordinaria, cualquiera que sea, o en la más fina composi-
117 ción en prosa, y, ante todo, en el poder de la razón [197], la que es preciso aplicar en todo tipo de construcción por evidente que sea.

50. A ciertas partes de la oración les es inherente el significado de otras, así, a Áyax, «uno» [198]; a Crónida», el genitivo singular de la forma de base más «hijo» en nominativo singular [199]; a Λεσβόθεν *(de Lesbos)* la preposición ἐξ *(de)* más el significado nominal; a Αἴαντε (dual: *los dos Áyax)* el «dos»; a ταχύτερος (comparativo: *más rápido)* el «más»; los ejemplos de esta índole que pueden ofrecerse son innumerables. Y nadie podrá decir que en «Crónida» hay elipsis de «hijo de...», pues si se le añadie-

[195] Es decir, incompletos o transitivos, completos o intransitivos, según que requieran complementación o no.

[196] En III 155 ss.

[197] Prisciano, eran otros tiempos, tradujo: «ex vi ipsius orationis».

[198] En Homero había dos héroes de este nombre.

[199] «Crónida» significa «hijo de Cronos».

se se produciría una denominación redundante. Nos oponemos a que se diga ἐξ οἴκοθεν [200], aunque se lo perdonemos a los poetas, entre los cuales las preposiciones unas veces faltan y otras sobran, por ejemplo:

> ἀλλ' ὑμεῖς ἔρχεσθε καὶ ἀγγελίην ἀπόφασθε (I 649)
> *(pero vosotros id y comunicad el mensaje),*

donde hay elipsis de ἀπό (ἀπέρχεσθε *marchad),* y en

> ἐξ οὐρανόθεν προΐαλλε (Θ 365)
> *(me enviaba desde el cielo),*

donde el ἐξ *(de, desde)* es pleonástico. Ahora bien, en Αἴας, aunque esté en singular, no hay elipsis de «uno».

51. También en los verbos hay numerosos casos de tales significados implícitos; en indicativo la propia idea de declaración, y la de ella derivada de afirmación, por lo cual a las preguntas respondemos con «sí» o «no», o el verbo en indicativo, en cuanto que la afirmación está implícita en el indicativo: «¿estás escribiendo?», pregunto, 118
y la respuesta es «sí» o «no», o «estoy escribiendo»; de ahí también que la negación «no», al responder lo contrario, niega sólo lo declarativo: «no estoy escribiendo». Pero tendremos ocasión de volver más adelante [201] sobre estos temas. A «estoy escribiendo» le es implícito, además, el número singular, y, sin embargo, no requiere el «uno». Está claro, asimismo, que lleva implícito el nominativo del pronombre de primera persona. Y si ninguno de los anteriores significados implícitos ha de suplirse, tampoco precisa el «estoy escribiendo» que se supla el pronombre «yo».

[200] Pues οἴκοθεν ya significa «de casa». Algo similar presenta «conmigo» en español.

[201] En III 88.

52. ¿Es que no se puede decir «yo estoy escribiendo» y no cometer con ello ninguna incorrección? Yo mismo advertí más arriba [202] que no siempre era posible, pues considérese que en los ejemplos que venimos viendo, cuando el sentido lo exige, se explicitan todas esas partes de la oración que están implícitas:

> ῥηΐτεροι γὰρ μᾶλλον Ἀχαιοῖσιν (Ω 243)
> *(pues todavía más fáciles para los aqueos...)* [203],

pues habiendo que hacer una intensificación doble, y una se podría hacer con el comparativo ῥηΐτεροι *(más fáciles)*, para la otra habría que recurrir necesariamente al μᾶλλον *(más)*. También decimos: «sí, estoy escribiendo», queriendo hacer la respuesta más firme mediante el empleo simultáneo de la doble afirmación. E, igualmente, decimos que «un único hombre paseaba», en oposición a una posible pluralidad y a la negación total, es decir, «ninguno pasea», «a ninguno encontré». Del mismo modo, cuando se trata de una expresión pura y simple diremos «soy filólogo», «eres filólogo»; ahora bien, si quisiéramos mostrar claramente un contraste frente a alguien, incluiremos el pronombre, cuya función propia es la oposición entre las dis-
119 tintas personas, pues es sabido que no sólo sirve para distinguir la persona, pues en esto también participa el verbo. Por lo mismo, los infinitivos precisan ineludiblemente de la construcción con aquéllos [204], puesto que carecen por naturaleza de personas.

53. Sin embargo, dice Habrón que una frase como «yo por mi parte estuve presente» no tendría sentido si se le

[202] § 49.

[203] Es el ejemplo de I 98.

[204] Puede entenderse «con los pronombres» (en las oraciones de infinitivo no concertadas) o «con los verbos finitos» (en las concertadas)

suprimiera el pronombre, sin pararse a pensar que la partícula μέν *(por mi parte)*, al anticipar el añadido de una segunda oración, reclama la presencia del pronombre para que tenga lugar el necesario contraste con la otra persona que está expresada en la oración subsiguiente. Por eso, acentuamos con acento tónico [205]:

> ἡ δ' ἐμὲ χειρὸς ἑλοῦσα (μ 33)
> *(pero ella cogiéndome la mano)*,

en razón del contraste con la persona de los compañeros [de Ulises].

54. En resumen: el nominativo de los pronombres personales indica por sí mismo que su empleo es sólo en función contrastiva, pues no podrían eludir la énclisis si se empleasen superfluamente, es decir, si su función estuviese cumplida por la desinencia verbal; por el contrario, se mantienen en la frase a causa de su carácter específico [206].

55. Así pues, ningún pronombre personal en nominativo puede admitir la énclisis, y esto no solamente lo demuestra el uso, sino que también lo atestigua, además del uso, su forma, dado que los pronombres que comienzan por ε- cuando van enclíticos pierden dicha ε- inicial, lo que no sucede con ἐγώ *(yo)* por no admitir la cons- 120
trucción enclítica. Por eso son ortotónicos estos pronombres entre los eolios, por la permanencia de la ε- aun cuando aquéllos no acentúan la sílaba final [207]. Cómo, pues, no van a merecer la risa los que sostienen que el ἐγώ puede ser enclítico cuando es justamente su función específica lo

[205] La forma acentuada o enfática del pronombre personal.

[206] La función contrastiva.

[207] El acento grave sólo puede ir en la última; como los eolios por la baritonesis característica no acentúan la última, el acento de ἐγώ ha de ser tónico: ἔγω.

que preserva su acentuación aguda, puesto que la ε- añadida es lo que hace que las formas enclíticas del pronombre pasen a acentuarse con agudo, las cuales no podrían ser enclíticas de otro modo que suprimiéndoles la ε- que es propia de la forma tónica solamente. En consecuencia, pienso yo que el pronombre τύ *(tú)* en dorio puede ir enclítico sólo porque la propia anormalidad de ir enclítica la forma de nominativo lo excluye del nominativo y lo convierte en su afín el acusativo [208], con el cual coexiste y coincide en los duales, en algunos plurales y en todos los neutros.

56. Ahora bien, es del todo necesario que las terceras personas verbales lleven al lado, bien los pronombres mismos, o bien aquello que sustituyen, es decir, los nombres; y no para que se vea el caso, puesto que el nominativo-sujeto está implícito [en la desinencia verbal], ni tampoco por la persona, pues se entiende que es la tercera, sino justamente por causa de su indefinición. En efecto, siendo infinitas las terceras personas han de contentarse con una
121 sola forma verbal; y es evidente que si una forma única es aplicable a una infinidad de seres, ello implica una persona indefinida, al tener que dirigirse la mente a toda la diversidad de los mismos. Por tanto, como los pronombres designan personas determinadas, necesariamente han de acompañar a los verbos, para que, gracias a su compañía, pueda eludirse la indefinición de la noción expresada por el verbo; por ejemplo, «escribe» puede ser «éste», «ése», «aquél», «él».

*

[208] Más claro: el hecho de que τύ pueda ser enclítico implica que no es nominativo o, de otro modo, la énclisis excluye al nominativo. Apolonio Díscolo parece referirse a usos como Teócrito, 3, 19: ὥς τυ φιλάσω.

57. Hemos explicado que los pronombres personales en nominativo tienen que ser necesariamente ortotónicos. A continuación, vamos a pasar al resto de los casos a los que es inherente la forma doble del acento [209] en virtud de la sintaxis que subyaga a la oración [210], a no ser que el carácter propio de la forma excluya la posibilidad de ser acentuada de las dos maneras.

58. El uso más común en que aparecen las formas tónicas tiene lugar cuando se trata de hacer énfasis de una persona frente a otra; así se dice:

> παῖδα δ' ἐμοὶ λύσαιτε (A 20)
> *(soltadme a mi hija),*

por el contraste con

> ὑμῖν μὲν θεοὶ δοῖεν (A 18)
> *(que los dioses os concedan a vosotros).*

Resulta evidente que el «que los dioses os concedan a vosotros», mediante la acentuación del ὑμῖν *(a vosotros),* anticipa el contraste con la persona que va a venir a continuación. Este uso a que nos estamos refiriendo suelen subdividirlo, a su vez, en otros muchos, pero todos, al fin de cuentas, vienen a reducirse al anterior.

59. Todo pronombre, dicen, cuando está conectado con una copulativa a otra palabra, es tónico: «nos habló a Dionisio y a mí», «nos estima a Dionisio y a mí»; sin embargo, si el pronombre queda fuera de la cópula no podrá ser tónico de ninguna manera: «te hizo el favor 122
y también a Dionisio», «te honró y también a Dionisio».

[209] Ortotónico y enclítico.
[210] Absoluta o contrastiva.

Dicen también que en los siguientes ejemplos la conectiva no afecta al pronombre [211]:

> καί μ' ἐφίλησε (I 481)
> *(y me amó),*
>
> καί μοι ὑποστήτω (I 160)
> *(y que se me someta).*

Es evidente que si uno no buscase las causas de estos hechos, parecería que sólo se conforma con el texto transmitido y daría motivos a los que gustan de trastornar los textos, puesto que no los detiene ninguna teoría que pueda mostrarles la justa coherencia y su transgresión.

60. Según las razones anteriores, las llamadas conjunciones copulativas toman en común un nombre o un verbo [212], por tanto no precisan de signo de pausa de lectura [213], dado que tanto la oración añadida como la que sirve de base están íntimamente unidas. Valgan como ejemplos, del lenguaje común: «Dionisio pasea y también Apolonio», que tiene en común «pasea»; y del poético: «De los beocios eran jefes Peneleo y Leito, Arcesilao y Protoenor y Clonio» (B 494 s.), que a su vez, tiene en común el «eran jefes». Con esto no quiero decir que en tales casos
123 haya indistinción total entre los miembros [214], sino que los tomados en común se encuentran de este modo conectados, es decir que es lo que expresan «y» y sus equivalentes.

[211] Es decir, va con el verbo, sin oponer el pronombre a otro, de ahí que sean enclíticos.

[212] Es decir, que requieren, a la inversa, que se supla un verbo o un nombre: «Juan [lee] y Pedro lee[n]», «Juan lee y [Juan] escribe».

[213] No pueden separarse por comas, al contrario de las subordinadas.

[214] Las copulativas permiten la gradación de miembros como el ejemplo homérico permite suponer.

61. Más adelante mostraremos que δέ [215] y sus equivalentes impiden que se tomen dos términos en común, provocando una diversificación de los casos de las palabras y aun de los verbos. Por tanto, al resultar las oraciones independientes una de otra, se hace necesaria la interpunción, como, por ej.: Διονύσιος μὲν ἔγραψεν, Τρύφων δὲ ἀνέγνω *(Dionisio escribió, y [pero] Trifón leyó),* a no ser que algo tomado conjuntamente se distribuya: φιλολογήσωμεν σήμερον σὺ μὲν κατὰ σχολὴν ἐγὼ δὲ ἐν οἴκῳ *(estudiemos hoy, tú en la escuela y [pero] yo en casa).*

> ἀλλ' ἤτοι μὲν ταῦτα ἐπιείξομεν ἀλλήλοισιν
> σοὶ μὲν ἐγὼ σὺ δ' ἐμοί (Δ 62 s.)
> *(cedamos uno a otro en estas cosas, yo a ti y tú a mí).*

Este uso, por ser muy genuino, lo explicaremos en el apartado correspondiente [216]. Volvamos ahora a lo que estábamos tratando.

62. Si un nombre está copulado con otro, no podrá ser el nombre el que esté tomado en común, sino el verbo; y, al revés, si es el verbo el que está copulado con otro, nunca podrá ser el verbo el tomado en común, sino el nombre acompañante. Sean los ejemplos: «Trifón y Apolonio conversan.» No puede ser «Trifón» el tomado en común, sino «conversa»; y al revés, «Trifón conversó y leyó», en cuyo caso es «Trifón» el tomado en común. La misma 124
construcción realizará el «y» tratándose de pronombres.

63. Ahora bien, si el primer miembro no está copulado, entonces es indiferente cuál de los otros va a ser tomado en común: «Trifón pasea y también Apolonio», «Trifón pasea y conversa», pudiendo tomarse en común uno

[215] Conectiva-contrastiva en correlación con μέν.

[216] Quizá en la sintaxis de la conjunciones, la parte perdida del Libro IV.

u otro. Si a dicha frase le añadimos la conjunción al comienzo, su forma tendrá que establecerse de acuerdo con el miembro copulado: «Trifón y Apolonio pasean», «Trifón pasea y conversa», pues no sería correcta en la forma siguiente: «Trifón pasea y Apolonio».

64. Estamos de acuerdo, entonces, en que un nombre copulado exige necesariamente otro nombre, y además en el mismo caso, como salta a la vista del ejemplo:

> εἰπὲ καὶ ἡμῖν (α 10)
> *(cuéntanos también a nosotros),*

pues se sobreentiende «y a los otros». O, como Aristarco, se puede rechazar la conjunción como no pertinente para que no haya que sobreentender, a causa de ella, a otras personas en el mismo caso.

65. En consecuencia, pues, los pronombres personales, si están copulados, son tónicos en virtud del elemento
125 nominal que llevan conectado. Por tanto, en [217]:

> καί μοι ὑποστήτω (I 160),
> καί μ' ἐφίλησεν (I 481),

la copulativa no afecta al pronombre, sino al verbo; y además hay hipérbaton en las frases. Pues téngase en cuenta que, en estos ejemplos, la copulativa no introduce otra persona en el mismo caso para ser conectada con los pronombres. De ahí que, al no presentar los pronombres ningún contraste de personas, pierdan su acento propio por no estar afectados por la conjunción.

66. Lo mismo habría que decir cuando se tratase de disyuntivas, sean pronombres o, en general, cualquier palabra susceptible de entrar en construcción nominal. Digo

[217] Son los mismos ejemplos del § 59.

esto, porque una conjunción como ὅτι *(que, porque)* sólo puede entrar en relación con verbos, de ahí que tampoco tenga que provocar necesariamente la ortotónesis de los pronombres si la propia oración no lo exigiese. Así pues, es posible decir: ὅτι σε ἐτίμησα ὑβρίσθην *(porque te alabé fui injuriado),* ya que, en general, la conjunción nada tiene que ver con el pronombre. Ahora bien, si lo decimos acentuado tónico: ὅτι σὲ ἐτίμησα *(porque te alabé a ti),* es evidente que no es por la conjunción, sino por el contraste que se sigue de ello.

67. La conjunción ἕνεκα [218], por su parte, que rige siempre un genitivo, provoca la acentuación tónica del pronombre cuando va conectada a formas del mismo en genitivo:

> εἵνεκ' ἐμεῖο κυνός (Z 356)
> *(por culpa mía, perra de mí).*

Pues ¿qué griego se atreverá a pronunciar enclítico el
ἕνεκ' ἐμοῦ [219]? Es sabido que los pronombres son orto- 126
tónicos, sólo porque, copulados contrastivamente con un elemento nominal, forman parte fundamental de la oración.

68. Afirma Habrón que el pronombre va enclítico indebidamente en

> ἤ μ' ἀνάειρε ἢ ἐγὼ σέ (ψ 724)
> *(levántame tú a mí o yo a ti),*

puesto que va conectado por una disyuntiva; como tampoco se podría decir contra él que la frase correcta sea ἤ ἀνάειρόν με, igual que καί μ' ἐφίλησεν [220], en lugar de

[218] En época clásica ya preposición: «a causa de».
[219] Y decir: *ἕνεκα μου.
[220] En § 65.

καὶ ἐφίλησέν με. Él mismo lo habría aceptado, si no hubiera pasado por alto la explicación que acabamos de dar, esto es, que el pronombre está realmente en una disyuntiva clara, en contraste con la oración que se le opone, ya que sigue un «o yo a ti». Es evidente, en efecto, que si la disyuntiva se refiriese al verbo, no seguiría un acusativo, sino un verbo, como ya expusimos al tratar de la copulativa [221]. Por otro lado, los que no admiten esta lección les choca que el pronombre sea monosilábico, pronombre que hemos de admitir necesariamente como bisilábico [222], aceptando que se ha producido una elisión del tipo de la crasis igual que en

> τὠμῷ κεχαρισμένε θυμῷ (δ 71)
> *(¡oh tú, grato a mi corazón!),*
> τῇμῇ κλισίῃ (I 654)
> *(ante mi tienda).*

Es claro, por tanto, que no deberá transponer su acento a la conjunción ἤ, sino que lo conservará sobre sí:

> ἢ ἔμ' ἀνάειρ' ἢ ἐγὼ σέ,

igual que cuando es electiva [223]:

> ἢ ἐμοί, ὅς πέρ οἱ θαλερὸς πόσις εὔχομαι εἶναι (Θ 190)
> *(...que a mí, que me jacto de ser un joven esposo para ella...),*

[221] En § 62.
[222] En su forma completa por ser contrastivo, es decir, ἢ ἐμέ ἀνάειρε.
[223] Es la conjunción ἤ que introduce el segundo miembro de la comparación (= lat. *quam*).

en contraste con

> ὑμῖν πὰρ προτέροισι μελίφρονα πυρὸν ἔθηκεν (Θ 188)
> *(os echaba a vosotros el delicioso trigo antes...).*

Sin embargo, la frase correcta, en 127

> καί τοι ἐγὼ συνέριθος (ζ 32),

es una vez más: κἀγώ σοι συνέριθος ἔσομαι *(y yo seré tu compañera),* claro está, con las que la acompañaban a los lavaderos. Es patente que, en todos los ejemplos de este tipo, nuestra teoría permitirá restablecer la sintaxis correcta.

69. También las preposiciones apuestas a los pronombres se realizan de la misma manera [224]: παρ' ἐμοί, διὰ σοῦ, ἀφικνεῖται παρὰ σέ. Por eso, en el ejemplo de Teócrito:

> σὺν καὶ τρίτος ἁμὶν 'Αμύντας (VII 2)
> *(y con nosotros, el tercero, iba Amintas).*

Con toda razón juzgaron algunos que fuese tónico. Estando la construcción clara por demás, me parece superfluo aducir más ejemplos. Pero lo que sí resulta forzoso es investigar si esto sucede según algún principio analógico real. La construcción en sí misma no requiere explicación, por ser de sobra clara, pero las causas no son fácilmente perceptibles en todos sus aspectos.

70. Los casos oblicuos de los pronombres que están construidos con verbos y que hacen referencia a dos personas, la del agente y la del objeto, mediante la acentuación ortotónica vienen a hacer referencia, además, a una terce-

[224] Provocan la ortotónesis.

ra persona, puesto que hay diferencia en decir τύπτω σε *([yo] te pego)* y σὲ τύπτω *([yo] te pego a ti [y no a otro])*. Así, mediante el acento se distinguen las dos construccio-
128 nes, puesto que la absoluta, al exigir el pronombre pospuesto, transpone con ello el acento, es decir, los convierte en enclíticos, mientras que en la otra, cuando el pronombre está en contraste con algo, tal pronombre va al principio y en su forma plena y la grafía pertinente. Lo que se hace evidente con los ejemplos: δός μοι *(dame)* y ἐμοὶ δός *(dame a mí)*.

71. Por otro lado, también es cierto aquel principio de que las preposiciones pueden entrar en composición con nominativos y verbos [225], pero con los casos oblicuos van apuestas [226]. Con los pronombres es algo evidente; pero los nombres parecen contradecir lo anterior, pues decimos Hipérbolo, Epicuro. Si se analiza con detenimiento, se hallará que no hay caso oblicuo en tales formas de composición, sino que se trata de la flexión de un nominativo compuesto [227]. Los casos oblicuos, en efecto, se construyen con la preposición que les es propia, con lo cual queda claro si se trata de un giro preposicional o no, como en κατὰ Κτησιφῶντος *(contra Ctesifonte)*, πρὸ Ἀριστάρχου *(en defensa de Aristarco)* [228]. Por qué es esto así, se dirá cuando se trate de la sintaxis preposicional [229].

[225] Cf. IV 12 y 32.

[226] Cf. IV 18.

[227] Cf. IV 19.

[228] En estos ejemplos se ve que se trata de un sintagma preposicional, mientras que en «Hipérbolo» o «Epicuro», si se flexionan, resulta que la preposición sigue invariable con casos que de ningún modo podría regir. Luego no son sintagmas.

[229] En IV 12.

72. Los giros de preposición y pronombre en caso oblicuo necesariamente arrastran a éstos a su posición inicial [230], pues al ir ellas antepuestas hacen que los pronombres con los que están construidas vayan también antepuestos al verbo; de este modo, al quedar los verbos pospuestos a los pronombres es del todo obligada la ortotónesis de los pronombres, puesto que ya hemos mostrado que es imposible imaginar un pronombre enclítico anterior al verbo del cual depende. Así, decimos: ἐγραψά σοι λαλῆσαι Ἀπολλωνίῳ
(te escribí que hablaras a Apolonio), por no estar el pro- 129
nombre regido por el λαλῆσαι, sino por ἔγραψα, sobre el cual ha apoyado su acento.

73. En consecuencia, la construcción de los pronombres ortotónicos detrás del verbo me parece una inversión del orden, por ejemplo, si uno dice ἐλάλησας ἐμοί, siendo lo correcto ἐμοὶ ἐλάλησας *(me hablaste a mí)*, como sucede en

> σοὶ μὲν δὴ Μενέλαε κατηφείη καὶ ὄνειδος
> ἔσσεται ἤματα πάντα (P 556 y Π 499)
> *(para ti, Menelao, serán la vergüenza y el deshonor para siempre)*,

pues si el pronombre personal en su empleo absoluto no puede ocupar la posición del ortotónico, o en otras palabras, si el pronombre enclítico jamás puede ir antepuesto, tampoco podrá necesariamente ir el ortotónico detrás del verbo, dado que los pospuestos [enclíticos], al pasar al comienzo, abandonan su forma peculiar y adoptan el acento ortotónico:

> ἔγνω δὲ ψυχή με ποδώκεος Αἰακίδαο (λ 471)
> *(el alma del Eácida [Aquiles] de pies ligeros reconocióme)*,

[230] Anterior al verbo (hablando en general).

y en la otra forma:

> ἐμὲ δ' ἔγνω καὶ προσέειπε (λ 91)
> *(me reconoció y me dijo...).*

Aquí, en efecto, la ortotónesis no es por causa del significado, sino por la inversión del orden.

74. La forma es una razón que contribuye a ello, pues a fin de que la construcción resulte fácilmente reconocible, el pronombre de primera persona en uso absoluto y pospuesto pierde la ε- y, tratándose de los monosilábicos, al
130 no correr la misma suerte, o sea, la pérdida de una sílaba, suprimen el acento y así devienen enclíticos.

(75. Podría pensarse que los plurales se oponen a la norma anterior, en cuanto que, yendo enclíticos, no pierden la cantidad [larga] de la sílaba inicial: ἤκουσεν ἡμῶν Διονύσιος [*Dionisio nos escuchó*]. Ahora bien, decíamos al principio que a veces una forma peculiar hace sentir como defectuosas normas del uso más general, como es el caso de los adjetivos, que, pudiendo presentar los tres géneros, su peculiaridad formal les impide la triple desinencia del género. Pues bien: en primer lugar, la vocal aspirada no tolera ser suprimida, y estamos viendo que los plurales comienzan necesariamente por aspirada; y si se redujera la cantidad de la η-, necesariamente también, la vocal inicial resultaría suave [no aspirada], pues los pronombres que empiezan por breve siempre es suave, de ahí que en eolio se abrevie la α- de ἄμμων [231]. Y, en consecuencia con esto, la ε- del aumento verbal y de los pronombres unas veces se mantiene y otras se suprime: ἑώρων, ἔηκα, ἔειπα, pero también ἔβη βῆ, ἔφη φῆ, y en los pronombres ἑοῖ, ἑοῦ, por eso también los pronombres que

[231] «De nosotros», ático ἡμῶν.

empiezan por ε- la eliminan por necesidad. En las formas de plural, la énclisis basta sólo con el cambio de acento: ἤκουσ' ἥμων [*nos escuchó*], en su empleo absoluto, claro está, cambiando la intensidad tonal a la sílaba inicial, pues retraerlo a la palabra anterior es imposible, puesto que la retracción del acento sólo es posible hasta las tres moras [232]. Ésta es la razón por la cual de entre todos los pronombres sólo el καὶ σφέας [*y a ellos,* Δ 284] puede trasponer el 131
acento, pero no, por ejemplo, ἡμᾶς. En el tratado *Sobre el acento,* lo exponemos con más detalle.)

76. Todavía hemos de discutir cómo a las formas ortotónicas que van al comienzo les está permitido trasponerse de su lugar propio, dado que, al ser indefectibles tanto en la acentuación como en la grafía pertinente, no existe impedimento para la trasposición. Por el contrario, las enclíticas, al precisar apoyarse en alguna palabra precedente a la que además ceden su acento, no tienen posibilidad de tal trasposición, ya que ello las privaría de sus características peculiares, pues si fueran al principio no tendrían a qué trasponer su acento enclítico. Por tanto, sólo pueden entenderse como enclíticos σφίν, σφέ, μίν y τοί escrito con la τ-, la forma doria τύ como acusativo y los duales de la tercera persona, pues jamás anteceden al verbo.

77. Resulta, entonces, de una simpleza total pensar que las razones expuestas pueden ser rebatidas, porque alguien presente ejemplos contrarios en que aparezcan formas enclíticas precediendo al verbo y ortotónicas dependientes de preposiciones detrás del verbo; si uno dijera σήμερον ἐλάλησα κατὰ σοῦ *(hoy hablé contra ti),* σήμερόν σε ἐθεασάμην *(hoy te vi),*

[232] Las enclíticas no podían tener más de tres moras. (Mora = medida de la cantidad silábica; una larga = dos moras.)

καί τυ φίλιππον ἔθηκεν
(y te hizo un aficionado a los caballos) [autor desconocido].

Habíamos expuesto la sintaxis correcta con vistas a que aquellos casos que se escapan a la misma transgrediéndola
132 y que están en el uso diario hallen la razón pertinente [233], y que nadie piense que son exclusivos de los poetas. Así pues, el orden correcto exige σήμερον ἐθεασάμην σε, con el adverbio seguido del verbo y el pronombre en la posición obligada a la énclisis. Y en el caso del pronombre ortotónico, κατὰ σοῦ ἐλάλησα, e, igualmente, en καί τυ φίλιππον ἔθηκε, καὶ ἔθηκέν σε. Sería algo así como si uno supusiese que, en las condicionales y causales, no está determinada la prioridad, porque digamos: «hay luz si es de día», pues se trata sólo de la composición externa de la frase si el «si es de día» va pospuesto, y no de la secuencia lógica, porque lo primero que concibe la mente es «si es de día» y, a continuación, concibe «hay luz», y tanto si el «si» condicional va en primer lugar como si, alguna vez, está pospuesto, no por eso deja de formar la prótasis lo mismo que tratándose de conjunciones formadas de él.

78. Son tónicos también los pronombres cuando significan la contrariedad ante una situación que previamente había sido favorable: «se atrevió a hacerme esto a mí», «ha tenido el valor de ofenderme a mí». Está claro que esto es conforme con la explicación anterior, pues lo que queremos decir es lo siguiente: «debería haber ofendido a otro, no a mí, que merezco su respeto». Y lo mismo puede decirse de su uso ante una situación de injusticia
133 previa: «debería ser azotado él ante mis propios ojos», es decir, no ante ningún otro, sino ante mí, que fui el ofendido anteriormente.

[233] Que sea posible reducirlos a la norma analógica.

79. Son ortotónicas, dicen, también las formas que aparecen alargadas, a saber, ἐμεῖο [234] y similares, y con toda razón: primero, por la fuerza contrastiva que les es inherente:

εἵνεκ' ἐμεῖο κυνὸς καὶ Ἀλεξάνδρου ἕνεκ' ἀρχῆς (Z 356)
(por mi culpa, perra de mí, y por el poder de Alejandro [Paris]),

y con esto no quiero decir que, si no está expresa la ι, no sea posible la ortotónesis, pues considérese el siguiente ejemplo sin la ι:

σέο δ' εἵνεκ' ἀϋτή τε πόλεμός τε (Z 328)
(por culpa tuya son la guerra y el combate),

es obvio que aquí se debe tanto a su significado como a la conjunción ἕνεκα, según ya mostramos [235]. En segundo lugar, no se podría percibir si una forma es alargada o sincopada, si la propia voz no se presentase previamente en su forma plena, para que ninguna de las dos afecciones, es decir, el defecto o el exceso, anulase a la otra. Es superfluo poner ejemplos, pues el asunto es de sobra evidente. Por tanto, no podrá haber añadidos de letras en los pronombres, si antes no está en su forma plena. Y la forma plena sólo puede ser la ortotónica. Es lógico, entonces, que la forma resultante de la afección recuerde aquella de la que procede, y como las formas plenas eran las que tenían la ε- expresa, de este modo las formas con añadido sólo pueden ser ortotónicas [236]. En tercer lugar, la dura-

[234] Por ἐμοῦ (de mí), σεῖο por σοῦ (de ti), etc.

[235] § 67.

[236] El razonamiento es silogístico: las formas con añadido tienen que ser sobre la forma base; ésta es la forma ortotónica; luego, las formas con añadido son ortotónicas.

ción de las enclíticas no puede ser superior a tres tiem-
134 pos [237]: ¿cómo, entonces, iba a ser enclítico ἐμεῖο? Ni tampoco σεῖο aunque sea de tres tiempos, pues si las enclíticas tienen tendencia a ser inferiores en moras [a las formas tónicas], ¿cómo pronombres que presentan exceso cuantitativo no van a oponerse a la énclisis?

80. Más aún, el añadido de la ε- que tiene lugar en formas como ἑέ-ἑοῖ *(a él, para él)* y en otras de la misma serie, induce en mayor medida a la acentuación tónica; pues si los pronombres que empiezan por ε- la eliminan cuando son enclíticos, ¿cómo, en δός μοι *(dame)* ἄκουσόν μου, cuando presentan esa ε-, no van a reclamar lo contrario a la énclisis? Que es lo mismo que mostrábamos más arriba.

81. Asimismo, las formas de dual de primera y segunda persona son sólo ortotónicas por su acentuación no aguda, pues ha quedado bien sentado que las enclíticas tienen acento agudo en la última, sea por naturaleza o virtualmente (al decir virtualmente me refiero a las perispómenas), de modo que la retracción del acento haga, por un lado, que se acentúe aguda la palabra anterior, y que la enclítica, por otro, carezca de él. Lo que sería imposible tratándose de νῶϊν y σφῶϊν.

82. Ahora bien, las formas de tercera persona de dual son enclíticas sólo en la medida en que también son oxítonas, es decir, σφωέ y σφωΐν. ¿Cuál es la causa de que no sean barítonas? Por la misma razón que εἰμί y φημί son oxítonas, es decir, por su connatural énclisis, si bien los verbos tienen tendencia a no acentuar la sílaba final. Los interrogativos no son enclíticos por ser barítonos, mientras que sus correspondientes indefinidos sí lo son, ya que en su mayor parte se acentúan con agudo en la última.

[237] O moras, cf. § 75.

(Con ello no quiero decir que los indefinidos sólo puedan 135
ser enclíticos, sino, más bien, que si va enclítico ése es también indefinido, por ejemplo ἦλθέν τις [*vino alguien*], ἦλθέν ποτε [*vino una vez*].) De donde se demuestra que el τίς [238], cuando es indefinido, siempre se acentúa agudo en la última, pero, si es interrogativo, se acentúa agudo en la primera sílaba, conforme a la teoría. Y otros ejemplos podríamos poner.

83. Salta a la vista que ἐκεῖνος y οὗτος tampoco pueden ir enclíticos por la misma razón, a lo que se añade que sean deícticos. Es, además, algo propio de los pronombres que presentan una deixis intensificativa [239] el que no pierdan su acento, como puede observarse en los anteriores.

84. La razón antes mencionada nos enseña claramente que, siguiendo la analogía, el acusativo αὐτόν *(a él, lo)* admite la énclisis. En efecto, αὐτός es oxítono. Por otro lado, su uso concurrente con las formas de tercera persona a las que es inherente la énclisis, le hizo perder su poder deíctico. Pero, ¿por qué no es enclítico en nominativo? Está claro que es debido al caso, al igual que ἐγώ, σύ y similares. ¿Y por qué tampoco lo es en genitivo y dativo? Se diría que por tener cuatro moras. «Pero esta razón se contradice con ἡμῶν y otros, que tienen cuatro moras, pues aun cuando no pierden el acento, lo cambian a la sílaba inicial: ἄκουσον ἧμων *(escúchanos);* lo cual tampoco vale para αὐτῷ o para αὐτοῦ.» Esto admite la justificación
siguiente: rechazan tal modo de acentuación para evitar 136
el eolismo consiguiente. Por esta razón, también el acusativo, liberado de tales impedimentos, es decir, los del ca-

[238] Interrogativo-indefinido.

[239] Los demostrativos frente a los personales, cf. § 6.

so [240], y la cantidad, admite naturalmente la énclisis. Así pues, hay que desechar aquella opinión de que los pronombres que presentan género no pueden ser enclíticos, y de ahí que el αὐτός no sea enclítico, ya que la énclisis nada tiene que ver con el género ni con ningún otro de los accidentes gramaticales, dado que se produce en conjunciones y verbos, y, asimismo, hay enclíticas entre los adverbios y en el τίς que expresa los tres géneros.

85. Ya se ha dicho por qué ἐκεῖνος y οὗτος no van enclíticos. Pues bien, tampoco el artículo en construcción pronominal admite la énclisis; y no porque indique el género, sino porque en tanto que artículos no pueden por naturaleza ser usados enclíticamente, pues ocupan una posición que es contraria a la énclisis, es decir, van antepuestos, sin que los pospuestos [relativo] queden excluidos, aunque pudiera parecer que no tienen impedimento para la énclisis. Pero también ellos van, de hecho, antepuestos, pues, a pesar de dirigir la anáfora a lo anteriormente mencionado, ocupan el comienzo de la oración en construcción con el verbo:

ὃς μάλα πολλά
πλάγχθη (α 1 s.)
(..., que anduvo errante por muchos lugares),

ἣ μυρί' Ἀχαιοῖς ἄλγε' ἔθηκε (A 2)
(...que causó infinitos pesares a los aqueos),

137 la coma que suele precederles es lo que testimonia la posición inicial del relativo en la oración.

86. Son también tónicos cuantos pronombres llevan el αὐτός pospositivo [241]:

[240] Como el nominativo, que no puede ser enclítico.

[241] Usado enfáticamente en función predicativa.

ἦέ τι Μυρμιδόνεσσι πιφάσκεαι ἢ ἐμοὶ αὐτῷ (Π 12)
(¿quieres anunciar algo a los Mirmidones o a mí mismo?)

σοὶ δ' αὐτῷ μελέτω (O 231)
(preocúpate de ti mismo),

οὐδὲ σεῦ αὐτῆς (Ξ 327)
(ni de ti misma),

οὐδ' ἐμοὶ αὐτῷ
θυμὸς ἐνὶ στήθεσσι σιδήρεος (ε 190 s.)
(ni en mi propio corazón de hierro queda ánimo).

Ahora bien, esto no es válido, en general, para las terceras personas, dado que se ha mostrado errónea la opinión [242] de que los pronombres de tercera persona acentuados se convierten necesariamente en reflexivos. Que tal suposición es falsa, que no siempre sucede que sean reflexivos y que no es el cambio de acentuación la causa de su conversión en reflexivos, más adelante se dirá [243]. De ahí que se hicieran enclíticos en

ἀλλά οἱ αὐτῷ
Ζεὺς ὀλέσειε βίην πρὶν ἡμῖν πῆμα γενέσθαι (δ 667)
(pero Zeus podría acabar con su vida antes que fuera un daño para nosotros)

y en

Εὐρύαλος δέ ἑ αὐτὸν ἀρεσσάσθω ἐπέεσσι (θ 396)
(que Euríalo se satisfaga con las palabras);

pero fue hecho tónico en

ἀμφὶ ἓ παπτήνας (Δ 497)
(mirando en torno de sí),

[242] De Aristarco y su Escuela, cf. *Pron.* 42, 11.

[243] En §§ 95 ss.

y les pareció contrario a la norma [244] [establecida por ellos]

> οἵ τ' αὐτῷ (E 64)
> *(y para él mismo),*

al pretender aplicar la regla a todos los casos por igual.
138 Sin embargo, dicha construcción está empleada para marcar mayor énfasis en el contraste, como en ἐμὲ αὐτὸν ἐτίμησεν *(me honró a mí en persona),* σὲ αὐτὸν ἐμέμψατο *(te censuró a ti personalmente).*

87. Por eso, en uno y otro caso, van los pronombres en posición inicial, puesto que son ortotónicos, como ya se mostró anteriormente [245]. Pero si se invierte el orden de la construcción, es al mismo tiempo posible hacer enclítico el pronombre:

> αὐτῷ τοι μετόπισθ' ἄχος ἔσσεται (I 249)
> *(para ti mismo será más tarde motivo de dolor),*
> αὐτόν σε φράζεσθαι ἐν 'Αργείοισιν ἄνωγεν (I 680)
> *(mandó a decirnos que tú solo entre los argivos...).*

Con esto no quiero decir que en este tipo de construcción no sea posible la ortotónesis, sino que dicha construcción es la base de la énclisis, como en:

> αὐτόν με πρώτιστα συνοικιστῆρα γαίας
> ἔσδεξαι τεμενοῦχον (PÍNDARO, Frs. 167/186)
> *(acéptame a mí como socio protector del recinto sagrado).*

88. Contra los que piensan que αὐτός se usa para diferenciar el género formalmente indistinto de los pronombres, con unas pocas palabras basta; como ya adelantamos [246], los pronombres no precisan distinguir el género, puesto que o son deícticos o son anafóricos. Y ¿qué podría decirse de frases como οὗτος αὐτός *(éste mismo),* ἐκεῖνος αὐτός *(aquél mismo),*

> ὅδ' αὐτός ἐγώ (φ 207, ω 321)
> *(éste mismo soy yo)*?

Parece claro que, aunque no se les aponga el αὐτός, los pronombres distinguen el género, y ni en el ejemplo que sigue resulta éste dudoso:

> ἐμεῦ δ' ἕλετο μέγαν ὅρκον
> *(me tomó un terrible juramento)* [247] (δ 746).

Considérese tiempo perdido responder más allá de lo debido a opiniones necias.

89. Son solamente ortotónicos aquellos pronombres 139
que tienen el verbo en la misma persona [248]. Por ejemplo, en

> σὲ γὰρ ἅζομαι (ALCMÁN)
> *(pues yo te respeto),*

el ἅζομαι *(respeto)* está en primera persona y el σέ *(te)* en segunda. Pero no sucede lo mismo en

> σὲ γὰρ αὐτὴν παντὶ ἐΐσκεις (ν 313)
> *(pues te disfrazas a ti misma de cualquiera),*

donde el ἐΐσκεις y el σέ están en la misma persona. La primera frase es posible expresarla enclíticamente: ἅζομαί σε, no así la segunda. Pues ya hemos mostrado de manera

[244] Por estar acentuado y no ser reflexivo.
[245] En § 73.

[246] En § 73.
[247] Porque la que habla es Euriclea, el ama de Ulises.
[248] O sea, cuando son el sujeto o son flexivos.

suficiente [249] que, con el verbo en su misma persona, es imposible que los pronombres vayan enclíticos, y ésta es la causa de que en nominativo-sujeto sólo puedan ser tónicos, puesto que siempre coinciden con la persona del verbo. Pero cuando hay transición de la acción verbal [250] al pronombre, entonces la énclisis se hace posible. (Con esto no quiero decir que siempre que sean oblicuos han de ser enclíticos, sino sólo que a veces pueden serlo.) En consecuencia, es también razonable que, cuando las formas en caso oblicuo conciertan con la persona del verbo, sean tónicas:

> οὐδὲ γὰρ οὐδ' ἐμέ φημι λελασμένον (N 269)
> *(yo no digo, no, que yo haya olvidado),*
>
> ζωγρεῖτ' αὐτὰρ ἐγὼν ἐμὲ λύσομαι (K 378)
> *(salvadme la vida y yo me rescataré a mí mismo).*

90. Este último uso [251], arcaico como es, vino a ser desechado con el tiempo, siendo concebidos después, en su lugar, los correspondientes compuestos, los que nosotros empleamos en sustitución de aquéllos para frases de
140 esa especie. Por tanto, la poesía homérica carece del uso de las formas compuestas desde que admite expresiones como ἐμέ φημι [252]. Es obvio, pues, que si los pronombres compuestos fueron concebidos en lugar de usos tales, está fuera de sitio servirse de la construcción con el simple, pues dicho uso es vicioso, como después se dirá cuando se trate más oportunamente de casos similares [253].

---

[249] *Pron.* 41, 26 ss.
[250] O sea, cuando el pronombre está en caso oblicuo y no es reflexivo.
[251] El pronombre en forma simple usado como reflexivo.
[252] En el penúltimo ejemplo.
[253] En § 146, y en III 5.

91. En consecuencia, se han de considerar dos palabras:

> πυκάσασα ἓ αὐτήν (P 551)
> *(envolviéndose a sí misma).*

Y ello, tanto si nos atenemos al razonamiento anterior que es del todo riguroso, como a los demás casos oblicuos en que la división es indiscutible (así, aparecen ἕο αὐτοῦ, y ἑοῖ αυτῷ), incluso, a veces, en la segunda persona inserta entre ambas formas la conjunción γὰρ, para que haya yuxtaposición [254]:

> σὲ γὰρ αὐτὴν παντὶ εἴσκεις (ν 313).

Es evidente, por tanto, que el equívoco ante las susodichas formas queda resuelto gracias a la indiscutible yuxtaposición que tiene lugar en el resto de los casos oblicuos. Lo mismo puede decirse de

> καὶ μαχόμεν κατ' ἔμ' αὐτὸν ἐγώ
> *(yo lucho por mí mismo),*

donde se ha producido la elisión por estar yuxtapuestas, siendo la forma plena ἐμὲ αὐτόν, igual que sucede en

> εἰ μή τίς σ' αὐτὸν κτείνῃ δόλῳ (ι 406)
> *(si alguien no te mata con engaño)*

y en

> εἰ μὲν ἕταρόν γε κελεύετ' ἔμ' αὐτὸν ἑλέσθαι (K 242)
> *(si tú ordenas elegirme a mí mismo como compañero),*

---

[254] Y no composición ἑαυτήν. Es el ejemplo del § 89.

en las cuales los pronombres se han construido enclíticos,
141 a pesar del prepositivo αὐτός, pues siendo tónicos darían la sensación de oraciones incoherentes [255].

92. En consecuencia, no hay razón para que algunos pronuncien aspiradas formas como

τὴν αὐτοῦ φιλέει (I 342)
(ama a la [mujer] de él),

αὐτόν μιν πληγῇσιν ἀεικελίῃσι δαμάσσας (δ 244)
(castigándose con golpes vergonzosos),

μέγα μὲν κλέος αὐτῆς
ποιεῖται (β 125)
(gana gran fama ella misma),

y muchísimas otras. Pues del mismo modo que, al tratar anteriormente algunas frases, hemos señalado que palabras elípticas pueden ser suplidas a partir del contexto oracional, lo mismo podemos proponer para estos últimos ejemplos. En Homero es relativamente usual la elipsis de estos pronombres a que nos estamos refiriendo [256], bastándole con mostrar lo que falta mediante la propia construcción oracional:

αὐτὸς νῦν ἴδε πῶμα (θ 443)
(ahora mira [tú] mismo la tapa).

El αὐτός, en efecto, se añade a pronombres tónicos, y el ἴδε no puede considerarse elíptico; así pues, en αὐτός ἴδε, hay necesariamente elipsis de σύ, pues el αὐτός se usa con la primera y segunda persona para que los pronombres a los que se unen sean tónicos. Lo mismo podemos decir de

---

[255] Por ser forma reflexiva acentuada.

[256] Los acompañados de αὐτός.

αὐτὸς ἑκὼν οἱ δῶκα (δ 649)
([yo] mismo le di de buena gana);

de nuevo vemos que el verbo en cuanto tal no presenta elipsis de nada, pero, considerada la frase en conjunto, se ha de suplir una vez más el pronombre con αὐτός, esto es: αὐτὸς ἐγώ οἱ δῶκα. Y otro tanto, en

αὐτῶν γὰρ ἀπωλόμεθ' ἀφραδίῃσιν (κ 27)
(perecemos por [nuestra] propia insensatez),

donde la construcción exige ἡμῶν αὐτῶν *(de nosotros mis-*
mos). Así pues, algo parecido podemos decir de los casos 142
anteriores cuya forma completa sería ἕο αὐτοῦ (I 342), de igual modo que en plural tenemos σφῶν αὐτῶν *(de ellos mismos)* y σφέας αὐτούς *(a ellos mismos).* Y otro tanto podemos decir de

αὐτόν μιν πληγῇσιν (δ 244, *supra*),

pudiendo quizá el μίν suplir la falta del pronombre; y digo «quizá», porque en otros pasajes aparece pleonásticamente:

κὰδ δέ μιν αὐτόν
εἰλύσω ψαμάθοισι (Φ 318 s.)
(y yo lo rodaré en la arena).

Sin embargo, no es necesario que en

μέγα μὲν κλέος αὐτῆς
ποιεῖται (β 125, *supra*)

haya que suplir el pronombre por estar aquí el ποιεῖται en el sentido de γίνεται, lo mismo que cuando decimos ποιεῖται ἀγορά, como equivalente a γίνεται *(tiene lugar un mercado).*

93. Y, lo que es más importante, las formas compuestas [reflexivas] parecen ser más perfectas por comenzar por ε-: ἑαυτοῦ ἤκουσεν ὁ δεῖνα *(fulano se escuchó a sí mismo),* ἑαυτοὺς ὕβρισαν *(se ofendieron a sí mismos),* ἑαυτὸν ἐτίμησεν *(se honró a sí mismo);* luego, es evidente que si estas formas más perfectas no se encuentran en Homero, tanto menos las contractas, dado que toda forma alterada presupone la forma plena.

94. Así pues, de la misma manera que en las palabras se puede demostrar el exceso o el defecto mediante el cotejo de las sílabas, no es algo forzado que también pueda
143 mostrarse el exeso o el defecto en la oración, que se ha constituido de palabras, mediante el cotejo de su construcción [257]. Ya se mostró [258], asimismo, tratándose de los artículos, cómo la consideración de la frase nos permite suplir su falta. No decimos, por tanto, nada distinto con que en las susodichas oraciones hay elipsis de los pronombres personales.

95. En consecuencia, si las formas tónicas de los pronombres de primera y segunda persona se convierten en compuestos [reflexivos] cuando acompañan a un verbo en su mismo número y persona, y permanecen como simples [no reflexivos] cuando van en una persona distinta de la del verbo [259], como

ἐμεῦ δ᾽ ἀπὸ μούνου ᾽Αχαιῶν
εἵλετο (I 335)
(de todos los aqueos a mí sólo lo quitó),

σεῦ δ᾽ ἐπεὶ ἐξέλετο ψυχήν (Ω 754)
(una vez que te quitó la vida...),

[257] Cf. I 2 ss.

[258] En I 127.

[259] Es decir, el uso actual, frente al homérico, exige las formas compuestas para el reflexivo y las simples para el no reflexivo.

es de todo punto necesario que suceda otro tanto con la tercera persona, como corrobora el uso actual. (También hay que leer con acento tónico el

μνηστήρεσσι μάχεσθαι, ἀμυνέμεναι δ᾽ οἷ αὐτῷ [χ 214]
(luchar contra nosotros los pretendientes y defenderle a él),

pues el ἀμύνειν [*defender*] se entiende aplicado a la persona de Atenea [sujeto] disfrazada de Méntor, no a la de Odiseo: «que no te persuada Odiseo a luchar contra nosotros y defenderlo a él»; estando, pues, con toda razón acentuado el pronombre para que tenga lugar el contraste con «nosotros».)

96. Por otra lado, en

ἦ ὀλίγον οἷ παῖδα ἐοικότα γείνατο Τυδεύς (Ε 800)
(sin duda Tideo engendró un hijo poco parecido a él),

el οἷ ha de tomarse por reflexivo, puesto que el verbo 144
γείνατο está en la misma persona que el pronombre, ya que él engendró un hijo poco parecido a sí mismo; es evidente, pues, que si se toma como pronombre simple [no reflexivo] se entiende una persona distinta de Tideo. Pero, en

πτωχὸν δ᾽ οὐκ ἄν τις καλέοι τρύξαντα ἓ αὐτόν (ρ 387)
(nadie invitaría a un mendigo que le arruinase),

sólo cabe un pronombre simple, pues tenía que ser invitado el mendigo para que fastidiase al que no había invitado [260], dado que para éste la recepción del resto de los invitados: el constructor, el médico, el adivino, era obligada.

[260] El que habla es el porquero Eumeo, que trata de introducir a Ulises, disfrazado de mendigo, en la fiesta de los pretendientes.

97. Lo mismo sucede en

ἀλλὰ τόδ' ἠμὲν ἐμοὶ πολὺ κέρδιον ἠδὲ οἷ αὐτῷ
ἔπλετο (O 226)
(Pero esto es mucho más provechoso tanto para mí como para él),

donde, con toda razón, los pronombres han recibido la acentuación debida con base en el mutuo contraste que presentan, a lo que se añade todavía el tipo de cópula. Y como, a su vez, el ἔπλετο está tomado en común para los dos pronombres, no pudiendo ninguno de ellos concordar con la persona del verbo y hacerse con ello reflexivos, por eso Homero ha observado aquí el uso del pronombre simple; y, dado que con el pronombre compuesto [reflexivo], un verbo no puede referirse a otra persona [261], como ya se ha dicho, por eso el ἔπλετο está usado en común
145 para ambos pronombres, siendo la acción verbal independiente de ambas personas, como si dijéramos ἐγένετο Τρύφωνι καλῶς *(sucedió favorablemente para Trifón),* es decir, por alguna circunstancia. Ya hemos dicho que, si la acción verbal no nace de las mismas personas [262], es imposible que el pronombre reflexivo pueda imaginarse. Como sucede en

ὅστις οἷ τ' ἐπέοικεν (I 392)
(cualquiera que se le parezca),

esto es, «cualquiera que se parezca a Agamenón», pues en esta frase no puede entenderse que Agamenón se parezca a sí mismo, por referirse ὅστις a una persona indeterminada y el οἷ a una determinada, a saber, Agamenón. Y en

[261] Que no se la del sujeto, la misma expresada por el pronombre.
[262] Que las indicadas por el pronombre en caso oblicuo.

τοὺς δ' ἄγαγον ζωοὺς σφίσιν ἐργάζεσθαι ἀγάγκῃ (ξ 272, ρ 441)
(a otros capturaron vivos para que les sirvieran como esclavos),

ya que los cautivos no son cogidos para servirse a sí mismos, sino a sus dueños. Lo mismo pasa con

σφίσι δ' αὐτοῖς δαῖτα πενέσθαι (δ 683)
(preparar comida para ellos),

pues los pretendientes no preparan las cosas para su propio banquete.

98. ¿Cómo, entonces, no va a ser ilógico censurar como ilógico el

οἷ τ' αὐτῷ ἐπεὶ οὔ τι θεῶν ἐκ θέσφατα ᾔδη (E 64)
(y fueron para él [*una desgracia*] *pues no conocían nada de lo decretado por los dioses),*

pudiendo llevar el acento tónico con más razón que los casos anteriores? Pues incluso si fuera cierto que las formas tónicas [263] han de ser tomadas siempre como reflexivas, la forma anterior tendría su justificación en el hecho 146
de que los pronombres que deberían ser enclíticos, una vez que están colocados al comienzo de frase se convierten en tónicos, por ejemplo:

ἡμέας ὑβρίζοντες (Λ 695)
ἐμὲ δ' ἔγνω καὶ προσέειπεν (λ 91) [264],

y, además, lleva una copulativa.

[263] Del pronombre de tercera persona. Opinión de Aristarco y su Escuela. Cf. *Pron.* 42, 17 ss.
[264] Para la teoría, en § 87; el ejemplo, en § 73.

99. «Pero, dicen ellos, el verbo correspondiente está en plural [265] y el modo de construirse es ἐμοὶ ἐγένοντο, σοὶ ἐγένοντο, οἵ εγένοντο *(fueron para mí, fueron para ti, fueron para él).*» Y, por esta razón, también ha sido cambiado en ἔτευξεν, para que, siendo singular, concertase con el singular οἵ τ' αὐτῷ, o sea, ἃς πᾶσι κακὸν Τρώεσσιν ἔτευξεν καὶ ἑαυτῷ *(a las que él convirtió en una desgracia para todos los troyanos y para sí mismo);* o sea, admite, siguiendo a Comano [266], un hipérbaton:

> Ἀλεξάνδρῳ ἐτεκτήνατο νῆας καὶ ἑαυτῷ,
> αἵ πᾶσι κακὸν Τρώεσσι γένοντο (E 63, *supra*)
> *(él había construido las naves para Alejandro* [*Paris*] *y para sí mismo, las cuales fueron una desgracia para todos los troyanos),*

como si una especie de analogía natural hubiese establecido la norma de que la acentuación ortotónica en el pronombre de tercera persona indica siempre uso reflexivo. ¿Qué harían ellos, entonces, con los llamados pronombres posesivos cuya forma no admite la acentuación enclítica? En relación con éstos se mostrará [267] que, manteniéndose en todos los casos la misma acentuación, pueden admitir tanto la forma simple [no reflexiva] como la compuesta [reflexiva] de los pronombres personales, estableciendo precisamente la distinción de ambas el verbo con que están construidas. ¿Cómo, pues, no va a ser una mala lección el

> ἀλλά οἱ αὐτῷ (δ 667) [268],

[265] El del verso E 64 del parágrafo anterior.
[266] Un crítico de la época de Aristarco con el que polemizó.
[267] En §§ 102 ss.
[268] En § 86.

con el pronombre enclítico, cuando lleva al lado el πρὶν ἡμῖν contrastando con él? Con los ejemplos anteriores es suficiente para un correcto discernimiento.

100. No debe juzgarse vana la utilidad de un princi- 147
pio como el siguiente para los pronombres de tercera persona, a saber, que una forma ortotónica funciona como reflexiva, y si no es así, su empleo es absoluto [no reflexivo]. En la primera y segunda persona la construcción queda aclarada según que la acción pase de una persona a otra o no pase [269], como en

> σὲ γὰρ ἅζομαι (Alcmán)
> *(pues yo te respeto),*

frente a

> σὲ γὰρ αὐτὴν παντὶ ἐΐσκεις (ν 313) [270],

en

> ἀλλ' ἐμὲ μὲν σὺ σάωσον (Λ 828),
> *(pero tú sálvame a mí)*

frente a

> ἐμὲ λύσομαι (K 378)
> *(me rescataré a mí mismo),*

y lo mismo para ejemplos semejantes. Sin embargo, en una construcción con terceras personas, el sentido es un tanto difícil de captar, pues, al ser muy numerosas las terceras personas y todas ellas significadas por una sola forma, es decir, la persona verbal o bien el pronombre, lo que se

[269] Si la acción es transitiva o reflexiva.
[270] Los ejemplos del § 89.

seguirá de esta coincidencia intrínseca sería que, tanto en la construcción transitiva como en la reflexiva, los pronombres tendrían que ser los mismos.

101. La forma pronominal ἕο *(de él, suyo)* y las restantes oblicuas de su serie son, evidentemente, de tercera persona, así como κῆδεται *(cuida, se preocupa)* y demás formas verbales semejantes son también de tercera persona; si a éstas se les añaden en la frase las formas pronominales, tendremos dos terceras personas, o sea: una, la per-
148 sona del pronombre, y otra, la del verbo. El resultado será, pues, ἕο κήδεται *(se preocupa de él)*, con dos referentes personales distintos: uno αὐτοῦ κήδεται, con lo cual queremos significar que alguien se preocupa de alguien, pero también que alguien se preocupe de sí mismo, y es obvio que esto segundo también ha de ser expresado con la misma construcción oracional; así pues, el resultado será otra vez ἕο κήδεται. En consecuencia, se hace difícil discernir si es que alguien se preocupa de alguien, o no es de alguien, sino de sí mismo. Supongamos que Eumeo se preocupa de sí mismo: ¿qué otra cosa iba a decir, sino:

> ἐπεὶ ἕο κήδετο λίην (ξ 461)
> *(pues se preocupaba mucho de sí mismo)?,*

o bien que se preocupase de Telémaco, y el resultado sería de nuevo:

> ἐπεὶ ἕο κήδετο λίην
> *(pues se preocupaba mucho de él)* [271].

Por ello, los pronombres han de ser empleados así: los tónicos, cuando no hay paso de la acción a otra persona,

[271] En español se produce el mismo tipo de ambigüedad en «se preocupa de él».

o sea, para la reflexividad, y los enclíticos, para el uso absoluto, o sea, cuando hay transición hacia una persona distinta.

102. Con ser aceptable nuestra teoría, sin embargo hay que tener cuidado de no confiar el sentido al acento, sino al entorno oracional, igual que en otros muchos casos de ambigüedad la decisión por un sentido u otro es consecuencia de las concomitancias oracionales, no de énclisis ni de acentos tónicos. Por tanto, como ya dijimos, aunque se admita que la distinción de los usos absolutos y de los reflexivos es posible gracias al acento acompañante, es del todo necesario insistir en la cuestión que esbozamos más arriba, a saber, que los pronombres posesivos no pueden 149
distinguir el doble uso mediante el acento:

> οὕνεκ' ἄρ' οὐχ ᾧ πατρὶ χαριζόμενος (ν 265)
> *(por no haber complacido a su padre),*
>
> πάρ τε κασιγνήτῳ Θρασυμήδεϊ καὶ πατέρι ᾧ (γ 39)
> *(junto a su hermano Trasimedes y a su padre).*

Está claro que en el segundo verso se trata de «su propio padre» en la forma reflexiva; pero jamás el cambio de acento podría distinguirlo, si el sentido fuera distinto, sino que más bien, sería la coherencia de la oración; lo mismo ha de tenerse en cuenta cuando se trate de los pronombres personales antes mencionados, y no violentar el sentido en virtud de un acento mudable, o incluso censurar el texto poético por no atenerse a la norma anterior.

*

103. A continuación hemos de pasar a la construcción posesiva de los pronombres.

Los pronombres posesivos presentan dos personas, a saber, la de lo poseído y la del poseedor, y su construcción

se realiza necesariamente de tres modos, dado que sus formas primitivas, los personales, por tener una sola referencia, admiten dos modos de construcción, según acabamos de mostrar [272]. La explicación es la siguiente: los verbos que acompañan a los pronombres posesivos están o bien en la persona de la cosa poseída, o bien en la del poseedor, o bien en ninguna de las dos, sino en una distinta, ajena a ambas. Ejemplos del primer supuesto son: «mi caballo
150 corre», «mi finca da buenos frutos». Lo mismo vale para poseedores de segunda y tercera persona. En este tipo de construcción el posesivo siempre está en caso recto, puesto que los verbos no se construyen con casos oblicuos en la misma persona, sino siempre en caso recto. Del segundo supuesto: «labré mi finca», «convencí a mi amigo», «educaste a tu hijo». Del tercer supuesto: «enseñó a mi hijo», «enseñó a tu hijo», «convenció a tu amigo». Es evidente que en esta última construcción la persona verbal es ajena a las dos personas significadas por los respectivos posesivos. En dichas construcciones van siempre en casos oblicuos, dado que el verbo se aplica a otro nominativo-sujeto: «ofendiste a mi amigo», es decir, «tú»; o «Trifón ofendió a mi enemigo», o cualquier otro susceptible de ser usado como tercera persona.

104. Si lo poseído coincide con la persona de la acción verbal, sea ésta activa o pasiva, sólo puede resolverse en un pronombre simple [273]: «un amigo mío [de mí] está hablando»; «un esclavo tuyo [de ti] es maltratado»,

> ὅθ' ἑὸς δόμος ἀμφεκάλυψεν (δ 618, ο 118)
> *(cuando su palacio me recogió),*

[272] La absoluta y la reflexiva.

[273] Si el sujeto de la acción verbal y la cosa poseída coinciden en la misma persona, el posesivo sólo puede equivaler al genitivo no reflexivo.

que es lo mismo que «cuando el palacio de él me recogió»;

> κεῖσέ με νοστήσαντα (δ 619 y ο 119)
> *(cuando allí me encontraba de regreso),*
>
> σὸς δέ που ἔκφυγε κῆρας ἀδελφεός (δ 512)
> *(tu hermano escapó al destino fatal),*

esto es, «el hermano de ti escapó»:

> ἐμὸς δέ κε καὶ πάις εἴης (I 57)
> *(podrías ser mi hijo),*
>
> πατὴρ δ' ἐμὸς ἄλλοθι γαίης 151
> *(y mi padre en otra tierra),*

y lo mismo puede decirse de ejemplos similares.

105. Ahora bien, no se contradice con lo dicho el que la persona verbal y el poseedor coincidan, siempre que se trate de un verbo de existencia, pues si fuese otro verbo la oración sería incoherente. Así, es posible decir: «soy mi criado», lo que puede perfectamente convertirse en reflexivo, como si dijéramos «soy criado de mí mismo»; pero lo siguiente es inadmisible: «escribo mi criado», pues es obligatorio decir «escribe», de modo que el verbo sea acorde con la tercera persona implícita del nominativo-sujeto. O, si el verbo está en segunda persona, se ha de añadir necesariamente un participio existencial: «siendo mi criado, corres».

106. Hay que advertir, en consecuencia, que con todo verbo cuya acción nace del poseedor y afecta a la cosa poseída [274], el posesivo admite la transformación en reflexivo, si tiene lugar algún tipo de contraste: «enseño a mi hijo», «educaste a tu hijo», se convierten necesariamente en «enseño a mi propio hijo» [al hijo de mí mismo],

[274] O sea, cuando el poseedor es el sujeto y la cosa poseída el objeto.

«educaste a tu propio hijo» [al hijo de ti mismo], pues la acción verbal no sólo se relaciona con la persona [sujeto] indicada por la desinencia, sino que también afecta a la persona pronominal. Más arriba quedó dicho que, cuando la persona [sujeto] del verbo y la del pronombre en caso oblicuo que depende de él son la misma, es del todo necesaria la transformación del pronombre en reflexivo, como en

> ἐμέ φημι (N 269) [275]
> *(digo que yo),*

y otros similares. Asimismo, se ha mostrado [276] que los pronombres posesivos llevan implícito un nombre personal en genitivo, solamente en el cual se pueden convertir,
152 mientras que la cosa poseída correspondiente puede ir en cualquiera de los otros casos. Así pues, el que dice: «golpeé a mi esclavo», está diciendo virtualmente: «golpeé al esclavo de mí», que no viene a ser otra cosa que «al mío propio» [al de mí mismo].

107. Siguiendo con estas resoluciones de pronombres, si la persona está tomada absolutamente [277], el posesivo se convierte en el pronombre enclítico simple; si se requiriese el contraste de personas, entonces tiene que ser en el reflexivo. Por eso, solamente los reflexivos son ortotónicos, por efectuarse gracias a ellos el contraste de personas. Así, es posible decir: «estoy parado ante mi puerta», y resolverlo en «estoy parado ante la puerta de mí»; pero también lo es: «estoy yo parado ahora ante mi propia puerta» [la puerta de mí mismo] (Menandro, Fr. 830 K), donde

[275] Cf. §§ 89 y 90.
[276] *Pron.* 101, 7; 102, 5 y 1; 103.
[277] *I. e.,* si no se contrasta con otra.

con toda necesidad tiene Menandro que emplear el reflexivo, que se añade al también tónico «yo» de «estoy parado», pues lo que pretende resaltar es que no fue ante la de otro.

108. Evidentemente, este tipo de construcción afecta por igual a la tercera persona, sólo que hay que atenerse a aquella norma que, según decíamos antes [278], era preciso atender. O bien la persona que realiza la acción verbal y la persona pronominal son la misma, o bien dicha acción concierne a personas distintas, puesto que, una vez más, mediante una sola forma pueden entenderse diversas personas indistintamente [279], como en estos ejemplos:

> ὃν καὶ ἀνηρείψαντο θεοὶ Διὶ οἰνοχεύειν 153
> κάλλεος εἵνεκα οἷο (Υ 234)
> *(al que los dioses raptaron para servir vino a Zeus a causa de su belleza),*

pues es como si se dijera: «a causa de la belleza de él», pues el «raptaron» se refiere al nominativo «los dioses»: «los dioses raptaron a Ganimedes por causa de su belleza». Luego, si se cambiase el acusativo de Ganimedes a nominativo y se le añade el verbo [en pasiva], en tal caso se producirá obligatoriamente la transformación del pronombre en reflexivo: «Ganimedes fue raptado a causa de su propia belleza», como sucede también con

> δεύτερον αὖ θώρηκα περὶ στήθεσσιν ἔδυνεν
> οἷο κασιγνήτοιο Λυκάονος (Γ 332)
> *(después vistió con la coraza el pecho de su hermano Licaón).*

[278] Cf. §§ 89 y 100.
[279] Cf. §§ 101 y 102.

Es evidente que se trata de Paris, y, dado que la acción verbal proviene de él y la cosa es su hermano, el «de su hermano» debería convertirse en «de su propio hermano»[280].

109. Por otro lado, en el

ἑῇ τέ μιν ὤλεσεν ἀλκῇ (Π 753)
(su valor lo destruyó [al león]),

la acción verbal nace de la cosa poseída, construcción que podría transformarse en una no reflexiva: «el valor de él lo destruyó [al león]». Ahora bien, si el león realizase la acción verbal, asimilándose a la cosa poseída, o sea, el valor, entonces el resultado sería: «destruyó su valor», es decir, «el suyo propio»; pero, si se diese el caso de que otra persona cualquiera tomaba sobre sí la acción verbal,
154 como si uno dijese refiriéndose a Heracles y su victoria sobre el león: «destruyó su fuerza», una vez más el pronombre tendrá que ser no-reflexivo: «acabó con la fuerza de él», del león.

110. Además, el

Νέστωρ φάσχ' ὁ γέρων ὅτ' ἐπιμνησαίμεθα σεῖο
οἷσιν ἐνὶ μεγάροισιν (δ 191)
(el viejo Néstor solía decir cuando nos acordábamos de ti en su palacio)

tiene dos verbos que pueden estar construidos con «en su palacio»; si de ellos el que está en singular se construyese con «Néstor», también en singular, en ese caso la oración exigiría el pronombre reflexivo: «solía decir en su propio palacio»; pero si al «nos acordábamos», que por estar en

[280] Es decir, en reflexivo: ἑαυτοῦ.

primera persona del plural pertenece a otro nominativo sujeto, o sea, que toma parte en la conversación con Néstor, entonces es imposible que la alternativa sea otra que el pronombre no reflexivo: «cuando nos acordábamos de ti en su palacio», es decir, «en el palacio de él».

111. Otro tanto sucede con

τότε δὲ Ζεὺς Ἕκτορι δῶκεν
ᾗ κεφαλῇ φορέειν (Π 799)
(y entonces Zeus lo dio a Héctor para llevarlo en su cabeza),

pues son tres entidades distintas las que se entienden: Zeus, que se lo entregó a Héctor para que lo llevara en su cabeza. Luego, si suprimiésemos el dativo «a Héctor», entonces Zeus se convierte en el poseedor por lo que a la cabeza se refiere: «Zeus lo entregó para llevarlo en su cabeza», cuyo resultado sería: «sobre su propia cabeza» [reflexivo].

112. Y naturalmente que también existe ambigüedad en

ἀλλ' ἐμὲ θυμὸς ἀνῆκε πολυτλήμων πολεμίζειν
θάρσει ᾧ (Η 152) 155
(mi ánimo esforzado me impulsó a luchar con su osadía).

En efecto, el ánimo puede tener osadía, de manera que es posible entender: «mi ánimo me persuadió para luchar con su peculiar posesión», es decir, con la osadía de él; o, de este otro modo: «me persuadió mi ánimo a luchar por su propio carácter», es decir, «por su propia osadía a luchar con quien lo desafiaba», lo que está más acorde con el sentido, como si uno dijera: «por sus propias palabras Trifón me persuadió a hablar con Apolonio»; o, en un tercer sentido: «me persuadió mi ánimo a luchar con la osadía de aquél», que no es más que una perífrasis de «me impulsó a luchar con él». Una vez más hay que tener en cuenta que la persona verbal, al no ser la misma que

la persona del pronombre, hace que éste se convierta en αὐτοῦ *(de él)*, pues fue el ánimo mismo el que me impulsó, pero la osadía no era de él, sino del provocador.

113. Muchísimos más casos podríamos presentar de esto mismo, pero amontonar ejemplos hasta el infinito es, sobre todo, lo que hacen algunos para exponer la práctica del uso de estos pronombres, no un razonamiento sistemáticamente expuesto que es lo que nosotros ofrecemos, persuadidos de que es la relación con el verbo lo que resuelve la ambigüedad en un sentido o en otro. Por tanto, hay que dejar a un lado interpretaciones como las siguientes:

> αἴτει δ' οἰωνὸν ἑὸν ἄγγελον (Ω 292)
> *(consulta al ave su mensajero),*

156 pues hay algunos que afirman que aquí el ἑόν *(su)* no es pronombre, sino un adjetivo que significa «bueno», e incluso que se trata de una corrupción textual por ταχὺν ἄγγελον *(veloz mensajero)*, suponiendo que, de ser pronombre, exigiría ineludiblemente su conmutación en reflexivo. Por el contrario, reconocen aceptable el pronombre en el:

> εἰ δέ τοι οὐ δώσει ἑὸν ἄγγελον (Ω 296)
> *(pero si él no envía su mensajero),*

donde está por ἑαυτοῦ *(su propio)*. A decir verdad, tanto en éste como en el caso anterior, pueden admitirse como pronombres, contando con que se trata de formas no reflexivas, dado que la acción verbal se refiere a Príamo [sujeto]: αἴτει τὸν αὐτοῦ ἄγγελον *(al mensajero de él, Zeus)*.

114. El siguiente ejemplo de las *Ístmicas* de Píndaro también ha traído de cabeza a los comentaristas:

> Αἰολίδαν δὲ Σίσυφον κέλοντο
> ᾧ παιδὶ τηλέφαντον ὄρσαι
> γέρας, φθιμένῳ Μελικέρτᾳ (Fr. 5, Schneider)
> *(ordenaron al eólida Sísifo instituir un premio famoso en honor de su hijo, el muerto Melicertes),*

pues, convirtiendo el pronombre ᾧ *(su)* en el reflexivo ἑαυτοῦ *(su propio)*, no pueden salvar la dificultad de cómo al que antes había llamado Atamantiada [281], ahora nos lo presenta como hijo de Sísifo. Algunos, sin embargo, creen obviar esta dificultad considerando el ω adverbial [282] con acento grave para que quedase ᾧ παιδί *(como para un hijo)*, igual que en

> ὥ τε χερνᾶτις γυνά
> *(como una pobre obrera)* [283].

Otros todavía lo convierten en οἷ [284], κέλοντό οἱ, con lo que quedaría un dativo en lugar de un genitivo: «ordenaron instituir un famoso premio en honor del hijo de ella», es decir, de Ino, mencionada más arriba; considerando con ello todas las soluciones menos la correcta; pues ¿qué 157
impediría entender el ᾧ *(su)* como posesivo y que fuera conmutado por el αὐτῆς *(de ella)*, «en honor del hijo de ella», al que había llamado Atamantiada?

115. En el siguiente ejemplo homérico el posesivo también puede ser leído tónico, a saber, en

> οἱ δὲ οἳ ἐβλάφθησαν (Ψ 387)
> *(los suyos fueron heridos),*

[281] Melicertes, hijo de Atamante e Ino.

[282] La forma doria de ὡς con lo que quedaría «como para un hijo».

[283] Autor desconocido, recuerda a *Ilíada* XII 433.

[284] Dativo del pronombre personal de tercera persona masculino y femenino: «el hijo para ella».

que ha sido atetizado por haber seguido erróneamente la norma [285], si bien es una construcción semejante a οἱ ἐμοὶ ἐβλάβησαν, οἱ σοὶ ἐβλάβησαν, οἱ οἷ ἐβλάβησαν. Pero parece que el uso peculiar homérico va contra dicha lectura [286], dado que muy a menudo emplea dativos por genitivos. De no haber sido por tal cambio de casos, sin duda el verso hubiera estado irregularmente compuesto, debido a la incoherencia del pronombre. Por las mismas razones hay que pensar que el

τοὺς δ' ἤδη κάτεχεν φυσίζοος αἶα
ἐν Λακεδαίμονι αὖθι φίλῃ (Γ 243)
(a los que ya tenía la madre tierra allá en su nativa Esparta),

que, en la mayor parte de las versiones, aparece como ἑῇ, lo cual es lo más coherente, pues el verbo «tenía» ha de juntarse con «tierra» [como sujeto], y entonces el pronombre se convertirá necesariamente en no-reflexivo: «la tierra cubría a los susodichos héroes en la patria de ella», es decir, de Helena, antes mencionada; igual que sucede en

τότε δὲ Ζεὺς δυσμενέεσσι
δῶκεν ἀεικίσσασθαι ἑῇ ἐν πατρίδι γαίῃ (Χ 403)
(y entonces Zeus le concedió, a sus enemigos el que fueran injuriados en su tierra patria),

en la patria de él, o sea, de Héctor.

158 **116.** No debe pensarse que la presentación de todos estos ejemplos sea cosa superflua y que bastaba con la exposición de la teoría para distinguir en un sentido u otro.

[285] De que el posesivo sólo admite la conmutación por el pronombre personal reflexivo, cosa que no puede suceder en nominativo.

[286] O sea, que el uso homérico propugnaría οἱ δέ οἱ (dativo: «los para él»).

Los hemos presentado, para practicar con dicha teoría y llevar a una observancia de la misma más cierta si cabe, y como argumento contra los que rechazan construcciones legítimas.

117. A continuación vamos a tratar de la construcción de ἐμοῦ *(de mí),* que es el genitivo del posesivo y genitivo también de ἐγώ *(yo);* dicho genitivo no sólo coincide en la forma, sino también en la sintaxis de la posesión. El posesivo, por su parte, tiene como función propia el acompañar a la cosa poseída en todos los casos, así, ἐμός-ἐμόν y el resto. Ahora bien, el genitivo de ἐγώ también acompaña a la cosa poseída, por eso algunos llaman al genitivo «caso posesivo». Decimos, en efecto: «edición de Aristarco». Tanto los adjetivos que indican posesión como los pronombres posesivos, no se derivan de otro caso que del genitivo en el cual pueden resolverse. Es evidente que no es preciso detenerse en los adjetivos que indican posesión, puesto que su forma es autosuficiente para distinguirse de los sustantivos correspondientes; así, Ἑκτόρειος, -ου *(Hectórico),* frente a Ἕκτορος *(de Héctor).* Sin embargo, el susodicho pronombre, al no distinguirse meramente por la forma, hará necesario recurrir a la mencionada construcción [287] para resolver su ambigüedad implícita.

118. No se me oculta que en los demás dialectos existe distinción formal [de pronombre personal y posesivo], de donde colijo que el Poeta, consciente de la ambigüedad de la forma, para el pronombre personal ha presentado 159
casi toda la gama dialectal, diciendo ἐμέθεν, ἐμέο, ἐμεῖο o ἐμεῦ, pero nunca ἐμοῦ (y, desde luego, no porque ignorase la forma de genitivo en -ου, puesto que utiliza el resto de los casos oblicuos en la forma ordinaria), mientras que,

[287] Según que concierte o no en género, número y caso con el nombre.

cuando se trata del posesivo, lo flexiona con la desinencia que se corresponde regularmente con un nominativo en -ος. En efecto, emplea siempre la forma en -ου, o bien, al modo Tesalio, en -οιο, como καλοῖο:

πατρὸς ἐμοῖο πατήρ (Ξ 118 τ 180)
(padre de mi padre),

πατρὸς ἐμοῦ κλέος εὐρὺ μετέρχομαι (γ 83)
(voy detrás de la ancha fama de mi padre),

εἰ δή τοι σοῦ πατρὸς ἐνέστακται μένος ἠΰ (β 271)
(si el noble temple de tu padre reside en ti),

y también τεοῖο, cambiando, a la manera doria, la σ en τ y con inserción de la ε, puesto que, a veces, como consecuencia de dicho cambio, se desarrolla una ε. Pero no es posible encontrar tal desarrollo con la σ, así, en el caso del σοί que al hacerse τίν en dorio, el resultado es τεΐν:

τεΐν τάδε μυθήσασθαι (Λ 201)
(contarte esto a ti).

119. Así pues, siempre que dicho genitivo depende de un verbo es pronombre personal ἐμοῦ ἀκούει θέων *(Teón escucha de mí),* σοῦ ἤκουσα *(escuché de ti),* y también en las variantes dialectales:

ἐμεῦ δ' ἕλετο μέγαν ὅρκον (δ 746)
(tomó de mí un grave juramento),

σεῦ δ' ἐπεὶ ἐξέλετο ψύχην (Ω 754)
(una vez que tomó de ti la vida),

ἐμεῖο δὲ σύνθεο μῦθον (τ 268)
(escucha de mí el relato),

160 quizá de la forma jonia ἐμέο por epéntesis de la ι, o también de ἐμεῦ por cambio de υ en ι, igual que de ἐμοῦ el

ἐμοῖο, de suerte que también en este caso se construye la forma siguiendo perfectamente la analogía.

120. «Entonces, el genitivo del pronombre personal, ¿no puede depender de la cosa poseída?» Sí, pero con acentuación distinta, es decir, enclítica, e independientemente de la forma de la cosa poseída: ἐσκάφη μου ὁ ἀγρός *(la finca de mí fue labrada),* ἐνίκησέν μου ὁ παῖς *(el hijo de mí venció).* Las cosas poseídas pueden ser de diferentes géneros, casos y números, pues el genitivo del pronombre personal admite todo tipo de cosas poseídas, y lo mismo sucede con los adjetivos que indican posesión; ahora bien, los pronombres posesivos y los adjetivos que indican posesión exigen el mismo número, el mismo género y el mismo caso [que el nombre a que acompaña]: Ἑκτόρειος χιτών - Ἑκτορείου χιτῶνος, ἐμὸς φίλος - ἐμοῦ φίλου, y así sucesivamente con el resto de los casos. Es lo que sucede en

πατὴρ δ' ἐμὸς αὐτίκ' ὀϊσθείς (I 453)
(pensando mi padre al punto...),

y en

πατρὸς ἐμοῦ κλέος εὐρὺ μετέρχομαι (γ 83) [288],

y en

τὠμῷ κεχαρισμένε θυμῷ (δ 71)
(¡oh hombre, grato a mi corazón!).

121. ¿No podría, entonces, construirse el genitivo del pronombre personal en su forma tónica concertando con un nombre en genitivo, de modo que cupiera la duda acer- 161

[288] El ejemplo del § 118.

ca de la construcción y de la forma [289], dado que cualquier palabra flexiva, estando en genitivo, puede acompañar a otro genitivo? Decimos, por ejemplo: «es el fruto de una finca de Aristarco»; asimismo, nada impide decir: «fruto de una finca de Aristarco»; luego, también ἐμοῦ ἀγροῦ καρπός *(fruto de una finca de mí).* Pero, en una construcción de estas características, el pronombre retorna de nuevo al posesivo, o sea, a sentirse genitivo de ἐμός *(mío),* pues no podría de ningún modo mantenerse como pronombre personal, esto es, de ἐγώ *(yo),* a no ser que fuera enclítico, que es el rasgo peculiar para distinguirse de los posesivos, ya que éstos sólo pueden ser tónicos. Así pues, el resultado sería: τοῦ ἀγροῦ μου ὁ καρπός ἐστιν *(es el fruto de mi finca).*

122. Quizá piense alguien que la prueba no es lo bastante concluyente, y que en dichas frases cabe todavía la duda. A ese tal podría replicársele que, en el caso de que se tratase del genitivo del pronombre personal con la acentuación tónica, tendría que manifestar además sus otras peculiaridades. Pues decíamos [290] que el genitivo del pronombre personal era independiente de la forma de las cosas poseídas de que dependía, frente al posesivo, que presentaba siempre concordancia con el nombre correspondiente. Así, no podemos decir: τῶν ἐμοῦ ἀγρῶν ὁ καρπός, ni τῷ ἐμοῦ ἀγρῷ συνέβη ἐσκάφθαι, ni τῆς ἐμοῦ οἰκίας, ni ninguna otra cosa que esté en distinta forma que ἐμοῦ [291], sino que, al mismo tiempo que varían las relaciones sintácticas del nombre, varían también las de los posesivos que

[289] O sea que, ante la forma ἐμοῦ *(de mí),* no sepamos si se trata del pronombre personal o del posesivo.

[290] En § 120.

[291] O sea, en genitivo singular masculino: «de mí...» (posesivo).

las acompañan: τῶν ἐμῶν ἀγρῶν καρπός, τῷ ἐμῷ ἀγρῷ συνέβη ἐσκάφθαι. Con lo dicho queda resuelto que, si decimos: τοῦ ἐμοῦ ἀγροῦ ὁ καρπός, la construcción es de 162
posesivo, y no de genitivo del pronombre personal tónico. Es posible, por supuesto, convertir el pronombre en enclítico y eliminar la construcción de posesivo, confiriéndole, mediante la énclisis, la forma peculiar del genitivo del pronombre personal, y lo que era sintácticamente inadmisible en los ejemplos anteriores, hacerlo aceptable mediante la énclisis del mismo.

123. Ha quedado, entonces, probado que el genitivo del pronombre personal, por coincidir en la forma con el del posesivo, queda excluido de la construcción posesiva, debido al carácter dominante que, para expresar la posesión, tiene por su propia naturaleza el posesivo; posesión que no es sólo expresada por el genitivo, sino que le es inherente ya desde el nominativo. Y la construcción posesiva en el pronombre personal expresa lo mismo únicamente mediante un caso, o sea, si se cambia el genitivo en otro caso, se elimina al mismo tiempo su significado de posesión. Más aún, añadiría que ni siquiera el genitivo del pronombre personal podría estar en construcción posesiva si el pronombre posesivo pudiera admitir la énclisis, pues en tal caso el pronombre posesivo sería dominante. Es, por tanto, evidente que si el pronombre personal adoptó la forma enclítica fue para eludir la coincidencia con el posesivo. Todo esto quedará demostrado cuando tratemos en el momento oportuno [292] de las causas de la coherencia e incoherencia sintácticas.

124. De acuerdo, pues, con lo dicho de que los po- 163
sesivos dependen siempre de la cosa poseída, el

[292] En III 13.

ὡς μὴ πάντες ὄλωνται ὀδυσσαμένοιο τεοῖο (Θ 37)
(que no perezcan todos por estar tú irritado)

está mal construido [293], lo cual es motivo que aconseja rechazar el verso por espurio, ya que las construcciones en que el pronombre depende del verbo o del participio se exige el genitivo del pronombre personal, como ya quedó expuesto [294].

125. Por eso, la lección de Zenódoto no sería de ningún modo irracional, me refiero al

Πηλείδης δὲ σάκος μὲν ἀπὸ οὗ χειρὶ παχείῃ
ἔσχετο ταρβήσας (Υ 261)
(y el Pelida espantado apartó de sí el escudo con fuerte brazo),

pues si también en primera y segunda persona pueden depender del verbo: ἀπ' ἐμοῦ ἔσχετο σάκος, ἀπὸ σοῦ ἔσχετο σάκος, nada impide que suceda otro tanto en la tercera, porque se entiende aquí el pronombre como posesivo, que es como algunos lo interpretan, puesto que su construcción con el verbo elimina la ambigüedad de si se trata del genitivo de un pronombre personal o de un posesivo, según expusimos más arriba [295]. Luego, si el οὗ del ejemplo: ἔσχετο ἀπὸ οὗ, depende del verbo, ¿qué impide que se diga que es genitivo del pronombre personal, aunque coincida formalmente con el posesivo? A esto puede objetársele que lo dicho es correcto en una sintaxis que no sea la homérica, dado que él evitó la coincidencia de formas,

[293] Porque el τεοῖο es la forma del posesivo y no del pronombre personal como se esperaría, o sea, σοῦ.

[294] En §§ 119 y ss. Es decir, no puede interpretarse «apartó con su fuerte brazo».

[295] En § 119.

como ya dijimos antes [296]. Con lo que se demuestra que 164
Zenódoto no erró en lo que respecta al pronombre, sino en el uso homérico. Y, a causa de esto, es preferible la lección de Aristarco: ἀπὸ ἕο χειρὶ παχείῃ.

126. También se le atribuyen a Zenódoto las lecciones siguientes:

μνῆσαι πατρὸς σεῖο (Ω 486)
(acuérdate de tu padre),

πατρὸς ἐμεῖο πατήρ (Ξ 118, τ 180)
(padre de mi padre),

en consecuencia, y en contradicción con lo anteriormente expuesto, está utilizando el genitivo del pronombre personal en lugar del posesivo. Con todo, es posible abogar por su conjetura en el sentido de que no es inadmisible que genitivos de los pronombres personales dependan de la cosa poseída, puesto que, como decíamos [297], los posesivos pueden convertirse en genitivos del pronombre personal. Muchos otros lugares hay en los poemas homéricos a los que cabría aplicarles el mismo razonamiento:

πρώτω γὰρ καὶ δαιτὸς ἀκουάζεσθον ἐμεῖο (Δ 343)
(vosotros dos los primeros sois invitados de mí al festín),

σέο δ' ὀστέα πύσει ἄρουρα (Δ 174)
(la tierra pudrirá los huesos de ti),

εἰ μή τίς σευ μῆλα (ι 405)
(¿acaso [roba] alguien... los rebaños de ti?),

οἵ θ' αἵματος ἐξ ἐμεῦ εἰσιν (Τ 105)
(los que son de sangre de mí).

[296] En § 118. Homero no emplea la forma de genitivo en -ου para el personal.

[297] En § 106.

De modo que tampoco puede decirse que dichas lecciones sean inadmisibles en conformidad con el uso homérico. Luego, está claro que si aquellas lecciones zenodoteas habían de ser modificadas, también éstas se oponen a la regla. Y si éstas pueden admitirse, no hay razón para rechazar aquéllas de Zenódoto.

127. Sin embargo, hay que rechazar tales lecciones, en cuanto que es imposible admitir un pronombre personal tónico en función posesiva; antes bien, para ellos sólo
165 caben el enclítico o el posesivo. Así, es evidente que está correctamente usado en

> εἰ μή τίς σευ μῆλα βροτῶν (ι 405)
> *(acaso algún hombre los rebaños de ti...),*

y en casos similares, pues aquí el pronombre está enclítico. Pero, en

> πρώτω γὰρ καὶ δαιτὸς ἀκουάζεσθον ἐμεῖο (Δ 343)
> ([Apolonio propone:] *los primeros en ser invitados de mí al banquete),*

ha sido resuelto indebidamente en una construcción de posesivo, y sería mejor hacerlo depender del verbo, debiendo suplirse al modo homérico la preposición περί, como en

> τίσασθαι δ' Ἑλένης ὁρμήματά τε στοναχάς τε (Β 356)
> *(vengarse de las angustias y llantos de Helena),*
>
> ἐκ γὰρ Ὀρέσταο τίσις ἔσσεται Ἀτρείδαο (α 40)
> *(la venganza del Atrida vendrá de parte de Orestes),*
>
> Κύκλωπος κεχόλωται (α 69)
> *(está irritado por causa del Cíclope),*

y otros mil, quedando la frase así: ἐμοῦ ἀκουάζεσθον πρώτω περὶ δαιτός, debiendo ser necesariamente la forma tónica a causa de la inserción de la ι [298].

[298] Porque la forma ἐμείο no puede ser posesiva, sino del personal.

128. ¿Se dirá, entonces, que no deberían ser tónicos:

> σέο δ' ὀστέα πύσει ἄρουρα (Δ 174)
> οἵ θ' αἵματος ἐξ ἐμεῦ εἰσιν (Τ 105).

A eso puede objetársele que un pronombre cualquiera es irracional en su acentuación, sólo si, pudiendo admitir el doble acento, va en la forma contraria a la debida [299]. (Es decir, si la razón no pide la forma tónica en

> πολλάκι γάρ σεο πατρὸς ἐνὶ μεγάροισιν ἄκουσα [Α 396] 166
> *[pues muchas veces oí del padre de ti en su palacio],*

la lección con la forma tónica sería irracional.) Pero, en el

> ὡς σέο νῦν ἔραμαι (Ξ 328)
> *(como ahora estoy enamorado de ti),*

lo irracional sería no acentuarlo, puesto que existe un contraste implícito. Tampoco es irracional:

> ὅς σφῶι προΐει Βρισηΐδος εἵνεκα κούρης (Α 336)
> *(que os ha enviado a causa de la joven Briseida),*

por llevar la acentuación tónica, a pesar de que el sentido pide la forma absoluta [300] en la cual puede transformarse: ὅς ἐξέπεμψεν ὕμας *(el cual os envió).* Pero a aquella forma le acontece el no poder ser enclítica, de modo que no se podría censurar dicha lección. Insistir con ejemplos de esta índole podría parecer superfluo, pues más arriba se ha tratado de las formas que sólo pueden ser enclíticas o sólo tónicas. También mostramos [301] que los pronom-

[299] O al revés: el uso de un pronombre no puede censurarse por llevar un tipo de acento si sólo puede llevar ese acento.

[300] La no enfática.

[301] En § 76.

bres al comienzo de frase son tónicos por naturaleza. Luego, el

σέο δ'ὀστέα πύσει ἄρουρα (Δ 174)

¿va a ser una mala lección? ¿O que debiendo ser enclítico no lo es? E, igualmente [302], que las preposiciones hacen que los pronombres regidos por ellas sean ortotónicos. Entonces no podría admitir ninguno otra acentuación, sino la tónica, el

ἐξ ἐμεῦ (T 105) [303].

129. Ninguno de estos motivos vale para justificar la lección de Zenódoto [304], el ἐμεῖο, puesto que, si podía emplear una forma más apropiada, a saber, el pronombre posesivo (ἐμοῖο), tanto por el metro como por la razón,
167 necesidad ninguna tenía de cambiarla. Pues, en general, lo que produce incoherencia sintáctica no es otra cosa que el uso de una forma correcta ajena a la construcción respectiva [305].

130. Ya que venimos tratando de las lecciones textuales de Zenódoto sobre los pronombres, no está fuera de su sitio si también nos ocupamos del

τίς τάρ σφωι (A 8)
(¿cuál de los dos [*dioses*]*...?).*

Ésta es la lección preferida por Seleuco [306] y otros muchos que aducen distintas ediciones homéricas. Y lo razonan del

[302] En § 55.
[303] En § 69.
[304] El ejemplo de § 126.
[305] La incoherencia oracional es una cuestión sintáctica.
[306] Crítico homérico de comienzos de la época imperial.

siguiente modo: «si el genitivo y el dativo de la segunda persona [dual] con sólo cambiar el acento, es decir, haciéndose enclíticos, pero permaneciendo igual de forma, dan lugar a la tercera persona, así [en segunda persona]:

γυιώσει μὲν σφῶιν ὑφ' ἅρμασιν ὠκέας ἵππους (Θ 416)
(él desjarretará a vuestros rápidos corceles uncidos a los carros),

y mediante la énclisis, en tercera persona:

γυιώσω μέν σφωιν ὑφ' ἅρμασι (θ 402)
(yo desjarretaré sus caballos uncidos a los carros),

si esto es así, es del todo necesario que también σφῶι en la forma tónica sea una segunda persona y que, cambiándole el acento, pero con la misma forma, exprese la tercera persona. Más en general puede, asimismo, decirse que si las formas de primera y segunda persona tienen terminaciones distintas, también necesariamente la tercera; si en primera y segunda tenemos ἐγώ, σύ, en tercera ἵ; véase, pues, que la tercera difiere analógicamente de la segunda, en la misma medida en que ésta no admite la desinencia 168
de la primera. Y, según esto, la forma σφωί con ι [y no con ε], es más analógica.

131. Sin embargo, en defensa de la lección tradicional σφωέ, es posible aducir lo siguiente: 1) Que es más propia, en razón de que una misma forma por la sola énclisis no sirva para cambiar de persona, lo cual puede reconocerse que no es algo consustancial a los pronombres. El acento, es sabido, sirve para recalcar más o menos la persona [307], no para producir el cambio de la misma. 2) Las formas de primera y segunda persona que coinciden en la desinen-

[307] Para distinguir el uso enfático-contrastivo del absoluto.

cia, jamás tienen el mismo tema base, ἡμῶν - ὑμῶν - σφῶν, ἐμέ - σέ - ἕ, y lo mismo en el resto de los casos. Sería, pues, inadmisible que la tercera persona coincidiera en el tema y en la desinencia con la segunda; luego es evidente que si las formas que tienen igual terminación no tienen igual el tema, tampoco las que tienen igual tema podrán tener igual terminación. Por eso, la forma σφωέ debe ser la propia. 3) Se ve también que en los verbos las segundas personas muestran una cierta afinidad con la tercera, y sería superfluo poner ejemplos de esto. Ahora bien, en los pronombres esa afinidad se da entre la primera y la segunda, mientras que en la tercera unas veces faltan formas y otras hay exceso al presentar temas distintos, como ἐκεῖνος, οὗτος, μίν y muchos otros; más aún, mientras existe un nominativo dual en primera y segunda persona, no hay un correlato en la tercera; y, en tanto que la tercera tiene formas de plural compuestas [reflexivas], esto no tie-
169 ne su correspondencia en la primera y segunda. Muchos otros podríamos presentar. En consecuencia, no es obligatorio ni que la forma de dual de primera persona termine en ε- por analogía con σφωέ, ni que la tercera acabe en ι- por analogía con νῶι.

132. Está claro que las razones a favor de σφωέ se vuelven en contra de la forma de tercera persona σφωίν. En su defensa hay que decir que no sería admisible que, siendo dativo, no presentase su característica, o sea, la ι junto con la ν por tratarse de un dativo de dual. Y si se examina con detenimiento se observará que faltan las formas de dual de segunda persona, y que las de tercera se han convertido en formas de segunda persona, puesto que todo pronombre que presenta σφ- sólo puede ser de tercera persona: σφάς - σφίσι - σφέτερος, σφός. De este modo la clasificación según el acento se ha hecho de manera que

las formas tónicas pasaran a la segunda persona, y desde luego no sin fundamento, ya que la segunda persona tiene función deíctica y le conviene la acentuación tónica. A la tercera, por el contrario, carente de deixis [308], le viene bien la énclisis; por eso, hay formas de tercera persona que sólo pueden sentirse como enclíticas: σφέ, μίν. Por otro lado, no es un sin sentido que el pronombre σφωέ sea con ε en correlación analógica con el acusativo de singular (ἕ).

133. Seguidamente hay que tratar también de ἐμαυτοῦ *(de mí mismo),* que es un pronombre compuesto, y, según dice Trifón, posee la misma ambivalencia que ἐμοῦ, por estar compuesto del posesivo y del personal. Piensa 170
él que, cuando va sin artículo, es que la composición se ha hecho a partir del personal: ἐμαυτοῦ ἀκούω *(escucho de mí mismo),* σαυτοῦ φείδῃ *(te compadeces de ti mismo);* pero, cuando lleva artículo, se ha formado del que es capaz de llevar artículo, el posesivo ἐμοῦ: τοῦ ἐμαυτοῦ φίλου ἤκουσα *(escuché del amigo mío mismo),* τοῦ ἐμαυτοῦ οἴκου δεσπόζω *(soy dueño de la casa mía misma).* Parece que fue esa construcción posesiva y la presencia del artículo lo que le confundió, cosas que no son exclusivas del pronombre posesivo. Así pues, es posible, partiendo de sus propios supuestos, demostrar que en dicha composición no está presente el posesivo, y en primer lugar basándonos justamente en los propios artículos.

134. Se dijo, más arriba [309], que cada uno de los posesivos admite junto a él un artículo en su mismo caso, número y género. ¿Cómo, entonces, podría estar presente en él el posesivo si los artículos que lo acompañan no concuerdan con él: τὸν ἐμαυτοῦ, τοὺς ἐμαυτοῦ, τὰς ἐμαυ-

[308] O sea, es anafórica.

[309] en § 120.

τοῦ, y lo mismo con casi todos los géneros en todos los distintos números? Y si los genitivos del pronombre personal dependientes de la cosa poseída pueden admitir todo tipo de cosas poseídas, ¿cómo no va a ser el genitivo del personal el que está presente en ἐμαυτοῦ antes que el pronombre posesivo?

135. Porque si sólo por llevar artículo va a tener que ser el pronombre articular [posesivo], nada nos impide admitir también como articular el pronombre personal enclítico: τοὺς φίλους μου, τοῦ φίλου μου; siendo esto con razón una simpleza, es igualmente simple el admitir que, por el mero hecho de ir al lado un artículo, se trate de una expresión articular [posesiva], ya que los artículos
171 adjuntos no pertenecen al pronombre, sino a las cosas poseídas de que se trate, con las cuales concierta el artículo.

136. Y, al revés, si sólo por referirse a la cosa poseída ya por eso va a estar presente el posesivo, nada nos impide que a cualquier genitivo de la palabra que sea y que dependa de la cosa poseída lo llamemos posesivo, en vez de genitivo. Por tanto, es por ser genitivo por lo que el ἐμαυτοῦ significa posesión, por lo que es evidente que dicha función sintáctica le viene del caso, no de la forma como está compuesto. Según esto, si se cambia en acusativo o dativo ya no puede admitir una cosa poseída, lo que no es posible reconocer en los adjetivos que significan posesión. En efecto, en los adjetivos que significan posesión la función sintáctica de posesivo es inherente a todos los casos ἐμός - ἐμοῦ - ἐμῷ - ἐμόν, ᾿Αριστάρχειος - ᾿Αρισταρχείου - ᾿Αρισταρχείῳ. Y en «Aristarco» nada permite suponer posesión, ni en «a Aristarco», pero sí en el genitivo «de Aristarco». Otro tanto se puede decir de «yo» y «a mí», pero sí lo tenemos de nuevo en el genitivo «de mí»: «casa de mí», «amigo de mí». Lo mismo puede aplicarse a ἐμαυτοῦ, no habiendo sentido posesivo en ἐμαυτῷ o en ἐμαυτόν. (Por eso mismo, también expresiones, como Νέα πόλις [*ciudad nueva*], ἀγαθὸς δαίμων [*buena suerte*] y similares, que no significan posesión, nada les impide el ser declinadas en sus dos elementos, mientras que Κόρακος πέτρα [«peña del cuervo», *Od.* XIII 408], ὑὸς κύαμος [*haba de cerdo*] y semejantes a ellas, sólo puede declinarse la parte que está en nominativo, pues, si se declinase el genitivo, perdería su valor posesivo y, con ello, quedaría privada del significado que le es propio.)

137. Más aún, si fuese el posesivo el que está forman- 172
do parte de ἐμαυτοῦ, entonces dicha forma incluiría dos relaciones de posesión: una, la inherente al posesivo, como la que tienen ἐμός o ἐμόν, y otra, la propia del genitivo, como se puede comprobar en los otros adjetivos que indican posesión; así, en ᾿Αρισταρχείου ἀγροῦ πρόσοδος *(la entrada de la finca perteneciente a Aristarco),* tanto la finca como la entrada de la finca perteneciente (el genitivo, pues, significa una posesión simple, «finca de Aristarco», «entrada de Aristarco»). Otro tanto sucede con el pronombre posesivo: «mi finca», «la entrada de mi finca»; tanto la finca como la entrada son posesiones. Pero con el ἐμαυτοῦ jamás puede expresarse una relación de posesión doble, sino siempre sencilla.

138. Y esto se demuestra poniéndolo en genitivo ἐμαυτοῦ ἀγρὸν ἔσκαψα *(labré la finca de mí mismo),* ἐμαυτοῦ φίλῳ ἀνεθέμην *(lo expliqué al amigo de mí mismo);* sin embargo, los nominativos correspondientes a estos genitivos es imposible encontrarlos, por no ser susceptibles de existir ni en teoría ni en el uso cotidiano, y no por las mismas razones que otras formas inusitadas (pues, quizá, algunos por ignorancia de las causas teóricas podrían

aceptar estos nominativos [310] como sencillamente fuera de uso); y, sin embargo, no pueden aparecer en nominativo, dado que no sólo no se puede decir ἐμαυτός, sino que ni siquiera son posibles construcciones de este tipo: ἐμαυτοῦ δοῦλος ἔτυψεν, ἐμαυτοῦ δοῦλος ἔτυψα *(un esclavo de mí mismo golpeó, golpeé)*, ya que el nominativo-sujeto sólo admite la construcción con el genitivo del pronombre
173 no reflexivo, igual que si se tratase de un genitivo cualquiera, por ejemplo: ὁ δοῦλός μου ἔτυψεν.

139. Y es evidente que no es por el caso por lo que no es admisible, sino por la forma compuesta [reflexiva], la cual tiene por misión característica la acción que nace de una persona y revierte en la misma persona, así el que dice: «me golpeé a mí mismo», expresa una acción nacida de él mismo y vuelta hacia sí mismo, igual que si dijera: ἐγὼ ἐμὲ αὐτὸν ἔτυψα *(yo golpeé a mí mismo)*. Por tanto, si el verbo está en la misma persona que el pronombre del caso oblicuo, es imposible una persona distinta que el nominativo-sujeto, y no me refiero ahora al acusativo y al dativo, pues éstos no precisan otra entidad distinta de que depender; el genitivo posesivo [311], sin embargo, al estar en la misma persona del poseedor y exigir una cosa poseída, no puede ir en nominativo, el caso que pertenece a ésta, puesto que el nominativo-sujeto en que está la cosa poseída al punto arrastrará al verbo a su propia persona, como se hace evidente con otro tipo de construcciones: Ἀριστάρχου γνώριμος ἀνέγνω *(un conocido de Aristarco leyó)*, φίλος μου διαλέγεται *(mi amigo está conversando)*. Así pues, el verbo que afecta a poseedor y cosa poseída no puede corresponder, a un tiempo, a las personas de

[310] O sea, *ἐμαυτός, *σαυτός, *ἑαυτός.

[311] ἐμαυτοῦ.

ambos, que son distintas, dado que ἐμαυτοῦ es de la primera y precisa, ineludiblemente, que el verbo vaya en su misma persona ἐμαυτοῦ ἔτυψα παῖδα *(golpeé a mi propio hijo)*. Pero, si el acusativo de dicha frase lo cambiamos a nominativo, no cabría emplear el verbo en otra persona
que la tercera: παῖς ἔτυψε *(el hijo golpeó)*, y, en conse- 174
cuencia, no tendrían sentido ni ἐμαυτοῦ ἔτυψα παῖς, ni παῖς ἔτυψεν ἐμαυτοῦ.

140. Que el ser personas distintas [312] es causa de incoherencia, resultará evidente si el nominativo-sujeto sentido en tercera persona es puesto en una frase con un verbo copulativo que esté en primera persona, como εἰμὶ δοῦλος *(yo soy esclavo)*. Si a esto le añadimos el ἐμαυτοῦ, la oración resultará coherente, puesto que el verbo ya no es asumido por dos personas distintas. Y lo mismo en segunda persona, σαυτοῦ εἶ ὑπηρέτης *(eres siervo de ti mismo)*, y en tercera, ἑαυτοῦ ἐστιν ἐπίβολος *(es dueño de sí mismo)*. Si, al revés, se emplease en semejante construcción el pronombre simple [no reflexivo], el nominativo-sujeto pasaría a referirse a una persona distinta [313] acorde con la del verbo acompañante: ἐπίβολος αὐτοῦ ἐστι *(es dueño de él)*, δοῦλός μου εἶ *(eres esclavo de mí)*. Esto por lo que toca a su construcción [de los reflexivos],

141. En cuanto a la inexistencia del nominativo [del reflexivo], la prueba pudiera ser la siguiente: hemos dicho antes [314] que los casos oblicuos [del reflexivo] hacen referencia a los nominativos-sujeto de los verbos que les atañen, los cuales remiten la acción a los casos rectos en la activa y a los oblicuos en la pasiva, por ejemplo, «Dionisio golpeó a Teón», «yo te honré». (La pasividad inherente

[312] La del sujeto y la del reflexivo.

[313] De la del pronombre no reflexivo.

[314] En § 29.

a los casos oblicuos es lo que permite cambiarlos a nominativos en la pasiva, a la vez que el que antes era nomina-
175 tivo pasa a genitivo con la preposición ὑπό [*por*]: ἐγώ σε ἔδειρα, σὺ ἐδάρης ὑπ' ἐμοῦ [*yo te golpeé, tú fuiste golpeado por mí*].) Sin embargo, estábamos también de acuerdo [315] en que alguien puede realizar una acción no sólo hacia otra persona, sino también hacia sí mismo. A partir de esta construcción es de donde resultó la doble forma del pronombre, a saber, la simple, cuando se produce el paso de la acción desde otra persona, y el compuesto [reflexivo], cuando la acción que emana de la propia persona revierte hacia sí misma, o sea, es la misma persona la que actúa y sufre la acción (de ahí que se les llamase «reflexivos» por metáfora de los cuerpos que se reflejan a sí mismos [316], o bien «autopatéticos»; los simples fueron conocidos como «alopatéticos» [317], es decir, en cuanto que están afectados por otra persona), adecuándose muy bien estos pronombres [reflexivos] para expresar la unidad de lo que significan, pues, siendo una misma persona la que actúa y la que sufre la acción, uno es también el término compuesto que lo expresa, ἐμαυτὸν ἔπαισα *(me golpeé a mí mismo),* ὑπ' ἐμαυτοῦ ἐπλήγην *(fui golpeado por mí mismo).*

142. «Si los casos oblicuos exigen un caso recto para que la acción resulte claramente emanada de alguien [318], ¿cómo, se preguntará, siendo σαυτόν *(a sí mismo)* caso

[315] En § 139.

[316] Ya sea por la luz (en el espejo) o en relación con el sonido (eco).

[317] Es decir, transitivos (alopatéticos), frente a los intransitivos (autopatéticos), o reflexivos.

[318] El texto, aparentemente corrupto, podría aclararse así: «que σαυτοῦ se convierta en σαυτός, pues al ser el primero caso oblicuo, requeriría un nominativo en que apoyar la acción verbal».

oblicuo no va a exigir un nominativo del que provenga la acción?» A ése le podríamos responder que, en el ejemplo σαυτὸν ἔπαισας *(te golpeaste a ti mismo),* el nominativo-sujeto está en la persona verbal, o sea, tú. Pues, si se convirtiese en σαυτὸς ἔπαισας *(tú mismo golpeaste),*
contendría dos nominativos-sujeto: uno, el del pronombre, 176
y otro, el de la persona verbal, por lo cual la creación no podría constituirse, a menos que uno de ellos se convierta en oblicuo. Ahora bien, el nominativo que es inherente al verbo es indeclinable, puesto que los verbos no presentan casos, mientras que el del pronombre sí es susceptible de declinarse [319].

143. Más aún, podría preguntarse que «lo mismo que existe un nominativo-sujeto inherente a la persona verbal, de igual modo podría suponerse un caso oblicuo presente en la primera parte de los reflexivos ἐμαυτός y σαυτός: *ἐμαυτὸς ἔπαισα *(mí mismo golpeé),* pudiendo entenderse la frase ἐμὲ αὐτὸς ἔπαισα *(a mí yo mismo golpeé),* y de la misma manera que se podría decir ἐμέ φημι [320] sin el αὐτός apositivo, nada impediría que fuera correcto ἐμαυτός ἔπαισα». Pero a esto podría replicarse que no es un caso oblicuo sólo el implícito, sino que pueden ser tres, pues ¿por qué va a estar incluido en el ἐμαυτός el ἐμέ, más que el ἐμοῦ o el ἐμοί? La presencia de estos casos era necesaria para que la coherencia oracional quedase patente, pero con la composición [321] quedan anulados. Y parece demasiado preferir lo confuso a lo claro y usual.

144. Pero, quizá, alguien pudiera presentar a esto la siguiente contrarréplica: «La ambigüedad se resuelve con

[319] O sea, es el único que puede ser oblicuo.

[320] El ejemplo homérico del los §§ 89 y 106.

[321] Es decir, en la forma compuesta del reflexivo el caso oblicuo del primer elemento pronominal es indistinguible.

el contraste de los elementos oracionales; pues, al no poder construirse coherentemente los verbos que integran la frase con cualquier caso oblicuo, sino que unos rigen genitivo, otros acusativo e, incluso, algunos dativo, será de
177 la misma construcción verbal de donde se haga evidente la incertidumbre de caso. Sean los ejemplos: ἐμαυτὸς ἀκούω, [en que] ἀκούω pone de manifiesto un genitivo implícito, al cual rige, [y] ἐμαυτὸς τύπτω, [donde] mediante el τύπτω se revelará el acusativo ἐμέ.» Pero, por otro lado, también se constata que algunos verbos pueden llevar dos casos: τέμνω σε - τέμνω σοί, γυμνάζω σε - γυμνάζω σοί; en ejemplos semejantes, ¿cómo podría el ἐμαυτός establecer la distinción de casos? Tampoco el añadido del artículo puede servir de ayuda; sólo si se mantiene el reflexivo en su forma tradicional, se distingue ἐμαυτὸν τέμνω *(me corto a mí mismo)* de ἐμαυτῷ τέμνω *(hago la paz conmigo mismo).*

145. Y lo que es más, si se rechaza esta explicación, toda la cuestión presente resultará gratuita, pues aun en el caso de que ἐμαυτός fuese admisible, sería indeclinable, dado que las leyes de la composición nominal no permitirían que se declinase, en el medio de la palabra quiero decir, en virtud de que los compuestos nominales son indeclinables en su primer elemento. Y ni siquiera en el último, ya que el nominativo-sujeto es inamovible de junto al verbo: ἐγώ ἀκούω σου *(yo te escucho),* ἐγὼ ἐτίμων σε *(yo te honré),* ἐγώ σοι χαρίζομαι *(yo te hago un favor)* (mientras que en *ἐμαυτὸς ἔτυψα habría de suponerse el acusativo regido por ἔτυψα). En consecuencia, ¿no tendrá que ser indeclinable el ἐμαυτός en su segundo elemento por el verbo, y en el primero en virtud de la composición? Si esto es correcto, ¿no sería en vano pretender buscar el no-
178 minativo de ἐμαυτοῦ? Ya que, si fuera posible el nominativo, no tendría caso oblicuo, luego, al revés, es obvio que, si hay oblicuos, no podrá haber caso recto.

146. A continuación expondremos la causa de por qué el nominativo no puede ser compuesto [reflexivo]. Sea una frase, como ἐγὼ αὐτὸς ὕβρισα *(yo mismo injurié),* y, en pasiva, ἐγω αὐτὸς ὑβρίσθην *(yo mismo fui injuriado),* en las cuales, cualquiera lo reconocerá, las acciones que tienen lugar exigen dos personas: una, la que injuria, y otra, la injuriada. Pero, si se tratase de una acción individual de la misma persona hacia sí misma, de modo que pudiera decirse: ἐγὼ αὐτὸς ὕβρισα ἐμέ *(yo mismo me injurié a mí),* entonces la frase volverá a usar el caso oblicuo reflexivo, o sea, ἐμαυτὸν ὕβρισα *(me injurié a mí mismo).* Es, asimismo, evidente que los compuestos fueron ideados para significar algo distinto a la suma de sus componentes, pues si tuvieran el mismo significado que las partes yuxtapuestas, las formas compuestas serían completamente superfluas. Así, es distinto un χήν *(ganso)* y una ἀλώπηξ *(zorra)* de χηναλώπηξ *(ganso-zorro* [una especie de ganso egipcio]), y μισῶν γυναῖκα *(que odia a una mujer)* de μισογύνης *(misógino),* y muchísimos más. Luego, si el ἐγὼ αὐτός *(yo mismo)* significa, compuesto, algo más que en yuxtaposición, es que la composición era necesaria. Pero, en este caso, no sucede así, pues sólo allí donde se produce alguna diferencia gracias a la composición tiene ésta lugar. Los casos oblicuos de los pronombres simples [no reflexivos] entran en la frase para referirse a una persona distinta [de la del sujeto], mientras que los compuestos [reflexivos] son ajenos al cambio de persona. Lo que no cabe, como ya dijimos [322], en el nominativo. Luego el nominativo no 179
precisa la composición [323].

[322] En § 142.

[323] Ni puede, por tanto, ser reflexivo.

147. No sólo los pronombres [reflexivos] toman de los casos oblicuos su primer elemento de composición, sino también ἀλλήλων [324], pues de éste tampoco puede formarse el caso recto, dado que su construcción con un verbo manifiesta el tránsito de una persona a otra; así, si decimos: ἀλλήλων ἤκουσαν *(se escucharon unos a otros),* es lo mismo que ἄλλοι ἄλλων *(los unos... a los otros), y* ἀλλήλους ἔπαισαν *(se golpearon unos a otros)* igual que «los unos [golpearon] a los otros». Pues, si cupiese un nominativo ἄλληλοι, tendría que ser interpretado como ἄλλοι ἄλλοι *(los unos los otros),* lo cual es un sin sentido, por no poder ofrecer un sentido acabado, debido a la sucesión inmediata de los dos nominativos.

148. Ciertamente, no es un compuesto semejante al anterior pronominal, pues uno significa reflexividad ἑαυτοὺς ἔτυψαν *(se golpearon a sí mismos)* y el otro el tránsito recíproco de la acción de una persona a otra; así, el

> ἀλλήλους τρώσητε (π 293, τ 12)
> *(os hiráis unos a otros)*

no es igual que ἑαυτοὺς τρώσητε *(os hiráis a vosotros mismos),* igual que aquel ejemplo de Píndaro que ya señaló Trifón relativo a Oto y Efialtes y que él aprobó:

> ἀλλαλοφόνους ἐπάξαντο λόγχας (Fr. 163 Sch.)
> *(se clavaron las lanzas mutuamente asesinas),*

pero no así en el

> ἐνὶ σφίσιν αὐτοῖς
> *(en ellos mismos),*

[324] Es el recíproco «unos a otros». Para Apolonio Díscolo no es pronombre, por eso empieza por «no sólo...» y el artículo (neutro).

puesto que no se clavaron las lanzas a sí mismos, sino uno a otro.

149. Parece que fue la propia construcción con 180
ἀλλήλων que reclama, además, un caso oblicuo y no recto [sujeto] [325], la que por necesidad determinó que el nominativo fuera en la parte inicial, con vistas a que, conforme al principio de la composición nominal, permaneciese sin flexionarse y, al mismo tiempo, por la concordancia con el verbo. La parte final se declina de acuerdo con las exigencias de la sintaxis; así, en ἀλλήλους ἔτυψαν *(se golpearon unos a otros),* el «se golpearon» se refiere a la primera parte del compuesto «unos golpearon a los otros», y dado que los diferentes casos oblicuos son necesarios para que los acompañantes [326] de los verbos se realicen coherentemente, por eso ocuparon en el compuesto la parte declinable, o sea, la última, y de este modo el genitivo ἀλλήλων se acople como conviene al ἤκουσαν [327] y el acusativo ἀλλήλους haga lo propio con ἔτυψαν o el verbo que sea, y lo mismo ἀλλήλοις con ἐχαρίσαντο. Pues, una vez más [328], se hace evidente que, si la composición fuese a la inversa, la palabra resultaría indeclinable, puesto que, por un lado, el primer elemento del compuesto no se declina y, por otro, el nominativo-sujeto que se construye con el verbo tampoco puede dejar de serlo.

150. Dado que los pronombres reflexivos poseen formas de plural en tercera persona, que no en primera y segunda, es obligado que tratemos este asunto. Se dice que Aristarco no aceptaba como tales compuestos las formas

[325] El pronombre recíproco requiere, además, un sujeto y complementos explícitos.

[326] O sea, los complementos.

[327] Ejemplo del § 149.

[328] Lo mismo que con ἐμαυτοῦ (reflexivo).

reflexivas de tercera persona, en razón de que era inadmisible que un compuesto de persona en singular se usase convertido en plural, como sucede con ἑαυτόν y ἑαυτούς [329], apoyándose, además, en el uso de la primera y
181 segunda, que, por no existir en plural [330], le servían como prueba de que tampoco la composición en tercera persona era a propósito; y, en tercer lugar, aduciendo el uso homérico, que, en analogía con ἡμέας αὐτούς y ὑμέας αὐτούς, emplea, asimismo, para la tercera persona σφέας αὐτούς [331].

151. Habrón, por su parte, trata de refutar dichos argumentos basándose en el uso ordinario, y convencido también por los ejemplos platónicos [332]; y pretende probar que es posible, a partir de elementos en singular, llegar a una composición en plural, por ejemplo: el compuesto ἑνδέκατον *(undécimo)* forma el plural ἑνδεκάτους *(undécimos).* Y añade: «No hay necesidad de que si una forma existe en tercera persona tenga que existir también en primera y segunda.» Es decir que la consecuencia analógica de ἑαυτῶν o ἑαυτούς no tiene que ser, necesariamente, ἐμαυτῶν o ἐμαυτούς, «ya que lo acaecido en primera y segunda persona tampoco sucede siempre en la tercera; por ejemplo, hay nominativos de dual en primera y segunda persona, pero no de tercera». Y es evidente que a estas razones bien pudo haber añadido que 1) ἐκεῖνος es de tercera persona, pero sus correspondientes en primera y se-

[329] ἕ es el acusativo singular del personal de tercera persona.

[330] No existen *ἐμαυτῶν ni *ἐμαυτούς. En Homero tampoco se emplean en singular las formas compuestas.

[331] En un razonamiento puramente analógico, como correspondía a Aristarco.

[332] El filósofo, aunque pudiera ser el cómico, donde serían de esperar usos vulgares como ἐμαυτός, cf. *Pron.* 69, 19.

gunda no existen, y lo mismo de αὐτός, οὗτος, μίν; 2) todas las formas de dual de primera y segunda personas son tónicas, las de tercera solamente son enclíticas; 3) también hay posesivos de primera y segunda persona de dual, pero no de tercera. Y añade todavía que ciertas formas 182
quedan excluidas del uso por alguna suerte de azar, y nada impide que esto mismo les haya sucedido a las [de plural de primera y segunda persona] del pronombre reflexivo.

152. Hay que reconocer, en favor de Aristarco, que Habrón no entendió lo dicho por aquél, pues no desconocía el ἑνδέκατοι *(undécimos),* ni que una composición de elementos en singular podía dar lugar a un plural. La cuestión por él planteada puede resumirse así: si el ἑαυτόν está compuesto de dos elementos en singular y los dos singulares se refieren a una misma persona atribuyéndose a sí misma la acción que nace de sí misma, ¿cómo podría indicarse pluralidad mediante dicha forma si en ella el primer elemento supone un singular y el segundo un plural?

153. Luego, no es el mismo caso que ἑνδέκατος y ἑνδέκατοι, pues, en «once», se encierran dos realidades distintas, es decir, diez elementos más uno. Esto es lo que sucede con «undécimos», pues, a los que después del diez al ser contados siguiendo un orden les toca el once, a su vez pueden ser llamados «undécimos». «Pero se podrá insistir diciendo: ¿cómo es posible, si está implícito el 'uno', significar una segunda realidad que está en el plural?» Ya dijimos que se trataba de ordinales. Por otro lado, existen compuestos que se refieren a dos personas distintas y que tanto compuestos en singular pueden designar una pluralidad, como compuestos en plural designar una cosa en singular. Por ejemplo, φιλάνθρωπος *(filántropo)* con sus elementos de composición en singular significa una pluralidad, e, inversamente, φιλοπλάτωνες *(platonófilos),* dicho

183 en plural, significa a un sólo Platón. Así pues, nada hay de extraño que, en el caso de «undécimos», aunque tenga un componente en singular signifique algo plural, puesto que se trata de entidades distintas; lo que no sucedía con ἑαυτόν, pues, como ya dijimos, se refieren a una misma persona.

154. ¿Cómo, entonces, no va a ser un absurdo decir que es debida al azar [333] la falta del nominativo de tercera persona, del dual, quiero decir? Es evidente que tal carencia es algo natural, dado que no podría admitir ninguna de las dos formas de acentuación: ni la tónica, ya que es propio del dual del pronombre de tercera persona el ir únicamente enclítico; ni la enclítica, porque es imposible hallar un pronombre en nominativo que sea enclítico. (En el caso del dórico τύ [*tú*] se trata de algo forzado [334], pues, al mismo tiempo que se hace enclítico, abandona el caso, por no poder ser enclítico en él, y se convierte en su afín el acusativo.)

155. Una forma de dual del posesivo de tercera persona no existe, y no, como algunos pudieran creer, porque no haya un genitivo dual del pronombre personal de tercera persona, del cual tenía que haberse derivado el posesivo, puesto que las que se utilizan son dativos por genitivos [335], y lo son, en efecto, tanto por la forma como por el significado. Sin embargo, ningún posesivo se ha derivado del mismo, porque, como hemos mostrado en otro lugar [336], los derivados sólo pueden formarse a partir de las formas tónicas.

[333] En § 151.

[334] Cf. I 20 y 76.

[335] σφωίν.

[336] *Pron.* 36, 27; 92, 4; 111, 5.

156. Por otro lado, también ha quedado dicho anteriormente que el hecho de que existan más formas pronominales [337] de primera y segunda persona que de tercera, es lo natural. ¿Cómo no va a reconocerse que lo menos 184
ceda ante lo más, no sólo en cantidad de formas sino, sobre todo, porque el consenso general de la tradición escrita no se acomoda con el uso desviado de algún escritor y la unanimidad al respecto es prácticamente total? Así, no puede deberse al azar que las más de las formas reflexivas existentes enmudecieran; lo contrario, como ya se ha visto, sí puede suceder [338].

157. Pero tampoco puede decirse que cualquier forma inexistente lo sea por efecto de la analogía. Por ejemplo, no decimos γυνῆς, y de ningún modo faltan las formas correspondientes [339]: como tampoco decimos μεγάλος, y no por eso dejan de existir todos los nominativos en -λος. Y, así, muchos ejemplos. Por otro lado, en lugar de estas formas inexistentes se ha creado otro tema de idéntico significado [340]: γυναικός en lugar de γυνῆς, μέγας en vez de μεγάλος, ὕδωρ en vez de ὕδας. ¿Cómo, entonces, ἐμαυτῶν y las formas correspondientes iban a ser eliminadas como por decreto del uso común igual que del poético? Precisamente los poetas, que son aficionados a seguir lo que se desvía del uso ordinario. Así, por ejemplo, les

[337] *Pron.* 72, 6: doce formas reflexivas de primera y segunda plural y dual, frente a tres de tercera plural.

[338] El sentido es el siguiente: si no existen en la tradición formas reflexivas plurales y duales de primera y segunda persona (las más), tampoco van a existir las de tercera (las menos). Por tanto, si existen éstas, no son analógicas.

[339] De la flexión en -ᾱ; es decir, existe γυνή *(mujer)*, pero no γυνῆς, sino γυναικός.

[340] Son, todos, ejemplos de los llamados heteróclitos.

está permitido decir, tratándose de pronombres, σέο, μίν, y otros muchos más.

158. Queda todavía por explicar lo siguiente: si el σφέας αὐτούς responde mejor a la norma analógica que ἑαυτούς; por qué fue éste el que se mantuvo en uso, si para la tercera tenía menos justificación teórica, y por qué el ἡμέας αὐτούς, siguiendo la misma norma analógica, si es que también tenía menos justificación teórica, no cedió
185 el puesto a ἐμαυτούς [341]. Lo mismo podría decirse de la segunda persona.

159. Ya ha quedado demostrado, en lo que precede, que los pronombres compuestos [reflexivos] fueron ideados para cuando no hay diferencia de personas en la frase [342], mientras que los simples [no reflexivos] entran en construcción cuando se trata de personas distintas. Dábamos también por sentado que todo plural de la primera o segunda persona incluye en sí mismo a las distintas personas; así, «a nosotros» es lo mismo que «a mí, a ti y a él» o «a mí y a vosotros» o «a mí y a ellos». Y lo mismo vale para la segunda, pues a su vez el «a vosotros» es igual que «a ti y a ellos». Por consiguiente, ¿cómo podrían el ἐμαυτοῦ *(de mí mismo)* y sus afines admitir un número que está reñido con la propia esencia de la reflexividad, puesto que en plural significaría personas distintas por incluirse en la pluralidad la segunda y la tercera junto con la primera? Mientras que la tercera persona, ajena a la anterior observación, o sea, a la inclusión de las distintas personas, muy bien puede cambiarse en plural, puesto que solamente incluye terceras personas.

[341] En resumen: si tenemos ἑαυτούς en la tercera, por qué no tenemos también *ἐμαυτούς y *σαυτούς en la primera y segunda, sino ἡμᾶς αὐτούς y ὑμᾶς αὐτούς.

[342] Cuando las personas del sujeto y la pronominal objeto son la misma.

160. Parece claro que, según el anterior razonamiento, nadie tendrá duda ya de la causa por la cual de las formas plurales no se forman compuestos en plural [343]. Lo que impide la composición en el plural de los pronombres
se deduce del plural de los simples. Acabamos de decir, 186
en efecto, que en los plurales de la primera y segunda persona se producen amalgamas de personas, luego será inútil formar compuestos plurales cuando los mismos pronombres en singular, al hacerse compuestos, permanecen en singular [344]. Por el contrario, ni σφέας αὐτούς *(a ellos mismos)* ni sus afines, al no ser de distintas personas, se han hecho compuestos, ya que el uso que cabría esperar de su composición quedaba excluido por la forma previa de plural con la cual puede trocarse [345]:

> σφέας αὐτοὺς ἀρτύναντες (N 152)
> *(disponiéndose a ellos mismos)*

es igual que ἑαυτοὺς παρασκευάσαντες *(preparándose a sí mismos).*

*

161. Una vez que, conforme a la anterior observación, se han mostrado los pronombres reflexivos en plural como no compuestos, vamos a considerar también ἡμεδαπός *(de nuestro país)* y ὑμεδαπός *(de vuestro país)* para dejar cerrado el tema, ya que algunos presentan algunos reparos sobre si la composición se ha hecho a partir de ἡμῶν *(de*

[343] En la primera y segunda persona, las formas reflexivas no son ἐμαυτούς o ὑμαυτούς, sino ἡμᾶς αὐτούς, ὑμᾶς αὐτούς, etc.

[344] No pueden referirse a otras personas distintas de sí mismas.

[345] El resultado de hacer un compuesto de σφέας + αὐτούς era innecesario, ya que estaba ocupado por ἑαυτούς.

nosotros) y ἔδαφος *(suelo, país)*. Para sostener esta opinión, hay que probarla tanto por la forma como por el significado, dado que ésta es una característica de todo compuesto [346]. Por ejemplo, en μισογύνης *(misógino)* se incluyen μισεῖν *(odiar)* y γυνή *(mujer)*, y en φιλόπονος *(amigo del trabajo)*, φιλεῖν *(amar)* y πόνος *(trabajo)*. Y si una palabra simple en la forma se descompone en más significados, no por eso es compuesta, como en τοξότης *(arquero = disparar + arco)*, σκυτέυς *(pielero, zapatero = cortar + cuero)*, aunque también se refiera implícitamente a la acción de cortar; otra cosa sería si la propia forma lo incluyese expresamente, como en σκυτοτόμος *(zapate-
187 ro: cortacuero)*. De ahí que casos como «Aristarco» y similares, al ser propios, algunos no los cuentan entre los compuestos, porque sus significados no lo son. Ahora bien, ya se mostró [347], a este respecto, que la composición originaria prevalece en ejemplos como el

> ἀρίσταρχος Ζεύς
> *(Zeus aristarco* [= excelente soberano]),

del poema de Baquílides, pero no posteriormente convertido en nombre propio convencional. Por lo tanto, si la forma y el significado responden [al principio de la composición] nada impide llamar compuestos a dichas formas.

162. «Pero, dicen, era preciso que fueran barítonos [348], como sucede con ἄξιφος, δύσριγος, εὔτειχος.» Eso, sin embargo, no es decisivo, pues en cada tipo de composición los acentos son diferentes; así, se acentúan con agudo εὐτελής, εὐειδής, pero no εὐμήκης, μεγακήτης, que lo

[346] El ser compuesto en la forma y en el significado.

[347] En una obra perdida sobre las formas de composición nominal.

[348] Esto es: «si ἡμεδαπός fuera compuesto no debería ser oxítono».

lleva la η de la penúltima sílaba. Por tanto, qué impide que digamos: los compuestos de ἔδαφος son oxítonos, igual que los de ἔργον en κακοεργός, ὑπουργός, a no ser que los verbos tuvieran existencia previa [349], a ὑπουργῶ y similares me refiero. «Pero, dirán, era preciso que fueran comunes [350].» A esto podría replicarse, a su vez, que, al tiempo que se produce la acentuación aguda, tiene lugar la alteración del género, dado que los comunes tienen acentuación barítona: κακόπαστος, δύσριγος, κακόπαθος.

163. Una refutación más rigurosa podría hacerse, si se declarase que jamás un pronombre personal de primera y segunda persona entra en composición con otra parte
de la oración distinta, y que jamás un pronombre de éstos, 188
estando en plural, puede ser compuesto. Los pronombres, en efecto, forman derivados más bien que compuestos con otra partícula de la oración, como ocurre con ἐμοῦ ἐμός, νῶιν νωίτερος, ἡμῶν ἡμέτερος. Así pues, si se admitiese su composición, no podrían clasificarse ni entre los pronombres ni entre los adjetivos, pues en las formas compuestas la parte final es lo determinante para ello. (Por ejemplo, μισάνθρωπος es nominal, aunque incluya el verbo μισεῖν, y εὐσεβῶ es un verbo, aunque esté formado por el adverbio εὖ, y lo mismo χειρογραφῶ, aunque χείρ esté contenido en él. Por tal motivo, cualquier parte de la oración puede permanecer siendo de la misma clase [351], tanto en su forma simple como en la compuesta, si es que puede entrar en composición, naturalmente; no así la preposición, que, si bien puede formar compuestos sin fin, sólo puede ir al comienzo del compuesto y el primer ele-

[349] Y se derivasen de los verbos.

[350] Adjetivos de dos terminaciones, las mismas para el masculino y femenino.

[351] Que el segundo elemento del compuesto.

mento no es determinante.) Si esto es cierto, ¿cómo no va a ser ἡμεδαπός una parte de la oración nominal [adjetivo], si lo es ἔδαφος que lo compone? Pero, al revés, ¿cómo podría ser una parte nominal, la que se utiliza en lugar del nombre?, ¿cómo podría un nombre [indeterminado] aplicarse a una persona definida? Pues decimos ἡμεδαπός y ὑμεδαπός usándolos pronominalmente para designarnos a nosotros mismos y a quienes nos estamos refiriendo.

164. «Pero, se objetará, también los sufijos de derivación pueden ser determinantes [352], de modo que de ὀψέ adverbio, ὀψινός no lo es, y de ποιῶ, verbo, sale un nombre: ποιητής. De la misma manera, si ἡμεδαπός fuese un derivado, muy bien pudiera admitirse que fuera un adjeti-
189 vo.» A ése le podríamos contestar: ὀψινός dejó de ser adverbio al adoptar casos y géneros, y al depender adjetivamente de un nombre y no de un verbo, pues sin duda hay diferencia entre ὀψέ ἦλθε *(llegó tarde)* y ὀψινὸς ὁ Διονύσιος ἦλθε *(Dionisio llegó tardío);* y ποιητής *(poeta)* ya no presenta una voz activa y pasiva regular (como ποιῶ [*hacer*]), ni distinción de personas ni variaciones temporales. Sin embargo, ἡμεδαπός, por estar en lugar de un nombre, distingue también las personas; luego, no ha perdido su carácter pronominal y, por la misma razón que ἡμέτερος, permanece como pronombre, aun cuando presenta un sufijo de derivación adjetiva; puesto que sigue conservando todas las funciones de pronombre.

165. Una vez sentado esto, todo lo anterior favorecerá nuestra opinión [353], pero con ello no estará dicho todo, puesto que, además, la propia forma permite reconocer que ἔδαφος no está contenido en ellos. La falsa hipótesis

[352] Para la pertenencia a una u otra parte de la oración.

[353] De que es un derivado y no un compuesto.

consiste en suponer que la derivación es equivalente a la palabra ἔδαφος, al igual que tantas otras elucubraciones parecidas; por ejemplo, χαλκήρης no está compuesto con ἀρηρέναι *(guarnecer),* sino que es igual a *** [354] Fanias, Arquias, Gorgias. Como tampoco contiene el verbo τηρεῖν el μελιτηρὸν ἀγγεῖον *(vaso para la miel),* sino que está formado del genitivo μέλιτος, como δεῖματος δειματηρός, καμάτου καματηρός, ὀλίσθου ὀλισθηρός. Muchos otros ejemplos podríamos añadir a éstos. Así pues, de la misma manera que otros sufijos de derivación añaden un significado a la palabra de que forman parte, en el cual pueden 190
convertirse (Κρονίδης [*Crónida*] en «hijo de Crono», γοργότερος en «el que es más terrible que alguien», y si son adverbios, como οἴκοθι en «en casa»), de la misma manera ἡμεδαπός, derivado étnico, al tiempo que con la derivación recibía un significado coincidente con el del adjetivo en que podía transformarse.

166. Es preciso, sin embargo, detenerse a considerar por qué causa la derivación se ha producido solamente a partir de los plurales, mientras que los pronombres posesivos se han derivado de cada uno de los números, y por qué motivo la derivación no se ha extendido a la tercera persona. En efecto, en lugar de σφεδαπός se ha formado ἀλλοδαπός *(de otro país)* y no soy tan atrevido como para decir que ἄλλος *(otro)* sea un pronombre, puesto que está reñido con la noción de pronombre, esto es, lo que el pronombre define, es anulado por ἄλλος y hecho indefinido: yo no, otro; tú no, otro.

167. A lo primero [355] se puede aducir que la deriva-

[354] Puede faltar algo (Uhlig), pero no necesariamente. Puede entenderse: «...igual que Fanias, Arquias, Gorgias» (que tienen un sufijo de derivación, y no un segundo elemento de composición).

[355] Por qué se ha derivado de los plurales.

ción a partir de singulares o duales sería más improcedente, pues no se entendería una nación formada por una persona o dos, sino por innumerables; así, cuando uno dice: «éste es de nuestro país», se incluye a sí mismo y a sus conciudadanos. Por el contrario, a ἐμός *(mío)* y a ἡμέτερος *(nuestro),* que se refieren a todo lo que caiga bajo la rúbrica de posesión, les es indiferente ser derivados de un número u otro. (Por eso, con ἡμέτερος tiene que su-
191 plirse πολίτης [*ciudadano*], no así con ἡμεδαπός, pues para tal significado se basta sólo el sufijo de derivación].)

168. Sobre lo de que en la tercera persona no admite la derivación, podría creerse que la causa es lo inusual de dicha forma pronominal. Pero esto no es verosímil, pues, por ejemplo, tenemos el σφετερίζεσθαι *(apropiarse)* derivado del inusitado σφῶν *(de ellos, de sí).* (Y tampoco se usa μῆλον para denominar la oveja, lo que no se puede decir de su derivado, el μηλωτή [*pies de oveja*]; y lo mismo δέρκεσθαι [*mirar*], pero no es inusual δορκάς [*gacela*] [356] o el compuesto ὀξυδορκεῖν [*ser de mirada penetrante*].)

169. Parece, por tanto, que la ausencia de derivación a partir de la tercera persona tiene que ser algo más simple: de la misma manera que no era del todo inverosímil el motivo de por qué habría composición en la tercera persona, en plural, quiero decir, no habiéndola en primera y segunda [357]; del hecho de que exista derivación en primera y segunda persona no se sigue tampoco que tenga que haberla necesariamente en la tercera. Está claro que lo que se reconoce como causa subyacente es que los plurales de primera y segunda persona comprenden en sí mismos una

[356] Denominación por la mirada.

[357] Cf. § 158.

serie de terceras personas diferentes. Así, el que dice «a nosotros» se refiere a sí mismo y a las personas acompañantes externas a él, y si uno, dirigiéndose a alguien, dice «a vosotros», incluye tanto a la persona presente como a las ausentes. Por tanto, al hacer una derivación étnica a partir de estas personas [primera y segunda], dada la prevalencia de las primeras y segundas personas singulares inherentes a dichas formas [358], ello le permitirá designar a
una única y misma nación, mientras que la tercera, al sig- 192
nificar personas muy distintas, no puede presentar una derivación étnica, pues con ella no designaría a un solo pueblo, sino a todos los que potencialmente estuvieran comprendidos en la tercera persona plural. Porque, según antes, no hay en la tercera prevalencia de una persona singular y, en consecuencia, pueda entenderse la derivación étnica en un solo sentido, como en el caso de ἡμεδαπός.

170. Por otra parte, al ser posible en la tercera persona el empleo de adjetivos étnicos, ello da lugar a la categoría propia de los étnicos; así, cuando decimos «pergameno», «edeseno», «alejandrino». Cosa que no es posible en primera y segunda persona, es decir, el empleo de tales adjetivos. Luego, si un ateniense, dirigiendo la mirada hacia otro ateniense, dijera: «éste es ciudadano ateniense», se excluiría a sí mismo de tal nacionalidad, en cuanto que él no se incluye entre los atenienses, pues si se incluyese lo pondría en primera persona, puesto que es él mismo el que hace la declaración. Pero, si lo que se usa en primera persona no puede ser una forma nominal, sino un pronombre, es evidente que tendrá que designarse pronominalmente a sí mismo. Y, si es cierto que la primera persona prevalece sobre las otras personas, el resultado no puede

[358] En «nosotros» hay prevalencia de «yo», en «vosotros» de «tú».

ser otro que ἡμεδαπός, que puede resolverse en ἡμῶν πολίτης *(ciudadano de nosotros),* igual que «Crónida» en «hijo de Crono», y ejemplos semejantes. Otro tanto puede
193 decirse de la segunda persona. Por el contrario, en la tercera, si la nacionalidad es conocida, se emplearán los propios étnicos, como ya se dijo; si no es conocida, se adoptará la derivación formada a partir del adjetivo de las denominaciones étnicas concretas, a saber, de ἄλλος *(otro).* El ἀλλοδαπός *(de otro país)* expresa, efectivamente, que no es ἡμεδαπός *(de nuestro país),* ni ὑμεδαπός *(de vuestro país),* ni ciudadano ateniense. En consecuencia, bajo ningún criterio puede clasificarse el ἀλλοδαπός con los derivados pronominales, sino como negación de las susodichas nacionalidades.

LIBRO III

1. Expuestos ya con detalle en el libro anterior los 194
rasgos distintivos de los pronombres por separado, es obligado que tratemos de discurrir sobre las peculiaridades que desarrollan en compañía de otras partes de la oración, dado que algunas son causa de incoherencia y otras son indiferentes a la misma, como es posible reconocer en primer lugar a partir de los propios pronombres.

2. A αὐτός *(mismo)* le llaman apositivo, puesto que, dicen, puede aponerse a todas las personas pronominales; pero si con ello quieren decir que él únicamente, es evidente que no se ajustan a la verdad, pues eso mismo sucede con ὅδε *(éste):*

> ὅδ' ἐγὼ χείρων
> *(éste soy yo, el peor...),*
>
> κεῖνος μὲν δὴ ὅδ' αὐτὸς ἐγώ, πάτερ (ω 321)
> *(ese mismo soy yo, padre...),*
>
> οὗτος ἐγὼ ταχυτᾶτι (Píndaro, *Ol.* IV 22)
> *(éste soy yo en rapidez).*

Ahora bien, si lo que quieren decir es que lo es sobre todo
αὐτός, en ese caso estaría de acuerdo con lo dicho. Pues 195
no habría quien se atreviese a tachar tales construcciones

de no sujetarse a la razón, siendo empleadas por los más ilustres varones y no habiendo razón que oponerles, como voy a probar. Parece, entonces, claro que lo que le procuró tal denominación fue la frecuencia en construirse de dicho modo, por la misma causa que también en otros casos es el uso por excelencia el que prevalece.

3. Estoy un tanto perplejo ante el hecho de que los pronombres de primera y segunda persona jamás pueden transferirse a las terceras personas, mientras que los de tercera persona, aunque no todos, se emplean con las primeras y segundas. Por ejemplo, ἵ *(él),* ἕο *(de él)* y formas afines, que son simples [no reflexivas] en singular, no pueden funcionar de primeras y segundas personas, pero el αὐτός sí puede ser usado en lugar de ellas.

> αὐτὸς ἑκὼν οἱ δῶκα (δ 649)
> *([yo] mismo se la di de buena gana),*
>
> αὐτὸς νῦν ἴδε πῶμα (θ 443)
> *(examina [tú] mismo la tapa).*

Y, lo que es más importante, es aceptado por todos que ἑαυτοῦ, ἑαυτόν *(de sí mismo, a sí mismo)* y formas afines están compuestas de dos terceras personas, de las que, a su vez, se forman los plurales ἑαυτῶν y ἑαυτούς *(de sí mismos, a sí mismos),* los cuales se usan en primera y segunda persona. Por tanto, ¿cómo no va a ser ilógico que una construcción no sea aceptable en singular, pero pueda admitirse transformada en plural? Porque no decimos ἑαυτὸν ὕβρισα *(ofendí a sí mismo)* o ἑαυτὸν ὕβρισας *(ofendiste a sí mismo),* pero sí ἑαυτοὺς ὑβρίσαμεν *(nos ofendimos a nosotros mismos: a sí mismos).*

4. Desde luego, se podría responder en pocas pala-
196 bras lo siguiente: quizá dichas construcciones representen un solecismo debido a la trasposición de personas, pues si algo está en tercera persona y es usado en primera o segunda, hace la oración incoherente. (Y, al revés, si algo está en primera o segunda y es usado en tercera, dará lugar a parecida incoherencia; por ejemplo, si se dijere: «yo escribo, tú escribes, vosotros escriben».) Si esto es verdad, ¿cómo puede el ἑαυτούς, una tercera persona y compuesto de elementos en tercera persona, dar lugar a una oración coherente en primera y segunda? Lo correcto es decir: ἑαυτοὺς τύπτουσιν *(se golpean a sí mismos),* no ἑαυτοὺς τύπτομεν *(nos golpeamos a sí mismos).*

5. Por otro lado, cualquier incoherencia gramatical es susceptible de rectificación en la forma adecuada. Por lo tanto, si ἑαυτοὺς ὑβρίζομεν es un solecismo, ¿cuál es la forma correcta? Se diría que ἡμᾶς ὑβρίζομεν *(nos ofendemos).* Mi opinión es que no, y no sólo por el uso, sino basándome en la prueba que establecimos antes [359] de que es imposible que los pronombres no reflexivos se construyan con verbos en su misma persona [360], excepción hecha del nominativo; así, es posible decir: ἐγὼ ὕβρισα, ἡμεῖς ὑβρίσαμεν, mientras que ἐμὲ ὕβρισα ha de transformarse en ἐμαυτόν. Por tanto, no serán correctos el ἡμᾶς ὑβρίσαμεν [361], ni el ἡμῖν ἐλαλήσαμεν *(hablamos para nosotros).*

6. Es preciso, entonces, que nos detengamos a explicar qué es lo que produce la incoherencia, no amontonando ejemplos inútilmente, como algunos que no hacen sino
pregonar los solecismos, pero sin explicar lo que los pro- 197
voca. Si no se sabe al mismo tiempo eso, de nada servirá poner ejemplos.

---

[359] En II 146.

[360] O sea, los pronombres simples en caso oblicuo no pueden ser usados como reflexivos.

[361] Lo correcto sería «nos ofendimos a nosotros mismos».

7. Junto con esto, tampoco son verdaderas las razones que dan. Por ejemplo, admitamos que hay incoherencia en cuanto al número, como algunos suponen, en

> κούρω δὲ κρινθέντε δύω καὶ πεντήκοντα (θ 48)
> *(los cincuenta y dos jóvenes escogidos),*

pues afirman que el dual no puede emplearse por el plural, pero sí el plural por el dual. Es claro que aquí subyace una causa y que no admitimos, como se mostrará en lo sucesivo [362], que el κρινθέντε *(escogidos)* se refiere a πεντήκοντα *(cincuenta)*. O que la hay, asimismo, en cuanto a las personas:

> ἀλλ' αἰεὶ φρεσὶν ᾗσιν ἔχων ἀλάλημαι ὀϊζύν (ν 320, λ 167)
> *(pues siempre ando errante con la desgracia en «su» corazón).*

«En efecto, hay incoherencia, dicen; era preciso que fuera ἐμῆς *(en mí...)*». También para este caso hay una razón implícita. Pues si se da por bueno el ἑαυτοὺς ὑβρίζομεν y ejemplos similares, es evidente que también hay que admitir el anterior. ¿Es que hay alguna causa que haga rechazar a éste y aceptar el ἑαυτοὺς ὑβρίζομεν? O que también hay incoherencia en cuanto a los casos, por ejemplo, cuando en la frase siguiente exigen un genitivo

> οἱ δὲ δύο σκόπελοι
> *(las dos rocas, una...)* [363].

También aquí es posible advertir si es que falta algo, o
198 cuál es la causa de que sea exigible el genitivo. Baste con

[362] No en la *Sintaxis*. Cf. *Pron.* 85, 1. κούρω y κρινθέντε son duales.

[363] Cf. I 156. Es decir, «de las dos rocas, una...».

estos ejemplos para no alejarnos demasiado de nuestro propósito.

8. Tampoco se me oculta que algunos han metido confusión en los conceptos comúnmente aceptados: barbarismo es el vicio que afecta a una sola palabra, y solecismo el que se refiere a la conexión incoherente de palabras, opinando ellos que también se produce solecismo en una palabra aislada, si, tratándose de un femenino o de una pluralidad, se dijera «éste», y añaden otros ejemplos de parecida simpleza. Primero, porque ningún nominativo solo puede constituir una oración perfecta sin un verbo, y un verbo que no exija, además, un caso oblicuo [364]. Así, es una oración perfecta: «éste pasea», pero no lo es: «éste ofende», pues falta decir a quién. Por otro lado, si nosotros decimos: «¿quién te pegó?», la respuesta «éste» participa del verbo de la pregunta: «¿quién se llama Áyax?», «éste». Por tanto, no es cierto que el solecismo se produzca en una palabra aislada [365].

9. Parece también evidente que [si dices «éste» para un femenino] la oración en sí misma es correcta, sólo que está cambiado el género en relación con la deixis efectuada por él. Luego es claro que el solecismo, recientemente inventado, del pronombre «éste» no podría producirse de noche [366]; así que habría que añadir a su definición: «a no ser que la frase tenga lugar en circunstancias de nocturnidad», ya que el sexo sólo se hace manifiesto a la vista.
Lo cual es ridículo, pues los solecismos se reconocen por 199
el oído, demostrado el error por la incoherencia concomi-

[364] Si el verbo es intransitivo, basta el nominativo-sujeto más el verbo. Si el verbo es transitivo, exige también el objeto.

[365] Frente al concepto semántico de oración de I 2, parece ser el de aquí más funcional.

[366] Por no distinguirse el sexo del referente; Apolonio Díscolo ironiza.

tante a la construcción de las palabras, y pueden ser captados incluso por los de vista débil, pues no están faltos del sentido apropiado para el lenguaje, o sea, el oído. Por tanto, se concederá que los errores de designación no están comprendidos en la teoría del solecismo. Eso sería efectivamente un absurdo, como también lo es el ejemplo anterior.

10. Entonces, si alguien dice: «éste me pegó» referido a una mujer, no hay error sintáctico, puesto que cumple las reglas de la coherencia gramatical. Pero si tratándose de una sola mujer se dijera: «ésta me pegaron», evidentemente comete solecismo, debido a la incoherencia de las palabras, aunque la atribución del género sea correcta. Pues la coherencia o incoherencia gramaticales no reside en los contenidos, sino en la construcción de las palabras, las cuales son susceptibles de ir transformándose en la forma adecuada, manteniéndose siempre los contenidos básicos. Es, incluso, posible decir en neutro: «esto me pegó», y ni aún así es incorrecta la frase, pues de ningún modo está falta de algo, por referirse el pronombre a γύναιον [367], igual que

νεφέλη δέ μιν ἀμφιβέβηκε
κυανέη, τὸ μὲν οὔ ποτ' ἐρωεῖ (μ 74)
(una parda nube lo tiene rodeado, lo que jamás lo suelta),

donde el pronombre neutro se refiere a νεφέλη *(nube)* que es sinónimo de νέφος [368], y lo mismo sucede con el

200 ἦ μάλα δὴ τάδε δώματα κάλ' Ὀδυσῆος (ρ 264)
(éste es, sin duda, el bello palacio de Odiseo),

οὐκ ἄν τίς μιν ἀνὴρ ὑπεροπλίσσαιτο (ρ 268)
(ningún hombre la despreciaría),

[367] «Una mujercita» o «mujerzuela». En griego los diminutivos son neutros.

[368] La primera, femenino; la segunda, neutro.

aquí el pronombre se refiere al sinónimo de δῶμα, οἶκος [369]. Por eso, en seguida viene:

γινώσκω δ' ὅτι πολλοὶ ἐν αὐτῷ δαῖτα τίθενται (ρ 269)
(sé que dentro de él muchos están celebrando un banquete).

11. Sin embargo, cabía la posibilidad de detectar una especie de solecismo en una palabra compuesta [370], me refiero a ἑνδέκατος *(undécimo)* y, sobre todo, en ἑνδεκάτη *(undécima);* pero no es posible afirmar que forma parte de ellos el genitivo ἑνός *(de uno),* puesto que tales compuestos se hacen a partir del nominativo: τρεισκαιδέκατος *(decimotercero),* τεσσαρεσκαιδέκατος *(decimocuarto).* Y el ἑνδεκάτη no se ha constituido de este modo. De su forma se pueden decir dos cosas: una, que es simple, esto es que estaría formado a partir del numeral ἕνδεκα *(once),* ya sea que éste lo esté por yuxtaposición o por composición, y que de él se produjo el derivado ἑνδέκατος, igual que de ἕβδομος *(séptimo),* ἑβδόματος *(séptimo,* en Homero), y de ellos, a su vez, el femenino ἑβδομάτη, ἑνδεκάτη. Que de dos palabras yuxtapuestas se puede formar un solo derivado compuesto, lo hemos mostrado con muchos ejemplos [371], como τὸ αὐτό *(lo mismo)* - ταὐτότης *(identidad);* de un individuo que está junto a un río: παρὰ ποταμόν - παραποτάμιος.

12. También es posible explicarlo así: incluso si la composición tiene lugar a partir de δέκατος *(décimo)* [372], está dentro de la razón el que se haya podido componer con el neutro [ἕν], pues, cuando un numeral entra en composi-

[369] La primera, neutro; la segunda, masculino.

[370] Cf. II 153.

[371] En el tratado perdido: *Sobre la composición nominal.*

[372] Las posibilidades son ἐν + δέκατος, o bien ἕνδεκα + τος.

201 ción, éste se toma en género común [373], por ejemplo, οἱ τέσσαρες - αἱ τέσσαρες - τεσσαρεσκαιδέκατος *(los cuatro - las cuatro - decimocuarto),* y el resto de los numerales. Luego no podría haber composición con el masculino εἷς *(uno),* ya que entonces no podría expresarse el femenino; ni tampoco haber composición con el femenino μία *(una),* porque ahora sería el masculino el no expresable. Y si ambos géneros están condensados en el neutro (pues «éste» y «ésta» pueden condensarse en uno solo, a saber, en «esto», que es, a su vez, algo que está en el uso; por ello, y en conformidad con lo anterior, aunque de γύναιον [374], neutro, se diga «esto», no se comete solecismo, como algunos sostienen; y sería superfluo aducir más ejemplos), entonces está de acuerdo con la analogía usar el neutro ἕν en la composición, para que ni el masculino ni el femenino acaparen para sí el género [375].

13. Por tanto, como ya hemos adelantado [376], la causa de la incoherencia gramatical es, en resumidas cuentas, la siguiente: de las partes de la oración, unas se flexionan en números y casos, como el nombre y cuantas son susceptibles de admitir uno u otro número junto con el caso; otras, en personas y números, como los verbos y pronombres; otras, en género, como los ya referidos nombres [377] y cuantas pueden presentar distinción de géneros; algunas, por el contrario, no admiten nada de lo anterior, como las indeclinables, a saber, las conjunciones, las preposiciones y, prácticamente, todos [378] los adverbios.

[373] En griego, los numerales, hasta el cuarto, la admitían.

[374] «Mujercita» o «mujerzuela», cf. § 10.

[375] Concibe el neutro como el término no marcado de la oposición masculino/femenino.

[376] En II 129.

[377] Nombre, adjetivo y participio.

[378] Cf. § 19.

14. Las partes de la oración en primer término mencionadas, transformadas de acuerdo con sus flexiones pro- 202
pias con vistas a las debidas correspondencias de los susodichos números, personas y géneros, se van distribuyendo en la composición oracional [379] para que queden conectadas a aquella con la que entren en relación, pongamos por caso, plural con plural, en concurrencia con la misma persona verbal: «nosotros escribimos», «los hombres escriben»; pero si hay también paso de la acción verbal a otra persona, ésta ya no requerirá el mismo número, siendo posible decir: «golpean al hombre», y también: «golpean a los hombres».

15. Un razonamiento similar cabe cuando lo que tiene que concordar es el género o el caso: «nos escuchan a nosotros mismos»; y, una vez más, si hay paso de la acción verbal a otra persona, es indiferente tanto el caso como el número: «él mismo nos escucha», «ellos mismos nos escuchan». Pero si αὐτός *(mismo)* concuerda en caso con el pronombre que acompaña, es que se refiere a la misma persona debido a la congruencia de casos, a no ser que una conjunción interpuesta permita diferenciar la persona, por ejemplo: ἡμῶν καὶ αὐτῶν ἀκούουσιν *(nos escuchan a nosotros y a ellos)* [380].

16. Otro tanto puede decirse de los géneros. Así, diremos: «estos hombres», y, una vez más, si hay transición de la acción verbal a otra persona, el género y el número serán indiferentes: «una mujer ofendió a éstos». Es superfluo seguir aduciendo ejemplos de lo mismo, pues con lo dicho está de sobra claro.

[379] Se va atribuyendo cada forma según su función oracional.

[380] Sin la conjunción καί, significaría: «nos escuchan a nosotros mismos».

203 **17.** Pero si, como dijimos antes [381], a una palabra cualquiera le aconteciese el no presentar dichas distinciones, podrá conectarse indiferentemente a todas las susodichas clases de palabras, esto es, a los distintos géneros, casos, números, personas y demás accidentes que sean susceptibles de admitir, pues carece en sí mismo de las variaciones flexionales que pudieran poner de manifiesto la incoherencia.

18. Por ejemplo, καλῶς *(bien)* y similares, pueden entrar en construcción con cualquier persona o número, como cuando decimos: «escribí bien», «escribo bien», e igualmente con los distintos tiempos: «escribí» o «escribiré». Es obvio que este tipo de construcción es coherente, pues la relación adverbial, al no admitir éste números, ni personas, ni modos ni tiempos como presenta el verbo, no tiene impedimento alguno a la hora de la conexión sintáctica, puesto que la prueba de la correspondencia formal no puede ser hecha [382]. Ahora bien, no podría hallarse otro tanto con καλός *(bello, bueno),* pues se da el caso de que es una tercera persona en número singular y, en consecuencia, sólo se unirá a «escribir» en tercera persona del singular, o sea, καλὸς γράφει, καλὸς περιπατεῖ, y dado que a su vez καλός no incluye ninguna noción temporal, le será indiferente construirse con diferentes tiempos verbales.

19. De ahí que, por otro lado, los adverbios clasificados según las distintas relaciones de tiempo puedan construirse con las distintas personas y también números, pero no indiferentemente con formas de futuro, de presente o

[381] En § 13.

[382] Más claro: al carecer el adverbio de accidentes, no puede violar las leyes de la coherencia.

de pasado [383]; no así los que se apliquen a cualquier dimensión temporal, me refiero a νῦν *(actualmente, en tal momento)* y similares. Y, de igual manera, los adverbios 204
que incluyen un significado modal, por ejemplo, εἴθε *(ojalá),* ἄγε *(ea, vamos);* como el imperativo es incompatible con el optativo, por eso el εἴθε rechaza al imperativo, lo mismo que ἄγε al optativo. Y al revés, al carecer el resto de los adverbios de dichos significados, nada les impide construirse con todos los modos verbales. Tal tipo de construcción ya lo hemos expuesto en el tratado *Sobre los adverbios* [384], y todavía hemos de volver sobre ello en su momento [385].

20. Lo mismo se puede decir de las conjunciones, ya que al no distinguir ninguno de los susodichos accidentes, son susceptibles de construirse indiferentemente con respecto a los distintos géneros, casos o personas. Pero si tuviese lugar en ellas una función particular, en ese caso no podrá aplicárseles el anterior principio, debido al sentido inherente a dicha conjunción. Para no extendernos demasiado en este lugar tratando de las conjunciones, nos valdrá con un único ejemplo.

21. De la conjunción ἄν [386] se ha dicho, basándose meramente en el uso, que se construye con tiempos de pasado, excepción hecha del perfecto [387]. Si sólo sobre la ba-

[383] El texto está corrupto. Apolonio Díscolo se refiere a «ayer», «hoy», «mañana».

[384] En *Adv.* 123, 1 ss.

[385] En la parte perdida del libro IV, tal vez.

[386] Partícula modal de distintos valores (posibilidad, irrealidad...).

[387] La regla es matizable. La frase que sigue en futuro de indicativo o aoristo de subjuntivo, aunque rara, es posible en la épica, no así en tiempos de Apolonio Díscolo. Para lo que sigue, cf. R. Camerer. «Die Behandlung der Partikel ἄν in den Schriften des Apollonios Dyskolos», *Hermes* 93 (1965), 168-204.

se de la siguiente frase se preguntase qué es lo que resulta incoherente en γράψω ἄν *(yo hubiera escrito),* no sería posible contestar qué es lo incoherente, si no es recurriendo a la intuición. Pues, al no poder alterar el número u otro
205 accidente cualquiera, no puede replicarse que el verbo no concuerda en número, en tiempo o en voz. Ahora bien, la causa de la incoherencia es la siguiente: la conjunción ἄν implica la suspensión de las acciones a realizar, circunscribiéndolas a la esfera de la potencialidad, de ahí que se le llame «potencial». Así pues, ἔγραψα *(escribí),* ἔγραφον *(escribía),* ἐγεγράφειν *(había escrito),* o bien significan acciones en parte realizadas o bien realizadas hace tiempo, de ahí que el ἄν pueda adherirse a las formas que materialmente puedan admitirla: ἔγραφον ἄν, ἔγραψα ἄν, ἐγεγράφειν ἄν *(escribiría, habría escrito, habría tenido escrito),* pero no con γράφω *(estoy escribiendo)* o γράψω *(escribiré),* pues éstos no significan acciones sucedidas para que pueda tener lugar la negación de la acción pasada por parte de la conjunción y la indicación de posibilidad futura. Y, en consecuencia, estamos persuadidos de que el perfecto no significa la perfección en el pasado, sino en el presente, de ahí que no pueda admitir ninguna posibilidad futura y, por esta razón, es incompatible con la conjunción ἄν. Esto se explicará con más detalle en la sintaxis de las conjunciones [388]. Pero volvamos a lo que estábamos tratando.

22. Pues bien, las palabras, según decíamos, distribuidas en la frase según sus formas peculiares, rechazan en virtud de la propia secuencia a aquellas que aparecen en la forma que no les corresponde. Es posible probarlo tanto por los ejemplos que nos tuvieron perplejos anteriormen-

[388] En la parte perdida del IV.

te [389] como por los que vamos a presentar ahora: el ἐμοί *(para mí)* no puede aplicarse a una tercera persona, puesto que entra en conflicto con su correlativo el οἷ *(para él);*
por la misma razón se hace evidente que el οἷ tampoco 206
puede serlo a la primera, del mismo modo que «escribo» no puede emplearse por «escribe», ni «escribe» por «escribo». Otro tanto puede decirse de las segundas personas. ¿Cómo, entonces, el αὐτός *(mismo),* que es de tercera persona, puede construirse con primeras y segundas? Por carecer de personas analógicas en serie correlativa, lo cual hubiera puesto en evidencia lo anormal de la persona. De este hecho, pues, en mi opinión, es de donde se ha deducido el uso concordante de unas partes de la oración con las otras según sus formas en la secuencia precisa.

23. Es claro que lo que no entra en la serie analógica de las personas no podría faltar a la concordancia de dichas personas; con tal de que haya concordancia de género, caso y número, no podrá no adecuarse como conviene a los susodichos accidentes, por ejemplo, ἐμὲ αὐτόν *(a mí mismo)* y ἡμᾶς αὐτούς *(a nosotros mismos).* Es igualmente obvio del resto de los pronombres, que, por no poseer géneros distintos, nada les impide admitir la sumisión a los tres géneros; así, decimos: σὺ αὐτός *(tú mismo)* o σὺ αὐτή *(tú misma)* y también ἐμοὶ αὐτῷ *(para mí mismo)* y ἐμοὶ αὐτῇ *(para mí misma),* y no hay vicio en ello, ya que no hay posibilidad de demostrar el vicio. Lo mismo podemos decir de οὗτος y ὅδε, pues, una vez más, nada impide decir ὅδ' ἐγώ *(éste soy yo)* y οὗτος ἐγώ *(ése soy yo),* según ya reconocimos [390]. Esto mismo nos resuelve la cuestión de por qué ἑαυτούς *(a sí mismos)* puede aplicarse también

[389] En § 3.
[390] En § 2.

a la primera persona, lo cual habría sido vicio gramatical si existiese un *ἐμαυτούς que pusiese en evidencia la incorrección en el uso de la persona; al ser, pues, irrefutable
207 tal uso, su construcción con las distintas personas está fuera de reproche.

24. Otro tanto puede decirse de los verbos. Todas las formas modales, al estar clasificadas por persona y número, prueban su falta de concordancia mediante el uso indebido de números y personas; ahora bien, el infinitivo, que no participa de tales accidentes, puede concurrir con todas las personas y todos los números: γράφειν ἐμέ, γράφειν ἡμᾶς, γράφειν σέ, γράφειν ὑμᾶς. E, inversamente, como no carece de voces y tiempos, manifiesta su falta de consecuencia, si alguno de estos aparece alterado.

208 **25.** Es, pues, en cierta manera, natural que este modo, el infinitivo, por carecer de disposición mental [391], nada le impida el ser usado en lugar de todos los otros modos, si le añadimos el verbo que exprese el significado modal, y, al revés, que cualquier forma modal pueda resolverse en un infinitivo. Así, «escribe tú» puede equivaler a «te ordeno escribir», con el añadido necesario de «ordenar» implícito al imperativo y de la determinación pronominal, pues de uno y otra es carente el infinitivo: περιπατοίης *(ojalá pasees)* es igual que εὔχομαί σε περιπατεῖν *(deseo que pasees)* [392]; «estás escribiendo», igual que «declaro estar tú escribiendo». Es también evidente la conversión de los siguientes ejemplos: γράφοι Διονύσιος *(que escriba Dionisio)* en ηὔξατο γράφειν Διονύσιος *(deseaba que escribiera Dionisio).* Ahora bien, la razón de por qué los nominativos-sujetos se convierten en acusativo, en los giros con infinitivo, lo trataremos con detalle cuando hablemos de los verbos [393], momento en que nos detendremos en la sintaxis general propia de los infinitivos.

[391] Formas de realizarse el acto de habla como aseveración, pregunta, orden, ruego, etc. En griego διάθεσις ψυχικὴ «disposición mental», que puede realizarse de las maneras dichas.

[392] En griego, construcciones de infinitivo, naturalmente.

26. Lo mismo se puede probar a partir de los participios, a cuya derivación verbal se añade, además, el género, caso y número que hay en ellos, pero les priva de la distinción de personas y del significado modal; por eso, no cometemos error en aquello de lo que carecen, o sea, en lo referente a las personas: γράψας ἀνέστην, γράψας ἀνέστης *(habiendo escrito me levanté, habiendo escrito te levantaste),* o en cuanto a los modos: γράψας ἀνασταίην *(habiendo escrito me levantaría),* γράψας ἀνάστηθι *(habiendo escrito levántate);* pero en lo que permanece, es decir, en la distinción de voces y tiempos, está sujeto al principio de la incoherencia, si se lo construye contrariamente a la norma.

27. Es cosa admitida por todos que, cuando hay congruencia en género, caso, persona o cualquier otra categoría susceptible de admitir identificación con otra en cuanto a sus formas, queda excluido el vicio de incoherencia. Es posible a veces que, no encontrándose en la construcción adecuada, pueda ser equiparada a otra construcción que sea teóricamente admisible a causa de su indistinción formal. Tomemos, por ejemplo, σοφός *(sabio)* o κλυτός *(famoso)* o cualquier otro adjetivo capaz de adoptar tres terminaciones; tomemos, asimismo, θεός *(dios* o *diosa)* u otra palabra cualquiera que sólo pueda concebirse como del género común; hecha una frase con ellos, incluso si θεός se 209
toma como femenino, resulta inequívoca en cuanto al

[393] En § 78.

género; pero κλυτός o ἄγριος *(salvaje, cruel)* podrán no admitir lo mismo [394]; de donde puede entenderse que

> κλυτὸς Ἱπποδάμεια (B 742)
> *(la famosa Hipodamía)*

y

> ἄγριον ἄτην (T 88)
> *(la salvaje locura)*

se han constituido con alteración del género.

28. Por eso, también en la expresión usual ateniense: μὰ τὼ θεώ, la desviación no tiene lugar en θεώ sino en el artículo que lo acompaña, el cual, al no convenir con la forma femenina, muestra que el θεός es aquí también masculino [395]; es evidente, pues, que si se suprimiera el artículo, también el equívoco de la figura desaparecería; porque no es semejante a

> καλυψαμένω χρόα καλόν (Hesiodo, *Trab.* 198)
> *(cubriendo ellas su hermosa piel)*

ni a

> οὐκ ἂν ἐφ' ὑμετέρων ὀχέων πληγέντε κεραυνῷ (Θ 455)
> *(heridas por mi rayo, no (habrían vuelto) en vuestro carro),*

dado que, en estos últimos, el equívoco se manifiesta por las palabras mismas [396], mientras que, en el anterior, es por el artículo que tiene al lado.

[394] Pues en Homero, piensa Apolonio Díscolo, funcionan como de tres terminaciones, con lo cual, si aparecen con un femenino, dan la sensación de incongruencia.

[395] En realidad, era un juramento femenino: «por las dos diosas» (Deméter y Perséfone), cf. I 84.

[396] Porque son participios duales masculinos.

29. El razonamiento es aparente para todos los tiempos, siempre que no se tenga un conocimiento escaso de sus distinciones. Es algo reconocido por todos que γράφω *(escribo)* y ἔγραφον *(escribía)* difieren en cuanto al tiempo y que no es posible decir «ayer escribo», pero sí en imperfecto «ayer escribía». También se está de acuerdo en que el participio de γράφω es γράφων y que no es posible decir ἐχθὲς γράφων *(el que escribe ayer),* como tampoco lo es
ἐχθὲς γράφω *(ayer escribo).* Ahora bien, el participio sí 210
podía admitir el adverbio, en cuanto que coincide en la forma con el del imperfecto. Ciertamente, decimos: ἔγραφον καὶ ἠνιώμην *(escribía y estaba molesto),* frase que podía convertirse en γράφων ἠνιώμην *(estaba molesto escribiendo).* Otro tanto cabe decir de los infinitivos, pues el infinitivo γράφειν, conmutándose en un presente y en un imperfecto con la misma forma [397], en la construcción anterior con los adverbios de lugar, da como resultado una frase coherente. En efecto, es posible decir: συνέβη ἐχθὲς γράφειν Ἀπολλώνιον *(sucedió que Apolonio escribía ayer)* y συνέβη σήμερον γράφειν *(sucedió que escribe hoy).* Esto no se hallará cuando las formas expresan un único tiempo, por ejemplo con γράψειν en γράψειν ἐχθές *(haber de escribir ayer),* pero sí es posible, una vez más, aunque no haya coincidencia de formas, me refiero a γράψαι: συνέβη ἐχθὲς γράψαι Ἀπολλώνιον *(sucedió que ayer escribió Apolonio)* [398].

[397] Piensa Apolonio Díscolo que hay infinitivos de imperfecto neutralizados con los de presente.

[398] Pasaje discutido. Yo entiendo que Apolonio Díscolo se refiere a la posibilidad de decir: «sucedió que hoy escribió Apolonio»; es decir, aunque en el aoristo no exista la neutralización del infinitivo presente/imperfecto, por lo cual se puede decir: «sucedió que hoy escribe» y «sucedió que ayer escribía» con la misma forma de infinitivo.

30. Algo semejante puede mostrarse con respecto a la voz. Las llamadas formas medias presentan coincidencia con activa y pasiva, como expondremos con más detalle al tratar de la sintaxis verbal [399], y, en consecuencia, no puede haber uso incorrecto en cuanto a la voz. Así, ἐλουσάμην *(me lavé),* ἐποιησάμην *(hice «en provecho mío»),* ἐτριψάμην *(me cansé),* y similares, admiten clarísimamente, en unos casos, construcción activa y, en otros, pasiva, puesto que ἔτριψα se diferencia de ἐτριψάμην y ἔλουσα de ἐλουσάμην; sin embargo, ἐποίησα y ἐποιησάμην están próximos en cuanto a la significación y, asimismo,
211 προῆκα y προηκάμην *(envié).* Los que desconocen este tipo de matices piensan que, a veces, la voz pasiva se emplea en lugar de la activa, propiciando graves errores de expresión, pues usar la pasiva en lugar de la activa es teóricamente incoherente; porque nadie sería capaz de decidir cuál forma es por naturaleza activa y cuál pasiva, si se usase una voz por otra, por ejemplo, «hice» en lugar de «fui hecho», o «fui hecho» en lugar de «hice» [400]. Por tanto, se reconoce que en

> ἀμφοτέρω κεκοπώς (N 60)
> *(tocando a ambos),*
>
> πεπληγὼς ἀγορῆθεν (B 264)
> *(arrojado a golpes de la reunión),*
>
> ῥάβδῳ πεπληγυῖα (κ 238)
> *(golpeada con el bastón),*
>
> ὅτι ῥα θνῄσκοντας ὁρᾶτο (A 56)
> *(porque estaba contemplando a los muertos),*

[399] En § 147.

[400] La voz verbal, en griego se dice «diátesis», que por su étimo significa «el estado, condición o disposición» con respecto a la acción del verbo.

y otros semejantes a éstos, de acuerdo con la anterior explicación de la media, no se ha empleado una voz por otra, sino que se acomodan a una u otra voz conforme a la razón sintáctica.

31. Algo parecido puede decirse de la coincidencia de personas verbales. Así, νικῶ *(venzo),* en cuanto primera persona, no podrá ser usada por segunda, para la cual existe una forma que es νικᾷς *(vences).* Pero, dado que también la segunda persona del imperativo [pasivo] presenta la misma forma, aunque se emplee como segunda persona, se mantiene la coherencia, según decíamos, porque es en este caso imperativo. Lo dicho vale, incluso, para la tercera 212
persona, que puede eludir la coincidencia formal mediante la iota suscrita; sin embargo, desde el punto de vista acústico coincide con las formas de primera y segunda persona, pero estará correctamente usada, si ése es el modo que le corresponde, o sea, el optativo, como sucede en el verso de Alcmán:

> νικῷ δ' ὁ κάρρων
> *(que venza el mejor),*

y también en el homérico:

> τρυπῷ δόρυ νήϊον ἀνήρ (ι 384)
> *(cuando un hombre taladra el mástil del navío).*

Es obvio que si fuesen indicativos serían incoherentes, pero en optativo son perfectamente coherentes, igual que decíamos antes de νικῶ ἐγώ *(yo venzo),* frente a νικῶ σύ *(vence tú)* [401]. Pues, en cuanto indicativo, sería incoherente, ya que debería ser νικᾷς σύ *(tú vences),* pero, en cuanto imperativo, es coherente. Basta este ejemplo como

[401] Fruto de contracciones distintas, el resultado es el mismo.

modelo de todos los semejantes para aquellos que tienen flexionados los verbos al completo [402].

32. Otro tanto puede decirse del número de las partes nominales. Así, φίλων *(de los amigos* [nombre y adjetivo]) y similares, que es un genitivo plural válido para los tres géneros, exigirá ser construido con un genitivo plural en su misma persona, no pudiendo existir incoherencia en cuanto al género, debido a esa confusión del género (pudiendo decirse tanto φίλων περιπατούντων [*paseando los amigos*]
213 como φίλων περιπατουσῶν [*paseando las amigas*]); sí puede haberla, naturalmente, de caso y de número, por ejemplo, si se dice: φίλων περιπατούντας o περιπατοῦντα. Por el contrario, no la habría en Φίλων περιπατῶν *(Filón, paseando)* o περιπατεῖ *(F. pasea),* puesto que hay de nuevo coincidencia en nominativo de singular. Con lo dicho está también claro para ejemplos similares.

33. Y lo mismo sucede con los verbos. Así, ἔλεγον y similares son primeras personas del singular, al igual que ἔγραψα, ἔλεξα. Si uno las usase para decir ἔλεξα ἐκεῖνοι *(aquéllos leyó),* daría lugar a una frase incoherente, tanto por tratarse de una primera persona como por el número, pero no diciendo ἔλεγον ἐκεῖνοι *(aquéllos decían),* pues la coincidencia en la tercera persona plural impide, una vez más, la incoherencia, puesto que era debida la construcción en plural. Excepción hecha de las formas dóricas, pues ellos hacen descender el acento agudo de modo que se evite la coincidencia con la primera persona del singular [403].

[402] Los que se dedican a establecer los cánones verbales tienen que encontrarse con formas coincidentes.

[403] En ático ἔλεγον es primera persona del singular y tercera del plural del imperfecto. Los dorios para esta última decían ἐλέγον.

34. Lo mismo puede mostrarse con respecto a los casos. En efecto, las palabras que tienen formas distintas para los cinco casos presentan usos intercambiados de los mismos, a los cuales hemos de aceptar como una figura característica si es la forma que un dialecto muestra en el uso ordinario, o, sencillamente, no la admitiremos en cuanto frase incoherente. Un uso que no puede caer bajo la rúbrica del arcaísmo, pues es empleado del mismo modo veces sin cuento, ⟨es el del nominativo por vocativo⟩ [404], como

> ἠέλιός θ' ὃς πάντ' ἐφορᾷς (Γ 277)
> *(y tú, sol, que todo lo ves),*
>
> δός, φίλος (ρ 415)
> *(da, amigo),*
>
> ὦ φίλτατ' Αἴας (Sófocles, *Áyax* 977 y 996) 214
> *(oh queridísimo Áyax).*

Los ejemplos de este tenor son infinitos, los cuales constituyen la llamada «figura ática» [405], puesto que, como decíamos, el vocativo exige una desinencia distinta. O, inversamente, cuando se emplea el vocativo en lugar de nominativo al modo macedonio o tesalio, como nuestros antepasados [406] admitían el verso siguiente:

> αὐτὰρ ὁ αὖτε Θυέστ' Ἀγαμέμνονι (Β 107)
> *(y Tiestes, a su vez, lo da a Agamenón),*

en que el artículo es una prueba más que demuestra el cambio de caso. Ahora bien, cuando vocativo y nominativo

[404] Así llenó F. Porto la laguna del manuscrito.

[405] Llamado así el empleo de nominativo por vocativo (ἀττικὸν σχῆμα).

[406] Aristarco, según la noticia de Aristónico al pasaje.

coinciden, dichas figuras desaparecen en el acto, pues ninguno de los dos casos puede tomarse como contraprueba, es decir, ni de que el vocativo está por nominativo, ni el nominativo por vocativo.

35. Está claro que es por este tipo de coincidencia por la que Trifón, en su tratado *Sobre las personas,* se hace reo de la crítica de los que quieren contradecirla, por no admitir él que en el pronombre σύ *(tú)* hay coincidencia formal del nominativo y el vocativo, pues afirma él que σύ sólo puede ser vocativo debido a que se construye con la segunda persona verbal, «ya que lo mismo que decimos Ἀρίσταρχε γράφε *(Aristarco, escribe)* y en forma enunciativa Ἀρίσταρχε ἀναγινώσκεις *(Aristarco, lees),* e incluso en forma interrogativa, de la misma manera σὺ γράφε *(tú, escribe)* y σὺ γράφεις *(tú escribes)* manifiestan que se
215 trata de un vocativo». Y añade, además, que, mientras el nominativo se entiende en tercera persona, el vocativo siempre en segunda, como σύ. Es evidente que, conforme a este razonamiento, el σύ es vocativo. A los que cuestionan cómo podría constituirse un vocativo sin nominativo, pretende demostrárselo con que también puede haber nominativo sin que exista el vocativo, por ejemplo en ἐκεῖνος y en αὐτός y en las palabras que no pueden exhibir un vocativo.

36. Las réplicas que ha habido contra él las expondremos brevemente, añadiendo, además, que es mayor el riesgo de que el pronombre σύ sea usado indebidamente en una construcción de vocativo, que en una de nominativo. El razonamiento es como sigue: 1) En primer lugar, la comparación del nominativo nominal con el pronominal carece de fundamento, pues es exclusivo del pronombre el ser usado en nominativo tanto en primera como en segunda persona, cosa que no admiten los nombres, como ya dejamos

sentado [407]. 2) Si σύ es vocativo en cuanto que es segunda persona, no hay razón para no considerar también vocativos los demás casos oblicuos del pronombre de segunda persona, porque ellos han sido empleados en los casos oblicuos en lugar de los nombres correspondientes igual que el σύ en lugar de un nominativo. 3) Si en σοὶ ὄντι ἀγαθῷ y en σὲ ὄντα ἀγαθόν *(para ti que eres bueno; a ti que eres bueno)* están todas las palabras en el mismo caso, es obvio que también lo están en σύ ὢν ἀγαθός *(tú que eres bueno).* 4) Si los verbos mantienen una única construcción 216
y en ἐγώ εἰμι *(yo soy)* es nominativo, y en ἐκεῖνός ἐστι *(él es)* también lo es, es evidente que en σὺ εἶ *(tú eres)* está en el mismo caso.

37. 5) Si «eres» jamás puede construirse con un vocativo, sino con un nominativo: «eres Aristarco», «eres gramático», y no es posible «eres ¡oh Aristarco!», «eres ¡oh gramático!», ¿cómo no va a admitirse que «eres tú» es una construcción de nominativo? (Luego tampoco es cierto que los nominativos de los nombres se encuentren siempre en tercera persona, conforme habíamos afirmado que los verbos de existencia admiten nominativos en primera y segunda persona) [408].

38. 6) Si la primera persona del plural comprende en sí misma a la segunda y a la tercera en el mismo caso, cuando decimos analíticamente: «Trifón nos habló a mí, a ti y a Dionisio», y sintéticamente: «Trifón nos habló», y lo mismo para el resto de los casos, cómo no admitir que «Trifón, tú y yo» está en el mismo caso, si, tomados sintéticamente, se da lugar de nuevo al nominativo plural: «nosotros estamos presentes».

---

[407] En II 43.
[408] En II 47.

39. 7) Es también posible plantearlo a partir de la sintaxis de las conjunciones. Cuando varios elementos nominales coordinados tienen un único verbo en común, están siempre en el mismo caso: «Trifón me hace un favor a mí, a ti, o a Dionisio», «Trifón me escucha a mí, a
217 ti o a Teón», y es evidente que si se introdujese otro caso distinto o se comete solecismo o se precisa introducir otro verbo; pues ha de decirse: «Trifón me escucha a mí, a ti o a Dionisio», con el verbo en común, siendo por otro lado posible: «Trifón me escucha a mí o conversa contigo». De acuerdo, pues, en que si hay un solo verbo y la oración es coherente, se ha de conceder que los casos coordinados son los mismos. Por tanto, «me marcho yo, o tú o Dionisio»: si esta oración es incoherente, entonces el «tú» puede estar en otro caso, pero si es coherente, hay que admitir que también está en nominativo.

40. 8) Ni siquiera concedo que el «tú», en la oración «tú escribes», pueda estar en vocativo, pues tal expresión no muestra que el «tú» pueda ser también nominativo, sino en todo caso que pueda ser también vocativo. Tomada la frase aisladamente, es nominativo, análoga a «yo escribo y él escribe», pero si después del «tú» se deja la frase en suspenso y se interrumpe lo que se iba a decir, podrá admitirse que es vocativo, empleado indebidamente conforme al uso de los pronombres. Pues hemos mostrado que esta parte de la oración fue ideada para cuando no pueden emplearse los nombres, pero el vocativo de los nombres siempre es aplicable en segunda persona, luego es obvio que el pronombre en vocativo es innecesario.

41. Y no puede decirse que tenga la misma justificación que tienen los pronombres de tercera persona, en cuanto que también éstos pueden considerarse innecesarios porque pueden usarse los nombres en su lugar. La razón de ser de estos últimos es que son usados para la deixis o la anáfora, dado que el nombre es incapaz de cumplir tales 218
funciones. En efecto, usado el «tú» en vocativo, no podría significar anáfora, pues es una segunda persona [409], ni tampoco deixis, pues al dirigirnos a alguien lo hacemos directamente, no lo designamos, ya que el vocativo es aplicable también a los que no están a la vista [410]. Y, ciertamente, aquellos a quienes se les llama mediante el pronombre lo consideran de mal gusto, claro está, porque desean que se haga con su nombre propio, aunque el uso del pronombre de segunda persona sea lo indicado en los restantes casos, pues no sería posible el empleo del nombre propio, como ya mostramos [411]. ¿Cómo, pues, podría el pronombre en vocativo, de uso innecesario, suplantar el nominativo de segunda persona, de uso obligatorio, y ser considerado exclusivamente vocativo? Considero superfluo aducir otros ejemplos de dicha construcción cuando la razón está inequívocamente expuesta.

42. Por el contrario, no me parece que esté fuera de lugar tratar de explicar lo referente a los restantes vocativos, de los pronombres quiero decir, cómo, siguiendo con la analogía, existen junto con el singular los duales y plurales en vocativo y, con idéntico fundamento que el singular, equivalentes formalmente a los nominativos respectivos; no existen, sin embargo, en primera y tercera persona, puesto que nadie se invoca a sí mismo, ni a personas ausentes o alejadas. Pues el vocativo es un caso para la persona que está presente, a una distancia tal que pueda llegarle la voz. Con toda razón, por tanto, no tienen 219

[409] Es decir, porque está presente, pertenece al discurso y es mencionada en este mismo acto.

[410] Y, en consecuencia, no se les puede señalar.

[411] En II 43.

vocativo αὐτός [412], ya que el indicado está ausente, ni tampoco ἐκεῖνος, dado que fue ideado para cuando una persona está distante, lo cual choca con la esencia del vocativo. Según esto, οὗτος, al no presentar las mismas relaciones que los anteriores, puede usarse con toda pertinencia en vocativo. Por este motivo no tiene fundamento alguno la censura que se hacía del uso antiguo, suponiendo únicamente que la tercera persona de los pronombres no admitía el vocativo. Pero no era por ser tercera persona, sino por las características intrínsecas a la tercera persona pronominal, ya que también los nombres están en tercera persona y no carecen de vocativo.

43. Consecuentemente, vamos a empezar tomando el vocativo de los posesivos. Los de primera persona pueden formarse tanto por su carácter intrínseco, como por el uso que les es propio. Es, pues, posible invocar la posesión de que se trate, de igual manera que se pueden emplear en nominativo en construcción copulativa referida a una segunda persona: «eres nuestro amigo», «eres conocido mío». Es también cosa usual, por ejemplo, cuando Néstor invoca a sus propios hijos:

> παῖδες ἐμοί (γ 475)
> *(¡hijos míos!),*

220 y también en Calímaco:

> ὦ ἐμαὶ τοῦ ἀπιόντος ἄγκυραι
> *(¡anclas mías para el regreso!),*

y cuando Atenea congrega a los demás hijos de Zeus:

> ὦ πάτερ ἡμέτερε Κρονίδη (θ 31, etc.)
> *(¡oh padre nuestro Crónida!)*

[412] En los casos oblicuos hace de pronombre de tercera persona.

44. En la tercera persona, el vocativo puede constituirse conforme a la razón dada, pues es posible invocar la posesión de alguien, como se observa en los adjetivos que indican pertinencia; éstos, en efecto, aunque se aplican a dos terceras personas, se usan en vocativo: Ἀριστάρχειε *(¡oh la* [*edición*] *de Aristarco!),* Αἰάντειε *(¡oh descendiente de Áyax!),* Τελαμώνιε *(¡oh Telamonio!).* Lo que también puede ocurrir con los pronombres, pues un vocativo, como σφέτερε *(¡oh el suyo!),* podría formarse, si bien no tiene un uso claro entre nosotros.

45. En el caso de los vocativos de posesivos de segunda persona, no es sólo que falta su uso, sino que la razón impide que lo tenga; y no, como cree Habrón, porque se produciría una incompatibilidad en el número, «pues, dice él, ὑμέτερε *(¡oh el vuestro!)* sería entendido como plural respecto al posesor, y como singular respecto a la posesión»; porque es obvio que podría existir el vocativo de segunda persona, en el supuesto de que las dos partes presentasen igual número, es decir, si se dijera ὦ ὑμέτεροι *(¡oh los vuestros!).*

46. La causa de que no exista dicha forma pronominal es la incompatibilidad de caso. La razón es como sigue: toda persona plural está constituida de personas singulares en el mismo caso, ya sea por reunión de personas distintas, ya de las mismas. Así, de personas distintas tenemos: «Trifón nos vio a mí, a ti, y a él», cuyo resultado 221
sería: «Trifón nos vio a nosotros»; «Trifón habló conmigo, contigo y con Dionisio», que resultaría: «habló con nosotros». De las mismas personas: «Dión os vio a ti y a ti»; «Dión os vio a vosotros»; «riño a ése y a ése»: «los riño». Si admitimos esto, hemos de admitir también que cualesquiera segundas personas implican ya de por sí una invocación hacia ellas, por ejemplo, «de vosotros», «a vo-

sotros». Entonces, el «¡oh los vuestros!» es de segunda persona por las dos relaciones personales, pues son invocados los poseedores mediante el pronombre de segunda persona inherente, y las cosas poseídas por la forma de vocativo. Así pues, ambas personas implícitas son incompatibles en cuanto al caso, dado que al poseedor le es inherente el genitivo, y a la cosa poseída el vocativo. Por eso, no es que nos apoyemos sólo en el uso para proscribir tales formas, sino en la razón expuesta.

47. Por el contrario, fue el uso el que ha rechazado el vocativo de ἐμός *(mío)* por presentar homofonía con el acusativo ἐμέ. Sin duda, fue ésta la causa de su eliminación, puesto que, de usarse, podía dar la sensación de incoherencia oracional. Por obligación, pues, se sirvió el Poeta de la figura ática [413] cuando la razón le exigía emplear esta forma de vocativo:

222 γαμβρὸς ἐμὸς θύγατέρ τε (τ 406)
(¡yerno mío e hija!)

¿Cómo, entonces, no se le va a admitir tal uso tanto por las razones anteriormente aducidas [414], como porque podía muy bien hacerlo con los otros géneros del singular [415]; así, en neutro:

τέκνον ἐμόν (λ 155)
(¡hijo mío!),

y en femenino:

μῆτερ ἐμή (λ 164)
(¡madre mía!)?

[413] Nominativo en lugar de vocativo, cf. § 34.
[414] Carencia de vocativo de los posesivos, cf. §§ 43 ss.
[415] Porque en femenino y neutro eran iguales las formas de nominativo y vocativo.

Si pueden existir éstos, es necesario que con ellos exista el masculino.

48. Ya hemos hablado [416] de la coincidencia que se producía con ἐμοῦ *(de mí),* pudiendo ser unas veces posesivo y otras personal, y hablábamos también de las lecciones zenodoteas. Es, asimismo, cosa sabida que la forma ἐμοί *(para mí, míos)* presenta coincidencia de nominativo plural del posesivo y de dativo singular del personal de primera persona, y otro tanto sucede con la segunda persona (σοί), pero no con la tercera, pues el dativo singular del personal se acentúa con circunflejo, mientras que el plural del posesivo es con acento agudo (οἷ, οἵ). Es obvio también que, cuando las formas de dativo del personal van enclíticas, eluden tal coincidencia, por lo cual, en el siguiente ejemplo, la forma no enclítica significa que es el pronombre posesivo:

οἱ δὲ οἵ ἐβλάφθησαν (Ψ 387)
(los suyos fueron heridos);

ahora bien, leído enclíticamente acentuando agudo el δέ, se observaría el uso homérico de emplear dativo en lugar de genitivo [417].

49. Hablamos también [418] de la coincidencia del relativo con el posesivo de tercera persona (ὅς, ἥ, ὅ [ν]) y de que, cuando los acompañaba un nombre concordando con ellos, son posesivos, por ejemplo: 223

ὃν γόνον (λ 234)
(su linaje),

[416] En II 117 ss.
[417] O sea, «los que eran para él».
[418] No en la *Sintaxis,* quizá *Pron.* 8, 2-6 y 110, 14, u otra obra perdida.

οὕνεκ' ἄρ' οὐχ ᾧ πατρί (ν 265)
(porque a su padre no quiso complacer),

ᾧ θυμῷ εἴξασα (ε 126)
(cediendo a su antojo),

ᾗ κεφαλῇ φορέειν (Π 800)
(llevar en su cabeza),

ἠε ὄν αὐτοῦ χρεῖος (α 409)
(o alguna deuda suya),

pero, si dependen de un verbo, la coherencia oracional sólo acepta construcción de relativo, como ya se ha mostrado [419], a saber, que el relativo depende de un verbo.

ἣ μυρί' Ἀχαιοῖς ἄλγε' ἔθηκεν (Α 2)
(que causó infinitos pesares a los aqueos),

cuyo orden normal sería ἣ ἔθηκεν μυρία κακὰ τοῖς Ἕλλησιν y

ὅς ποτέ μ' εἰρόμενος (Η 127)
(el cual en otro tiempo preguntándome...),

que ordenado sería ὅς εἰρόμενος με. Es imposible ofrecer aquí las coincidencias que se producen entre todas las partes de la oración [420]. Baste con los presentados para dar una idea del resto de las coincidencias.

50. No puede pasarse por alto el hecho de por qué, si se construyen nominativos plurales masculinos y femeninos con el verbo en singular, la incoherencia resulta patente, por ejemplo, si dijéramos: «los hombres dice», «las mujeres dice»; pero no, tratándose de formas neutras, aunque

[419] En I 142 ss.

[420] El tema de la homonimia fue muy tratado por los gramáticos griegos.

el significado sea el mismo y sea sólo la forma externa lo que cambia, por ejemplo, si decimos: τὰ γύναια λέγει. Y no se resuelve la dificultad con decir que es un uso beocio [421], análogo al verso de Píndaro:

ἀχεῖται ὀμφαὶ μελέων σὺν αὐλοῖς (fr. 75, 18 Esc.) 224
(resuenan las voces de los cantos acompañadas de las flautas),

pues la explicación exige justamente la respuesta de por qué en el neutro pasa inadvertida la figura. Que no es en modo alguno el género lo que lo explica, en cuanto que el neutro mostraría una cierta afinidad con el singular, se hace evidente, porque, tratándose de indeclinables [422], la construcción es indiferente al género, pues toda palabra carente de casos mantiene la misma construcción con todos los géneros.

51. Se podría decir también lo siguiente: hemos mostrado más arriba [423] que ninguna palabra puede resultar incoherente en la frase por aquello en que no se distingue; así, los adverbios no pueden ser incoherentes en cuanto al número, a no ser que por sí mismos denoten cantidad, ni con respecto a los distintos tiempos verbales, excepto si también ellos distinguen tiempos, por ejemplo «ayer», «mañana», y otros que hemos citado [424]. Las conjunciones, por no admitir número, no pueden ser usadas inco-

[421] La figura beocia o pindárica, por ser Píndaro de aquella región, consiste en el empleo de un sujeto plural con el verbo en singular, como el ejemplo inmediato.

[422] Esto es, los verbos, que carecen de flexión casual. El razonamiento de Apolonio Díscolo es: «qué le importa al verbo el género del sujeto».

[423] En § 13.

[424] En § 19.

rrectamente en cuanto al mismo, como tampoco en cuanto al género. Es obvio que lo dicho vale para todas las partes de la oración. Así pues, los verbos no distinguen género, aunque sí número y persona y otros accidentes que le afectan. En consecuencia, no precisan experimentar unos cambios de forma para el [sujeto] neutro y otros para el masculino o femenino. ¿Cómo, entonces, decimos λέγουσιν οἱ ἄνθρωποι, pero λέγει τὰ παιδία? Pues, al distinguir número, es evidente que tiene que concordar en plural con los plurales que lo acompañan, luego es evidente que

> σπάρτα λέλυνται (B 135)
> *(las amarras se deshacen)*

225 es más conforme a la norma que

> δοῦρα σέσηπεν (B 135)
> *(las maderas se pudrieron)* [425].

52. Es, asimismo, posible refutar la validez de esta figura con ejemplos en primera y segunda personas, pues si es correcto decir φιλοπονοῦμεν παιδία ὄντα *(nos gusta trabajar aunque somos niños),* y no lo es φιλοπονῶ παιδία ὄντα *(me gusta trabajar aunque somos niños),* y lo mismo en las segundas personas, ¿cómo no va a admitirse que está irracionalmente construido el φιλοπονεῖ παιδία ὄντα *(les gusta trabajar siendo niños)*? Y ésta es la demostración de cuál es la forma racional.

53. La causa, pienso yo por mi parte, de que los verbos admitan construirse en singular [con neutros plurales], no es otra que la homofonía del nominativo y el acusativo, cosa que no sucede con los masculinos y femeninos, por

[425] En ambos ejemplos, sujetos neutros plurales con el verbo, en el primero, en plural, y en el segundo, en singular.

lo cual la incoherencia se hace patente en ejemplos como ἄνδρες γράφει, pero no en acusativo, pues se entiende que la acción de γράφει pasa a ἄνδρας en ἄνδρας γράφει *(escribe a los hombres).* Por tanto, cuando los casos se hallan bien diferenciados cada uno según su forma, pueden distinguir lo que es coherente de lo que no lo es. No siendo esto propio en la figura con el neutro plural, sucede que se considera en cierto modo natural, en acusativo me refiero, el decir γράφει τὰ παιδία, como si fuera γράφει τοὺς παῖδας *(escribe a los niños).* Pero, como en el masculino no son las mismas formas, habría que decir γράφει οἱ παῖδες, lo cual es incoherente; en el neutro, por el contrario, sí son las mismas formas, haciendo imposible detectar la incoherencia al coincidir la forma por la homofonía con
el acusativo. Con esto se ha mostrado el porqué de la 226
incoherencia y por qué pasa desapercibida [426].

*

54. A continuación vamos a tratar de la construcción general de los verbos, que, debido a su gran complejidad, precisa, en mi opinión, de un no pequeño detenimiento: 1) los modos, uno de sus accidentes, exigirán la razón de su construcción; 2) los tiempos correspondientes a cada modo; 3) la voz que les es propia, que puede ser activa, pasiva o, la que cae entre ambas, la media, que no se reduce a ninguna de las dos; 4) las personas que les son inherentes, que pueden estar al completo, sólo en parte o faltar del todo [427]; 5) si todos ellos presentan las dos voces, la activa y la pasiva, de modo uniforme; 6) cuáles de ellos admiten llevar casos oblicuos, y si van con cualquiera de

[426] Para F. W. Householder, «Introduction» *Syntactic Theory,* 1, Harmondsworth, 1972, pág. 175: «this is the earliest discussion of psychology of language change». Cf. Uhlig, págs. VI y sig.

[427] En parte, en el imperativo; faltan del todo en el infinitivo.

ellos o sólo con aquel caso que les convenga. Hay, además, otras construcciones especiales que analizaremos en el lugar oportuno.

55. Se ha dudado por algunos de si el infinitivo es un modo e, incluso, de si los infinitivos son realmente verbos. «¿Por qué no habían de ser, mejor, adverbios sacados de verbos?» Las razones que abogarían por tal suposición son éstas: «Uno de los accidentes exclusivos del verbo es la disposición mental o modo, cosa que no se da en los infinitivos, como tampoco el presentar números y personas, cuyas diferencias no admite el infinitivo, al igual
227 que el participio, que, a pesar de formarse de los verbos, fue excluido de su categoría [428] por carecer de dichos accidentes; por tanto, las variaciones de tiempo, por ejemplo, γράφειν, γράψαι, e incluso la voz que les es propia no pueden ser un motivo suficiente para llamarlos verbos, pues los mismos accidentes acompañan al participio y no son verbos» [429].

56. ¿Por qué habrían de considerarse adverbios?: 1) «Porque dos modos distintos no pueden construirse nunca juntos con una misma persona-sujeto; pues no podemos decir: γράφεις λέξαις *(escribes dirías),* o cosas semejantes, pero sí decimos: «quieres escribir», «deseas leer». 2) Es propio de los adverbios el ser usados con los verbos, sea antepuestos o pospuestos, y otro tanto sucede con «escribir quiero», «quiero escribir», al igual que Ἑλληνιστὶ λέγω, λέγω Ἑλληνιστί *(en griego hablo - hablo en griego).* 3) Así como Ἑλληνιστί *(en griego),* añadido a λέγω *(hablo),*

[428] El participio, ya se ha dicho, era una parte de la oración por sí mismo.

[429] Para el tema de los modos en Apolonio Díscolo, cf. E. A. HAHN, «Apollonius Dyscolus on mood», *TAPA* 82 (1951), 29-48.

da lugar a una oración perfecta, lo mismo sucede con γράφειν *(escribir)* añadido a θέλω *(quiero).* 4) Al igual que los adverbios son totalmente indiferentes al número, así también «quiero» o «queremos escribir». 5) Y lo mismo para las personas, «hablo en griego», «hablas en griego», del mismo modo que «quiero escribir», «quieres escribir». 6) Y si a veces los adverbios se derivan de verbos, como el mismo Ἑλληνιστί de ἑλληνίζω, nada impide que γράφειν venga de γράφω, sin que sea obstáculo la diferencia de 228
tiempo, pues el adverbio también puede expresar tiempo, lo que puede observarse, asimismo, en los participios, dado que el participio γράφων se deriva de γράφω y γράψας de ἔγραψα. Por idéntica razón, γράφειν se deriva de γράφω, y γράψαι de ἔγραψα».

57. Contra esto se puede aducir lo siguiente: con respecto a la frase «quiero escribir» y semejantes, hay que decir que no tiene validez universal el que dos modos distintos no pueden construirse con una misma persona-sujeto. Decimos, en efecto, «si lees, atiende», «si hablas conmigo, vuélvete». Además, dicho tipo de frase no puede aplicarse a todos los verbos; así, decimos «prefiero leer» y «me gusta escribir», pero no «me río escribir», ni «cavo leer», mientras que, si estos infinitivos funcionasen como adverbios, no habría impedimento para que, como adverbios, dependiesen de los verbos.

58. La causa de esta construcción es ésta: hay verbos que comprenden acciones sobre las que se asientan el modo indicativo y los demás, por ejemplo, «escribo», «remo», «golpeo»; otros expresan sólo una determinación mental carente de acción, como «quiero», «deseo», «prefiero», los cuales, al estar, como si dijéramos, vacíos, son completados por el añadido de la acción, que no es otra que el susodicho infinitivo, la forma verbal instituida para

significar más genéricamente la acción, como quedará de-
229 mostrado en los ejemplos siguientes: «quiero pasear», «deseo escribir». Aquellos verbos, por el contrario, que encierran en sí mismos una acción concreta no precisan ser construidos con infinitivos; por ejemplo, si la acción de golpear es inherente a «yo golpeo», sería superfluo añadirle otra acción: «yo golpeo leer»; no, sin embargo, en «yo quiero escribir».

59. Como decíamos, es el de los infinitivos el modo más general, carente, por necesidad, de los accidentes que antes discutíamos [430], las personas y su correspondiente número, no por naturaleza inherente al verbo, sino, más bien, una concomitancia de las personas que toman parte en la acción, pues la acción en sí misma es una, «escribir», «pasear», la cual, cuando incumbe a personas determinadas, da lugar a «paseo», «paseamos», «pasean». Así pues, no es cierto que el verbo tenga que adoptar necesariamente personas; por el contrario, eso es una consecuencia accidental, ya que los entes que toman parte en la acción están distribuidos en personas: «paseo», «paseas», «pasea». Pero el verbo en sí mismo, por ser ajeno a personas y números, puede convenir a cualquier número y a cualquier persona. Tampoco la disposición mental del modo es algo que tenga que adoptar el verbo, pues, una vez más, son las personas que participan de la acción las que dan a conocer su propia actitud mediante el verbo. Por eso, los verbos
230 [en infinitivo], como todavía no han recibido las personas, tampoco pueden manifestar la actitud mental que hay en ellas.

60. Por tanto, lo propio del verbo es la distinción mediante formas flexionales específicas de tiempos y voces:

[430] En § 55; o sea, de número, persona y modo.

activa, pasiva y, también, media; todos ellos los adopta el verbo en su forma más general, o sea, el infinitivo; y si es «infinitivo» [431] por naturaleza, ¿cómo es que los significa? Es, desde luego, posible imaginar el nombre más genérico, en forma propia o común, en el caso pertinente y en el género debido; y el más específico, con significado de patronímico o posesivo o cualquier otro. Y es obvio que nadie se atrevería a decir que no es nombre el que no es patronímico o posesivo o cualquier otra especie de éstas. Así pues, según este razonamiento, habremos de admitir al indicativo, al optativo y al resto de los modos como especies del verbo general [el infinitivo], que no dejará de ser verbo por no expresar el significado específico [modal].

61. También es posible probarlo del siguiente modo: absolutamente todo derivado puede resolverse en el primitivo más una palabra que signifique lo mismo que el sufijo de derivación. Así, «Hectórida» en el genitivo «de Héctor» al que se añade «hijo», por eso se analiza como «hijo
de Héctor»; de γοργός *(espantoso)* sale γοργότερος *(más* 231
espantoso), al que se añade el «más», lo cual, a su vez, puede analizarse en «más espantoso»; de ἵππος *(caballo)* puede formarse un colectivo ἱππών *(caballada),* lo que, a su vez, puede resolverse en «lo que contiene caballos». Superfluo sería aducir más ejemplos; el razonamiento está de sobra claro. De la misma manera, cualquiera de los modos puede resolverse en un infinitivo más la palabra que signifique lo mismo que el modo, por ejemplo, περιπατῶ - ὡρισάμην περιπατεῖν *(paseo - declaro pasear),* περιπατοῖμι - ηὐξάμην περιπατεῖν *(ojalá pasease - deseo pasear),*

[431] Apolonio Díscolo hace un juego de palabras entre ἀπαρέμφατος *(infinitivo),* es decir, «indeterminado», y παρεμφαίνειν *(significar).*

περιπάτει - προσέταξα περιπατεῖν *(pasea tú - te ordeno pasear)*. En consecuencia, ¿cómo no va a ser un contrasentido que la forma que comprende a todos los verbos sea excluida de la noción de verbo?

62. No tengo olvidado que en otra ocasión admití[432], de acuerdo con algunos, que la forma básica de los demás modos era el indicativo[433], pero una consideración más ajustada a la realidad me ha obligado a cambiar de opinión, reconociendo ahora que, si comenzamos por el indicativo, no es por ser la base, sino por ser el más claro, abundante en formas y que sirve para descubrir coincidencias formales[434] implícitas, alteraciones, derivados; lo cual tampoco quiere decir que el infinitivo sea menos adecuado para ello, puesto que la forma primitiva es menos compleja que la derivada.

63. Pienso yo que el uso homérico, ajeno a la cons-
232 trucción de imperativo, lo ha sustituido muy oportunamente por la de infinitivo, por ser el modo genérico en el cual, según acabamos de mostrar, podían transformarse todos los demás. Otro tanto sucede en la expresión epistolar: Τρύφων Θέωνι χαίρειν *(Trifón a Teón desear salud)*, diferenciándose ésta del uso homérico en que en Homero representa realmente un imperativo y es posible sustituirlo por un imperativo, sin embargo, cabe como figura poética permitida. La fórmula epistolar, por su parte, no es posible entenderla como imperativo. La razón es la siguiente.

64. Dijimos[435] que en dicha fórmula epistolar se tiene que emplear necesariamente el nominativo de los nombres propios y, también, el dativo, al que reclama la construcción de tal frase, no siendo posible adoptar el modo imperativo ni ningún otro. Desde luego que el Διονυσίῳ χαίρειν es equivalente a Διονύσιε χαῖρε, pero esto no cabe en las cartas, dado que el imperativo y, también, el vocativo se aplican a personas presentes, mientras que aquel a quien se destinan las palabras está ausente, y si bien el que la envía lo hace en situación de presencia, la construye como para un ausente. Y ya hemos mostrado[436] que el nominativo en los nombres se encuentra en tercera persona. (Dijimos también que la construcción de los pronombres [de primera persona] en nominativo no es muy adecuada [para las cartas], por ser una deixis la de éstos de personas presentes; lo que tampoco vale para nuestro ca- 233
so, ya que ambas personas no se encuentran a la vista, o sea, el que envía la misiva y el destinatario.) Por tanto, como el nominativo-sujeto, lo mismo que el dativo, están en tercera persona, es obligatorio que cualquier verbo que se construya con ellos esté en tercera persona y no se construya con ningún otro caso que con el nominativo.

65. Así pues, el susodicho verbo tendría que ir con el nominativo: Ἀπολλώνιος Διονυσίῳ χαιρέτω, e incluso χαίρει o χαίροι. Pero, para que concedamos que la frase es coherente, ha de quedar muy claro que sólo el nombre que está en nominativo-sujeto participa de la acción de χαίρειν, no el que está en dativo; ahora bien, debe, por el contrario, referirse el χαίρειν al destinatario, del mismo modo que a los que están a la vista les dirigimos el χαῖρε, sin que nos apliquemos a nosotros mismos el χαίροιμι o χαίρω. Luego, no siendo posible usar tal expresión, es del todo necesario convertir la construcción en la más general,

[432] En el *Remático*, como puede deducirse de otros testimonios.
[433] De acuerdo con los peripatéticos. Ahora acepta la opinión estoica sin desechar la otra con vistas a la gramática.
[434] Porque es el modo que presenta más variedad de formas, cf. § 136.
[435] En II 42.

[436] En II 43.

el infinitivo, debiendo sobreentenderse normalmente el λέγει o εὔχεται: Τρύφων Θέωνι λέγει χαίρειν *(Trifón dice a Teón que esté bien),* como normalmente se sobreentienden otras palabras, por ejemplo, en

κόπτων ἀμφοτέρῃσιν (σ 28)
(golpeando con ambas [manos]),

en «llueve», «truena» [437]. De manera especial los modos verbales contienen verbos implícitos, según mostrábamos antes [438] que en χαίροις *(ojalá estés bien)* está implícito εὔχεσθαι *(desear),* y en χαῖρε [imperativo] el προστάξαι
234 *(ordenar),* que llevan infinitivos dependiendo de ellos cuando una forma modal se transforma en tales giros.

66. En consecuencia, el Διονυσίῳ χαίρειν contiene implícito uno de los verbos antedichos, digamos εὔχεται *(desea)* o λέγει *(dice),* que es más apropiado, pues encierra un sentido más de imperativo, de ahí que lo usemos en la segunda persona rechazando el optativo, como sucede en los ejemplos homéricos:

ἄνδρα μοι ἔννεπε, μοῦσα (α 1)
(dime, Musa, del hombre...),

χαῖρε, ξεῖνε (θ 61)
(¡salve, extranjero!),

μῆνιν ἄειδε, θεά (A 1)
(canta, Musa, la cólera...),

y de ahí que prefiramos decir que, en la construcción epistolar, están usados infinitivos en lugar de imperativos, pues es obvio que sobreentendiendo el referido verbo se realiza una oración perfecta; ya que la construcción sólo con infinitivo no cierra la oración, a menos que se supla aquello por lo que el infinitivo permanece como tal [439]. Por tanto, la fórmula Θέων Ἀπολλωνίῳ χαίρειν no será perfecta, a menos que, como decíamos, se supla el verbo implícito. Y esto por lo que atañe a la construcción epistolar.

[437] Donde se sobreentiende Zeus. Cf. I 17; II 16.
[438] En § 61.

67. A continuación, vamos a tratar de las restantes construcciones de infinitivo: el tipo δεῖ γράφειν *(es preciso escribir),* δεῖ ἀναγινώσκειν *(es preciso leer),* χρὴ φιλολογεῖν *(hay que estudiar)* y semejantes. Es obvio que difieren de la construcción epistolar, pues ésta rechaza las mencionadas palabras, a δεῖ y χρή me refiero, mientras que la 235
otra no ofrece sin ellas un sentido completo: δεῖ ἀναγινώσκειν Τρύφωνα *(le es preciso a Trifón leer),* δεῖ ἀκούειν σου *(precisa escucharte),* χρὴ ὁμιλεῖν Τρύφωνι *(es preciso hablar con Trifón).* Merece la pena que consideremos qué es lo que provoca la incoherencia en la construcción epistolar, una vez que hayamos resuelto previamente a qué parte de la oración pertenecen el χρή y el δεῖ. Sobre ello hemos tratado ya en el libro *Sobre los adverbios* [440], y ahora, aunque de una manera más breve, vamos a volver a explicarlo de nuevo, con la intención de no dejar incompleto este tratado.

68. Pues bien, la afirmación de que dichas palabras son adverbios se basaría en lo siguiente: «1) Igual que al optativo en algún tipo de construcción le precede εἴθε *(ojalá),* y al imperativo ἄγε *(ea, vamos),* de la misma manera al infinitivo le antecederán el χρή y el δεῖ como adverbios.

69. »2) Nadie podrá pensar que son conjunciones, puesto que no conectan una secuencia oracional, que es lo propio de las conjunciones, y significan una intensifica-

[439] El verbo finito que supla las categorías de que carece el infinitivo.
[440] *Adv.* 128, 10-133, 12.

ción, igual que μάλα *(mucho)* o ἄγαν *(demasiado)*; y, además, pueden entrar en composición, lo que no sucede con las conjunciones, pero sí con verbos y adverbios; así, decimos: ἀποδίς *(dos veces)*, ἀπεχθές *(ayer)*, ἀπῆλθεν *(marchó)*, ἄπεστιν *(está ausente)*, y otro tanto sucede con ἀποδεῖ *(hace falta)* y ἀπόχρη *(es suficiente)*.

70. »3) Es cosa reconocida también que los adverbios pueden ir con distintas personas verbales y diferentes nú-
236 meros: 'escribo o escribimos bien', y, así, con el resto de las personas; los verbos, por su parte, tienen que concordar en número y persona [con el caso recto]: 'nosotros escribimos', 'vosotros escribís'. Pero no sucede esto con χρή y δεῖ, pues decimos: χρὴ ἡμᾶς γράφειν, χρὴ ἐμὲ γράφειν y δεῖ σὲ ἀναγινώσκειν, δεῖ ὑμᾶς διαλέγεσθαι. Y, por esto, se les considera, más bien, adverbios.

71. »4) Tampoco puede decirse que sean verbos en infinitivo, de los que es propio el no usarse en números diferentes y no distinguir personas, de lo cual tratamos antes [441]; pues he aquí que no responden ni a su forma peculiar ni a su sintaxis, porque ¿qué infinitivo es el que termina en el diptongo ει o η?, o ¿cuándo pueden dar lugar a una oración dos infinitivos más una palabra cualquiera?, pues decimos: δεῖ περιπατεῖν Διονύσιον. Por esto es por lo que son excluidos de la clase de los infinitivos; pero tampoco deben ser incluidos en alguno de los restantes modos verbales, puesto que, una vez más, se opone a ello la indistinción de personas y que, además, no presentan número, que es común a todas las formas verbales.»

72. Contra lo anterior [442] se puede aducir lo siguiente: 1) Si son adverbios que sólo pueden llevar consigo infinitivos, como εἴθε con optativos y ἄγε con imperativos, ¿por qué no iban a admitir pronombres personales en nominativo [sujeto]? Como sucede con εἴθε ἐγὼ γράφοιμι *(oja-* 237
lá escribiera yo), εἴθε ἡμεῖς γράφοιμεν *(ojalá escribiéramos nosotros)*, ἄγε γράφωμεν ἡμεῖς *(¡ea! escribamos nosotros)*, ἄγε γράφετε ὑμεῖς *(¡ea! escribid vosotros)*. Sin embargo, no es posible *δεῖ ἐγὼ γράφειν ni *χρὴ ὑμεῖς γράφειν, si bien la sintaxis adverbial no lo prohibiría, εἴθε ὑμεῖς ἀκούοιτε *(ojalá vosotros oyerais)*, εἴθε ὑμᾶς θεάσαιτο *(ojalá os viera)*, εἴθε ὑμῶν ἀκούοι *(ojalá os escuchara)*, y lo mismo para casos similares.

73. 2) Es propio de los verbos recibir el aumento en los tiempos de pasado, pero no lo es de los adverbios. Decimos: σήμερον γράφω *(hoy escribo)*, σήμερον ἔγραφον *(hoy escribía)*, tomando el verbo el aumento al principio, mientras que en los adverbios el comienzo es siempre el mismo. Y podemos decir, desde luego, δεῖ γράφειν y ἔδει γράφειν, donde el ἔδει *(era preciso)* presenta aumento, al igual que ἔπλει *(navegaba)* y ἔπνει *(respiraba)*, pero no lo lleva γράφειν. Y resulta, así, que lo que pudo ser tomado por adverbio presenta una prueba firme de que es un verbo, mientras que el infinitivo γράφειν, del que se había aventurado si sería verbo, hemos aportado sólidas razones de que es la más general de todas las formas verbales. Además, puede reduplicarse, lo que es peculiar de los verbos, como en γεγραφέναι y similares. Con esto no queremos decir que las formas que no toman el aumento en los tiempos de pasado no son verbos, puesto que el resto de los
modos no lo toman, sólo el indicativo; lo que sí es cierto 238
es que las formas que lo llevan pertenecen a la categoría de los verbos, y ya se ha indicado que ἐχρῆν y ἔδει lo llevan; y, en cuanto verbos, les pertenecen los infinitivos χρῆναι y δεῖσθαι, igual que στῆναι y πνεῖσθαι.

[441] En § 55.

[442] Es decir, contra la opinión de que sean adverbios, pues para Apolonio Díscolo son verbos.

74. 3) Puede reconocerse también a partir de la acentuación; δεῖ se acentúa con circunflejo igual que πλεῖ. ¿Es que, entonces, no hay adverbios que se acentúan con circunflejo, como πεῖ, αὐτεῖ, τουτεῖ? En primer lugar, son formas dorias, lo que no sucede con δεῖ; en segundo lugar, πεῖ, εἶ, αὐτεῖ son las formas correspondientes de ποῦ, οὗ y αὐτοῦ, mientras que, una vez más, el δεῖ no tiene tales correlatos, pues es el resultado de la contracción de δέει, contracción análoga a πλέει, ῥέει y χέει, y tiene como primera persona a δέω, igual que πνέω. En el caso de χρή, también se ha producido una afección formal, lo mismo que puede hallarse en algún otro verbo. Al significar δέω «estar falto de», es sinónimo de χρῶ y χρέω, de los cuales salen δέος y χρέος. Con χρῶ se corresponde la forma derivada χρῆμι, como φημί, y, a partir de χρῆμι, la tercera persona es χρῆσι, como φησί; y de χρῆσι resulta χρή por apócope, análogamente a φή (de φησί), como en Anacreonte:

σὲ γάρ φη Ταργήλιος ἐμμελέως δισκεῖν
(pues dice Targelio que tú lanzas el disco con arte)

75. 4) Hasta aquí, el modo de reconstruir la forma. Por lo que se refiere a la sintaxis, falta decir lo siguiente: parece que se construye defectivamente con distintas personas y números, siendo una forma verbal en indicativo; lo que no podría suceder si hubiese tenido que construirse
239 con personas y números [443]. Así, en δεῖ ἡμᾶς γράφειν, el δεῖ se construye con γράφειν, no con ἡμᾶς, por eso en dicha frase el δεῖ no distingue ni persona ni número, puesto que la palabra a la que va unido es indeterminada respecto a tales accidentes, y de ahí que no se flexione con lo que no admite flexión, o sea, con el infinitivo.

[443] Esto es, con un nominativo-sujeto.

76. 5) Su significado es el siguiente: cuando alguna acción ha sido llevada a cabo de manera incompleta, el añadido de los referidos verbos se emplea para indicar el cumplimiento de lo que debe ser hecho. Así, δεῖ φιλολογεῖν quiere decir: «puesto que hace falta estudiar, estudiemos»; igual que si tomamos el verbo λείπει *(hace falta)* en lugar de δεῖ, la construcción quedará en no menor medida falta [de sujeto personal]: λείπει τὸ φιλολογεῖν ἡμᾶς, λείπει τὸ φιλολογεῖν ἐμέ, y no habrá quien se atreva a decir que λείπει es un adverbio, aunque muy a menudo aparezca en forma única [impersonal], debido a su construcción con el infinitivo.

77. 6) Así pues, sólo ésta sería la causa de no poder usarse [δεῖ y χρή] con los infinitivos en las fórmulas epistolares, ya que dijimos [444] que con tales infinitivos había que sobreentender los verbos λέγει o εὔχεται: Διονυσίῳ Ἀπολλώνιος λέγει χαίρειν ἢ εὔχεται. Sería inadmisible 240
que un infinitivo tolerase ser construido dependiendo de dos verbos en indicativo; sólo puede serlo de uno, naturalmente. Por eso, decimos: θέλει γράφειν *(quiere escribir)*, δεῖ γράφειν *(es preciso escribir)*. Por supuesto que, estando implícitos en Διονυσίῳ χαίρειν el λέγει o el εὔχεται, es imposible que se les añada el χρή o δεῖ, a no ser que no se tratase de la construcción epistolar, en cuyo caso podría decirse: δεῖ χαίρειν *(es preciso que estés bien)*. Por el contrario, al destinatario de una carta se le supone el que está bien, no privado de salud, lo que estaría implícito si se dijera δεῖ χαίρειν.

78. A continuación hay que tratar de los casos que se construyen con los infinitivos. En primer lugar, hemos de examinar si es cierto que los infinitivos han de llevar

[444] En § 66.

siempre un acusativo, como con χρή y δεῖ: χρὴ ἀναγινώσκειν Διονύσιον *(es preciso que Dionisio lea),* y ejemplos similares. A decir verdad, no es cierto que los infinitivos, como tales, requieran absolutamente un acusativo, sino que es el caso que se acomoda al indicativo y al resto de los modos. La razón es la siguiente.

79. Χρή y δεῖ son los causantes del añadido del acusativo, puesto que, en cuanto verbos, exigen el oportuno caso oblicuo, al igual que le sucede a la gran mayoría de los verbos restantes, que llevan un genitivo, un dativo o
241 un acusativo. Así pues, por la misma razón que λείπει se construye con un acusativo: λείπει Δίωνα *(le falta a Dión),* λείπει ἐμέ *(me falta a mí),* por lo mismo δεῖ σέ lleva un acusativo: δεῖ ἐμέ *(me falta a mí),* δεῖ σε *(te es preciso).* Por tanto, la oración coherente es δεῖ ἐμὲ ἀκούειν *(me es preciso escuchar);* pero no es que, como decíamos, el empleo del infinitivo lo requiera; porque ahí está la construcción epistolar, que no lleva acusativo, lo mismo que en los siguientes ejemplos: τῷ περιπατεῖν ἥδομαι *(me complazco en pasear),* περιπατεῖν θέλω ἤπερ γράφειν *(prefiero pasear a escribir),* ἐθέλει κοιμᾶθαι ἢ περιπατεῖν *(prefería dormir a pasear).* Si se suprimiese de dichas frases el verbo personal que hay en ellas y se le añadiese el δεῖ, sería obligado también que se sobreentendiese el acusativo: δεῖ περιπατεῖν, χρὴ διαλέγεσθαι.

80. Entonces, ¿los infinitivos no implican un acusativo? No siempre, sino sólo el que puede ir con cualquiera de los otros modos: φιλεῖ Θέωνα *(él ama a Teón),* φίλει Τρύφωνα *(ama tú a Trifón),* ἐὰν φιλῇ Τρύφωνα *(si amases a Trifón),* y así tenemos: φησὶ φιλεῖν Τρύφωνα *(dice amar a Trifón).* De ahí que puedan desarrollarse dos acusativos en tal tipo de construcción [445].

---

[445] El sujeto y el objeto del infinitivo.

81. Un genitivo o un dativo pueden construirse con un infinitivo cuando cualquiera de los otros modos puede llevar dependiendo ese mismo genitivo: ἀκούει Τρύφωνος, o dativo: δίδωσι Τρύφωνι, y así sucesivamente con el resto de los modos; transformados los cuales en un giro de infinitivo, admitirá éste el mismo caso: φησὶν ἀκούειν
Τρύφωνος, φησὶν διδόναι Τρύφωνι. Y si se le añadiese el 242
δεῖ, una vez suprimido, naturalmente, el φησί, según acabamos de mostrar, de nuevo aparecerá el acusativo: δεῖ ἀκούειν Τρύφωνος Ἀπολλώνιον *(es preciso que Apolonio escuche a [de] Trifón),* δεῖ ἐρᾶν Θέωνος ἐμέ *(es preciso que yo ame a Trifón),* δεῖ σοι Τρύφωνα χαρίζεσθαι *(es preciso que Trifón te haga el favor).*

82. Y si se quisiera eliminar el acusativo de tales frases, se reconocería que falta el acusativo, como, por ejemplo, si dijéramos: δεῖ σοι χαρίζεσθαι *(es preciso que te haga el favor [alguien]),* δεῖ σου ἀκούειν *(es preciso que te escuche [alguien]),* pues necesariamente ha de sobreentenderse un acusativo con cuyo añadido la frase quedará completa, puesto que, si no estuviesen faltas de él, su añadido parecería necesariamente superfluo: δεῖ σοι χαρίζεσθαι ἐμέ *(es preciso que yo te haga el favor a ti),* δεῖ ἀκούειν σου Δίωνα *(es preciso que Dión te escuche a ti).*

83. Siendo, pues, esto así, si, como decíamos, el verbo, esto es, el infinitivo [dependiente de δεῖ] rige por naturaleza un acusativo, en tal circunstancia podrán desarrollarse dos acusativos, uno construido con δεῖ y χρή, y otro con el infinitivo, como sucede en los ejemplos siguientes: δεῖ Τρύφωνα διδάσκειν Διονύσιον *(es preciso que Dionisio enseñe a Trifón),* δεῖ σὲ ἐμὲ τιμᾶν *(es preciso que yo te honre* o *que tú me honres).*

84. Existe otro tipo de construcción con dos acusativos [446]: cuando el verbo principal rige acusativo, por ejemplo, ἀναγκάσαι *(obligar),* ποιῆσαι *(hacer)* y similares, pues tales verbos rigen un acusativo lo mismo que los infinitivos dependientes, como ἑλεῖν *(coger),* ὑβρίσαι *(ofender),* y otros semejantes a éstos. Así, se podrían formar frases como: ἀνάγκασόν με ὑβρίσαι σε *(oblígame a injuriarte),* ποίησον Τρύφωνα φιλεῖν 'Απολλώνιον *(haz a Trifón amar a Apolonio).*

243 **85.** De tales frases puede resultar la ambigüedad: cuando se trata de un genitivo o de un dativo, la oración es fácilmente comprensible: λέγουσι Τρύφωνα ἀκούειν 'Απολλωνίου *(dicen que Trifón escucha de Apolonio),* ποίησον Τρύφωνα χαρίσασθαι 'Απολλωίῳ *(haz que Trifón haga el favor a Apolonio);* pero no lo son:

> δὸς δέ τ' ἔμ' ἄνδρα ἑλεῖν (E 118)
> *(concédeme poder matar al hombre)* [447],

συνέβη ἐμὲ φιλεῖν Τρύφωνα *(sucedió que yo amaba a Trifón* o *que Trifón me amaba a mí),* pues al poder aplicarse el infinitivo a uno u otro de los acusativos, no resulta evidente el sujeto de la acción ni el objeto de la misma.

86. La resolución de la ambigüedad se produciría del siguiente modo: si frases, como πλουτεῖ Τρύφων *(Trifón es rico),* ὑγιαίνει Τρύφων *(Trifón está bien de salud),* las transformamos en [estilo indirecto]: φασὶ Τρύφωνα πλουτεῖν *(dicen que Trifón es rico),* λέγουσιν Τρύφωνα ὑγιαίνειν *(dicen que Trifón está bien),* es claro que los mismos hechos afectan a las mismas personas. Ahora bien, tomemos, por ejemplo, Θέων ὕβρισε Δίωνα *(Teón injurió a Dión),* donde son evidentes el que ofende y el ofendido; si hacemos la transformación dejándola en la misma voz, quedará λέγουσι Θέωνα ὑβρίσαι Δίωνα *(dicen que Teón injurió a Dión).* Es obvio que el verbo [en infinitivo] pertenece al primer acusativo [como sujeto], el mismo que estaba en nominativo en la oración simple: Τρύφων ὕβρισε, λέγουσι Τρύφωνα ὑβρίσαι, del que, a su vez, no depende la persona paciente, digamos «a Dión», «a Teón». Según esto, el primer acusativo se une al infinitivo en la condición de agente, de manera que, si uno dijere: περιέχει ὁ οὐρανὸς τὴν γῆν *(el cielo rodea a la tierra),* resultaría 244
λέγουσιν τὸν οὐρανὸν περιέχειν τὴν γῆν *(dicen que el cielo rodea a la tierra),* y si, al revés, περιέχει ἡ γῆ τὸν οὐρανόν *(la tierra rodea al cielo),* λέγουσι τὴν γῆν περιέχειν τὸν οὐρανόν *(dicen que la tierra rodea al cielo).*

87. Se está de acuerdo en que la actividad precede a la pasividad, puesto que se es pasivo una vez que se ha sufrido la actividad del agente, como puede reconocerse con su negación. Así, el que dice: «yo no [te] golpeé», niega su actividad previa en la acción en que una persona confesaba su pasividad en ser golpeada [448]. Si esto es cierto, sería lógico que el infinitivo, con el primer acusativo que se le une, significasen la función del agente, y el acusativo, tomado en segundo lugar, el que representase la pasividad, dado que la pasión es secundaria a la acción: συνέβη ἐμὲ φιλεῖν 'Απολλώνιον equivaldría a decir: ἐγὼ

---

[446] En realidad, los dos dependen del infinitivo, uno como sujeto y otro como objeto. *Cf.* § *80.*

[447] Puede entenderse: «concede al hombre poder matarme a mí». La misma ambigüedad que se produce siempre que hay dos acusativos. Era, pues, una estructura muy apropiada para las respuestas sibilinas. Literalmente el verso dice: «concede a mí el hombre matar», que es ambigua, sin ninguna duda. Como el famoso: «dico te Romanos vincere».

[448] La actividad precede a la pasividad, luego la negación de la actividad es también negación de la pasividad.

φιλῶ 'Απολλώνιον. Por tanto, es obvio que hay hipérbaton en

δὸς δέ τ' ἔμ' ἄνδρα ἑλεῖν (E 118, *supra)*

por ἑλεῖν τὸν ἄνδρα *(coger al hombre).* Hasta aquí por lo que respecta a la sintaxis de los infinitivos.

*

88. A continuación vamos a ocuparnos del resto de los modos, a los cuales les sucede que reciben la denominación de las acciones por ellos significadas. El llamado indicativo se conoce también como declarativo. Está claro que el hecho de llamarlo declarativo le viene de su signifi-
245 cación general, puesto que «declarar» puede aplicarse a cualquier enunciado, incluso a unos adverbios los llamamos ἀποφατικά [449]. En cambio, «indicativo» da el sentido propio del modo, pues, al declarar algo mediante él, indicamos algo.

89. De ahí que las conjunciones aseverativas, y aun las causales, tiendan hacia este modo. Así, cuando decimos para declarar algo: γέγραφα *(escribí),* y para hacer una aseveración: ὅτι γέγραφα *(que escribí)* [450], para dar intensidad a la declaración. Lo contrario a esto se responde con la negación ὅτι οὐ *(que no)* [451]. Y también puede adoptar sentido causal: en efecto, si decimos «paseo» aseverativamente como si fuera una premisa, el resultado será

[449] Frase aparentemente injustificable, aquí. Es difícil pensar que Apolonio Díscolo no distinguiese entre ἀποφαντικός (declarativo) y ἀποφατικός (negativo). Pudo pensar que la negación equivalía a un enunciado completo, o bien hemos de suplir: «con los que no debemos confundirnos».

[450] Es el ὅτι introductor del discurso directo que las gramáticas recomiendan traducir por los dos puntos. Quizá sería más apropiado traducir el ejemplo: «sí, escribí», «es así que escribí».

[451] O, según lo dicho, «no, no escribí», «es así que no escribí».

el sentido causal ὅτι περιπατῶ κινοῦμαι *(es así que paseo, me muevo)* [452]. Pero no será verdadero si invertimos el orden: «es así que me muevo, paseo» [453]. Es evidente que la causa de esto no es la función declarativa propia del verbo, sino la secuencia lógica implícita en la conjunción, puesto que, tomados los verbos por sí mismos, separadamente, por la función declarativa que les es inherente, la expresión es verdadera: «me muevo, paseo».

90. Es cosa sabida que el indicativo lleva implícita la afirmación, de ahí que el llamado adverbio negativo [no], en cuanto que es opuesto a la afirmación *sí,* se adapte bien al modo indicativo, para anular mediante él la afirmación
inherente al indicativo: «no escribe», «no pasea»; pero no 246
va bien con el optativo o el imperativo, puesto que en estos modos no está implícita la afirmación a la que se opone la negación y a la que acabamos de decir que anula la negación *no.* La razón de por qué la negación de dichos modos es μή se dará cuando tratemos de ellos, pues ciertamente decimos: μὴ γίνωσκε *(no pienses),* μὴ γνοίης *(ojalá no pensases),* μὴ γνῷς *(que no pienses).*

91. Por otro lado, hay que considerar que la negación οὐ *(no)* tampoco puede ir con infinitivo, puesto que mediante él no se afirma nada; así, en la frase οὐ δεῖ γράφειν *(no es preciso escribir),* lo negado es el verbo en indicativo, o sea, δεῖ, χρή, igual que si dijéramos: οὐ λείπει τὸ φιλολογεῖν *(no hace falta el estudiar).* Esta construcción es una prueba más de que δεῖ y χρή son formas de indicativo.

92. Es también cosa sabida que el llamado modo subjuntivo, al estar conectado por las conjunciones subordinadas, y determinado por el significado de éstas [454], no

[452] O, sin más, «porque paseo, me muevo».

[453] Cf. I 9.

[454] Por no ser de afirmación simplemente.

podrá admitir la negación mediante οὐ. Pero sí puede aparecer esta forma de negación en la apódosis [455]: ἐὰν θέλῃς οὐκ ἀναγινώσκω ἢ οὐκ ἀναγνώσομαι *(si quieres no leo o no leeré)*, y, sobre todo, con presente y futuro. La razón de por qué no se usan en tales subordinadas los pasados, en su lugar se dirá [456].

93. Este modo indicativo de que estamos hablando, cuando pierde su valor afirmativo inherente, deja al mismo tiempo de llamarse indicativo, pues sirve para interrogar por la realidad, por ejemplo, cuando decimos: «¿has
247 escrito?», «¿has hablado?» Y si esto no fuese verdad, contestamos «no», y si es cierto el haber escrito, respondemos: «sí». De esta manera, cuando la interrogación es satisfecha afirmativamente, revierte de nuevo al indicativo. La prueba más firme de lo dicho es que a menudo no usamos el adverbio «sí», sino el mismo verbo en indicativo, como si la afirmación estuviese implícita en él; así, a la pregunta: «¿escribes?», podemos contestar: «escribo», o para aseveración de la declaración, haciendo doblemente la afirmación: «sí, escribo»; lo mismo sucede en

> ναὶ δὴ ταῦτά γε πάντα, γέρον, κατὰ μοῖραν ἔειπες (Α 286)
> *(sí, viejo, todo lo has dicho justamente),*

lo cual no carece de razón, puesto que más arriba hemos mostrado [457] que, muy a menudo, palabras sinónimas se ponen una al lado de otra con vistas a un mayor énfasis, como es el caso de τάχιον περιπάτει *(pasea más rápido)* y μᾶλλον τάχιον περιπάτει *(pasea más más rápido).*

[455] Es lo que sucede con las condicionales, en las que Apolonio Díscolo está pensando, a juzgar por el ejemplo subsiguiente (prospectivo-eventual).

[456] En § 131.

[457] En I 98; II 51 s.

94. De manera semejante [al indicativo], también el optativo recibió su denominación por derivación de εὐχή *(deseo).* Si existen adverbios que significan deseo, como

> αἴθ' ἔγω, χρυσοστέφαν' Ἀφροδίτα
> τόνδε τὸν πάλον λαχοίην (Safo)
> *(ojalá yo, oh Afrodita de áurea corona, consiga esta suerte),*

> αἴθ' οὕτως ἐπὶ πᾶσι χόλον τελέσει' Ἀγαμέμνων (Δ 178),
> *(ojalá Agamenón acabase así su cólera en todos los casos),*

pudiera quizá parecer que tales adverbios se usan super- 248
fluamente, puesto que dicho modo lleva ya potencialmente implícito el «ojalá». (En ejemplos, como εἴθε ἔγραψε Τρύφων, εἴθε ἐλάλησε [*ojalá haya escrito Trifón, ojalá haya hablado*] [458], es evidente que el εἴθε está empleado con toda justeza para que el indicativo, mediante el añadido del adverbio optativo, adopte una forma optativa, pues es obvio que hay diferencia entre ἔγραψεν Τρύφων [*Trifón escribió*] y εἴθε ἔγραψεν Τρύφων [*ojalá haya escrito Trifón*]. Pero, por otro lado, es sabido que tales añadidos tienen lugar con vistas a una mayor intensificación del sentido, como acabamos de mostrar con ναὶ γράφω [*sí, escribo*], y otros muchos más.)

95. Ahora bien, es preciso tener en cuenta que existe diferencia entre la modalidad expresada por el optativo verbal y la indicada por el adverbio: la forma verbal significa, al mismo tiempo que la acción, la disposición de deseo, pues γράφοιμι es el deseo de la acción de escribir y φιλολογοῖμι de la de estudiar, mientras que εἴθε es como un nombre de deseo, pero sin indicar, al mismo tiempo, de qué deseo se trata.

[458] En griego, indicativo: «ojalá habló...»

96. Esto mismo puede ser mostrado de una multitud de casos: 1) λευκότερος *(más blanco)* está intensificado con respecto a la cualidad de «blanco», y γλυκύτερος con respecto a la de «dulce»; sin embargo, los adjetivos que significan intensidad en general son los del tipo βελτίων *(mejor),* ἄριστος *(el mejor),* ἀμείνων *(mejor)* [459]. 2) Pero si cada una de estas palabras poseen un sentido propio a partir del cual adoptaron la forma de manera figurada, pasaron a significar comúnmente la intensidad (de la misma manera que ἁλιεύς [*pescador: de mar*], aunque sea de río; πυξίς [*cajita: de boj*], aunque sea de otro material) [460],
249 todo el mundo estará de acuerdo en que «uno» se distingue de «Áyax» en que «uno» es sólo un numeral, mientras que «Áyax» juntamente con la cualidad propia [461] indica el «uno». 3) Y lo mismo «yo» con respecto a «escribo», puesto que, junto con la acción de escribir y los accidentes concomitantes, «escribo» lleva ya implícito el «yo», mientras que «yo» sólo es en sí mismo una denominación de una persona. 4) Asimismo, Ἰλιόθεν *(de Troya)* difiere de ἄλλοθεν *(de otra parte)* en que Ἰλιόθεν significa, junto con la relación de lugar de donde, el lugar concreto, pero ἄλλοθεν presenta sólo la relación de lugar. 5) Igualmente, τάχιστος *(el más rápido, rapidísimo)* significa la intensificación junto a una cierta cualidad base, pero no ἄγαν *(mucho, en demasía);* éste es sólo el nombre para la intensificación. 6) Otro tanto sucede con γράψον *(escribe tú)* respecto a ἄγε *(ea, vamos).* Una vez más, ἄγε es una palabra

[459] En griego existían dos sufijos para formar el comparativo y superlativo: -τερος / -τατος, que significa oposición, frente a -ίων / -ιστος que significa intensidad; luego, ἄριστος aquí es explicable, contra la opinión crítica.

[460] Esta figura se llama catacresis.

[461] Cf. I 78; II 45.

para la orden, mientras que γράψον, junto con la orden que lleva implícita, significa la acción además de los números y personas correspondientes. Otros muchos ejemplos podíamos poner.

97. Sin embargo,

> αἴθ' ὄφελες παρὰ νηυσὶν ἀδάκρυτος καὶ ἀπήμων
> ἧσθαι (A 415)
> *(ojalá pudieras estar junto a las naves sin lágrimas ni pesadumbres)* [462]

y

> ὡς ὄφελες σὺ μὲν αὖθι μετ' ἀθανάτῃς ἁλίῃσι
> ναίειν, Πηλεὺς δὲ θνητὴν ἀγαγέσθαι ἄκοιτιν (Σ 86 s.) 250
> *(ojalá hubieras habitado tú con las diosas marinas y Peleo haber tomado esposa mortal)*

no debe pensarse que son pleonásticos, puesto que con el ὤφελον se hace distinción de la persona, lo que no sucede con αἴθε. Es evidente que ésta es la razón por la cual εἴθε se construye con optativos, que son los capaces de distinguir persona:

> αἴθ' οὕτως, Εὔμαιε, φίλος Διὶ πατρὶ γένοιο (ξ 440)
> *(ojalá, Eumeo, seas tan caro al padre Zeus como a mí)*
> αἴθ' οὕτως ἐπὶ πᾶσι χόλον τελέσει' Ἀγαμέμνων (Δ 178 sup.).

Por otro lado, mostramos antes [463] que también podía aparecer con indicativo, como en εἴθ' ἔγραψε Τρύφων, pero no con infinitivos, puesto que, tanto por causa del adverbio mismo como por el infinitivo que le acompaña, resulta incierto a qué persona afecta el deseo. De ahí que se em-

[462] ὄφελον más infinitivo tiene un sentido optativo similar a εἴθε.

[463] En § 94.

plee el ὄφελον para suplir dicha carencia, esto es, para hacer mostración de la persona a que se circunscribe el deseo.

251 **98.** Por otro lado, hay quienes están perplejos ante el hecho de que pueda haber tiempos de pasado con este modo, en razón de que el tiempo pasado choca contra el optativo [464], como si ello no pudiese tener lugar, por lo mismo que en otras partes de la oración el significado que les es inherente es la causa de que algunas formas de la palabra no puedan constituirse, por ejemplo, en los verbos, las formas pasivas de πλουτῶ *(ser rico),* ὑπάρχω *(ser),* y semejantes; la activa de μάχομαι *(luchar* [*media tantum*]*),* y también en los géneros; así, no se hallará el masculino de ἐκτροῦσα *(abortada)* ni el femenino de ἄρσην *(masculino).* Los ejemplos de este tenor son inacabables. Por eso, ante nuestro asunto arguyen: «si los deseos son de lo que no existe para que sea, ¿cómo podría desearse lo que ha sido?»

99. A esto puede objetarse que es del todo forzoso que exista deseo para el pasado. Supongamos que el tiempo señalado para una competición olímpica ha pasado ya y que un padre emite un deseo en favor de su hijo, que ha participado en la competición, acerca de la victoria de éste. Es evidente que no podrá emitir su deseo con el futuro ni con el presente, durativo [465] (pues ello se opone a una cosa pasada), por lo cual, el deseo consecuentemente expresado sería: «ojalá haya ganado mi hijo», «ojalá haya alcanzado la gloria».

---

[464] Parecen, desde luego, oponerse la idea de pasado y la expresión de un deseo (futuro); no obstante, es posible situarse hipotéticamente en el pasado cuando no se conoce todavía: «ojalá haya venido».

[465] Denominación del presente por los estoicos, según el testimonio del *Esc. Dion. Trac.* 250, 5, 26.

100. Es posible, desde luego, afirmar que es cierto que los deseos se emiten sobre lo que no se tiene, pues sólo 252
si no se da el hecho de estudiar podríamos decir: «ojalá estudie»; si no se da el hecho de ser rico: «ojalá sea rico». No obstante, ha de tenerse en cuenta que lo expresado con el optativo consiste: o bien en la duración del presente [466], por ejemplo, si uno dijera: «¡oh dioses, qué viva!»; o bien para que hechos que no existen se cumplan, como Agamenón cuando suplica: «ojalá, dioses, hubiera destruido ya a Ilión»; en este caso, el deseo se emite ahora, pero mirando hacia un tiempo pasado y acabado, pues la duración la hubiera considerado como no deseable, ya que, en tanto, él destruía a Ilión:

> ἐννέα δὴ βεβάασι Διὸς μεγάλου ἐνιαυτοί,
> καὶ δὴ δοῦρα σέσηπε νεῶν καὶ σπάρτα λέλυνται (B 134 s.)
> *(nueve años del gran Zeus habían pasado,*
> *el maderamen de las naves estaba podrido, las cuerdas deshechas),*

que es, justamente, lo contrario que se puede observar del ejemplo de «ojalá viva»; pues nadie emitiría como deseo el acabamiento de la vida diciendo: «ojalá hubiese vivido», pues la perfección de este deseo excluye virtualmente el propio discurso vital.

*

101. Una dificultad semejante surge con los imperativos, pues, una vez más, se ordena aquello que no ha tenido lugar, y lo cierto es que las cosas pasadas ya han sucedido; por esto mismo no deberían usarse imperativos en tiempo pasado. También en este caso puede argüirse del mismo modo diciendo, en primer lugar, que existe diferen-

---

[466] Nótese la consideración aspectual. Cf. §§ 102 y 140.

cia entre κλειέσθω ἡ θύρα *(que sea cerrada la puerta)*
253 y κεκλείσθω *(que esté cerrada)*, pues la forma de presente da a entender una orden inmediata, lo que se corresponde con el valor durativo del presente, mientras que el «que esté cerrada» lo es para una acción que debió tener lugar anteriormente.

102. También hemos dicho que unas órdenes tienen sentido durativo, pues el que habla de esta manera: «escribe», «barre», «cava», da la orden pensando en la duración de tal acción, como sucede en

> βάλλ' οὕτως, αἴ κέν τι φόως Δαναοῖσι γένηαι (Θ 282)
> *(dispara así, y quizá seas la salvación de los griegos)*,

que quiere, en efecto, decir: «dedícate a disparar» en el combate. Ahora bien, el que dice en forma de pasado: «ten escrito», «ten cavado», no sólo está ordenando algo que todavía no ha tenido lugar, sino que también excluye la duración en el hecho, igual que a los que tardan mucho en escribir nos dirigimos a ellos diciéndoles γράψον *(ten escrito)*, queriendo darles a entender que no persista en la duración, que ponga fin a la acción de escribir.

103. Las segundas personas de los imperativos tienen una sintaxis muy clara, aunque coincidan en la forma con el indicativo, pues el vocativo que las acompaña evita la ambigüedad con respecto al indicativo, y también el adverbio que se construye con ellos, a ἄγε *(ea, vamos)* me refiero, como explicaremos más abajo [467]. En cuanto a las terceras personas, al tener una forma distinta no ofrecen ningún problema de ambigüedad.

104. Las formas de primera persona [de imperativo], hay quien niega que pueden existir por las siguientes razo-

[467] En §§ 111 y 177.

nes: dicen que el que da la orden debe distinguirse de lo 254
ordenado, lo que no es posible tratándose de la primera persona, puesto que ésta es la que hace una declaración sobre sí misma; la segunda es aquella a quien se dirige la alocución misma, y a dicha persona es a la que conviene el modo imperativo: «huye», «di», «escribe».

105. Es, asimismo, evidente que los vocativos presuponen dos personas, la del que invoca y la del invocador, por eso no habría vocativos de los pronombres personales de primera persona, pero sí de los de segunda. Es claro, en consecuencia, y una tal construcción lo demuestra, que no haya imperativos de primera persona, dado que se construyen con los vocativos y ya hemos demostrado que los de la primera persona no existen. Y de la misma manera que no es concebible que alguien se invoque a sí mismo debido a la indivisibilidad de la persona, tampoco lo es que se de órdenes a sí mismo por idéntico motivo, ya que todo imperativo se establece entre una persona dominante y otra dominada.

106. Los que admiten que puedan existir órdenes en primera persona, sin haber recusado las anteriores razones, aducen como imperativos ejemplos que están en el uso,

> φεύγωμεν σὺν νηυσὶ ἐς πατρίδα γαῖαν (B 140)
> *(huyamos en las naves a nuestra tierra patria)*,
>
> ἀλλ' ἄγε δὴ χαζώμεθ' ἐφ' ἵππων (E 249) 255
> *(vamos, retirémonos en nuestro carro)*,

y tantísimas otras expresiones de uso común. A partir de éstos pretenden deducir las de primera persona del singular: «de la misma manera que la penúltima sílaba [468] de

[468] La consideración de la penúltima sílaba era uno de los criterios de la analogía.

la segunda persona del plural, si le quitamos a ésta la desinencia -τε resulta la última sílaba en la segunda del singular: λέγετε λέγε, νοεῖτε νόει, así también en la primera persona, si le quitamos el -μεν de la desinencia, la penúltima sílaba constituirá la forma de imperativo de singular: φέρωμεν φέρω, ἀριθμήσωμεν ἀριθμήσω. Y nada de extraño hay en que se produzca coincidencia de formas con las de indicativo, puesto que en las segundas personas tal coincidencia también se produce».

107. «Esto se hace patente también a partir de la construcción ἄγε λέγωμεν *(ea, digamos),* ἄγε φέρωμεν *(ea, llevemos),* cuyo singular sería φέρε λέγω *(vamos, hable yo),* φέρε ἀριθμήσω *(vamos, cuente yo).»* (Según esto, la segunda persona de indicativo, por no coincidir con la de imperativo, no tolera tal construcción, pues ¿quién podría decir *φέρε λέγεις [*vamos, estás leyendo*] o *φέρε ἀριθμήσεις [*vamos, contarás*]? Es lo que sucede en

> ἀλλ' ἄγε δὴ τὰ χρήματ' ἀριθμήσω καὶ ἴδωμαι (ν 215)
> [*Vamos, vea yo mis riquezas y las cuente*],
>
> ἀλλ' ἄγ' ἐγών, ὃς σεῖο γεραίτερος εὔχομαι εἶναι
> ἐξείπω (I 60)
> [*vamos, hable yo que me precio de ser más anciano que tú*].)

108. Me parece a mí que se ha confundido la significación modal y que, en definitiva, están mezclando dos
256 modos en uno solo. La prueba es la siguiente: está admitido que no nos invocamos a nosotros mismos ni tampoco nos damos órdenes a nosotros mismos, conforme al concepto de imperativo que acabamos de exponer. Ahora bien, podemos exhortarnos a nosotros mismos, como Zeus en el siguiente ejemplo, que, después de haber hecho diversos planteamientos y considerado el mejor, se dijo algo así como:

> πέμψω ἐπ' Ἀτρείδῃ Ἀγαμέμνονι οὖλον ὄνειρον
> *(envíe yo al Atrida Agamenón un sueño funesto),*

que, a su vez, por necesidades de la secuencia narrativa [estilo indirecto], deberá transformarse en infinitivo

> πέμψαι ἐπ' Ἀτρείδῃ Ἀγαμέμνονι οὖλον ὄνειρον (B 6)
> *(...enviar al Atrida Agamenón un sueño funesto).*

109. De tales usos [exhortativos] del singular surgieron los de plural, que comprenden las segundas y terceras personas: «enviemos», «contemos»; cosa que yo considero de muy correcto uso con vistas a dirigirse a un superior, puesto que éste no admitiría que se le aplicase abiertamente una construcción para subordinados. Antes dijimos, en efecto, que los imperativos son propios de superiores hacia inferiores, los cuales reciben la orden de actuar. Así pues, para eludir la orden asociada a la segunda persona, se adopta una forma que la comprende en la primera persona del plural, persona que en singular, según demostramos, tiene valor exhortativo. Y es evidente que, debido a la prevalen-
cia de la primera persona, también las otras, por ser co- 257
rrelativas, participan de este valor modal. Esto es lo que significa lo dicho por Esténelo:

> ἀλλ' ἄγε δὴ χαζώμεθ' ἐφ' ἵππων (E 249)
> *(vamos, alejémonos en nuestro carro),*

para no dar una orden a una persona de rango superior usando el imperativo χάζου *(aléjate).* Otro tanto sucede con lo dicho por Néstor [469]:

> ἀλλ' ἄνδρας κτείνωμεν (Z 70)
> *(matemos a esos hombres),*

[469] Era anciano y no participaba en la lucha.

pues, incluyéndose a sí mismo, trata de hacer más animosos a los griegos ante el inminente combate.

110. Por tanto, yo no creo que existan segundas y terceras personas de tales exhortativos, pues fue para eludir la segunda persona por lo que dijimos que se emplea la primera comprendiendo a las otras. También es explicable esto por la forma: en cualquiera de los modos, las segundas personas de plural que acaban en -τε presentan la misma cantidad que las primeras en la penúltima: λέγοιμεν λέγοιτε, λέγομεν λέγετε. Por eso decimos que con ῥιπτοῦμεν se corresponde ῥιπτεῖτε y con ῥίπτομεν ῥίπτετε. Como se trata de la norma general, es superfluo aducir más ejemplos. Por tanto, y siguiendo la misma razón formal, ¿cómo podría corresponderse φεύγωμεν con φεύγετε? Las formas que acaban en -θε tienen una sílaba menos que las que acaban en -θα; en consecuencia, y por el mismo motivo, la segunda persona, πεποίεσθε, no puede corresponderse con πεποιηκώμεθα [470].

111. Parece, por tanto, que la falta de personas del
258 imperativo, es decir, la primera, y la falta, asimismo, de las segundas y terceras del exhortativo, conducen a un uso unitario de los dos modos verbales para que, de esta manera, uno supla lo que le falta al otro, por existir, además, una coincidencia de significado entre ambos. Pero, si algunos, con argumentos forzados, pretenden que haya exhortativos de segunda persona y que presentan coincidencia formal con el imperativo, les contestaríamos que es la construcción con ἄγε lo que hace resaltar el carácter de imperativo [471], pues es obvio que este adverbio de mandato sirve para intensificar la orden.

[470] Forma no existente de la primera persona del plural del subjuntivo perfecto medio-pasivo.

[471] Apolonio Díscolo se refiere a los ejemplos del § 107.

112. Seguidamente pasamos a hablar de la tercera persona del imperativo, la cual, dicen, concierne también a la segunda persona, pero se distingue de la anterior en que, mientras en la segunda persona ésta recibe la orden de actuar por sí misma, con la tercera se da la orden a una persona con vistas a que la ejecuten otras. Así, dicen: «en formas como λεγέτω *(que diga él)* y similares, las órdenes se desdoblan: van dirigidas a una segunda persona para que de ella se transfiera a una tercera; lo mismo se puede observar de los pronombres unipersonales frente a los bipersonales, a saber, 'yo' y sus afines se consideran como de referencia única y significan una sola persona, mientras que 'mío' tiene referencia doble e indica dos entidades [472]. Igualmente los pronombres tónicos, aunque sean los simples [no reflexivos] implican por contraposición una persona doble [473], y otro tanto sucede con los comparativos y 259
cualquiera de los nombres de relación [474]; así, también, la forma λεγέτω implica dos personas: una segunda y una tercera.»

113. A esto puede aducirse que no es falso que en la tercera persona del imperativo esté contenida una persona doble, como tampoco lo es que incluya a una segunda. Pero esto no tiene lugar exclusivamente en el imperativo, pues lo mismo sucede y en mayor medida en el indicativo, ya que hacemos la declaración a alguien sobre algo: «Trifón habla correctamente», «es de día». Y, sin embargo, aunque lo dicho se dirija a alguien, no por eso se dirá que son segundas personas, por lo mismo que se les puede

[472] La del poseedor y la de la cosa poseída.

[473] «Yo» presupone un «tú» y viceversa, funcionando contrastivamente.

[474] Los que indican relaciones o se definen por el otro: «padre [de alguien]», «hijo [de alguien]», o precisan una determinación.

reprochar a los que definen la segunda persona como aquella «a la que se dirige el discurso», por no añadir: «y el discurso es sobre la misma persona a quien está dirigido» [475]. Por eso las susodichas formas de tercera persona de imperativo, tipo λεγέτω, van dirigidas a segundas personas, pero no son de segunda persona, puesto que las órdenes no se dan para aquellos a quienes se dirigen, sino sobre los considerados en tercera persona.

114. Ello resulta también evidente si partimos del número. Cuando se ha dado una orden a una segunda persona, o bien aparece en singular, λέγε *(di),* o bien en plural, λέγετε *(decid);* lo que no podrá tener lugar con λεγέτω *(diga él),* pues cuando la orden pertenece a una tercera persona se produce el cambio de número a tercera persona: λεγέτω λεγέτωσαν *(diga él, digan ellos),* mientras que esa segunda persona implícita en la tercera no da lugar
260 a ningún cambio. Si esa segunda persona [latente en la tercera] tuviese existencia real, presentaría las formas de singular y plural correspondientes, igual que sucede con los pronombres «nuestro», «mío»; en cambio, λεγέτω, λεγέτωσαν, y semejantes, no presentan distinción respecto al número de la segunda persona implícita: si la orden se refiere a uno con relación a muchos, o bien a muchos con relación a uno, o incluso a muchos. Así, es posible decir a un colectivo: «que se despierte el general», y a una persona sola: «que se despierte tu amo», sin que haya distinción alguna [del número de la segunda persona], salvo en lo que respecta a la tercera de que se trate, la correspondiente a la persona verbal.

[475] En efecto, con lo primero sólo, lo que se define es la persona pronominal, no la verbal.

115. Por tanto, λεγέτω, y similares, significan una orden a personas ausentes, de manera que una segunda persona debe participar necesariamente en representación para el traslado de la orden [476], pues una orden sin una segunda persona es inadmisible, y de ahí también que se acompañen siempre de vocativos, concebidos en segunda persona.

116. Adelantamos ya [477] que, en su mayor parte, las formas de indicativo coinciden con las de imperativo, como λέγετε, λέγεσθε, incluso διανοεῖσθε, y todas las semejantes. Como, a su vez, los vocativos coinciden formalmente con los nominativos y existe afinidad indicativo-nominativo y vocativo-imperativo, en una frase del tipo: ἄνθρωποι ὄντες διανοεῖσθε *(vosotros que sois hombres, pensáis / ¡vosotros, que sois hombres, pensad!),* no puede decidirse el sentido, a menos que se añada algo que especifique de qué forma se trata [478]. Pues podemos decir en nominativo: ἄνθρωποι ὄντες διανοεῖσθε, y no, como al- 261
gunos creen, con imperativo, sino con indicativo, igual que puede observarse en la primera y tercera persona: ἄνθρωποι ὄντες διανοούμεθα *(nosotros, que somos hombres, pensamos),* ἄνθρωποι ὄντες διανοοῦνται *(ellos, que son hombres, piensan).* El razonamiento también se hace evidente si partimos del singular: ἄνθρωπος ὢν διανοῇ, διανοοῦμαι, διανοεῖται *(tú, que eres hombre, piensas, yo... pienso, él... piensa).* Si esta frase la ponemos en vocativo, se modifican los dos elementos: ἄνθρωπε διανοοῦ *(tú, hombre, piensa).* Se evidencia, incluso, por el participio acompañante, puesto que el participio ὢν *(que es)* no se construye con vocati-

[476] Función de puente.

[477] En § 103.

[478] Si vocativo + imperativo, o nominativo + indicativo.

vos, sí con nominativos. Así, no decimos: ἄνθρωπε ὤν, pero sí ἄνθρωπος ὤν. (De este modo también se demuestra [479] que σύ [*tú*] era nominativo y no vocativo, dado que una frase como σὺ ὤν [*tú, que eres*] es análoga a ἐγὼ ὤν [*yo, que soy*].)

117. Asimismo, si decimos con artículo: οἱ ἄνθρωποι διανοεῖσθε *(los hombres pensáis)*, el διανοεῖσθε no es imperativo, sino que se refiere a la inteligencia que existe en cada individuo, la que declaramos mediante el διανοεῖσθε, al igual que si dijéramos: «la inteligencia existe en vosotros», ya que el artículo denuncia al nominativo. Ahora bien, si se le añadiese el ὦ, entonces el διανοεῖσθε resultaría imperativo: ὦ ἄνθρωποι διανοεῖσθε *(¡oh, hombres, pensad!)* y lo mismo con ἄγε: ἄγε διανοεισθε ἄνθρωποι *(ea, hombres, pensad)*. Pero si se sustituye una vez más por un
262 ὅτι διανοεῖσθε *(que pensáis)*, la frase pasará de nuevo a indicativo. Lo mismo puede decirse de las demás formas coincidentes [de indicativo e imperativo].

118. De las formas no coincidentes tanto en los nombre como en los verbos, poco hay que decir: ἄνθρωπος ἔγραφεν *(un hombre escribía)*, ἄνθρωπε γράφε *(hombre, escribe)*. Y si uno de los dos por separado presenta coincidencia formal, el otro deshará la ambigüedad; pongamos por caso un nombre como Ἑλικών y similares [480]: si tiene a su lado un indicativo, funciona como nominativo: Ἑλικὼν γράφει *(Helicón escribe)*, si le acompaña un imperativo, es vocativo: Ἑλικὼν γράφε *(Helicón, escribe)*.

119. O bien, inversamente, con ἦχει, es decir, como forma de tercera persona del imperfecto: ἦχει ποτὲ τὸ ἐν Δωδώνῃ χαλκεῖον *(antaño sonaba la caldera de bronce*

[479] Cf. § 36.

[480] Que no distinguen el nominativo del vocativo.

en Dodona), y también como imperativo; así, cuando digo: ἦχει σύ *(tú, hazlo sonar)*. Si lo que se entiende es una forma de nominativo, entonces el ἦχει funciona como imperfecto: ἦχει ὁ τρίπους *(sonaba el trípode)*, ἦχει ὁ ἄνθρωπος *(el hombre lo hacía sonar)*; o, al revés, si es vocativo, funcionará como imperativo: ἦχει ἄνθρωπε *(hazlo sonar, hombre)*; ahora bien, si lo que acompaña es una forma coincidente de nominativo y vocativo, la frase resultará perfectamente ambigua por ejemplo: ἦχει Ἑλικών *(Helicón lo hacía sonar / Helicón, hazlo sonar)*. En construcciones de este tipo se precisa del añadido de aquellos elementos a que ya nos referimos [481]: ὁ Ἑλικὼν ἦχει, ἄγε ἦχει ὁ Ἑλικών, ὅτι ἦχει Ἑλικών. No se me oculta que el sentido completo es signo de vocativo, por ejemplo, con el mismo Ἑλικών: si muestra necesidad de un verbo, pone de manifiesto que se trata de un nominativo; que no sea 263
así, es propio del vocativo, es decir, ὦ Ἑλικών.

120. Dijimos antes que la segunda persona plural del presente de indicativo coincidía siempre [con la de imperativo] y que su distinción se efectuaba por medio de ἄγε u ὅτι; pues bien, hay que exceptuar una forma verbal: ἔστε [482]. Dicha forma puede eludir la ambigüedad, ya que si es barítona es imperativo, pero con acento agudo es indicativo. Tal vez se piense que son excepciones, puesto que no se someten a la norma general [de la coincidencia]: o bien la forma oxítona es la errónea, o bien lo es el imperativo barítono.

121. En relación con lo cual podría decirse que todos los imperativos acabados en -τε son barítonos y, por eso,

[481] En §§ 116 s.

[482] Del verbo εἰμί (ser), frente a, por ejemplo, λέγετε («decís» y «decid»).

la forma barítona ἔστε es la correcta, de donde resultaría que ἐστέ va contra la norma por no coincidir con la forma correcta. Pero, por otro lado, la segunda persona plural de indicativo se acentúa igual que la primera ἴμεν ἴτε, δίδομεν δίδοτε. Luego, si tenemos ἐσμέν, es obvio que también tendremos ἐστέ y que el imperativo ἔστε barítono es el que va contra la norma.

122. En consecuencia, ¿a qué hemos de atenernos al respecto? Sin duda hay que tener en cuenta que las formas de indicativo ἐσμέν y ἐστέ, en las que no es posible una sílaba final no acentuada, son oxítonas por ser enclíticas, y dado que en los imperativos está excluida la énclisis, al mismo tiempo queda excluida la acentuación aguda en la sílaba final, que es la causante de la énclisis [en el indicativo]. Por eso, εἰμί es oxítono, por ser enclítico, pero no
264 lo es el imperativo ἴσθι *(sé tú),* aunque en otro sentido
los imperativos en -θι se acentúan igual que los indicativos en -μι: ζεύγνυμι ζεύγνυθι, εἶμι ἴθι. (De ahí que no pueda estar de acuerdo con los que acentúan aguda la forma φαθί [*di tú*] de imperativo, refutados ellos mismos por la tercera persona φάτω, que, por acentuarse igual que la segunda persona de manera análoga al resto, prueba que la acentuación aguda es anormal.)

*

123. A continuación hemos de hablar del modo subjuntivo, al que algunos llaman dubitativo [483] basándose en su significación, lo mismo que sucedía con los modos a que nos venimos refiriendo. Es cierto, efectivamente, que frases, como ἐὰν γράφω *(si yo escribiese)* y similares, significan duda respecto a la acción en cuanto futura.

[483] O *hipotético;* subjuntivo significa modo de la subordinación, o sea, el criterio de denominación es formal, frente al otro, semántico.

124. Pero, tal vez, se objete que no es el subjuntivo propiamente el que tiene el significado de duda, sino que es la conjunción adjunta la causante del sentido dubitativo. Y si parece bien que se atribuyan a las formas verbales nombres basándose en el significado de las conjunciones [484], nada impide que también a los demás modos se les cambie su propia denominación y se les dé el que se deriva del significado de las conjunciones de que se acompañan. Así, ya no serían indicativos εἰ ἔγραψα *(si escribí),* εἰ ἐφιλολόγησα *(si estudié);* ni tampoco φιλολογήσω *(estudiaré)* sería el mismo modo que en ἤτοι φιλολογήσω ἢ πορεύσομαι εἰς περίπατον *(o estudiaré o iré de paseo),* ni γράψαιμι ἄν *(escribiría)* indicaría deseo, sino la declaración de una acción futura. Y, prácticamente, la misma hipótesis significan εἰ περιπατεῖς κινῇ *(si paseas te mueves)* que ἐὰν 265
περιπατῇς κινηθήσῃ *(si paseases te moverías)* [485], y, sin embargo, al «si paseas» no se le llama subjuntivo.

125. A la anterior objeción puede, a su vez, oponérsele que el resto de los modos, al poder construirse ajenos a las conjunciones, encierran un significado propio, a partir del cual también ellos recibieron su denominación. Pues a la vista está que «escribiría» significa deseo y que «paseo» es una declaración; luego, si a estas formas modales casualmente se les uniera una conjunción, no sería de ésta de quien recibirían el nombre, sino de la modalidad de

[484] El subjuntivo se llamaría así por las conjunciones «subordinativas» con las que se construye. Probable alusión a los estoicos que llamaban a la conjunción «nexo subordinativo», frente a la preposición, «nexo prepositivo».

[485] La primera es condicional real, la segunda prospectivo-eventual. Para esto, cf. D. M. SCHENKEVELD, «Studies in the History of Linguistic I: Σύνδεσμοι ὑποθετικοί and ἐὰν ἐπιζευκτικός», *Mnemosyne* 35 (1972) 248-268.

significado que les es inherente por naturaleza, ya que las propias conjunciones recibieron ya sus denominaciones de su particular significación, llamándose disyuntivas, potenciales, condicionales y demás. De manera que, si hubiera sido propio del llamado modo dubitativo [subjuntivo] significar algo por sí mismo independientemente de las conjunciones, con toda seguridad que hubiera recibido su denominación de ello. Ahora bien, como jamás aparece sin conjunciones, su significado es incierto y, por eso mismo, por no tener un significado peculiar, hubo de adoptar el nombre de la función de la conjunción adjunta.

126. Este razonamiento muy bien pudiera admitirse si los llamados subjuntivos apareciesen únicamente con la
266 conjunción mencionada [486], pero también las denominadas finales se construyen de la misma forma; así, por ejemplo, cuando decimos: Τρύφων περιπατεῖ ἵνα ὑγιάνῃ *(Trifón pasea para que esté sano)* o δὸς τὸν χάρτην ἵνα γράψω *(dame el papiro para que escriba)*. Más bien deberían ser llamados finales en este caso, que dubitativos, y sin embargo no se les llama finales, pues se encuentran igualmente en construcción causal: ἵνα ἀναγνῶ ἐτιμήθην *(fui recompensado por haber leído)*, ἵνα ἀναστῶ ἠνιάθη Τρύφων *(Trifón se enfadó por haberme levantado)*. En consecuencia, a este modo de que estamos tratando se le llama muy justamente subjuntivo, basándose en una sola característica peculiar, a saber, que no puede constituirse si no se subordina a las susodichas conjunciones.

127. Que también en otras partes de la oración su uso vario ha sido la causa de que se le diese una denominación genérica, se hace evidente a partir de las mismas conjunciones. Desde luego la mayor parte de ellas tomó el nombre de su significado peculiar; así, las condicionales por la condición implícita en sus miembros, las disyuntivas por su disyunción, y lo mismo todas las demás. A no ser las llamadas expletivas [487] que no se llaman así por su significado, pues no es cierto, como algunos suponen, que sólo sirvan para «completar» los cortes de la comunicación, ya que, según dejamos dicho en el tratado *De las conjunciones* [488], cada una de ellas tiene un significado propio. Ciertamente, no es lo mismo τοῦτό μοι χάρισαι *(hazme ese favor)*, que

> τοῦτό γέ μοι χάρισαι (Fr. poético)
> *(siquiera ese favor, házmelo)*,

como tampoco ἀγαθὸς ὢν *(siendo bueno)*, que

> ἀγαθός περ ἐών (A 131) 267
> *(por bueno que seas)*,

ni significa lo mismo οἱ μὲν παρ᾽ὄχεσφι *(unos junto a los carros)*, que

> οἱ μὲν δὴ παρ᾽ ὄχεσφι (O 3)
> *(entonces ellos junto a los carros)*,

ya que el δή es signo de que se produce una transición en el discurso.

128. Tampoco es exclusivo de ellas el que se encuentren usadas superfluamente, pues casi lo mismo les sucede al resto de las conjunciones:

> τὸν καὶ Μηριόνης πρότερος (N 306)
> *(y Meriones el primero)*,

[486] εἰ, ἐάν la dubitativa o condicional.

[487] Toda la variedad de partículas.

[488] *Conj.* 249, 31.

ἤτοι μὲν Μενέλαος (Γ 213)
(entonces por su parte Menelao),

καί τε χαλιφρονέοντα (ψ 13)
(y también por ser irreflexivo),

y mil ejemplos más del mismo tenor podrían aducirse. Ni es exclusivo de las partículas el encontrarse pleonásticamente, pues ello puede aplicarse a todas las palabras.

129. Y si su denominación les viene del uso pleonástico, ¿cómo es que de todas las conjunciones les tocó a ellas en suerte tal denominación, la de expletivas, quiero decir? Sin duda porque las demás conjunciones, aun siendo diferentes en cuanto a la forma, encierran un solo significado del cual recibieron el nombre, pero a las expletivas esto no podía aplicárseles, puesto que todas ellas presentan un significado particular, por ejemplo, el γε una restricción:

τοῦτό γέ μοι χάρισαι (cf. § 127),

268 el δή una transición en el discurso; el πέρ oposición, además de un encarecimiento enfático. Por tanto, no era posible, por las razones dadas, que recibieran el nombre a partir de su significado. Ahora bien, lo que valía para todas era su uso pleonástico en cuanto que puede prescindirse de ellas, y fue precisamente de esa accidencia común de donde tomaron el nombre, con lo que tal denominación no es falsa.

130. Lo mismo puede decirse de los derivados nominales y verbales [489], pues ellos también recibieron dicho nombre del elemento del que se forman [490], ya que era

[489] Los derivados de nombres y verbos o parónimos, llamados así por su forma, no por su significación.

[490] Del nombre (denominativos) o del verbo (deverbativos).

imposible que fueran denominados por su significado a causa de la enorme diversidad que pueden adoptar, mientras que, inversamente, otras especies presentaban una significación unificada de la cual pudieron tomar su nombre [491].

131. El modo de que venimos tratando [el subjuntivo] con la conjunción ἐάν, y equivalentes, exige un futuro o un presente a continuación [en la apódosis] [492]: ἐὰν φιλολογῶ παραγενήσεται Δίων *(si yo diese clase vendría Dión),* ἐὰν ἀναγινώσκω παραγίνεται Τρύφων *(si leyese, viene Trifón),* pues un pasado sería incoherente. E, igualmente, con el ἵνα final: ἵνα φιλολογήσω παραγενήσεται Τρύφων *(Trifón vendrá para que yo dé clase),* y también παραγένεται *(viene),* pues si apareciese una construcción de éstas con pasado, puede entenderse causal: ἵνα φιλολογήσω παρεγενήθη Τρύφων *(Trifón vino porque yo di clase),* que es equivalente a διότι ἐφιλολόγησα παρεγενήθη Τρύφων *(porque di la clase vino Trifón).* Y con esto no quiero decir que no pueda entenderse como final, pues cabría enten- 269
derlo como εἰς τὸ φιλολογῆσαί με παρεγενήθη Τρύφων *(Trifón vino para que yo diera clase).* Luego, construida con futuro no podría ser causal, ya que las causas se conciben en relación con el pasado. De ahí que el sentido causal sea más coherente dependiendo de los tiempos de pasado: ἵνα ὑβρίσω Θέωνα *(porque ofendí a Teón),* no diremos ἀγανακτήσει Δίων *(se irritará Dión),* sino ἠγανάκτησεν *(se irritó).* Mientras que tratándose de sentido final es factible ἵνα ὑβρίσω Θέωνα πάρεσται Τρύφων *(para que injurie a Teón vendrá Trifón).*

132. Seguidamente vamos a dar una explicación acerca de la sintaxis del subjuntivo, a saber, a partir de qué

[491] Por ejemplo, patronímicos, posesivos, de materia, etc.

[492] Son las prospectivo-eventuales.

modo-base hacen desviarse las conjunciones acompañantes a los verbos [hacia el subjuntivo]. (Acabamos de decir [493] que este modo no puede construirse ajeno a las conjunciones.) Es claro que toda palabra que está acompañada de una conjunción tiene valor por sí misma e independientemente de aquella. Así que expresiones, como ἐὰν δράμῃς *(si corrieses)*, ἐὰν γράψῃς *(si escribieras)*, no constituyen una única parte de la oración; desde luego, reconocemos que los elementos que entran en composición no tienen valor por sí mismos, como puede deducirse de multitud de ejemplos que, modificados al formar compuestos, una vez resueltos éstos en sus componentes, no admiten la existencia independiente. De σέβομαι *(honrar a los dioses)* salió εὐσεβής *(piadoso)*, sin embargo, *σεβής no tiene valor por sí mismo; de igual manera, πρωτοπαγής *(recién construido)* salió de ἐπάγη *(fue construido, ensamblado)* y nada valen tampoco por sí mismos el *παγής, ni *γείνω, del que salió ἀγενής *(malnacido)*; en consecuencia, como adelantábamos, ἐὰν λάβῃς no puede considerarse una sola
270 palabra, por lo que nada impide que no pueda tomarse en sí mismo el subjuntivo [494].

133. Por si lo anterior precisa demostración, añadiremos brevemente algo acerca de que las conjunciones jamás pueden entrar en composición con los verbos. En efecto, ¿cómo podrían insertarse palabras entre ambos? ἐὰν σήμερον καὶ αὔριον ἀκούσῃς, ἀντιλήψει τῶν λεγομένων *(si hoy y mañana estuvieses atento, comprenderías lo dicho)*.

[493] En § 126.

[494] La complejidad del razonamiento ha influido en la transmisión del texto. Su sentido es: «en los compuestos, sus elementos no tienen valor por separado, pero el subjuntivo, aunque no pueda usarse ajeno a las conjunciones, no es un compuesto; luego puede ser considerado por sí mismo como una forma flexiva a partir de otro modo-base».

Cierto que tal fenómeno [495] puede darse en los compuestos, como en

> λέων κατὰ ταῦρον ἐδηδώς (P 542)
> *(el león, devorando un toro)*,
>
> νήπιοι οἳ κατὰ βοῦς Ὑπερίονος Ἠελίοιο
> ἤσθιον (α 8)
> *(insensatos, ellos, que comieron las vacas del Sol, hijo de Hiperión)*,

pues es indiscutible que en ἵνα δράμῃς *(para que corras)*,

> ὄφρα πεποίθῃς (A 524)
> *(para que te convenzas)*,

y similares, cada palabra lleva su propio acento, en razón de que se trata de yuxtaposición y no de composición. Más aún, las conjunciones tampoco son compuestas, con la única excepción de las condicionales.

134. Por tanto, la forma base de los subjuntivos es el indicativo, al cual las conjunciones adjuntas le confieren los rasgos peculiares de aquél. Por lo que, asimismo, recibió tal denominación, puesto que si, por ejemplo, ἔλαβες se hubiera mantenido en esta forma en expresiones como ἐὰν λάβῃς, se hubiese mantenido con ella el mismo nombre del modo, aunque no signifique declaración, como ya mostramos anteriormente [496], o sea, que ἔγραψα ἄν no significaba declaración de la acción y, con todo, seguía llamándose indicativo, debido a que la forma continuaba siendo de indicativo. En consecuencia, con la desviación de

[495] En los verbos compuestos de preposición, pues ésta funcionaba aún adverbialmente. La figura se llama tmesis.

[496] En § 125.

271 la forma en ἐὰν λάβῃς, ἐὰν δράμῃς, se modificó al mismo tiempo la denominación del modo.

135. Las formas del subjuntivo se diferencian claramente por el alargamiento de la cantidad de las vocales breves correspondientes al indicativo, permaneciendo invariables el resto de las sílabas: 1) El indicativo acaba en -μαι: λέγομαι, luego también el subjuntivo: λέγωμαι; pues, ¿qué semejanzas podría presentar con el optativo λεγοίμην, con el inexistente imperativo o con el infinitivo λέγεσθαι? 2) Hay coincidencia en la segunda persona [de la voz media]: ὅτι λέγῃ y ἐὰν λέγῃ, sin embargo no se asemejan en nada el optativo λέγοιο, ni el imperativo λέγου a la forma del subjuntivo. 3) En la tercera persona del plural el optativo es λέγοιεν y el imperativo λεγέτωσαν, mientras el indicativo es λέγουσιν, acorde con el subjuntivo λέγωσιν; ἐὰν λέγωσιν. 4) Hay coincidencia total en la segunda conjugación de los perispómenos [497], y en la primera persona del singular de los presentes, con la terminación activa quiero decir, ἐὰν λέγω - ὅτι λέγω, y siempre en la segunda persona pasiva: ὅτι λέγῃ σύ - ἐὰν λέγῃ σύ - ὅτι νοῇ σύ - ἐὰν νοῇ σύ. Considero superfluo continuar con esta exposición, pues está suficientemente clara.

136. En otro lugar dijimos [498] que el indicativo precede al resto de los modos en cuanto que es más claro y que presenta más distinciones temporales con sus formas correspondientes. De ahí que, si el optativo y el imperativo tienen como modelo al indicativo, sería superfluo investi-
272 gar si también el subjuntivo resulta de una transformación del mismo.

[497] Los contractos en -άω: τιμῶ es perispómeno por llevar circunflejo en la última. La primera sería la de los en -έω.

[498] En § 62 se habla del indicativo como el modo-base.

137. Es preciso que nos detengamos a considerar la construcción de estas conjunciones subordinantes [499]: por qué son incompatibles con las desinencias de las formas de pasado, ya que construcciones del tipo ἐὰν ἔλεγον, ἐὰν πέποιθα, y similares, son inaceptables, si bien, como dijimos antes [500], la yuxtaposición no tiene por qué hacer modificar la desinencia de las formas a que se aponen.

138. Parece que la causa de tal incoherencia es la incompatibilidad entre los tiempos de pasado y el significado de las conjunciones, pues significan éstas una incertidumbre respecto a hechos futuros y que aún han de acabarse, de ahí que fueran llamadas finales o de propósito. Porque ¿cómo se podría conciliar el pasado con el futuro? De donde resulta lo inaceptable de *ἐὰν ἔλαβον, *ἵνα ἀνέγνων, y conjunciones similares, y la aceptabilidad de ἵνα ἀναγνῶ *(para que lea),* ἐὰν ἀναγνῶ *(si leyere).* Estas formas verbales, en efecto, presentan una desinencia que no puede significar un tiempo de pasado en la primera persona [501]. (Como las segundas y terceras personas respectivas deben contener la misma cantidad silábica, toman o bien la misma ω, o bien la isócrona η con la ι suscrita, de manera que si la ω de la desinencia de primera persona se mantiene expresa en las segundas y terceras sigue acompañándose de esa vocal ι [suscrita]. De lo cual daremos cuenta más 273
detallada en el tratado *Sobre la ortografía.*)

139. Parece, por tanto, que la conjunción causal ἵνα, debido a la coincidencia de forma con la final, adoptó para sí la misma construcción [502], a lo que quizá contribuye-

[499] ἐάν y ἵνα, que se construyen con subjuntivo.

[500] En § 132.

[501] Presentan desinencia primaria, como todos los subjuntivos (aquí de aoristo atemático).

[502] Frente al resto de las causales, que se construyen con indicativo.

se la coincidencia con el adverbio, ya que, cuando ἵνα aparece construido con indicativo, pone de manifiesto que se trata del adverbio de lugar:

> ἵνα τ' ἔτραφεν ἠδ' ἐγένοντο (κ 417)
> *(donde fueron criados y nacieron),*

pues es cosa sabida que las causales se construyen con tiempos de pasado: ὅτι ἔγραψα *(porque escribí),* ὅτι ἐνόησα *(porque pensé).*

140. Es preciso también que se sepa que los subjuntivos que acompañan a ἐάν y ἵνα resultan de indicativos de presente o de pasado, tal como demuestran frases del tipo: ἐὰν μάθω *(si aprendiese),* esto es, εἰ ἀνύσαιμι τὸ μαθεῖν *(si llevase a término el aprender);* ἐὰν δράμω *(si corriese),* esto es, εἰ ἀνύσαιμι τὸ δραμεῖν *(si llevase a término el correr)* [503]; mientras que ἐὰν τρέχω sería como ἐὰν ἐν παρατάσει γένωμαι τοῦ τρέχειν *(si me encontrase en el proceso de correr).* De ahí que la construcción con el futuro no exista, pues las propias conjunciones significan futuro, sea como duración, sea como término [504].

141. ¿Cómo, entonces, no van a provocar la risa los que afirman que los dorios no acentúan con circunflejo los subjuntivos futuros [505], y andan investigando el porqué de que no los acentúen con circunflejo? Su razonamiento parte de un supuesto inaceptable. Lo que sirvió de señuelo a su ignorancia fue la coincidencia que se produce con el de los aoristos en -α, que es como sigue: el aumento que

[503] No son construciones clásicas: confunde eventuales y potenciales, ni es posible ἐάν con indicativo.

[504] Apolonio Díscolo tiene razón en cuanto al significado aspectual, aunque carezca del vocabulario para expresarlo.

[505] Porque no hay subjuntivos de futuro en griego, pero de haberlos coincidirían con los de aoristo sigmático.

tiene lugar en indicativo se suprime con el cambio de modo; así, junto a ἔλεξα, tenemos el optativo λέξαιμι, el in- 274
finitivo λέξαι y el imperativo λέξον. Luego, otro tanto sucede con el subjuntivo transformada la desinencia en -ω, lo mismo que en los demás pasados ἔφαγον - ἐὰν φάγω, ἔδραμον - ἐὰν δράμω, y de esta manera ἔλεξα - ἐὰν λέξω resulta idéntico al indicativo futuro λέξω. Pero que, en dicha construcción, no puede confundirse con un futuro resulta evidente de la anterior exposición; si no la aceptan después de escuchado el razonamiento completo, difícilmente se les podrá convencer.

142. Para que dicha construcción [506] pueda ser comprendida por todos, voy a presentar las razones que se deducen de la propia forma y que concurren en la construcción mencionada, tomando como primera prueba la misma que planteaba la cuestión: que los dorios conservan la conjugación circunfleja en todas las formas modales del futuro con la excepción del subjuntivo, y esto porque no hay subjuntivo de futuro.

143. La segunda se deduce de la formación peculiar ática. Dicen en futuro: λυριῶ [de λυρίζω *tocar la lira*] y κομιῶ [de κομίζω *llevar*], pero en aoristo: ἐλύρισα, ἐκόμισα, ¿por qué, entonces, no dicen también *ἐὰν λυριῶ y *ἐὰν κομιῶ [507], sino con la σ, en la que concurren la acentuación grave y la forma del aoristo?

144. La tercera prueba consiste en que la quinta conjugación [508] presenta la cantidad de la penúltima sílaba del aoristo en -α contraria a la de la penúltima sílaba del futuro. El aoristo, en efecto, reclama siempre la larga, 275

[506] De subjuntivo aoristo y no de futuro.

[507] Que serían las formas de subjuntivo futuro (que no existe).

[508] La de los verbos líquidos.

de suerte que una breve del presente se convierte siempre en larga, como δέρω - ἔδειρα, νέμω - ἔνειμα; sin embargo, el futuro pide breve, de manera que a una larga del presente responde con una breve κείρω - κερῶ, φθείρω - φθερῶ. Si esto es así, ¿cómo no reconocer que ἐὰν νείμω y ἐὰν δείρω sólo pueden ser aoristo, puesto que presentan la característica más inadmisible para el futuro, o sea, la larga, y toman la de los aoristos que acaban en -α, a saber, la penúltima larga?

145. La cuarta es que los que andan investigando por qué no se acentúan con circunflejo en la última los subjuntivos de futuro entre los dorios hacen el ridículo en cuanto que, al investigar por qué los dorios no los acentúan así, se olvidan de nuestros usos ordinarios en que comúnmente sucede lo mismo, ¿cómo no replicarles que por qué lleva circunflejo πλυνῶ, pero no lo lleva ἐὰν πλύνω? Sin duda, no por otro motivo que porque, mediante el circunflejo, se caracteriza el futuro, lo que demuestra lo a propósito de nuestro razonamiento. Si, a su vez, se acentuase igual que el aoristo, la construcción sería confusa, como sucede con στήσω y ἔστησα - ἐὰν στήσω.

146. La quinta, porque si a δώσω o a θήσω se les añade una de las conjunciones subordinativas, el resultado es una oración incoherente. ¿Por qué causa las subordinativas no pueden conectarse con un verbo acabado en -ω, cuando ellas mismas transforman en -ω las desinencias [509]?
276 No por otra razón que porque no existen las formas de aoristo sigmático *ἔδωσα y *ἔθησα para que la transformación de -α en -ω produjese la necesaria coherencia. Siendo irregulares sus aoristos [en -κα] [510], a continuación del

[509] Del aoristo en -α.

[510] Sólo para las personas del singular, y por no haber aoristos sigmáticos.

indicativo desaparecieron los demás, y, de esta manera, al no haber aoristos, tampoco pudieron resultar otras formas modales. De los verbos en -μι no hay futuros segundos, pero sí hay aoristos segundos, como ἔδων, ἀπέδων, ἔθην, de donde ἐθέμην. Y el subjuntivo correspondiente: ἐὰν θῶ, ἐὰν δῶ. En consecuencia, queda demostrado que, habiendo futuros, pero no aoristos, el modo subjuntivo es incoherente, mientras que, al revés, habiendo aoristos, pero no futuros, el modo subjuntivo es coherente [511].

*

147. A continuación vamos a tratar de la voz, inherente a cada forma modal, a la que ni el infinitivo es ajeno, debido a la obligatoriedad de todos los tiempos de expresarse en activa, pasiva y también en media. Por tanto, para empezar, hemos de detenernos a considerar si es propio de todo verbo esa dualidad de la voz, junto con la susodicha media (de la misma manera que, hablando de la distinción del género nominal, si a todos les sucedía el adoptar las formas de femenino y neutro), o bien algunos verbos sólo presentan formas modales: indicativo, optativo y demás, pero no voces activa o pasiva, o bien otros 277
sólo pueden expresar la voz activa en el indicativo y el resto de los modos, pero no admiten la pasiva. Lo que quiero decir es lo siguiente.

148. Si un verbo está en indicativo o cualquier otro modo, no tiene por qué ser necesariamente en voz activa, pues hay que tener en cuenta que la actividad es algo que pasa hacia algún objeto, por ejemplo, «corta», «golpea», y semejantes a éstos; y de esta voz activa previa se deriva la pasiva: «es levantado», «es desollado», «es golpeado».

[511] Por tanto, no hay futuros de subjuntivo.

Pero hay verbos que no son iguales a éstos: «existir», «vivir», «respirar», «pensar», y semejantes.

149. La pasiva correspondiente a estos verbos no podrá formarse, puesto que en la activa no presentan entidades que reciban la acción y que puedan aparecer como objetos pacientes. (Desde luego que si de φρονῶ [*pensar*] se forma un compuesto καταφρονῶ [*despreciar*], la acción de φρονεῖν [*pensar*] ya puede pasar a un objeto, así en καταφρονῶ σου [*te desprecio*], por lo que no hay impedimento en la formación de la pasiva correspondiente: καταφρονοῦμαι ὑπὸ σοῦ [*soy despreciado por ti*].) Así pues, los que admiten la flexión pasiva de tales verbos [intransitivos] es evidente que lo hacen por puro ejercicio gramatical, no porque la conjugación sea real ni posible, igual que si alguien dijese el masculino de «histérica», o «aborta-
278 da» [512], o cualquier otra cosa que cupiera en cuanto a la forma, pero no fuese admisible por la razón. Los verbos mencionados, por tanto, son los que significan sólo una declaración de que se participa de algo: «vivir», «pensar», «envejecer»; y los relativos al ser, como «existir»; y los que significan posesión de algo externo a la persona: πλουτεῖν *(ser rico)*, κερδαίνειν *(sacar provecho)*.

150. También los hay que significan una disposición mental o física, en los que tampoco cabe una conjugación pasiva, puesto que ya indican pasividad, a pesar de su desinencia activa. Así, tenemos ἀνιῶ *(molestar)*, cuya acción pasa de una a otra persona, que podrá formar una pasiva ἀνιῶμαι *(ser molestado)*, cosa que no sucedería con κοπιῶ *(estar cansado)* o con ὀφθαλμιῶ *(padecer de la vista)*, pues tales verbos significan pasividad intrínseca. Y como la pasividad es tanto de cosas deseadas como de las que no lo

[512] Cf. § 98.

son, se reconocerá que no puedan formarse las pasivas de πάσχω *(sufrir)*, χαίρω *(alegrarse)*, ἐρυθριῶ *(ruborizarse)*, θνῄσκω *(morir)*, γηρῶ *(envejecer)*, θάλλω *(florecer)*, οὐρητιῶ *(tener ganas de orinar)*, γαυριῶ *(estar orgulloso)*, pues sucedería como si alguien pretendiese buscar el masculino de un masculino o el femenino de un femenino. Luego nadie puede encontrar la pasiva de un verbo pasivo.

151. Por otra parte, los verbos que tienen un presente medio con forma pasiva, pero con significación activa, no pueden admitir la desinencia -ω por ser activa, ya que la función de ésta se halla desempeñada por el susodicho pre-
sente medio, como en el caso de βιάζομαί σε *(te hago vio-* 279
lencia), μάχομαί σοι *(lucho contigo)*, χρῶμαι σοι *(tengo necesidad de ti)*, y tantos otros. Es evidente, en consecuencia, que toda forma pasiva en -μαι puede admitir otra activa, si a la par que la desinencia concurre también en ella la pasividad de la oración ἵσταμαι ὑπὸ σοῦ *(soy puesto por ti)* - ἵστημι σέ *(te pongo)*, δέρομαι ὑπὸ σοῦ *(soy golpeado por ti)*, δέρω σέ *(te golpeo)*, ἕλκομαι ὑπὸ σοῦ *(soy arrastrado por ti)* - ἕλκω σέ *(te arrastro)*; pero no *πέταμαι ὑπὸ σοῦ *(soy volado por ti)*, por eso, tampoco es posible *πέτημι σε *(te vuelo)*. Otro tanto cabe decir de ἄγαμαι *(admirarse)*, δύναμαι *(poder)*, ἔραμαι *(estar enamorado)*.

152. Los hay también que tienen significación activa y que no pueden formar la correspondiente pasiva [en primera y en segunda persona], porque los objetos de la acción verbal son cosas inanimadas e incapaces de reconocer su pasividad, a no ser que se les haga hablar; así sucede con περιπατῶ *(pasear)*. De este verbo no puede formarse la pasiva περιπατοῦμαι *(soy paseado)*, ni περιπατῇ *(eres paseado)*, ya que ni se dirige el discurso a seres inanimados ni puede haber expresión por parte de los mismos, aunque sí acerca de ellos: περιπατεῖται ἡ ὁδός *(el camino es pa-*

seado), οἰκεῖται ἡ γῆ *(la tierra es habitada).* Lo mismo se puede decir de πλέω *(navegar),* τρέχω *(correr)* y todos los semejantes. Presentan voz activa verbos como δωρίζω *(hablar en dórico),* αἰολίζω *(hablar en eólico)* y similares, no pudiendo hacerse *δωρίζομαι, *αἰολίζομαι, pero sí αἰολίζεται τὰ Ἀλκαίου ποιήματα *(los poemas de Alceo están en eólico),* δωρίζεται τὰ Ἀλκμάνος *(los de Alcmán están en dórico).*

153. Lo mismo sucede con ἀριστῶ *(desayunar),* δειπνῶ *(almorzar);* siendo evidente la razón, no merece la pena
280 perder el tiempo con los ejemplos. Es, asimismo, sabido que δειπνίζω *(invitar a comer)* o ἀριστίζω *(invitar a desayunar),* al poder admitir un caso oblicuo en acusativo de un ser animado, presenta la pasiva completa: ἀριστίζομαι y δειπνίζομαι, pues [en activa] significan «ofrezco el desayuno a alguien» o «la comida», de manera que ἀριστῶ se diferencia de ἀριστίζω en que el primero da a entender: «tomo parte en el desayuno», mientras que el segundo: «hago partícipe a alguien del desayuno», en cuyo caso, como decíamos, la construcción inherente al verbo es lo que permite la pasiva. (La misma diferencia ofrece γαμῶ [*casarse,* el hombre] y γαμίζω [*desposarse*]: el primero equivale a «tomo parte en el matrimonio», mientras que γαμίζω equivaldría a «hago participar a alguien del matrimonio». Ahora bien, γαμῶ puede conjugarse en pasiva, puesto que en activa presenta como objeto un ente animado.)

154. Siendo esto así, hemos de detenernos a considerar el verbo ἐρίπω: si es sinónimo de πίπτω *(caer),* su participio normal hecho oxítono es ἐριπών; y si πεσών no puede tener pasiva y sólo cabe decir πεσόντι, es evidente que en el verso de Píndaro:

> ἐριπόντι Πολυνείκει (Pínd., *Ol.* II 48)
> *(al caer Polinices),*

la forma más analógica tiene que ser con o. Y si es verdad que ἐρίπω es sinónimo de πίπτω, no podría existir ἐρίπεται, como tampoco es posible πίπτεται. Pero quizá sea, más bien, sinónimo de βάλλω *(arrojar),* y, al igual que βάλλω σε, sea posible ἐρίπω σε, y lo mismo que βληθέντι, también ἐριπέντι. Pues también existe ἐρέριπτο:

> ἐρέπιπτο δὲ τεῖχος Ἀχαιῶν (Ξ 15) 281
> *(el muro de los aqueos había sido destruido),*

que no sale, como algunos piensan, de ῥίπτω *(arrojar),* pues sin duda es más propio decir que el muro había sido derribado que arrojado. Por tanto, ἐρέριπτο es de ἐρίπω, tercera persona del pluscuamperfecto pasivo, ya que en ático se produce abreviación de η en ε, como sucede con ξηρόν - ξερόν, ποθῆσαι - ποθέσαι; así, de ἐρίπω ἤριπτο, ἐρήριπτο y también ἐρέριπτο.

155. Por otro lado, los verbos de que he hecho mención anteriormente [513], construidos con un nominativo-sujeto, expresan un pensamiento completo: «Trifón pasea», «Platón vive», «Dionisio respira» o «navega, corre», a no ser que en los pasivos intrínsecos [514] se inquiriese por el agente de la afección: «Teón se consume por la pena», «Teón sufre por causa de la mujerzuela», «Teón tiene fiebre por el sufrimiento». Pero, aunque no se añada el agente, la pasividad tiene inequívocamente sentido completo, si bien verbos como «pasea», «vive», «almuerza», y similares, a pesar de su sentido pleno, pueden llevar a veces añadidos como «vive en el gimnasio» o «en casa». Por

[513] Intransitivos del tipo de «pasear», cf. § 152.

[514] Intransitivos y reflexivos, como «sufrir», «ruborizarse», etc. Cf. § 150.

el contrario, los otros verbos [los transitivos], construidos con un nominativo, dejan el sentido sólo a medias completo, como sucede con «Trifón daña», «Trifón ama». Por eso, los estoicos los llamaron «infrapredicados», por opo-
282 sición a los verbos que encierran sentido completo y no precisan en absoluto un caso oblicuo.

156. Sin embargo, no me parece fuera de razón decir que algunos de éstos [transitivos] son de la misma condición que los anteriores [intransitivos], hasta el punto de no requerir en absoluto un caso oblicuo. Pues, si lo único que pretendemos comunicar es la afección anímica expresada por el verbo, diremos: «éste está enamorado», «éste ama», y si es referente a la lectura: «éste lee», con lo cual sólo comunicamos la acción. Y también se puede decir negativamente: «éste no sabe leer»; ahora bien, es posible decir más concretamente: «éste lee a Alceo», «a Homero», «éste ama a Dionisio», «éste está enamorado de Helena». Lo mismo es aplicable a τύπτειν *(golpear)* y los susceptibles del mismo significado; así, son posibles frases como: «éste golpea», igual que: «hace sonar» o «razonar», y si es negativamente, decimos: «no golpees», «no grites», a los que cabe, a su vez, completar con acusativos. Y es evidente que podrían convertirse en pasivos si llevan caso oblicuo, pero no si aparecen absolutamente usados, porque entonces equivalen virtualmente a los anteriores [intransitivos], me refiero a «pasear» y «ser rico». Ya dejamos sentado que estos últimos no pueden llevar caso oblicuo.

157. Podemos decir, más en general todavía, que aquellos verbos que se construyen sólo con un nominativo-sujeto y no requieren un caso oblicuo tampoco admitirán la for-
283 ma pasiva; por el contrario, los que requieren un caso oblicuo pueden siempre transformar la activa en pasiva acompañándose de un genitivo [agente] con la preposición

ὑπό *(por):* «soy golpeado por Trifón», «soy honrado por Teón». Ésta es la única construcción posible de los verbos en pasiva; tratándose de verbos en activa, también puede construirse con un genitivo, pero no acompañado de la preposición ὑπό, por ejemplo, κυριεύω σοῦ *(soy dueño de ti),* con dativo: παλαίω σοί *(lucho contigo),* y con acusativo: τιμῶ σέ *(te honro).*

*

158. La construcción verbal, según la acabamos de exponer podría ser suficiente para los que se proponen seguir, sin más, el uso tradicional, sin embargo, a quienes persiguen saber con toda exactitud la teoría de la construcción oracional, a ésos les convendrá saber qué verbos rigen genitivo y cuál es la causa de ello; cuáles dativo, asimismo con la causa, y otro tanto respecto al acusativo. Es obvio que, debido a la cantidad de verbos que existe, será difícil abarcar las peculiaridades de sus construcciones, sin embargo, pienso que han de quedar suficientemente explicadas.

159. Pues bien, las acciones inherentes al nominativo-sujeto se dirigen casi siempre sobre un acusativo-objeto, dando lugar en consecuencia a la persona agente y a la paciente, por ejemplo, «te golpeo», «te honro», pasando en la pasiva las personas pacientes a nominativo y las agen-
tes a genitivo con ὑπό: ἐγὼ δέρομαι ὑπὸ σοῦ *(yo soy* 284
golpeado por ti); el porqué de con ὑπό más adelante se dirá [515]. Este tipo de construcción permanece, como decíamos, en idéntica forma tanto si la acción es corporal como si es psíquica, y dado que es posible que la acción se realice de muchas maneras, numerosas serán también las especies de verbos, de acuerdo con la especifidad de las acciones.

[515] Tal vez en la parte perdida del IV.

160. Así pues, son acciones físicas las siguientes: τρίβω σε *(te pego)*, νίπτω σε *(te lavo)*, ῥήσσω σε *(te golpeo)*, ἕλκω σε *(te arrastro)*, βιάζομαι *(maltratar)*, χαλῶ *(soltar)*, γυμνάζω *(entrenar)*, νύσσω *(herir)*, κνήθω *(rascar)*, ξύω *(raspar)*, σμῶ *(frotar)*, βρέχω *(mojar)*, τύπτω *(golpear)*, παίω *(golpear)*, λούω *(lavar)*, δεσμεύω *(atar)*, λύω *(desatar)*, πλήσσω *(golpear)*, φονεύω *(matar)*, κτείνω *(matar)*, φθείρω *(destruir)*, καίω *(quemar)*, φλέγω *(incendiar)*, καθίζω *(hacer sentar)*, θερίζω *(segar)*, ζημιῶ *(dañar)*, βλάπτω *(herir)*. Es física y psíquica al mismo tiempo: ὑβρίζω *(injuriar)*, pues se hace tanto con las manos como con la disposición anímica, igual que sucede con λοιδορῶ *(ultrajar)*, κακολογῶ *(maldecir)*, ἀνιῶ *(atormentar)*, λυπῶ *(afligir)*; también los de alabanza: ὑμνῶ σε *(te canto)*, μεγαλύνω σε *(te magnifico)*, ᾄδω *(cantar)*, μέλπω *(celebrar con danzas en honor de)*, δοξάζω *(alabar)*, κλείω *(celebrar)*, de donde sale κλέος [516] *(fama)*, αἰνῶ *(alabar)*; y los que significan engaño: παραλογίζομαί σε *(te engaño)*, κλέπτω *(robar)*, ἀπατῶ *(engañar)*, περιγελῶ *(ridiculizar)*, παίζω *(mofarse)*, ἀπαφῶ *(engañar)*, ἐξαπατῶ *(burlar)*, πλανῶ *(errar)*; los que significan ausencia del objeto: ζητῶ σε *(te busco)* o εὑρίσκω *(encontrar)*; los de dominio: ἔχω *(tener)*, κρατῶ *(dominar)*, φυλάσσω *(guardar)*, τηρῶ *(observar)*, εἴργω *(prohibir)*. Ahora bien, ἐρίζω σοι *(disputo contigo)*, παλαιῶ σοι *(lucho contigo)* rigen dativo por las razones que más tarde expondremos [517]. Por el contrario, νικῶ *(vencer)*, que es de dominio, se construye también
285 con acusativo. Igualmente, los que significan veneración, por los que se expresan acciones muy diversas, pero que pueden quedar comprendidos en σέβομαι *(venerar)*:

[516] Para no confundir con κλείω *(cerrar)*.
[517] En § 185.

ἐντρέπομαι *(reverenciar)*, αἰσχύνομαι *(avergonzarse)*, προσκυνῶ *(postrarse)*, θωπεύω *(adular)*, κολακεύω *(halagar)*, ἅζομαι *(respetar)*; y aquellos cuya acción mental consiste en una conjetura [518], pero que apuntan a algo: οἴομαί σε *(te creo)*, ὑπολαμβάνω *(suponer)*, ὑπονόω *(sospechar)*, ὑφορῶμαι *(desconfiar)*.

161. Los verbos de voluntad tienen la acción orientada a un acusativo-objeto de cualquier persona que haga falta precisar [519]: si la volición es de la primera persona hacia una segunda o tercera, o bien de la tercera hacia la segunda o primera; para decirlo brevemente: si hay transición de la acción de una persona a otra; así, βούλομαι φιλολογεῖν *(quiero estudiar)*, προαιροῦμαι ἀναγινώσκειν *(prefiero leer)* no precisan de un pronombre que distinga las personas, pues dicha construcción expresa acción y pasión por parte de la misma persona. (Puesto que la frase en su forma plena podía ser también: βούλομαι ἐμαυτὸν πλουτεῖν [*quiero que yo mismo sea rico*], βούλομαι ἐμαυτὸν περιπατεῖν [*quiero que yo mismo pasee*], es decir, «me pongo en disposición de pasear, de ser rico».)

162. Ahora bien, cuando hay transición volitiva a otra persona, es necesario que aparezca el pronombre: βούλομαί σε γράφειν *(quiero que tú escribas)*, βούλομαί σε Διονύσιον φιλεῖν *(quiero que tú ames a Dionisio)*, pues si no fuera así volverían a coincidir [el sujeto de] el infinitivo y el βούλομαι *(quiero)*, y así la acción y pasión recaerían en la misma persona, habiendo que emplear el pro- 286
nombre ἐμαυτόν *(a mí mismo)* si el verbo rige caso oblicuo, pero no es necesario usarlo si el verbo no es de tal clase.

[518] Verbos de opinión.
[519] Es la distinción tradicional de oraciones de infinitivo concertadas y no concertadas. El pronombre se explicita cuando hay que distinguir los sujetos de ambos verbos.

Ejemplo de lo primero: γυμνάζω σέ *(te entreno),* βούλομαι γυμνάζειν ἐμαυτόν *(quiero entrenarme a mí mismo);* δέρω σε *(te golpeo),* βούλομαι δέρειν ἐμαυτόν *(quiero golpearme a mí mismo);* para lo segundo, vale el intransitivo πλουτῶ *(ser rico),* en cuyo caso no se pretenderá que se diga βούλομαι πλουτεῖν ἐμαυτόν *(quiero ser rico a mí mismo),* sino sin el pronombre. Otro tanto puede decirse de βούλομαι περιπατεῖν *(quiero pasear),* y similares; de donde resulta que, en el primer tipo de construcción, se exige necesariamente el pronombre ἐμαυτόν (por ejemplo, en βούλομαι βλάπτειν, βούλομαι φιλεῖν), pero no con περιπατεῖν *(pasear),* τρέχειν *(correr),* y semejantes.

163. Tal vez crea alguien que βούλομαι *(querer),* προαιροῦμαι *(preferir),* θέλω *(desear),* y afines, no rigen acusativo, sino los infinitivos acompañantes. Pongamos por ejemplo: βλάπτω σε *(te hiero),* γράφω σε *(te escribo),* de donde se podría formar θέλω σε βλάπτειν *(deseo herirte),* θέλω σε γράφειν *(deseo escribirte);* de manera que el acusativo dependería del infinitivo, no del indicativo principal. Lo que se probaría, además, por lo siguiente: ἀκούω *(oír)* rige genitivo, y por eso en la frase: θέλω ἀκούειν Διονυσίου *(deseo oír a* [*de*] *Dionisio)* se construye con genitivo, porque ἀκούω rige genitivo.

164. Pero esto es hablar por hablar, pues, como decíamos, los verbos de voluntad rigen necesariamente un
287 acusativo al que se añade un segundo caso oblicuo, si el infinitivo dependiente consiste en un verbo que, a su vez, lo exige. Si esto último no sucede, se precisa un solo acusativo: el que depende del verbo de voluntad. Ejemplo de lo primero es: θέλω σε ἀκούειν Διονυσίου *(quiero que tú oigas a* [*de*] *Dionisio);* es claro que el σέ depende de θέλω, y el genitivo, o sea, Διονυσίου, de ἀκούειν. Por otro lado, tenemos σοι χαρίζομαι *(te hago un favor),* de

donde necesariamente resultará θέλω σε χαρίζεσθαι Διονυσίῳ *(deseo que tú hagas un favor a Dionisio),* donde, una vez más, el acusativo se asocia de la manera que decíamos y el dativo dependiendo de χαρίζεσθαι. En consecuencia, si también el infinitivo llevase un acusativo dependiente de él, salen dos acusativos a la superficie, por ejemplo: βλάπτω σε *(te hiero)* - θέλω σε βλάπτειν Διονύσιον *(deseo que tú hieras a Dionisio),* θέλω Διονύσιον βλάπτειν Ἀπολλώνιον *(deseo que Dionisio hiera a Apolonio),* sobre cuya ambigüedad ya hemos hablado [520]. Para lo segundo valen los intransitivos πλουτῶ, περιπατῶ, ζῶ y tantísimos otros. Así pues, en βούλομαί σε ζῆν *(quiero que tú vivas),* no falta ninguna palabra en caso oblicuo debido a la intransitividad del infinitivo, por lo que el acusativo que aparece depende del verbo de voluntad. Con esto, queda demostrado que los verbos de voluntad rigen acusativo.

165. Lo mismo que los que significan interrogar, preguntar: ἐξετάζω σε *(te interrogo),* ἀνακρίνω σε *(te pregunto):*

> ἐγὼ δ' ἐρέεινον ἁπάσας (λ 234) 288
> *(y yo les hice preguntas a todas ellas),*

y, por eso, πεύθεσθαι *(oír decir, saber)* está coherentemente construido con acusativo en el sentido de «oír hablar», conforme al uso homérico, por ejemplo:

> πευθόμεθ' ᾗχι ἕκαστος (γ 87)
> *(sabemos dónde cada uno de ellos)*

y

> πεύθετό γὰρ Κύπρον δέ (Λ 21)
> *(pues a Chipre llegó la noticia),*

[520] En §§ 84 s.

pero no cuando se emplea [con genitivo] en el sentido de preguntar, como en πυνθάνομαι σοῦ *(te pregunto),* pues se ha dicho antes que toda esta clase de verbos rigen acusativo. Igualmente, los que significan lamento, como μύρεσθαι *(llorar),* ὀδύρεσθαι *(lamentar),* γοᾶν *(gemir),* κλαίειν *(llorar),* οἰκτίζειν *(lamentar),* θρηνεῖν *(plañir),* αἰάζειν *(lanzar ayes).* Si bien οἰμώζειν *(lamentarse)* significa afección intrínseca [521]. Los que indican «llamada»: φωνῶ σε *(te llamo),* βοῶ σε *(te grito),* κλῄζω *(nombrar),* καλῶ *(llamar).* Es evidente que la acción nace del nominativo y se dirige al acusativo.

166. Por lo que toca a esto, merece la pena que nos detengamos a considerar verbos como τρέμω σε *(te temo, tiemblo ante ti),* φεύγω σε *(te huyo),* φρίσσω σε *(tiemblo ante ti),* que, aunque no significan ninguna acción extrínseca, rigen acusativo, pues significan, más bien, afección intrínseca: «temer», «huir a causa del miedo», «temblar», y similares, lo que, además, se confirma por el hecho de que tales verbos no tienen voz pasiva, ya que si la construcción de φρίσσω σε y τρέμω σε fuese la misma que
289 la de βρίσσω σε, δέρω σε *(te ofendo),* también podrían formar aquéllas sus correspondientes pasivas: *τρέμομαι, *φεύγομαι, *φρίσσομαι, análogamente a ὑβρίζομαι, δέρομαι *(ser ofendido).* Por tanto, hay que presumir que la elipsis de alguna palabra no es sólo licencia poética, sino también de uso ordinario. Así, decimos que, en

ὁρμήσει πεδίοιο (N 64)
(se lanza por la llanura),

hay elipsis de la preposición διά *(por, a través de);* que

τὸ καὶ οὔ τι πολὺν χρόνον (M 9)
(no durante mucho tiempo)

[521] Intransitividad.

estaría en su forma plena con ἐπί *(durante),* y en

ἴθυσε μάχη πεδίοιο (Z 2)
(el combate se desató por la llanura),

de nuevo con διά. Por tanto, las construcciones susodichas en su expresión plena se constituirían del siguiente modo: τρέμω διὰ σέ *(tiemblo a causa de ti),* φεύγω διὰ σέ *(huyo a causa de ti),* y lo mismo puede decirse de φρίσσω, φοβοῦμαι, y similares. Por este motivo, su rechazo de la forma pasiva es conforme a razón.

167. También los de estímulo: ὀτρύνειν *(empujar),* ἐρεθίζειν *(excitar),* ὀρίνειν *(agitar),* παρορμᾶν *(animar),* διεγείρειν *(despertar).* Y los que significan súplica:

γουνοῦμαί σε ἄνασσα (ζ 149)
(te suplico postrado, reina),

ἐρωτῶ σε *(te pregunto, imploro),* cuando es sinónimo παρακαλῶ σε *(te ruego),* λιτανεύω *(suplicar),*

τὴν ἱκόμην φεύγων (Ξ 260)
(a ella llegué en mi huida),

en lugar de ἱκέτευσα *(le supliqué),*

τοὔνεκα νῦν τὰ σὰ γούναθ' ἱκάνω πολλὰ μογήσας (γ 92 y η 147)
(por eso ahora me llego a tus rodillas después de mucho sufrir).

Es evidente también que δέομαι σοῦ *(preciso de ti)* no se utiliza en el mismo sentido, pues significa algo así como «estoy falto de tu ayuda».

168. Como habíamos adelantado, la sintaxis del acu- 290
sativo es muy variada, coincidiendo en una sola cosa: en

recibir la acción que parte del nominativo-sujeto: ὁρκίζω σε *(te conjuro)*, πείθω σε *(te persuado)*, κακίζω σε *(te reprocho)*, σωφρονίζω σε *(te corrijo)*. Con las anteriores construcciones es suficiente, como punto de partida, para los restantes verbos [transitivos].

169. Podría parecer que la acción indicada por los verbos de percepción no se sujeta a la misma norma, puesto que el propio αἰσθάνομαι *(percibir)* rige genitivo, al igual que los más concretos ἀκούειν *(oír)*, ὀσφραίνεσθαι *(oler)*, γεύεσθαι *(gustar)*, ἅπτεσθαι *(tocar)*, pero ya no βλέπειν *(mirar)*, y lo mismo sus sinónimos [que rigen acusativo]: ὅρωμαι σε *(te veo)*, θεῶμαί σε *(te contemplo)*,

> ὀσσόμενος πατέρ' ἐσθλόν (α 115)
> *(viendo a su noble padre)*

y λεύσσω *(observar)*, δέρκομαι *(mirar fijamente)*, ὀπτεύω *(ver)*. Y me parece a mí que la razón de que se construyan así es muy a propósito.

170. En efecto, las acciones en que se basan las sensaciones consisten en una afección de cosas externas al sujeto, como es el caso del sonido, que, aunque no lo queramos, se introduce por el oído afectando a la totalidad del cuerpo. Así, los sonidos de las sierras y los truenos, insufribles aunque no se atienda a ellos. Y, según dijimos, a la pasividad se le adecua muy bien la construcción de geni-
291 tivo [522], sin embargo, no lleva ὑπό *(por)*, puesto que de la afección sensorial resulta, al mismo tiempo, una cierta actividad [523]; así «tocar» consiste en una acción y reacción debidas al contacto con objetos calientes, fríos o cualquiera otra propiedad. Lo mismo sucede con «oler» y «gus-

[522] El caso del agente en griego.

[523] El concepto de sensación es aristotélico.

tar». Inútil sería seguir hablando de dichas sensaciones, ya que es de sobra sabido cómo el gusto amargo hace reaccionar al sentido del gusto y los malos olores al del olfato.

171. Pero la acción de ver es, ciertamente, la más activa y es, por ello, más transitiva, como testimonia el verso homérico:

> οὔ τέ τοι ὀξύτατον κεφαλῆς ἐκδέρκετον ὄσσε (Ψ 477)
> *(ni tus ojos miran penetrantes desde la cabeza)*,

y la vista [524] es el menos expuesto de los sentidos a las afecciones de cosas externas, dado que el propio objeto afectante queda anulado cerrando los ojos.

172. Lo anómalo de dichas construcciones [525] nos obligó a esta digresión del curso expositivo. Está también claro que φιλεῖν *(amar)* se diferencia de ἐρᾶν *(estar enamorado)* en que la disposición intrínseca a «amar» significa que es verbo de acción, pues los que aman educan [526], y esta acción, por ser del tipo de los antes mencionados [527], reclaman un acusativo. Lo mismo sucede con διδάσκειν *(enseñar)* y πείθειν *(persuadir)*. Por el contrario, ἐρᾶν da a entender una afección producida por el amado. Por eso, Safo se sirvió, muy a propósito, de ese verbo de mayor vehemencia:

> ἔγω δὲ κῆν' ὄττω τις ἔραται
> *(yo pienso en aquello de que se está enamorado)*.

[524] El concepto griego de visión es «iluminación del objeto». Nosotros también decimos «mirada penetrante», «clavó sus ojos», etc., como si la acción de ver se proyectase desde el sujeto que ve hacia el objeto, aunque la realidad sea la contraria.

[525] Unos verbos de percepción con genitivo y otros con acusativo.

[526] φιλέω (amar, querer familiarmente, etc.) se aplica a la relación amistosa y familiar que incluye frecuentemente un trato educativo.

[527] En 159 ss.

Es sabido que φιλεῖν *(amar)* es propio del prudente y
292 bueno, como los padres que aman a sus hijos; sin embargo, «enamorarse» no es de discretos, sino de quienes tienen perdido el juicio. En consecuencia, no hay duda de por qué φιλέω rige acusativo y ἐρῶ genitivo.

173. También rigen genitivo κήδεσθαι *(preocuparse de),* προνοεῖσθαι *(proveer a),* φροντίζειν *(atender a),* que, junto a la actividad del preocuparse, llevan implícita la afección por parte de alguien, de ahí que con razón se usen con genitivo.

174. Se construyen, asimismo, con genitivo los que significan dominio sobre algo desde el punto de vista de los que ejercen el poder y la posesión, y ello por razones convincentes. Es claro que no puede concebirse la expresión de la posesión sin el genitivo; por eso los posesivos pueden resolverse en genitivos, y todos ellos, tanto adjetivos como pronombres, son derivados de genitivos de palabras capaces de indicar posesión. Por este motivo, expresiones como Νέα πόλις, y similares [528], con acento independiente se declinan por separado [por no indicar relación de posesión]; cosa que no sucede con Κόρακος πέτρα, ὑὸς κύαμος, ὄνου γνάθος *(quijada de asno)* o Ἀχαιῶν λιμήν *(puerto de los aqueos),* pues si se declinase el genitivo, al mismo tiempo se desvanecería la idea de posesión. Por eso se construye de tal manera la mencionada clase de verbos. Los súbditos son propiedad de los reyes, de ahí que se diga βασιλεύω τούτων *(soy rey de éstos),* ἡγεμονεύω *(mandar),* στρατηγῶ *(mandar tropa),* τυραννῶ *(ser soberano).* Por esta causa, no es admisible el dativo en

293 Μυρμιδόνεσσιν ἄνασσε (A 180)
(era rey de los mirmidones),

---

[528] Cf. II 136, donde ya aparecían.

pues la construcción de ἄνασσε pedía genitivo. Así sucede con κυριεύω *(ser señor),* δεσπόζω *(ser dueño),* κρατῶ *(dominar)* y tantos otros de idéntica significación.

175. Es probable que alguien arguya que se ha producido una inversión en las relaciones sintácticas; pues, mientras en la construcción nominal el poseedor es concebido en genitivo y lo poseído en nominativo: «esclavo de Aristarco», «siervo del rey», en la antedicha construcción verbal el poseedor es concebido en nominativo y lo poseído en genitivo: «yo soy dueño de esto», y también: «soy señor de».

176. A ese tal le replicaríamos: primero, que un nombre y un verbo no pertenecen a la misma parte de la oración, y si esto es así, tampoco sus construcciones pueden ser coincidentes en la forma; una sola cosa reclaman las dos: el genitivo, sin el cual no es concebible la posesión. Segundo, que esa inversión sintáctica es de todo punto necesaria, pues los verbos los construimos con palabras declinables y, por otro lado, a esos mismos verbos les es connatural un nominativo-sujeto con el cual concuerdan, y de ellos depende la función de la posesión, la cual no podría entenderse sino expresada por un genitivo, según se ha dicho ya. En consecuencia, es del todo punto necesario, por un lado, que la persona connatural al verbo se encuentre en nominativo y, por otro, que la entidad sometida a ella no se encuentre en otro caso que en genitivo, sin el cual, como acabamos de decir, no puede construirse la
sintaxis de la posesión. Podríamos añadir, incluso, un tercer 294
argumento, a saber, que los nombres correspondientes a tales verbos rigen también genitivo; así, con τυραννῶ *(ser soberano)* se corresponde τύραννος *(soberano)* y la construcción de ambos es una y la misma. Otro tanto puede

decirse de βασιλεύς y βασιλεύω, στρατηγός - στρατηγῶ, δεσπότης - δεσπόζω, κύριος - κυριεύω.

177. Pasemos ya a los que se construyen con dativo. Pues bien, todos los que significan beneficio, ya sea por acción verbal o por acción física, llevan dativo, por ejemplo, «te digo», equivaldría a «te hago entrega a ti de lo dicho». Así, está claro que una frase, como: «digo que eres un ladrón», significa algo como: «mediante la expresión que emito yo declaro que tú has cometido un robo» [529]. Y, necesariamente, la acción indicada mediante el verbo «decir» ha de dirigirse a un dativo. Lo mismo sucede con las acciones físicas, por ejemplo, «corto para ti», es decir, «procuro para ti una parte de algo», mientras que en «te corto», por dirigirse la acción contra el objeto, la construcción retorna de nuevo al acusativo.

178. En relación con estas construcciones, es preciso tener en cuenta que la entidad concebida en dativo no podrá hacer de sujeto de la pasiva «ser cortado»; puesto que la acción no le afecta directamente, sino al acusativo que sea, el único al que le pertenece la pasividad, es decir, el «ser cortado». Lo mismo sucede con todos los verbos con-
295 cebidos de esta manera: «canto para ti»; y es obvio que la pasiva «ser cantado» no puede salir de esa frase, sino de «te canto a ti»; igualmente, κωμῳδῶ σοί y κωμῳδῶ σε *(insultar),* ὑμνῶ σοί y ὑμνῶ σε *(celebrar),* κιθαρίζω σοι *(tocar la cítara),* τραγῳδῶ σοι *(representar),* ἀναγινώσκω σοι *(leer),* φαίνω σοι *(mostrar),* κιρνῶ σοι *(mezclar),* στορνύω *(extender),* δωροῦμαι *(regalar),* χαρίζομαι *(hacer un favor),* αὐλῶ σοι *(tocar la flauta),* frase que significa procurar un beneficio tocando la flauta.

[529] Para HOUSEHOLDER, *The Syntax...,* pág. 219: «This is amazingly like the deep structures of Generative Semantics.»

179. Distinto sentido tiene αὐλῶ τοῖς αὐλοῖς *(toco con las flautas),* pues la frase anterior «toco para ti» lleva implícitos al mismo tiempo a ambos, es decir, la acción de tocar y las propias flautas, de donde resulta αὐλῶ τοῖς θεαταῖς *(toco para los espectadores).* Y otra construcción distinta se precisa cuando se quiere significar sólo la pericia instrumental, de donde resulta que τοῖς αὐλοῖς αὐλεῖν *(tocar con la flauta)* equivale a «exhibir el propio arte mediante las flautas»; lo mismo que hecho un cambio de instrumento, el resultado puede ser συρίζει τοῖς αὐλοῖς o αὐλεῖ τῇ σύριγγι [530].

180. Algo parecido puede observarse con otros verbos; así, ἀκούει *(oye, escucha)* unas veces significa la percepción auditiva sin más, como con los ruidos, zumbidos, truenos y con cualquiera de los sonidos no articulados, en relación con lo cual de algunos decimos que son «finos de oído» [531]; pero también significa «la comprensión de lo oído», pues el

Νέστορα δ' οὐκ ἔλαθεν ἰαχή (Ξ 1)
(a Néstor no le pasó desapercibido el griterío)

no significa simplemente que no le pasó desapercibido el sonido, sino, más bien, que al percibir el sonido compren- 296
dió con ello lo sucedido en el combate. Por eso mismo decimos: «Fulano no entiende lo dicho», es decir, percibe la voz, pero no lo expresado mediante ella. Posee, además, un tercer significado, cuando quiere decir «está de acuerdo con lo dicho por mí»: «Fulano me escucha», da oído a

[530] Imposible traducirlos, por estar formados los verbos del nombre de los instrumentos; para dar una idea: «siringuear con la flauta», o «flautear con la siringa».

[531] Lo dice ARISTÓTELES de los peces, *Hist. anim.* 534a6.

mis palabras, y al revés, «no me escucha», de donde resulta: «Fulano no me presta oídos».

181. Tal es también el significado de

οὐδ' ἐσάκουσε πολύτλας δῖος 'Οδυσσεύς (Θ 97)
(pero el divino Odiseo tan sufrido no le prestó oídos),

pues, o bien, conforme al primer sentido, no captó la voz debido al griterío que se produjo, o bien, si la captó, no obedeció a Diomedes a causa de la oposición divina. En relación con esto ponen algunos críticos el verso:

Τυδείδη, μή τ' ἄρ με μάλ' αἴνεε μή τέ τι νείκει (K 249)
(Tidida, no me alabes demasiado ni me hagas ningún reproche),

en el cual, a la vez que rechaza la alabanza excesiva, podría solicitar que no le censure por aquello; y, desde luego, el verso siguiente se ajusta a entreambas cosas:

εἰδόσι γάρ τοι ταῦτα μετ' 'Αργείοις ἀγορεύεις (K 250)
(pues estás hablando entre argivos que lo saben).

182. Así sucede con ἀναγινώσκω *(reconocer, leer).* A veces significa la pura y simple lectura, como cuando un niño dice: «no he leído» [practicado la lectura], o bien significa ambas cosas, es decir, la mera lectura y la capta-
297 ción mental de los poemas, pues decimos: «fulano no ha leído a Alceo», «no ha leído a Homero». Lo mismo podría mostrarse de otros muchos verbos, pero no es cosa que exija nuestro presente cometido, ya que nos habíamos propuesto tratar de cómo se construyen los verbos con los casos oblicuos, no de la diversa significación de los verbos. (Y si fuera el caso de, por ejemplo, «toco para la luna nueva», es claro que el beneficio se dirige a la audiencia

y que dicha actividad tiene lugar en la referida circunstancia temporal, pero el beneficio es, desde luego, en favor de los oyentes) [532].

183. Y lo mismo sucede, como decíamos [533], con los verbos que se refieren a un objeto físico, «traigo para ti», «llevo para ti», que son, a su vez, diferentes de «te traigo», «te llevo». De suerte que hay que admitir que, construidos con un dativo, llevan implícito el acusativo, que puede estar explícito: «te llevo el niño», «te traigo vino», «te corto la carne», «te leo a Alceo», «represento para ti la comedia *Epitrépontes*» [534]; de los cuales caben, como decíamos [535], las construcciones pasivas. No me parece carente de razón Homero cuando, en este tipo de frases, pone antes el dativo que el acusativo, en cuanto que el primero presupone al acusativo [536].

184. Del mismo modo rigen dativo: ὑπηρετῶ σοι *(soy siervo para ti),* δουλεύω σοι *(soy esclavo para ti),* ἕπομαί σοι *(seguir),* ἀκολουθῶ σοι *(acompañar),* ἥκω σοι *(vengo para ti),* pues las acciones inherentes a ellos significan beneficio. Así, δουλεύειν abarca toda posible servidumbre (sus especificaciones concretas rigen acusativo en la voz 298
activa: τρίβω σε [*te trillo, maltrato, trituro*], λούω σε [*te lavo*], νίπτω σε [*te lavo*], κείρω [*afeitar*], κοσμῶ [*adornar*], σμῶ [*arreglar*], ἀναδῶ [*ceñir*], ἐμπλέκω [*enlazar*], λαμπρύνω [*dar brillo*], φαιδρύνω [*regocijar*]). Y, también, εἴκειν *(ceder),* que significa negación de toda oposición,

---

[532] Los editores reconocen todos que el pasaje entre paréntesis conviene a § 179.

[533] Volviendo a § 179.

[534] Comedia de Menandro (ss. IV-III a. C.) traducida como *El arbitraje.*

[535] En § 178.

[536] Si decimos: «traigo para ti», implica «algo».

así como ὑποχωρεῖν *(retroceder)*, por las mismas razones, se construyen con dativo.

185. Los verbos que nacen de una acción recíproca, es decir, cuando dos personas desarrollan la misma actividad mutuamente, se construyen con dativo, por ejemplo: μάχομαί σοι *(combato contigo)*, παλαίω σοι *(lucho contigo)*, γυμνάζομαί σοι *(me entreno contigo)*, ἱππάζομαι *(cabalgar)*, ἀνθιστάνομαι *(resistir)*, μονομαχῶ *(batirse en duelo)*, παγκρατίαζω *(luchar en el pancracio)*. Que estos verbos han de construirse con su caso oblicuo es cosa evidente a cualquiera, puesto que se trata de una acción transitiva hacia una persona-objeto, como dijimos al comienzo [537], persona que es capaz de reconocer que la acción va dirigida hacia ella. Así pues, «luchar», «luchar en el pancracio», se entiende que es entre dos seres vivos. Pero, como ya sabemos, la acción verbal que más estrictamente reclama un acusativo sólo tiene por misión que el objeto sea afectado por el sujeto, sin que se realice ninguna acción por parte del objeto, como δέρω σε, τύπτω σε, παίω σε *(te golpeo)*, pues el que declara tal cosa no da a entender que él, a su vez, sea golpeado. Ahora bien, los verbos más arriba mencionados no significan tal cosa, luego es evidente que, debido a ello, tampoco han de llevar acusativo; dado que llevan implícita la misma disposición por parte de la otra persona, o sea que el que lucha en el pancracio es, a su vez, contragolpeado.

299 **186.** ¿Por qué, entonces, pasaron estos verbos a construirse con dativo? Porque al genitivo le pertenecía la pasividad [538]. He aquí por qué dicha construcción se abstendrá

[537] En § 159.

[538] En él se expresa el agente de la pasiva. El otro caso de la pasividad es el acusativo: objeto y sujeto paciente.

de uno y otro caso y no admitirá otro que no sea el dativo, idóneo para expresar la acción del beneficio recíproco. En consecuencia, γυγνάζω σέ *(te entreno)* significa una acción individual, mientras que γυμνάζομαι σοί *(me entreno contigo)* significa beneficio recíproco en un plano de igualdad; «cabalgar», de donde la pasiva «ser cabalgado», y también la recíproca «ser cabalgado o conducido contigo» [539]. Muchos otros ejemplos de lo mismo podríamos aducir, pero vamos a dejarlo a un lado. Esto, sin embargo, es lo que opino que sucede con πείθομαι ὑπὸ σοῦ *(ser persuadido por ti)*, y que πείθομαι σοί *(confío en ti)* no significa otra cosa que la mutua confianza de unos para con otros.

187. También μέλει y μεταμέλει se construyen con dativo en tercera persona, por ejemplo, μέλει Τρύφωνι *(le preocupa a Trifón)* o, también, μεταμέλει *(le da pena)*; los cuales se diferencian de la sintaxis de los demás verbos en que todos éstos se construyen con su nominativo-sujeto, como «Teón pasea», y en que, a su vez, pueden extenderse a un caso oblicuo, de cuya construcción venimos tratando; cosa que no sucede con los susodichos, ya que μεταμέλει Σωκράτει *(le da pena a Sócrates)* y también μέλει *(le preocupa)* no llevan tal nominativo-sujeto. Por eso, los estoi- 300
cos llamaron a estas frases «quasi-predicados», mientras que a los otros verbos, debido a las relaciones de correspondencia existentes entre ellos y los nominativos-sujeto, los llamaron σύμβαμα [540] y, también, «predicados». Si dichos verbos eran completados en el sentido [con un caso oblicuo], los llamaron «quasi-predicados», por ejemplo, μέλει Σωκράτει; si les faltaba [el caso oblicuo], «infra-quasi-predicados», como μέλει *(preocupa)*.

[539] De las yuntas de animales.

[540] «Predicado completo», *i. e.*, sujeto más verbo intransitivo: «Sócrates pasea».

188. Lo que pienso yo es que estos verbos tienen un nominativo-sujeto sobreentendido, que en μέλει es el hecho a que se refiere. Y es posible probar tal opinión del siguiente modo: se admite que μέλει está en tercera persona; luego, ha debido de salir de una primera y una segunda, es decir, μέλω, μέλεις, y si se admite que la forma sintáctica de la primera y segunda personas se continúa en la tercera, esto es, en lo que se refiere al caso y al número, por ejemplo: ἐγὼ φροντίζω... «yo me preocupo, tú te preocupas, él se preocupa», se admitirá igualmente con respecto a μέλω. Así pues, es posible: ἐγὼ μέλω σοι *(yo preocupo a ti),* con un nominativo-sujeto y un dativo, y también σὺ μέλεις ἐμοί *(tú preocupas a mí);* luego, de acuerdo con este tipo de construcción, en tercera persona: μέλει Σωκράτει *(preocupa a Sócrates),* se exigirá un nominativo que no puede ser otro que el hecho a que se refiera. Pues lo que se entiende en μέλει τὸ φιλοσοφεῖν Πλάτωνι *(filosofar preocupa a Platón)* es «la filosofía produce preocupación a Platón». Y en μέλει Θέωνι τὸ πλουτεῖν *(ser rico preocupa a Teón).* Por tanto, hay que suponer que en μέλει Σωκράτει hay un nominativo-sujeto sobreenten-
301 dido. En consecuencia, la causa de que μέλει sea usado solo [impersonal] es que puede admitir cualquier hecho que pueda acontecer. Por eso, el μέλει Θέωνι nos parece tener un sentido completo, pues, como decíamos, el verbo μέλει está empleado sobreentendiéndose cualquier hecho en general que se está produciendo en cualquier circunstancia.

189. Hasta aquí por lo que respecta a la construcción de los verbos con los casos oblicuos, tal como nos habíamos propuesto exponer, quedando bien claro que los diferentes tiempos de la flexión, las distintas personas y los demás modos mantienen la misma construcción. Así, τέμνοιμι *(yo cortaría),* aunque sea optativo, rige igualmente

acusativo, o si está en tiempo de pasado o de futuro, naturalmente en la voz activa. Muchísimos otros ejemplos de esto mismo podríamos poner.

190. Tampoco los participios se desvían de la norma anterior, aunque carezcan de la distinción de personas y modos propios de los verbos. Así pues, como decíamos, rigen los mismos casos, aunque las otras formas nominales [541], me refiero a las derivadas de los verbos, no llevan la misma construcción. Porque se puede decir κόπτω, τοῦτον *(golpeo a éste),* pero no *κοπεὺς τοῦτον *(golpeador, martillo* [+ acusativo]), sino κοπεὺς τούτου *(golpeador de éste);* y αὐλεῖ τοῦτον *(canta a éste),* pero αὐλητὴς 302
τούτου *(cantor de éste);* γυμνάζει τοῦτον *(entrena a éste),* pero γυμναστὴς τούτου *(entrenador de éste),* de donde se deduce que todas las formas nominales rigen un genitivo, salvo si están en participio, pues éstas mantienen la misma construcción que los verbos y, por eso, es obligado que «participe» de la naturaleza del verbo. Por tanto, γυμνάζων τοῦτον *(el que entrena a éste)* y αὐλῶν τοῦτον *(el que canta a éste).* De este asunto hemos tratado con más detalle en *Sobre el participio.*

---

[541] Sustantivos y adjetivos verbales, que admiten flexión como el participio.

LIBRO IV

303 **1.** Después de las construcciones de los verbos, a las que dimos cumplimiento en el libro anterior, el tercero de la obra, vamos a continuar con las de las preposiciones, faltas de un tratamiento en profundidad, en razón de que con unas partes de la oración se presentan en composición y con otras en aposición [542], sin que a menudo la acentuación distinta pueda ayudar a su discernimiento, al revés de lo que sucede con la mayoría de las partes de la oración en las que el acento único es indicio de la individualidad de la palabra, esto es, de que se trata de una sola parte de la oración; por el contrario, cuando se encuentra en cada una por separado es muestra de la separación de las mismas.

2. Por ejemplo, Διὸς κόρος acentuado con agudo en la penúltima hace que el genitivo sea sentido independiente, igual que si fuese Διὸς υἱός *(hijo de Zeus);* pero, acentuado en la antepenúltima, Διόσκορος *(Dióscuro),* se hace
304 semejante a Diógneto, Diódoto; y εὖ νοῶ *(bien pensar),* con los dos acentos circunflejos permite suponer que nombre y verbo están separados; lo mismo que Ἕλλης πόντος *(Mar de Heles, Helesponto),* con el acento agudo en su

[542] Se toma aposición, como siempre, en su sentido etimológico de «colocado junto a», es decir, formando palabra aparte.

sílaba inicial; e, igualmente, ἐμοῦ αὐτοῦ *(de mí mismo),* con el doble circunflejo. Estos ejemplos y otros mil semejantes que hay cuando están unidos, adoptan una acentuación conjunta en conformidad con el principio de la composición; si no es así, el acento permanece también independiente, y, como dijimos, la permanencia del acento en cada palabra por separado permite suponer que están en aposición.

3. Ahora bien, καταγραφω no muestra por la acentuación si se trata de dos palabras o de una sola, lo mismo que otras semejantes a ella: ἀποίκου, καταφέροντος; todas las parecidas presentan idéntica ambigüedad: ἀποψέ, ἀποδίς, y entre las conjunciones, καθότι, διότι (como ya mostraremos después [543], las preposiciones están presentes en ellas) y otras muchas. Sobre todos estos casos nos hemos propuesto hacer una exposición en profundidad. Por otro lado, en algunas palabras no es posible considerar tales relaciones, pues no pueden llevar las preposiciones antepuestas ni en aposición ni en composición, como sucede con la totalidad de los pronombres en nominativo; de cuál sea la causa de la imposibilidad de dicha construcción daremos razón cumplida.

4. Sin embargo, antes de entrar en los detalles de la sintaxis preposicional, no me parece inoportuno exponer 305
algunas dificultades que se presentan en dichas palabras. Por ejemplo, hay quien dice: «que no había necesidad de que cambiasen su acento a la penúltima cuando aparecen traspuestas en la frase [544], esto es, cuando a pesar de ser 'preposiciones' no se construyen antepuestas; pues con nin-

[543] En § 26. Se trata de compuestos.

[544] Traspuestas, las preposiciones bisilábicas agudas cambian dicho acento a la penúltima (anástrofe).

guna otra parte de la oración sucede que, cambiada de orden, cambie también su acento además; el fenómeno de la anástrofe no es de validez general ya que no todas las preposiciones que invierten el orden modifican también el acento. Y lo que es más, ¿por qué iban a ser las preposiciones las traspuestas y no las palabras que dependen de ellas? Así, en

> ἔπτυσε πουλὺ κάτα
> *(mucho despreció)*[545],

donde la coherencia exige κατέπτυσεν, con lo cual la preposición no está más traspuesta que el verbo. O en

> Ἰθάκην κάτα κοιρανέουσιν (α 247)
> *(gobiernan en Ítaca),*

y tantos ejemplos semejantes a éstos.»

5. La réplica a tales afirmaciones es sencilla: como se ha reconocido, según demostramos antes[546], las mencionadas palabras recibieron su denominación de su posición por excelencia, o sea, antepuesta. Por eso, los de la Estoa llamaban a las preposiciones «conjunciones antepuestas», por considerar más propio hacer la denominación en virtud de su construcción más conspicua que por el significado, como el de «condicionales», «copulativas», y demás.
306 Y el resto de las partes de la oración no presenta una ordenación fija como para que, aunque aparezcan traspuestas, se acuse dicha trasposición.

6. Así que las [palabras] que tienen una posición única no pueden alterar su ordenación y adoptar posiciones cambiantes, por ejemplo, entre las conjunciones, ἤτοι va

[545] Autor desconocido, atribuido a Calímaco.
[546] En I 26.

siempre en cabeza, nunca pospuesta; entre los verbos, los llamados subjuntivos jamás aparecen en otro lugar que pospuestos a las llamadas conjunciones subordinantes; tampoco los llamados pronombres enclíticos aparecen nunca separados de las palabras con relación a las cuales son enclíticos τίμησόν με *(hónrame),* δός μοι *(dame).* Por eso, no puede admitirse aquella afirmación hecha en el *Sobre los artículos* de Trifón, de que los pospositivos [relativos] a veces resultan antepuestos [artículo determinado], por ejemplo, en ὃς ἂν ἔλθῃ μεινάτω με *(el que llegue que me espere),* pues ¿de qué palabra declinable iba a ser el artículo?, ¿y cómo puede ser artículo pospositivo [relativo] sin un nombre antecedente a que referirse, sino que, por el contrario, aparece como indefinido al comienzo de la frase? Por lo tanto, no es artículo el ὅς ni aun cuando fuera inserto en el declinable ὅστις *(cualquiera que),* pues tendría que ir acompañado de otras palabras declinables [para ser artículo] y no de indefinidos, ya que en ὅστις él mismo es también indefinido, e incluso más que el τίς *(quién, alguien),* lo cual es del todo contrario a la naturaleza del artículo determinado. En efecto, en expresiones de significado indefinido, mediante el añadido del artículo la persona queda determinada: «llegó el hombre», «admiré al poeta».

7. Entonces, cuando las preposiciones no preceden a su régimen, todos estamos de acuerdo en que se ha producido la trasposición, aunque sea que lo que debía ir en 307
segundo lugar ha sido traspuesto al comienzo, pues, dicho una vez más, es cuando están pospuestas y ajenas a la ordenación conveniente cuando se reconoce que se hallan traspuestas. Por tanto, me parece ridículo andar investigando si son las preposiciones mismas las traspuestas o las palabras regidas por ellas.

8. Con relación al cambio de acento en las preposiciones, puede decirse, en primer lugar, que también el resto de las partes de la oración presenta ciertas particularidades que, al no producirse en otras, las hace aparecer como problemáticas, según puede observarse de las enclíticas, de los interrogativos no agudos y de los indefinidos agudos [547]. Por tanto, no está fuera de tono que las preposiciones presenten doble acentuación, cosa que tienen en común con los pronombres personales, que poseen formas tónicas y enclíticas; con ως, según vaya al comienzo de frase o en interior, en cuyo caso lleva circunflejo; con la partícula expletiva η, con circunflejo al comienzo de frase, pero sin él cuando va pospuesta, por ejemplo, en

> τί ἦ δὲ σὺ νόσφιν ἀπ' ἄλλων (O 244)
> *(¿cómo es que tú estás lejos de los otros?),*
>
> ὅτι ἦ κάλλιστον ἢ κατὰ Ξάνθιππον (?)
> *(porque era muy bello, según Jantipo...),*

y en muchísimos otros podríamos pensar.

9. Quizá la doble acentuación sea algo que les sucede por necesidad. Porque el resto de las partes de la oración presentan una única forma de construcción a la que se someten, como los adverbios, que se apoyan en el verbo,
308 aunque incidan entre ambos muchas otras palabras; los artículos en los nombres; los nombres acompañando a los verbos, y los propios verbos revierten en los nombres o en los pronombres, que se emplean, a su vez, en lugar de los nombres. Las preposiciones, sin embargo, al admitir dos tipos de construcción, una con los nombres y otra con los verbos, necesariamente han de adoptar una acentuación cambiante cuyo trastrueque significa, al mismo tiempo, la anástrofe de la preposición, mientras que si se mantiene con su acentuación propia, indica que la preposición está en la construcción debida.

[547] Con la misma forma.

10. Así, en

> Ἰθάκην κάτα κοιρανέουσι (α 247, *supra),*

a causa de la acentuación en la sílaba inicial, o sea, por la anástrofe, se da a entender que la preposición pertenece a la palabra anterior; porque, si no fuera así, indicaría que iba con el verbo siguiente. Por esta causa es perfectamente admisible la doble acentuación de las preposiciones. Otro tanto puede decirse de

> εὗρε δὲ Πατρόκλῳ πέρι κείμενον ὃν φίλον υἱόν (T 4)
> *(encontró a su hijo en tierra abrazado al cadáver de Patroclo),*
>
> καὶ γὰρ ὅτε πρώτιστον ἐμοῖς ἔπι δέλτον ἔθηκα γούνασιν (atribuido a CALÍMACO)
> *(tan pronto como puse las tablillas de escribir en mis rodillas);*

y, también, entre dos elementos nominales:

> μάχῃ ἔνι κυδιανείρῃ (Z 124, etc.)
> *(en el honroso combate),*
>
> ποτάμῳ ἔπι δινῆεντι (Θ 409)
> *(junto al turbulento río),*
>
> ποταμοῦ ἄπο Σελλῆεντος (B 659, etc.)
> *(del río Seléis),*

sobre cuyas diferencias hemos de volver en el lugar opor- 309
tuno [548], cuando tratemos de las distintas formas de la anás-

[548] No en su obra conservada.

trofe preposicional y de las que no la admiten, pues ahora nos hemos propuesto mostrar cómo los creadores del lenguaje tuvieron que idear, por necesidad, la doble acentuación de las preposiciones, y hemos de reconocer que sus propias formas predisponían al referido fenómeno, dado que a todas ellas les acontece el ser agudas, cuando el resto de las partes de la oración son más variadas en cuanto al acento, pero no gozan de tan buena disposición para la alteración del mismo como las preposiciones.

11. Por esta razón las preposiciones con incremento arrastran con éste el acento agudo hacia el final, por ejemplo, ἐνί, προτί. Debido a esto, Aristófanes de Bizancio [549] no juzgó conveniente acentuar en la penúltima las preposiciones en el dialecto eolio [550], para que no perdieran con ello este carácter propio de la preposición, o sea, la retracción acentual, pues si todas ellas fuesen acentuadas en la penúltima, al invertir el orden en construcción con un verbo o con un nombre, se verían imposibilitadas para cambiar el acento por los motivos expuestos. Y, por lo mismo, tienen breves el comienzo y el final, ya que la cantidad breve puede cambiar más fácilmente el acento; de ahí, también, que cuando el eolio cambia los acentos del final, lo hace por lo general de sílabas breves. En consecuencia, cuando la cantidad silábica es larga, eluden la anástrofe κα-
310 ταί, ὑπαί, y similares. Luego, no todas pueden sufrir anástrofe, como tampoco todos los pronombres pueden ser enclíticos y tónicos, pero es algo que les sucede a la mayoría; ni tampoco todos los interrogativos admiten la retracción acentual; ni todo lo demás se somete a una norma única.

[549] El maestro de Aristarco, bibliotecario hasta el año 185 a. C.

[550] Por la baritonesis de este dialecto.

12. Antepuestas a las partes de la oración, las preposiciones pueden estar en composición o en aposición. Con los nominativos de las partes nominales no cabe la aposición de las preposiciones. Es claro, por tanto, que σύνοικος *(convecino),* ἐπίκουρος *(protector),* σύνδουλος *(coesclavo),* ὑπέρδουλος *(superesclavo),* πάροικος *(extranjero),* μέτοικος *(emigrante),* ἔκδηλος *(manifiesto),* ἀνάδρομος *(remontante),* περίοπτος *(circunspecto),* περιφόρητος *(portátil),* presentan composición de elementos, no sólo por la retracción acentual propia de la composición (puesto que, a veces, algunos compuestos conservan la misma acentuación y sin embargo, la composición no queda anulada por la permanencia del acento, como sucede con περικλυτός [*perínclito*], ἀναδρομή [*retirada*], συνοχή [*cohesión*], καταμονή [*permanencia*], y tantísimos otros), sino también porque la preposición acompaña al nombre a lo largo de toda la declinación, lo que no podría suceder si de aposición se tratase, por ejemplo: κατὰ Κτησιφῶντος *(contra Ctesifonte),* ὑπὲρ Ἀριστάρχου *(por Aristarco),* por no poder adaptarse la misma preposición a todos los casos; mientras que las composiciones en nominativo arriba mencionadas se mantienen en todos los casos.

13. Pero también se hace evidente por el acompañamiento del artículo. En efecto, en aposición el artículo ce- 311
de el primer puesto a la preposición, siguiendo a aquello de que depende; no así en la composición, puesto que, al ser la preposición una parte de la palabra, ha de llevar delante de sí el llamado artículo antepuesto a los nombres [551]. Ejemplos de lo primero son: περὶ Ἀριστάρχου - περὶ τοῦ Ἀριστάρχου, κατὰ Κτησιφῶντος - κατὰ τοῦ

[551] El artículo determinado, por oposición al relativo, artículo pospuesto, como ya sabemos.

Κτησιφῶντος, περὶ στεφάνου - περὶ τοῦ στεφάνου; de lo segundo: ὁ περικλυτός, ὁ σύνδουλος, ὁ μέτοικος. Gracias a esto, los casos de ambigüedad se resuelven mediante el añadido del artículo; así, se distinguirán: παρὰ τοῦ νόμου, παρὰ τοῦ φέροντος, de los siguientes: τοῦ παραφέροντος, τοῦ παρανόμου, sobre los que hemos tratado con toda precisión en otro lugar.

14. En consecuencia, προπροκυλινδόμενος ([X 221:] *arrastrándose),* ὑποπεπτηῶτες ([B 312:] *acurrucados)* constituyen una sola palabra, y κατά formaría mejor parte del compuesto:

> λέων κατὰ ταῦρον ἐδηδώς (P 542)
> *(como un león después de devorar a un toro),*

que no una palabra aparte, dado que las partes de la oración se conciben independientes, pero en composición no pueden separarse, como se mostrará en otro momento. Y tampoco, en

> γέλασσε δὲ πᾶσα περὶ χθών (T 362)
> *(la tierra entera sonreía en torno),*

puede acompañar al nominativo conforme a la teoría de la preposición, sino que o bien tiene el valor del adverbio πέριξ *(en derredor),* o bien, por hipérbaton, se integra con el verbo, de manera que resulte περιεγέλασε, esto es, «se iluminó sobre manera», pues el que formara un compuesto con χθών queda excluido por el acento, dado que no
312 está retraído, como sucede con αὐτόχθων *(autóctono),* ἐνοσίχθων *(que sacude la tierra),* y, además, por la consideración del significado, pues la palabra continúa siendo femenina, y, al entrar en composición, cambian el género, así, en αὐτόχθων y ἐνοσίχθων, no se entiende la tierra,

sino «el nacido de la tierra», en el primero, y «el que domina», en el otro.

15. Tales ejemplos se atienen, ciertamente, al uso común, pero la investigación de sus causas nos mostrará la justificación de tal uso. Los nominativos y los vocativos, junto con los verbos que acompañan, hacen referencia a una única persona: «Trifón lee - Trifón, lee», «Trifón aprende - Trifón, aprende», mientras que en los otros casos han de entenderse dos personas: «lee para Trifón», «ama a Trifón», «escucha a Trifón», por supuesto sobreentendiéndose nominativos-sujeto. Esto sentado, una preposición jamás podrá, en buena sintaxis, ir en aposición con un nominativo, ante todo porque es la relación expresada por el verbo la que puede asimilar el significado de las preposiciones [552]. Sean, por ejemplo, «Platón» y «va», y una preposición: «en», «con», «bajo», «sobre», o cualquier otra. La preposición no se inclinará hacia ninguna palabra que no pueda admitir la relación que nace de ella. Y, desde luego, no podrá ser «en Platón», sino «va en»; ni «con Platón», sino «va con», «va a través de», «va alrededor de». Por esto, al incluir la frase completa una 313
sola persona, o sea, «Platón va» el añadido preposicional externo se inclinará hacia el verbo en cuanto elemento prepositivo que se acomoda a un pospositivo.

16. (Decíamos al comienzo de este tratado [553] que los elementos constitutivos de la oración se comportan del mismo modo que los elementos de la palabra; y, así como hay letras que van antepuestas a otras letras, y no todas pueden ir ante todas, de la misma manera las palabras que

---

[552] Parece intuir Apolonio Díscolo el carácter adverbial originario de las preposiciones. Si no hay verbo, no hay preposición.

[553] I 2; 9.

van antepuestas no podrán anteponerse a todas las demás, sino sólo a aquellas con las que pueden entrar en relación sintáctica. Pongamos, por ejemplo, las sílabas τρα o κλα y que se les añade una σ: evidentemente, no cabe ante la ρ o ante la λ pues la σ no puede precederlas, pero sí ante κ y τ, y, de este modo, habrá ordenación correcta en σκλα y στρα. Pongamos también, por ejemplo, una palabra como Τῖρυς y que le añadimos una ν, al final quiero decir; desde luego que no podrá unirse una ν después de la σ, aunque en ν acaban muchas palabras, dado que la σ jamás precede a la ν, pero sí al revés, sucesión que es muy frecuente en argivo [554].)

17. Por tanto, si en una frase como Πλάτων διαλέγεται *(Platón conversa)* con los dos elementos en la misma persona se inserta una preposición, no podrá sino construirse antepuesta al verbo formando un compuesto, es de-
314 cir προσδιαλέγεται. Ahora bien, si el carácter del nombre es tal que pudiera admitir una relación preposicional, entonces es factible que la preposición vaya unida al nombre. Así, περίεργος no está muy lejos de περιεργάζεσθαι, ni ἐπίκουρος de ἐπικουρεῖν. (Nada impide, pues, que se unan como nombre propio convencional, pues la primitiva formación del compuesto es la de tipo adjetival, convertida después convencionalmente al uso como propio. Pero, por otro lado, Ἀντίθεος, Ἀντίπατρος, y similares, pueden ser considerados virtualmente como un grupo de preposición más genitivo, ya que significan «en lugar de [igual a] Dios, el padre». Está claro, por tanto, que los compuestos mantienen su valor originario.) En consecuencia, si, conforme al razonamiento anterior, cuando va una preposición con

[554] Por no caer la nasal ante la sigma: Τίρυνς *(Tirinto),* τιθένς participio de τίθημι *(colocar),* frente al común τιθείς.

un verbo, va en composición y no en aposición, es del todo punto necesario, como se mostrará luego [555], que los nombres verbales en nominativo se comporten igual que los verbos [556].

18. Por otra parte, los casos oblicuos, al estar más desligados del verbo, esto es, al no referirse a la misma persona verbal, son también diferentes en cuanto a su configuración, pues adoptan, por el contrario, la aposición en lugar de la composición. Cuando, como decíamos, se trata de una frase de una única persona [557], entonces la composición es obligada al mismo tiempo; pero la ausencia de esa relación que se produce entre verbos y casos oblicuos, excluye también la composición, siendo, por otro lado, más 315
restringido el uso de palabras con aposición preposicional, que en composición; así, περὶ Ἀπολλωνίου, ἐν Ἀπολλωνίῳ y otros semejantes.

19. Es probable que alguno diga que también cabe la composición en los casos oblicuos βόλου περιβόλου, δρόμου καταδρόμου, y similares. Ese tal olvida que no se trata de una composición originaria en caso oblicuo, sino de una variante flexional a partir de un nominativo compuesto, como se mostrará en lo sucesivo.

20. Es también probable que suponga que «las preposiciones, en realidad, no van en aposición con los casos oblicuos, sino que, pertenecientes al verbo, han sufrido una trasposición, por ejemplo: κατὰ Ἀπολλωνίου ἐλάλησα - κατελάλησα Ἀπολλωνίου *(dije contra Apolonio - contradije a Apolonio),* σὺν Ἀπολλωνίῳ ἤμην - συνήμην Ἀπολλωνίῳ, περὶ τὸν καμπτῆρα ἔδραμον - περιέδρα-

[555] En § 32.
[556] Es decir que sean compuestos.
[557] De nombre-sujeto más verbo.

μον τὸν καμπτῆρα, πρὸς Τρύφωνα εἶπον - προσεῖπον Τρύφωνα, Ἀλεξανδρείας ἔδραμον - ἀπέδραμον Ἀλεξανδρείας; y que, si se producen diferencias de significado entre ambas formas de construcción, la trasposición es la causante de la diferencia: ὁ νῦν ἄνθρωπος - νῦν ὁ ἄνθρωπος *(el hombre de ahora - ahora el hombre),* τότε ὁ Πτολεμαῖος - ὁ τότε Πτολεμαῖος *(entonces Tolemeo - el Tolemeo de entonces),* ἐμὸς ὁ δοῦλος - ὁ ἐμὸς δοῦλος *(el esclavo mío - mi esclavo).*

21. Contra esto puede decirse que, en los casos de trasposición, la coherencia sintáctica se mantiene, aunque pueda existir una cierta diferencia de significado; mientras que, en las preposiciones, la trasposición arrastra a un cambio de caso y, además, la mayor parte de las veces, dicha tras-
316 posición no es posible; πρὸς Ἀπολλώνιον ἔρχομαι, pero προσέρχομαι Ἀπολλωνίῳ, πρὸς Τρύφωνα λαλῶ y προσλαλῶ Τρύφωνι; y, por otro lado, es posible decir καταφέρω οἶνον, pero no κατ' οἶνον φέρω, y περὶ τοῦ φίλου λέγω, pero no περιλέγω τοῦ φίλου. Muchos ejemplos podríamos poner de lo mismo. Con lo dicho ha quedado perfectamente demostrado que las preposiciones se construyen con los casos oblicuos, no pudiendo componerse con ninguna otra parte de la oración, si previamente no ha podido regir un caso oblicuo [558]. Sobre dichas diferencias hablaremos en lo sucesivo [559].

22. Más aún, habrá quien crea que contra el anterior principio sintáctico van ejemplos como παρ' ὀλίγον Τρύφων ὤλισθεν *(por poco no cayó Trifón),* μετ' ὀλίγον Δίων παρέσται *(dentro de poco estará aquí Dión),* παρὰ τί ἥμαρ-

[558] Son las llamadas preposiciones propias: las que rigen un caso y pueden entrar en composición; las que no, se llaman impropias.

[559] En la parte perdida, quizá.

τεν Θέων; *(¿por qué se equivocó Trifón?),* pues el τί y el ὀλίγον, u otras palabras semejantes que haya, podría parecer que llevan las preposiciones en aposición estando en nominativo, sobre todo si la construcción tuviese lugar con caso oblicuo [560]: παρ' ὀλίγον Τρύφωνι συνέβη τιμηθῆναι *(casi sucedió a Trifón el ser honrado),* κατὰ τί Θέωνα ὑβρίζεις; *(¿por qué ofendes a Teón?).*

23. Lo cual puede ser refutado si la frase llevase explícito el acusativo sobreentendido. Así, en παρὰ τί Τρύφων ἥμαρτεν *(¿por qué se equivocó Trifón?),* hay que sobreentender un acusativo: «causa», como si dijéramos: παρὰ ποίαν αἰτίαν ἥμαρτεν Τρύφων; *(¿por qué causa se equivocó Trifón?)* [561]. Otro tanto sucede con μετὰ μικρόν y μετ' 317
ὀλίγον ἐλεύσεται Τρύφων *(dentro de poco llegará Trifón),* pues ha de entenderse μετὰ μικρὸν διάστημα τοῦ χρόνου *(dentro de una pequeña duración de tiempo).* Lo mismo puede decirse de todos los ejemplos semejantes, de suerte que las preposiciones han de ser interpretadas en aposición a los acusativos. El ejemplo παρὰ τί λείπει ὁ λόγος; *(¿en qué es elíptica la oración?)* es igual que si dijéramos: παρὰ τίνα λέξιν λείπει ὁ λόγος; *(¿en qué palabra es elíptica la oración?),* y, de la misma manera que no cabe que pueda entenderse παρὰ τίς en nominativo, sino en acusativo παρὰ τίνα, así también hay que pensar que el τί si se pone en nominativo no podrá adoptar la aposición preposicional, pero sí estando en acusativo, como cuando decimos παρὰ τί *(por qué).*

24. Pero, a su vez, a esto puede oponérsele lo siguiente: decíamos antes [562] que, en las construcciones preposi-

[560] Es decir, la apariencia de nominativo sería mayor.

[561] Donde ya no cabe la ambigüedad nominativo-acusativo de los neutros.

[562] En § 13.

cionales en aposición, el artículo iba detrás de la preposición, pero que, en compuesto, el artículo iba delante de ella; sin embargo, decimos τὸ παρὰ τί *(el porqué),* lo cual no podría tener lugar, si previamente la preposición no se hubiese unido en una única palabra.

25. A lo cual, por su parte, se puede replicar lo siguiente: primero, el τί no precisa en absoluto artículo, pues los interrogativos los rechazan, según ya demostramos [563]. Segundo, en la referida expresión, la construcción con el artículo no se hizo en virtud del interrogativo sólo, me estoy refiriendo a «el porqué», sino que el artículo se refiere a la expresión como un todo y al hecho externo significado, igual que se puede observar en su construcción con
318 el infinitivo, como cuando decimos «el escribir», «el pasear», pues el artículo no afecta a las voces o a los tiempos, sino a la propia acción significada por el verbo. Lo dicho puede, asimismo, demostrarse mediante un giro oracional. Pongamos, por ejemplo, μὴ παρὰ τοῦτο ποιησόμεθα *(no actuemos contra eso),* expresión que significa, por su parte, un hecho global del cual es propio el artículo: τὸ μὴ παρὰ τοῦτο ποιησόμεθα *(el no actuemos contra eso).* Por tanto, en el caso del τὸ παρὰ τί, la preposición no va en composición por el hecho de llevar el artículo antepuesto.

26. La misma consideración merecen διότι *(porque)* y καθότι *(según que)* acerca de si están construidos en aposición o en composición y si se trata del ὅτι indeclinable conjunción o del declinable pronominal, el cual constituye el neutro de ὅτις, formando así una sola palabra, al igual que ὁποῖος ὁπόσος, o bien han de ser considerados como dos palabras, en cuya composición entran desde el mascu-

[563] En I 86.

lino dos elementos equiparables, es decir, ὅς τις, en correspondencia con un femenino igualmente formado por dos palabras: ἥ τις, de lo que sigue por necesidad un neutro también de dos palabras: ὅ τι, y no ignoro que, en la conjunción ὅτι, se encierra una segunda significación, cuando la entendemos afirmativamente, por ejemplo, cuando deci- 319
mos: ὅτι νικῶ σε *(que te venzo),* ὅτι πλείονά σου ἀναγινώσκω *(que leo más que tú),* construcción que se diferencia de la de valor causal: ὅτι πλείονά σου ἀναγινώσκω συνετώτερός σου καθέστηκα *(porque leo más que tú soy más listo que tú).* Sobre tal distinción hemos tratado con más detenimiento en el tratado *De las conjunciones,* pero aquí, como de lo que se trata es de la sintaxis de las preposiciones, expondremos sólo lo que atañe a la cuestión de las preposiciones.

27. Ya nos referimos a que, en algunas formas de aposición, las preposiciones presentan una construcción como si de conjunciones se tratara, lo que, se dice, es el motivo de que los estoicos las llamen «conjunciones prepositivas» [564], pues ἕνεκα τίνος λυπῇ; *(¿a causa de qué estás triste?)* y διὰ τί λυπῇ; *(¿por qué estás triste?)* son semejantes, lo mismo que ἐκ τῆς ῥᾳθυμίας *(de la indolencia)* y ἕνεκα τῆς ῥᾳθυμίας *(a causa de la indolencia).* Por tanto, no es absurdo el que las palabras mencionadas, me refiero a διότι y καθότι, a pesar de incluir preposiciones admitan construcción de conjunciones.

28. En efecto, a partir de la aspiración que se da en su interior [565], se hace evidente que el διότι no es una palabra simple, dado que la aspiración de las vocales no se produce en interior de palabra, por lo cual se ha conjetu-

[564] Cf. § 5.

[565] Es decir, se pronunciaba /dihoti/ como el simple.

rado que o bien se trata de alguna excepción, o bien que se ha filtrado del laconio al resto de los dialectos, de lo que hemos tratado con detalle en el tratado *De los espíritus.* Ahora bien, para mí, esto no es una explicación suficiente del porqué el διότι está formado de dos palabras distintas, puesto que nada impide que también ellas estén
320 formadas igual que las supuestas excepciones, a saber, εὐοῖ [566], εἶέν *(sea, bien),* y un ático ταὧς *(pavo real).*

29. Por el contrario, son sus circunstancias propias las que permiten determinarlo, ante todo, los propios elementos διά y ὅτι. El διά, por un lado, jamás aparece en composición con sentido causal [567], por ejemplo, διάδρομος *(pasaje),* διατρέχω *(correr a través);* sólo si va en aposición con un acusativo: διὰ Τρύφωνα *(a causa de Trifón),* διὰ τὴν ἡμέραν *(a causa del día),* de donde resulta que el ὅτι tampoco es conjunción, sino una palabra declinable en acusativo, ya que se demostró [568] que un nominativo jamás puede ir apuesto a una preposición y que, en composición con un nominativo, el διά nunca tiene valor de conjunción [causal].

30. Queda, pues, por aclarar si el ὅτι es una palabra simple a la que precede διά, o son dos por aposición de ὅ y τί resultado de la flexión del ὅς τις masculino en la forma neutra. Esto es lo que tiene mayores indicios de racionalidad, pues si se consideran los otros géneros, el masculino y el femenino me refiero, en los que no hay coincidencia entre el acusativo y el nominativo, resulta evidente que hay que distinguir dos elementos en ὅτι. Porque es

[566] Grito báquico.

[567] La preposición διά significa con genitivo «a través de» y con acusativo «a causa de».

[568] En § 12.

el acusativo el caso de δι' ὅν τινα λόγον *(por cualquier razón)* y de δι' ἥν τινα αἰτίαν *(por cualquier causa),* y lo mismo en plural: δι' οὕς τινας y δι' ἅς τινας, y otro tanto δι' ὅ τι. Quedará claro, entonces, que el διότι consta 321
de tres palabras: de la preposición διά en función de conjunción [causal] rigiendo un acusativo, y de dos palabras flexivas equiparables, el ὅ y el τί, que no pueden estar en otro caso que en acusativo. La misma explicación vale para καθότι.

31. Es preciso reconocer, igualmente, que en construcciones tales como διὰ τὸ ἡμέραν εἶναι *(por ser de día),* διὰ τὸ φῶς εἶναι *(por haber luz),* no es posible que el τό sea otro caso que el mencionado acusativo. Es posible también probarlo por la correlación de las expresiones, pues téngase en cuenta que hay correspondencia entre δι' ὅν τινα λόγον ταῦτα ἐγένετο *(por cualquier razón que haya sucedido esto),* διὰ τοῦτον καὶ ταῦτα συμβήσεται *(por eso mismo sucederá también esto),* y entre δι' ἥν τινα αἰτίαν *(por cualquier causa)* y διὰ ταύτην *(por esta causa);* de donde se seguirá como consecuencia que también hay correspondencia en el neutro: διότι ἡμέρα ἐστίν, διὰ τοῦτο φῶς ἐστιν *(por ser de día, por eso hay luz),* donde, una vez más, la correlativa ha de entenderse en acusativo.

32. Hasta aquí por lo que se refiere a la construcción de las preposiciones con nombres, tanto en aposición como en composición. Con los verbos las preposiciones van siempre en composición; así, en καταγράφω, ἐξυπανέστη, παρακατατιθέμεθα, y todos los demás de este tenor. Tal vez pudiera parecer que esto no es verdad y que sea precisa una prueba que demuestre que se trata realmente de una composición. Pues se dice que, en tales ejemplos, las preposiciones están más bien puestas al lado de los verbos que unidas a ellos, y lo defienden del siguiente modo:

33. «Las palabras compuestas, del tipo que sea, no admiten flexión en el punto de juntura de la nueva palabra: por el contrario cuando están puestas una al lado de
322 otra, hace que a menudo el primer elemento adopte formas diferentes. Ello se hace evidente, sobre todo, cuando la primera parte del compuesto está apocopada, como sucede en λεοντόφωνος, Μηνόδωρος, κυνόδηκτος, χειρογραφῶ, παιδαγωγῶ. En tales palabras no se produce variación en el punto de juntura a lo largo de los distintos cambios flexionales. E, incluso, cuando la composición está hecha con palabras completas, está claro que la composición se mantiene fija tanto por la acentuación como por la ausencia de flexión del primer elemento, como sucede en κερασφόρος, ἑωσφόρος, Ἀστυάναξ, τερασκόπος, Διόσκορος.

34. »Sin embargo, cuando están en aposición, el primer elemento puede flexionarse, como - Νέα πόλις - Νέας πόλεως, ἀγαθοῦ δαίμονος, Ἀρείου πάγου, a lo que contribuye, además, la acentuación por separado. Otro tanto sucede con las preposiciones mismas; así, sabemos ya [569] que, en casos como παρανόμου, περικλυτοῦ, el añadido del artículo permite reconocer si se trataba de una aposición, al quedar separada la preposición por la inserción del artículo, esto es, παρὰ τοῦ νόμου, o bien de una composición, al ir la preposición unida y quedando el artículo exterior al grupo, en cuyo caso la construcción es τοῦ παρανόμου, τοῦ περικλυτοῦ.

35. »Luego, también en καταγράφω, si la preposición fuese en composición, según el anterior razonamiento no podría sufrir ningún tipo de modificación; pero si esto no es así, sino que permite adoptar los distintos cambios flexionales como si se tratara de un verbo simple, es obvio 323
que la preposición está más en aposición que en composición. Y de la misma manera que la aceptación del artículo inserto revelaba la aposición en las expresiones nominales, así también la adopción de cambios flexionales en el interior del compuesto nos mostrará otro tanto [en los compuestos verbales], puesto que, por ejemplo, admiten reduplicaciones: καταγράφω - καταγέγραφα, καταλαλῶ - καταλελάληκα.»

[569] Por el § 13.

36. «Tampoco parece verosímil, según dice Trifón en su obra *Sobre las preposiciones,* que las preposiciones se hallan en composición con los verbos, y que no admiten los elementos flexionales delante [570], porque, siendo preposiciones, no tienen que llevar nada delante de sí. En primer lugar, porque es imposible que compuestos del tipo que sea sufran cambios ulteriores, según quedó demostrado [571]. ¿Por qué, entonces, como decíamos [572], no se consideran dichos cambios más propios de la aposición que de la composición? En segundo lugar, si es por el hecho de ser preposiciones el que no pueda añadírseles nada delante, ¿por qué en algunos verbos sí se les añade [573]: ἤνεπε, παρηνόχλησθε, ἠναντιούμην. Y no digamos en el lenguaje ordinario: κεκάμμυκα, κεκάθικα.

37. »Pero si se rechazasen estas formas como irregularmente flexionadas, formas que, por otra parte, siguen la analogía natural, como se mostró en otro lugar, queda todavía por decir que a la preposición le corresponde el

[570] El aumento y la reduplicación.

[571] En § 33.

[572] En § 34.

[573] En algunos verbos se ha perdido la noción de composición, por lo cual pueden llevar el aumento y la reduplicación delante de la preposición: ἐνέπω - ἤνεπε, ἐναντιόω - ἠναντιούμην.

324 nombre de tal cuando desempeña su función propia, pero, estando compuesta con cualquiera otra palabra, ya no puede llamársele preposición, al ser un elemento de la palabra global, en cuyo caso ya no presenta las características propias de la preposición.

38. »Esto es posible probarlo basándonos en lo anteriormente dicho [574]. Por ejemplo, la preposición ἀνά en ἀνοίκτης *(abridor)* forma parte de la palabra, y, así, al formar un nuevo compuesto, pasa a ocupar una segunda posición [575] en θυρανοίκτης *(abridor de puertas),* aunque al entrar en composición vaya siempre al comienzo. Y tan pronto como κατά en κατάδρομος ha pasado a formar parte del compuesto, lleva el artículo delante y no va ella al comienzo conforme al concepto de «preposición», sino detrás del artículo. Por el contrario, en la aposición preposicional se mostró ya [576] que no cede su posición al artículo: κατὰ Κτησιφῶντος y κατὰ τοῦ Κτησιφῶντος, ἐκ Λέσβου y ἐκ τῆς Λέσβου.

39. »De modo que, si se encuentra unida en καταγράφω, es indiferente que lleve delante los elementos flexionales [aumento y reduplicación], puesto que, como acabamos de decir, ya no es propiamente una preposición, sino una parte del verbo. Pero, si dichos elementos no pueden añadirse al principio, hay que reconocer que tal peculiaridad no significa otra cosa que la aposición preposicional; sin que la acentuación contradiga lo anterior, pues lo característico de la aposición es que se conserven los acentos en su lugar: κατεῖχον, καθῆψα, προῆλθον. Otro tanto puede decirse de casos semejantes» [577].

[574] En § 12.

[575] Lo que contradice el nombre de «preposición».

[576] En § 13.

[577] Aquí acaba la cita de Trifón.

40. A quienes hayan atendido estas razones les parecerá que ha sido probado con todo rigor que las preposi- 325
ciones están con los verbos más en aposición que en composición. Sin embargo, es posible refutar todos y cada uno de tales argumentos del siguiente modo: no debe pensarse que los verbos compuestos de preposición se flexionan en los tiempos de pasado a partir de la forma base, sino que la composición se produce independientemente en cada tiempo. De la misma manera que de γράφω resulta καταγράφω, así también de ἔγραψα sale κατέγραψα. Así pues, cada una de las formas verbales mencionadas, que, además del tiempo, significan la voz, van adoptando la misma composición preposicional en cada forma de la flexión independientemente, puesto que la acción significada sigue siendo la misma.

41. La prueba más convincente de esto es que, a veces, hay compuestos sólo en los tiempos de pasado [578] y que no los hay en presente, y también presentes y futuros sin los correspondientes pasados. Pues si lo cierto fuera que los compuestos se formaban a partir del presente como base, y de él se hicieran los cambios flexionales de pasado, la consecuencia necesaria sería que no podría haber formas compuestas de pasado aisladamente, sin que hubiese composición en el presente. Decimos κατέφαγον, sin que pueda mencionarse el presente que le correspondería [579], y también κατοίσω, sin que se use el presente, pero tampoco el pasado. Más aún, decimos ἄπειμι en presente, sin que haya una forma de pasado manifiesta. Hay que pensar, entonces, que cada tiempo adopta la composición por separado, en tanto en cuanto existiendo cada uno de ellos

[578] Que son los que llevan el aumento y la reduplicación.

[579] Son ejemplos de los llamados «polirrizos», como «ir» - «fui».

326 independientemente no presentan, sin embargo, la forma compuesta en los distintos tiempos ni se mantiene la composición correspondiente al presente. Muchísimos otros ejemplos semejantes podrían aducirse.

42. Sin embargo, yo daría por válidas aquellas formas, me refiero a las que llevan los elementos flexionales delante de las preposiciones; dichas preposiciones toman sobre sí la diferenciación del presente con respecto a los tiempos de pasado, como sucede con ἤνεπον frente a ἐνέπω; efectivamente, es analógico con ἤλαυνον, y καμμύω - ἐκάμμυον lo es de ἔκαμπτον. Hay que tener también en cuenta que de ἐνοχλῶ sale ἠνόχλουν, y que sólo después que se ha formado éste ha seguido la formación del compueso παρηνόχλουν.

43. Está claro que como el número de verbos así flexionados no es muy grande y que predominan los que componen las preposiciones en cada tiempo por separado, podría pensarse que los primeros no se sujetan a la norma. Contra esto puede objetarse que la norma no rige igualmente para las preposiciones así compuestas. Por qué, si rechazan el aumento delante de la preposición, no permiten que pueda decirse καθιζόμην καθῖσα, esto es, con la ι larga, igual que sucede cuando se introduce una partícula en medio de ambas, por ejemplo:

> κάδ' δ' ἑισ' ἐν θαλάμῳ (Γ 382)
> *(y le aposentó en su cámara);*

por tanto, si concedemos que el aumento se haga en el interior, ¿por qué no va a tener lugar en el exterior [delante de la preposición]? Pues es imposible que el tiempo de
327 pasado del ejemplo careciese de aumento interior. Por tanto, como ya dijimos [580], en dichos verbos la composición

[580] En § 42.

hecha en el presente la trasladan también a los tiempos de pasado sin adoptar la composición cada tiempo por separado, sino asumiéndola ya desde el presente [581].

44. Yo entiendo que es porque dichas preposiciones son mayormente superfluas y sólo representan un añadido silábico a tales verbos, por lo cual llevan sobre sí el aumento de los mismos. Desde luego no es igual la diferencia que existe entre γράφω *(escribir)* y καταγράφω *(registrar),* que entre ἵζω y καθίζω *(sentarse),* εὕδω y καθεύδω *(dormir),* ἕπω y ἐνέπω *(decir),* por lo cual éstos pueden tomarse como simples. Sobre esto hemos hablado suficientemente en otro lugar [582].

45. El razonamiento se aclara del todo, si consideramos los participios. Si se admite que καταγράφων es una sola palabra, puesto que se trata de un nominativo y puede llevar el artículo delante de la preposición, ha de admitirse también que καταγράφω es una única palabra, dado que el participio tiene que presentar el mismo tipo de formación que el verbo. (Por eso, ἀνατλάς es participio, pues es asimilable a ἀνέτλην, pero no lo es πολύτλας. Pues, cuando una forma participial adopta una forma específica y no participa del tipo de formación verbal, deja de ser participio. De esta teoría hicimos una exposición completa en el tratado *Sobre los participios.*)

46. Y se puede añadir lo siguiente: si los nominativos-sujeto por concordar con los verbos en su misma persona no toleran la compañía de una preposición, pero sí la composición debido a su relación con el verbo, ¿cómo no va a ser contraproducente que lo que es causa de que no pueda acompañarse de la preposición, ello mismo admita la 328

[581] Es decir, el prefijo forma parte del tema.

[582] Cf. § 37, y en el tratado *Sobre los compuestos.*

aposición preposicional? Por eso, tampoco el vocativo [583] admite la compañía de la preposición, por su concordancia con la persona del verbo, pero sí los tres casos restantes, dado que son ajenos a esa concordancia de personas. Más arriba mostramos que, cuando decimos «habla contra Aristarco», el verbo se concibe en distinta persona [584].

47. La acentuación es un ejemplo más para probar que se trata de composición. Mantener los mismos acentos es propio tanto de la aposición como de la composición: παρὰ τοῦ σοφοῦ ἦλθεν, παρὰ τὸν σοφὸν ἐγένετο, y también en la composición se produce la permanencia del acento: περικλυτός, Παναχαιός, ἀντεραστής. Ahora bien, la retracción del acento es propia sólo de la composición. Por tanto, en καθῆψα, en προεῖχον no puede decirse que sea más composición que aposición, puesto que una u otra pueden ser: por el contrario, cuando se encuentran retraídos, sólo es propio de la composición. Retraído está el acento en κάθηται, κατάκειται, σύνειμι, σύμφημι, σύνοιδα,

> κάτεχ' οὐρανόν (ν 269)
> *(recubría el cielo),*
>
> Νέστωρ δ' αὖ τότ' ἔφιζε (γ 411)
> *(entonces era Néstor el que ocupaba el sitio),*
>
> ἔνεσαν στονόεντες ὀϊστοί (φ 12)
> *(dentro estaban las dolorosas flechas),*
>
> ξύνισαν μεγάλῳ ἀλαλητῷ (Ξ 393)
> *(se atacan con gran griterío),*

y mil más, la causa de lo cual ya la explicaremos. Igual
329 que en el caso de las palabras compuestas, hemos dicho
que unas retraen el acento y que otras lo conservan en el mismo sitio.

[583] En § 15.

[584] En § 18. Que sus complementos, por eso son oblicuos y no rectos.

48. Y lo que es más importante, todo imperativo bisílabo retrae el acento en la activa: κάτελθε, κατάλαβε, περίγραφε, y no cabe la menor duda de que son compuestos. Y si se reconoce que éstos son compuestos, ¿cómo no reconocer que los indicativos también son compuestos? Pues, en efecto, una misma es la voz, uno mismo el modo de combinarse y uno mismo es el tipo de formación verbal.

49. Asimismo, el modo subjuntivo lleva las conjunciones subordinadas delante de la preposición: ἐὰν καταλάβω, ἐὰν καταγράφω; lo que no podría tener lugar, si las preposiciones ocupasen siempre el primer lugar. Ello resulta igualmente obvio a partir de los restantes modos, a los que se añaden los adverbios acompañantes delante de las preposiciones: εἴθε καταλάβοιμι, ἄγε κατάλαβε. Hasta aquí por lo que respecta a la unión de las preposiciones con los verbos.

50. Es algo evidente que los participios correspondientes a los verbos y que son el resultado de su flexión, presenten el mismo tipo de formación, por ejemplo, παραστάς respecto a παρέστη, περιφύς - περιέφυν. Así, también, παραφέροντος, por existir a su vez su correspondiente
παραφέρω, constituirá una sola palabra. Porque, si saliera 330
de φέρω del que se forman φέρων y φέροντος, según ya hemos dicho, resultaría que eran dos palabras: παρὰ φέροντος, en cuyo caso el artículo debería interponerse entre el participio y la preposición.

51. En el tratado *Sobre los participios* dijimos que es más acertado llamar a estas formaciones parasintéticas que compuestas, puesto que, de toda palabra que es compuesta y se transfórma en otra, esta segunda forma derivada ya no es compuesta sino parasintética. (De ahí que la acentuación de las palabras simples y de los compuestos apa-

rentes sea la misma, debido a que, tanto las simples como las parasintéticas, están sujetas a la misma norma analógica, como está demostrado en el libro *Sobre las formas de las palabras*. Por tanto, llamamos compuesto al que cambia el acento, de agudo en la última, a una sílaba anterior, por ejemplo, de los en -ος: πάνσοφος, νεάοιδος; y parasintético, al que no retrae el acento, puesto que él mismo no es compuesto, sino derivado de un verbo compuesto, por ejemplo de ἐπακούω el

> ἀγορῆς ἐπακουὸν ἐόντα [HESÍODO, *Trab.* 29]
> [*atendiendo a la asamblea*],

de λυραοιδῶ, λυραοιδός, de μεσῳδῶ - μεσῳδός, haciendo ahora caso omiso de las excepciones, pues no es nuestro principal propósito tratar aquí de la norma acentual de aquéllos.)

52. Es, asimismo, cosa reconocida que ἐξόν y παρόν *(siendo posible)* presentan la forma de los mencionados participios, por ser derivados de ἔξεστι y πάρεστιν; y tienen, con razón, desinencia neutra, puesto que se construyen con infinitivos dependiendo de ellos, en conformidad con la construcción de los verbos con los infinitivos: πάρεστι φιλολογεῖν - παρὸν φιλολογεῖν *(es / siendo posible ser*
331 *filólogo)*, ἔξεστι καθεύδειν - ἐξὸν καθεύδειν *(es / siendo posible dormir)*.

53. Con los pronombres, las preposiciones jamás van en composición, sólo [en aposición] con los ortotónicos en los casos oblicuos: κατὰ σοῦ, περὶ σοῦ. Por qué con los ortotónicos ya se ha dicho en los libros anteriores [585]. Es obvio, por tanto, que los pronombres en nominativo no llevan preposición en aposición ni en composición por

[585] En II 67.

la imposibilidad de dicha formación. Ahora bien, aunque en construcción pronominal, se dice un tanto descuidadamente ἐπέκεινα [586]. (Al igual que la expresión adverbial ἔπειτα [*después, entonces*], está con sentido temporal y puede ser transformada en un giro pronominal μετὰ ταῦτα [*después de esto*].)

54. Con los artículos, al no poder aparecer por sí solos ni en composición, sino que siempre están en aposición con los elementos nominales siguiendo su misma sintaxis, con ellos la preposiciones van al lado, lo que ya ha sido explicado con detalle más arriba [587].

55. Consigo mismas las preposiciones van tanto en composición como en aposición. Reconocido ya que con los nominativos las preposiciones sólo pueden ir en composición, se reconocerá también que παρακαταθήκη *(depósito)* es una sola palabra; y concedido que con los verbos las preposiciones van siempre en composición, se concederá también que ἐξυπανέστη se somete al principio de
la composición, y que si ἀναγινώσκειν es una sola palabra 332
también lo es ἀναγινώσκοντα. Es claro también que, si a dicha forma de participio se le añade otra preposición que no estaba compuesta con el verbo del que aquél se formó [588], la preposición añadida estará en aposición, pero, si ya pertenecía al verbo, estará en composición: ἀναγινώσκω - ἀναγινώσκοντα - παρὰ ἀναγινώσκοντα, y con artículo: παρὰ τὸν ἀναγινώσκοντα. Pero, si se dijera παραναγινώσκοντα, también tiene que añadírsele el artículo desde fuera: τὸν παραναγινώσκοντα.

[586] «Más allá»; literalmente, «tras aquello».
[587] En § 13.
[588] O sea, no estaba en el tema verbal.

56. A continuación vamos a hablar de la construcción de los adverbios, empezando por aquellos que están formados de una expresión preposicional y funcionan adverbialmente. Por cierto, Heraclides Milesio, al enumerar en su *Prosodia general* las palabras que no pueden llevar acento agudo en la última, dice que es inadmisible que εἰσό *(hasta que)* se pronuncie con dicha acentuación oxítona, puesto que las palabras acabadas en o retraen el acento agudo de la última sílaba, excepción hecha de las preposiciones ἀπό y ὑπό, ya que es característica exclusiva de las preposiciones el agudo en la última. Está claro que también αὐτό, el neutro de αὐτός, acaba en o, pero tiene su justificación para tal acento en que tenía que acentuarse igual que el masculino. Por tanto, no hay base para la acentuación
333 oxítona de εἰσό. Tampoco puede considerarse convincente que se haya formado del adverbio ἕως *(hasta que, mientras)* por tener que trastocar para ello todos sus elementos constitutivos: la cantidad silábica final se cambia para el principio, la sigma última para el medio y el acento agudo de la primera sílaba, junto con la aspiración que lo acompaña, para el final.

57. Mejor es explicarlo como una expresión con valor temporal constituida por la aposición de preposición y pronombre relativo, cuyos elementos han adoptado los caracteres pertinentes de la construcción apositiva que les es propia, pues la preposición εἰς pierde su acento agudo [589] cuando entra en aposición, como les acontece a todas las preposiciones. Luego, el relativo ὅ es acentuado agudo con un espíritu correspondiente, lo que es propio de toda palabra aguda que no tiene otra palabra detrás. Y digo esto, porque todas las formas oxítonas construidas junto a otras

[589] Es átona (proclítica).

palabras que las siguen, cambian su acento agudo en grave, por ejemplo:

> εἴ μὴ μητρυιὴ (E 389)
> *(si su madrastra no...),*

y otros similares.

58. Así sucede también con ἐξ οὗ, ἐν ᾧ, ἀφ' οὗ, pudiendo observarse que otro tanto es lo que pasa con los nombres: ἐν οἴκῳ, ἐκ Λέσβου, εἰς οἶκον. El sentido local de todos ellos es uno mismo, equivalente a sus derivaciones adverbiales, me refiero a Λεσβόθεν, οἴκαδε, οἴκοθι. (En otro lugar [590] explicamos cómo οἶκον δέ, Οὔλυμπον δέ y similares, aun estando constituidos por dos partes de la oración distintas, funcionan como una construcción adverbial única, y añadíamos que, si algunas preposiciones podían 334
usarse en lugar de conjunciones, nada impedía tampoco que una conjunción pudiera reemplazar a preposiciones.)

59. Ahora bien, quizá alguien se pregunte cómo es posible que dichas expresiones signifiquen nociones locales, mientras que en construcción con un relativo su sentido sea temporal. La explicación de esto es que ἐν οἴκῳ *(en casa)* y ἐξ οἴκου *(de casa)* tienen que expresar necesariamente una relación local, puesto que dichos nombres por sí mismos ya significan de antemano lugar; los relativos, sin embargo, no significan sino anafóricamente, lo cual implica ya una noción temporal, puesto que la anáfora es una reminiscencia del tiempo en que acaeció lo referido, y en consecuencia las antedichas construcciones con relativo han de expresar una noción temporal [591].

[590] En *Adv.* 180, 13 ss.

[591] No necesariamente, pues tan relativa es «desde que» como «desde donde».

60. No porque hayamos dicho que tales partes de la oración están constituidas por la aposición de otras dos quiere decir que deban ser excluidas de su tratamiento propio [adverbial] y remitidas al de la construcción de las partes por separado, igual que otras partes de la oración no son excluidas por la falta de analogía de dichas palabras [592]. Se trata, desde luego, de dos partes de la oración; sin embargo, debido a la conexión de ambas, constituidas en una solamente, por lo cual se han de considerar conjuntamente, me refiero a εἰς ὅ, ἐν ᾧ y ἐξ οὗ, al igual que en los susodichos adverbios οἶκον δέ, ἀγρὸν δέ.

61. Tengo que añadir algo a lo dicho por Heraclides de que el adverbio temporal ἐπεί *(cuando)* es el resultado
335 de la misma construcción anterior, pues, dice él, a partir del adverbio de lugar οὗ tiene lugar la transformación dórica εἶ, de manera análoga a ποῦ en πεῖ, αὐτοῦ - ἀυτεῖ, a la cual se acompaña la preposición ἐπί que aquí equivale a ἀπό, igual que otras veces aparece ἀπό en lugar de ἐπί; por ejemplo, ἀπομηνίσας ([H 230:] *enojado)* es equivalente a ἐπιμηνίσας. Para estar de acuerdo con dicho hombre, tampoco será obstáculo la forma de la sinalefa [593], pues muy a menudo hacen la sinalefa los dialectos dóricos con las sordas correspondientes [a las aspiradas]:

> κὠ τοξότας Ἡρακλέης
> *(y el arquero Heracles),*
>
> κάλλιστ' ὑπαυλέν
> *(acompañar muy bellamente con la flauta),*
>
> κὰ μεγασθενὴς Ἀσαναία
> *(y la muy poderosa Atenea),*

[592] *I. e.,* también otras partes de la oración están constituidas por la agrupación de otras dos, por ejemplo, conjunciones.

[593] Con sorda, debiendo ser con aspirada ἐφεί.

> Μελάμποδά τ' Ἁρπόλυκόν τε
> *(a Melampo y a Arpólico),*
>
> ἄρχοιμεν γὰρ κὼθρασίων (ALCMÁN) [594]
> *(mandaríamos sobre los otrasios),*

62. Parece, sin embargo, que, aunque se admita el cambio de preposición y la sinalefa, en lo que estuvimos de acuerdo, a ello se opone la acentuación, pues en la forma común, igual que en dórico, los adverbios en -ει, se acentúan con circunflejo en la última, πεῖ y ποῦ, αὐτεῖ y αὐτοῦ, regla que no sigue ἐπεί; pero, además, se opone el significado, ya que las variantes dialectales suponen cambio de forma, no de significado. Ahora bien, ἐπεί no significa lugar, como sucede con εἶ en εἶ τὰ τῶν χοιραγχᾶν *(donde lo de las anginas de cerdo)* (Sofrón cómico, 98). Por eso, aceptaríamos mejor lo que es propio de otras conjunciones, esto es, la coincidencia formal de conjunciones y adverbios, también para la forma presente. Así, ὄφρα 336
es conjunción en

> ὄφρα πεποίθῃς (A 524)
> *(para que te convenzas),*

pero también es adverbio de tiempo:

> ὄφρα μὲν ἠὼς ἦν (Θ 66)
> *(en tanto que era la aurora).*

Lo mismo puede decirse de ὅπως e ἵνα con respecto al adverbio de lugar.

63. Tampoco ha de pasarse por alto que las referidas palabras [εἰσό, etc.] pueden expresar también relaciones

[594] El ático exigía χ y θ donde aquí vemos κ y τ.

locales, si bien su sentido es sobre todo relativo, de ahí que exijan, la mayoría de las veces, el añadido del nombre de lugar: ἐν ᾧ τόπῳ ἔμεινας *(en el lugar en que estuviste),* ἐξ οὗ τόπου ἀπῆλθον *(del lugar de que marché),* εἰς ὃ ἐπορευόμην χωρίον *(el sitio a donde me dirigí),* donde, a su vez, las preposiciones sirven para expresar el sentido local junto con los elementos nominales. Así pues, es evidente que el caso de εἰς ὃ ἐπορευόμην χωρίον no es otro que el acusativo, según mostramos más arriba que las preposiciones no pueden ir con nominativo, cosa que se pone de manifiesto si el nombre es masculino: εἰς ὃν ἐπορευόμεν τόπον. Hasta aquí por lo que se refiere a los adverbios de lugar constituidos por una aposición preposicional.

64. A continuación vamos a hablar de la construcción de preposiciones con adverbios. Así, de ἐπάνω *(encima),* περικύκλῳ *(alrededor),* ὑποκάτω *(debajo),* ἀποδίς *(dos veces),* ἀποψέ *(tarde),* y similares, de los que nuestros antecesores gramáticos sólo intuyeron que se trataba de compuestos preposicionales, pero sin dar una explicación pre-
337 cisa que acabase con las dudas al respecto. Pues, ¿por qué ἀποψέ no va a ser con más razón dos palabras que una, y lo mismo las semejantes a ésta? Es necesario, por tanto, suplir dicha falta y demostrar cuándo han de ser entendidas como una sola palabra y cuándo no.

65. Más arriba habíamos mostrado de manera suficiente que las preposiciones se conciben funcionando por separado y en aposición sólo cuando van adjuntas a los casos oblicuos (no todas, desde luego, convienen a todos los casos, como ya dejamos expuesto en la llamada «Introducción»), pero con las indeclinables funcionan sin variaciones formales. De ahí que, por esta y por otras causas que ya hemos expuesto, no puedan aponerse al nominati-

vo, por ser todavía forma no flexionada [595]. Por eso, es del todo necesario admitir que otro tanto sucede con los adverbios, al no presentar casos oblicuos a los que se pudiera pensar que acompañaban las preposiciones. Y no se piense que el δι' ὅτι se opone a lo anterior, pues ya mostramos [596] que estaba formado por un acusativo más la preposición διά, y que el ὅτι no era conjunción, puesto que, si así fuera, constituiría una sola palabra, como sucede con el ἐπεί causal que está formado de la conjunción εἴ y de la preposición ἐπί, según dice también Posidonio.

66. Vale la pena añadir lo siguiente: si los adverbios se relacionan con los verbos, y la construcción de éstos
con las preposiciones es siempre una y la misma, parece 338
evidente que lo que depende de ellos ha de adoptar la misma construcción. Luego, si las preposiciones forman un compuesto con los verbos, lo mismo sucederá con los adverbios, dirigiéndose el sentido de la preposición sobre el verbo.

67. Es posible que alguien diga que la inserción, a veces, del artículo entre la preposición y el adverbio pone en entredicho la afirmación anterior, «pues ¿cómo va a admitir el compuesto de preposición y adverbio la inserción del artículo, si era justamente la inserción del artículo lo que servía para resolver los casos de ambigüedad en la composición de preposición y nombre: παρὰ τοῦ νόμου, παρὰ τοῦ φέροντος? Luego, otro tanto sucede con ἀπό τοῦ νῦν *(desde el presente),* ἀπὸ τῆς σήμερον *(desde hoy),* ἀπὸ τῆς αὔριον *(desde mañana)*».

---

[595] Sino la base de la flexión nominal, como para Aristóteles.

[596] En §§ 26 ss.

68. Contra esto puede aducirse que, en algunos adverbios, está implícito un sentido nominal que es el que determina la sintaxis. Así, en σήμερον *(hoy)* está implícito ἡμέρα *(día),* pero no al revés (pues un día no quiere decir que sea hoy, ya que día vale también para mañana y para ayer, los cuales, a su vez, tienen implícito «día», de suerte que si algo es mañana o ayer, a eso también le es aplicable «día», pero no, como dije, inversamente). Lo mismo puede decirse de νῦν *(ahora),* que comprende un tiempo en
339 el sentido más general sin hacer subdivisiones del tiempo comprendido, sino abarcando la totalidad a que se refiere como palabra genérica que es.

69. Por lo tanto, si la construcción lleva implícito el sentido de «día», es del todo necesario que la preposición sea entendida en aposición, puesto que se aplica a una palabra [sobreentendida] en caso oblicuo, y es también del todo necesario el añadido del artículo para que la palabra implícita pueda ser significada, dado que el añadido del artículo es exclusivo para las palabras declinables, pues, de otro modo, ¿cómo iba a poder unirse σήμερον a un artículo que es femenino, en genitivo y singular, cuando los adverbios no significan tales accidentes? (Desde luego que hay adverbios con los que no cabe sobreentender tal palabra declinable, y que por ello son ajenos a dicha construcción, así ἀποδίς, ἀποτρίς [*dos veces, tres veces*].)

70. Y, al revés, un adverbio no puede admitir por sí mismo una preposición a su lado, a menos que previamente no se añada el artículo, el cual sólo se refiere a la palabra elíptica, como en los ejemplos siguientes: ἐν τῇ αὔριον *(en el mañana),* ἐν τῇ χθές *(en el ayer);* lo que no cabría expresar sin artículo, puesto que las preposiciones sólo se construyen con palabras declinables y no podrían acompañar a adverbios. Así, no es posible decir: *ἐν σήμερον *(en hoy)* ni *ἐξ αὔριον *(de mañana).*

71. Lo mismo puede decirse de ἐν τῇ ὑποκάτω *(en el abajo),* ἐν τῷ ἐπάνω *(en el arriba).* Aquí el artículo se aplica a la palabra implícita que es «lugar» con la preposición apuesta delante. Por tanto, a la hora de analizar hay 340
que entender que la preposición inicial está en aposición con el dativo implícito y el artículo que lo acompaña, mientras que la segunda preposición (ὑπό, ἐπί) va en composición con el adverbio de lugar.

72. En consecuencia, con lo dicho queda claro por qué ἀπεχθές *(anteayer)* no puede llevar artículo en el interior, ya que aquí la preposición se une al adverbio temporal formando un compuesto. Sin embargo, ἀπὸ τῆς ἐχθές *(desde el ayer)* se atiene a la construcción característica, esto es, la preposición rige al nombre [sobreentendido], de la misma manera que en ἐκ τῆς σήμερον se exigía la inserción del artículo, pues ἐκ σήμερον no era posible. Tal explicación era necesaria, según decíamos para la cuestión presente, a saber, para que una clasificación de los mismos resultase convincente [597].

73. A continuación vamos a considerar también ἐξαίφνης *(de repente),* si se trata de un compuesto de tipo adverbial o es que presenta un sentido adverbial a partir del giro preposicional más adverbio, como puede observarse en otros incontables ejemplos en los que alternan dichos giros preposicionales con adverbios que significan idéntica relación: εἰς οἶκον ἀπέρχομαι - οἴκαδε ἀπέρχομαι *(marcho para casa),* ἐξ οἴκου παρεγενόμην - οἴκοθεν παρεγενόμην *(vengo de casa),* ἐν οἴκῳ σε μένω - οἴκοθί σε μένω

[597] Como simples (dos partes de la oración) o compuestos (una sólo).

(te espero en casa). Esta misma construcción, según dijimos [598], presenta el

341 οἶκον δ' ἐσελεύσομαι (Z 365)
(voy a entrar a mi casa)

con relación a οἴκαδε *(a casa,* adverbio), cuando explicábamos que el οἶκον δέ estaba formado por dos palabras. El adverbio en cuestión, debido a la afección formal que ha sufrido, no permite ver claramente su construcción, mientras que el resto de los de su naturaleza no ofrecen ninguna duda al respecto, como queda dicho.

74. Pues bien, del adjetivo ἀφανής *(invisible, incierto)* se formaron en derivación paralela femenina ἀφανία y ἀφάνεια *(oscuridad).* Dobletes de este tipo son también: de εὐσεβής - εὐσέβεια *(piedad),* de donde, a su vez, el

εὐσεβίη τέθνηκεν (autor desconocido)
(la piedad está muerta),

y εὐμάθεια, pero también ἐυμαθία *(facilidad de aprendizaje)*

εὐμαθίην ᾔτεῖτο διδοὺς ἐμέ (CALÍMACO)
(pedía inteligencia para dármela a mí) (?),

y otro tanto sucede con

ἀδρανίη τόδε πολλόν (CALÍMACO)
(mucha holganza es esto).

Del susodicho nombre ἀφανία resultó una expresión en genitivo ἐξ ἀφανίας, igual que, por otro lado, de αὐτός salió, en femenino, el giro adverbial ἐξ αὐτῆς *(inmediatamente, desde ahora mismo),* así, el ἐξ αὐτῆς ἴωμεν πρὸς Διονύσιον *(vayamos ahora mismo a Dionisio).* En el giro anterior se produjo la síncopa de la α de la sílaba del medio seguida de la transposición al comienzo de la ι de la penúltima sílaba, lo que fue causa de que la palabra acabase en -α, y está claro que la alfa larga final se había de convertir en -η al desaparecer la causa de que la sílaba 342
final fuese así [599]. De esta manera resulta ἐξαίφνης.

[598] En § 58.

75. Nada hay de extraño en que la α se sincopase, pues eso mismo sucede en σπάργανον [de σπαράσσω], ἕδνον [de ἕδανον], τέκνον [de τέκανον], δάκνω [de δαγκάνω], 'Εριχθονίδαι [de 'Εριχθονιάδαι], y miles más; ni tampoco en que las letras se traspongan, por ejemplo: ἀπειρέσια ἀπερείσια y, quizá, también de δόρυ el genitivo δόρυος convertido en δουρός, y γόνυος en γουνός. Y dije «quizá» ante la duda de si no serán el resultado de la síncopa de γούνατος y δούρατος.

76. Es posible también explicar las alteraciones formales de ἐξαίφνης a partir del adverbio que alterna con él: ἄφνω. Del adjetivo ἀφανής, en efecto, se formó un adverbio acentuado igual que el genitivo de plural ἀφανῶν, esto es ἀφανῶς (lo mismo que de εὐσεβῶν - εὐσεβῶς, de los que dijimos que coincidían en la forma y en el acento con dichos genitivos) [600]. Y sobre éste actúa, a su vez, la referida afección formal [la síncopa de la α]. Y, como, debido a la afección que padecía, ya no mantenía la similitud con el genitivo, tampoco adoptó la misma acentuación (pues, como decíamos, a coincidencia de forma con el genitivo de plural, coincidencia también de acento). Así pues,

[599] La desaparición de la ι que la convertía en alfa pura.

[600] Regla que conservan las gramáticas griegas modernas. Cf. *Adv.* 169.

la acentuación se convierte en barítona, perdiendo como consecuencia la -ς final. A veces, por el contrario, esta terminación adverbial junto con el acento antedicho toma la -ς final, pero con la pérdida del acento está en lo posible que, al mismo tiempo, se pierda la sigma, en cuyo caso adopta la acentuación de los adverbios acabados en -ω que
343 ya no se corresponden con adjetivos de tres terminaciones, como sucede con ἔσω, κάτω, κύκλῳ.

77. En otro lugar hemos dicho que, muy a menudo, palabras cambian su acento al tiempo que pierden alguna letra. Así, la ξ arrastra consigo el agudo en adverbios como ὀδάξ, ὑποδράξ, ὀκλάξ, pero su ausencia en ὑπόδρα provoca el cambio del acento, haciéndose analógico de ῥίμφα, μάλα, αἶψα, que llevan acentuación barítona. Otro tanto sucede con la sigma en los acabados en -ις con la penúltima larga: χωρίς, ἀμφίς, ἀμοιβηδίς. Pero, como se producía la pérdida de la sigma en los barítonos como en πολλάκι y δεκάκι, también χωρίς por la pérdida de la sigma se convirtió en χῶρι en analogía con αὖθι y similares. Asimismo, hemos mostrado, con respecto a δεσποστής, ἐργαστής, que por la pérdida de la sigma resultaban analógicos de ἐλάτης, ἀρότης y, por eso δεσπότης y ἐργάτης llevaban acentuación barítona.

78. Habíamos dicho más arriba [601] que a expresiones preposicionales que significaban una relación adverbial, se correspondían adverbios. Así, con ἐξ αὐτῆς se correspondía en cierta manera αὐτόθεν: ἴωμεν αὐτόθεν - ἀπέλθω-
344 μεν ἐξ αὐτῆς *(vayamos enseguida).* Lo mismo sucede con

> αὐτόδιον δ' ἄρα μιν (θ 449)
> *(inmediatamente le...),*

[601] En § 74.

por ἐξ αὐτῆς *(desde allí mismo),* esto es, sin desviarse a ninguna parte. De la misma manera, entonces, ἄφνω se corresponde con ἐξαίφνης; así, ἄφνω παρεγένετο ὁ δεῖνα *(fulano se presentó de repente)* equivale a ἐξαίφνης παρεγένετο [602].

[602] Aquí damos por terminada la *Sintaxis.* Para la supuesta continuación en unas páginas del tratado *Sobre los adverbios,* cf. Introducción, págs. 47 y sigs.

ÍNDICE TEMÁTICO [1]

[1] Me limito a los grandes temas. Los números romanos indican el libro, los arábigos el parágrafo.

ÍNDICE GENERAL

SINTAXIS